LEOPLAN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

14 ENERO 1942



EN ESTE NUMERO:

LA HIJA DE MATA HARI
novela de espionaje, de amor y de guerra, por **MAURICIO DEKOBRA y LEYLA GEORGIE**

EN EL SIGLO XXIX
(La jornada de un periodista americano en el año 2889) Cuento fantástico por **JULIO VERNE**

EL FALSO COMANDANTE
recuerdos de la guerra ruso-japonesa, por el coronel del Ejército del Zar, **SIMON DE KUSAKOFF**

HISTORIA DE UN NIÑO MALO
cuento humorístico por **MARK TWAIN**

EL INCUBO
tradición criolla por **RICARDO ROJAS**

KEMAL ATATURK: EL MILAGRO TURCO
crónica de **LEANDRO PITA ROMERO**

En "LA VIDA DE LOS ARGENTINOS CELEBRES CONTADA POR SUS FOTOGRAFIAS": **RAMON J. CARCANO**



LLEGARA SIEMPRE PRIMERO

Y MUCHO MAS SEGURO

con AMORTIGUADORES "PAYSANDU" y REFRIGERADOR DE ACEITE "BARUFALDI"



AMORTIGUADOR "PAYSANDU"

Es el único amortiguador que trabaja sin líquidos.
Es el único de fricción, encerrado herméticamente en una caja de acero.
Son regulables a voluntad del que los usa.
Son los únicos que salen de fábrica con garantía escrita por el término de dos años.



Mantiene frío el aceite de los motores, con una economía de 12 % de nafta, 100 % de desgaste en el motor, 200 % en el consumo de aceite.
Con el aceite frío los motores funcionan mejor que cuando nuevos, con el mínimum de consumo y desgaste, y con el máximum de rendimiento y potencia.

DEMOSTRACIONES e INFORMES a su único fabricante y distribuidor en toda la República Argentina:

Miguel FRASCHINI

U. T. 45 9386 • 840 MAZA 842 • BUENOS AIRES

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. de R. L

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 97.126

ESMERALDA 116
U. T. 34 - 4067
Buenos Aires

AÑO IX - N.º 183
1 ENERO 1942

Sumario

Ilustraciones de: **Valencia, Arteche, Rechain, Ramaugé** y **Mariano Alfonso**. Fotografías de: **Castellano, Conesa, Podestá, Romero, Borelli**, etc. Chistes e historietas de diversos autores.

Este bello enfoque del monumento a San Martín corresponde a la nota que con el título "Viaje alrededor de las estatuas porteñas" encontrará el lector en las páginas siguientes.

EN EL PROXIMO NUMERO:

LA CASA DE VAPOR, famosa novela larga de **JULIO VERNE**

LA MAZORQUERA DE MONSERRAT
cuento histórico de **Héctor Pedro Blomberg.**

GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES
estampas de la vida porteña, por **Fernández Moreno.**

LAS JOYAS ROBADAS
cuento policial por **Leónidas Barletta.**

VALERY DESPIDE A BERGSON BAJO LA CUPULA
otra colaboración exclusiva de **Eduardo Mallea.**

EL RUNANTURUNCO
narración folklórica de **Ricardo Rojas,**

y trabajos de **Paul Bourget, Enrique Sienkiewicz, Leandro Pita Romero, Carlos V. Warnes, Bernardo Kordon, Luis Enrique Carrera, Tibor Sekelj, Regina Monsalvo, etc. etc.**

En "LA VIDA DE LOS ARGENTINOS CELEBRES CONTADA POR SUS FOTOGRAFIAS": **BLANCA PODESTA**

LEOPLÁN aparece el 28 de enero



Flor de juventud

Gral. B. Mitre

Paso

El Pensador

Aristóbulo del Valle

El Arquero

Viaje alrededor de

BUENOS AIRES TIENE MAS DE DOSCIENTOS VEINTE MONUMENTOS ▪ ENTRE ELLOS PREDOMINAN LOS CONSAGRADOS A EXALTAR LA MEMORIA DE POLITICOS Y MILITARES ▪ LAS ESTATUAS AMBULANTES Y LOS ENEMIGOS DE LAS ESTATUAS ▪ ATENTADOS ABSURDOS

Por Guillermo Díaz Doin

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFÍAS DE CONESA, PODESTÁ, ROMERO Y BORELLI

Presente y futuro

LA escultura es un elemento importante de la ornamentación urbana. Las estatuas y los monumentos contribuyen en forma poderosa a dar carácter y personalidad a las ciudades. Una ciudad sin monumentos, sin estatuas, resultaría demasiado monótona. La figura de mármol, elevándose sobre el tráfago de la vida ciudadana, los personajes de bronce que sobre el pedestal presiden las horas apacibles de plazas y paseos son, entre otras cosas, puntos de referencia que nos permiten orientar en el laberinto de la gran urbe. Nuestro recuerdo de cada rincón de la ciudad va asociado a una estatua, a un monumento. Mentalmente, cada una de las poblaciones que hemos conocido tiene para nosotros una representación concreta: el de algunas de sus estatuas y de sus monumentos...

Buenos Aires, como gran ciudad moderna, no posee monumentos ni estatuas de valor histórico. Su estatuaria tiene una vida alrededor de medio siglo. Y menos, pues la época en que se desató el furor de la ornamentación de sus plazas y paseos puede localizarse, cronológicamente, entre los años 1905 y 1910. El turista que pretenda encontrar monumentos antiguos, obras de arte valorizadas por el transcurso del tiempo, está condenado fatalmente a la decepción. Buenos Aires no es como otras ciudades del mundo — singularmente las europeas —: un museo histórico. Su vida como gran urbe marca una parábola muy corta. Buenos Aires no puede presumir de abolengo, de piedras milenarias, como otras ciudades, verbigracia Roma. Pero puede enorgullecerse, en cambio, de algo que es también valioso: de su presente. Y de algo que es también importante: del gran futuro que se agita en sus entrañas.

La Pirámide de Mayo

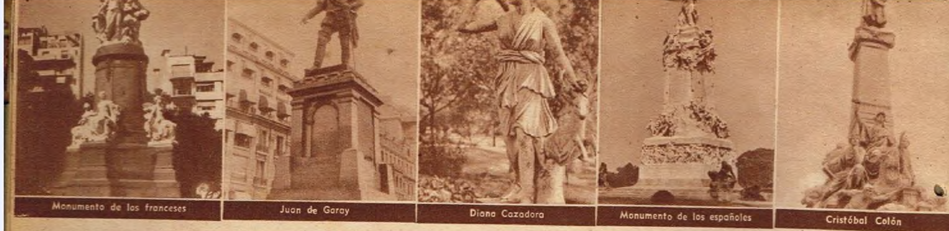
Los monumentos y las estatuas de Buenos Aires son de época reciente. Los más, corresponden a la centuria actual. Del siglo pasado sólo existen unos cuantos. Entre ellos se encuentra la pirámide de Mayo. Este monumento, el que conocemos hoy — sustituto de la pirámide

Torre de los ingleses

La Cautiva

La Primavera


las estatuas porteñas



Monumento de los franceses — Juan de Garay — Diana Cazadora — Monumento de los españoles — Cristóbal Colón

primitiva inaugurada en 1811 como símbolo de la Independencia argentina —, estuvo emplazada frente a la Catedral hasta el año 1913. En esa fecha se trasladó al lugar en que se encuentra actualmente, donde en su día se levantará el gran monumento a la Independencia de Mayo, obra que por el momento ha sido suspendida. La pirámide ha sufrido transformaciones en su fisonomía con el transcurso del tiempo. Han desaparecido de sus ángulos cuatro figuras de mármol que, en unión de la que corona el monumento, pertenecieron al frente del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Estas figuras representaban la Industria, la Geografía, la Navegación y la Astronomía. Hoy se encuentran emplazadas en el parque Saavedra.

Las estatuas de San Martín y Belgrano

Otro de los monumentos más antiguos de la ciudad es el erigido a San Martín en la plaza que lleva su nombre. Esa estatua ecuestre fué inaugurada en 1862, y su autor fué el conocido escultor Daumas. Sin embargo, el monumento ha sido modificado en nuestro siglo. En 1910 lo reformó Eberlein.

La estatua de Belgrano, situada frente a la Casa de Gobierno, y que tan soberbiamente simboliza al creador de la bandera argentina, constituye otro de los monumentos más antiguos de la ciudad. Su inauguración tuvo lugar en el año 1873. Es obra de Bellause, escultor de nacionalidad francesa.

Gral. San Martín

Azcuénaga, Pueyrredón, Rodríguez Peña

Con motivo de la celebración del Centenario de la Independencia — 1910 — se despertó en las autoridades el deseo de poblar la ciudad de estatuas. De entonces proceden todos los monumentos erigidos a la memoria de los grandes hombres de la historia argentina. Todos los grandes patricios merecieron los honores de la piedra y del bronce: Azcuénaga, Pueyrredón, Rodríguez Peña, Paso, etc.

Con ese objeto se presupuestaron grandes sumas de dinero. Se dió lugar para que todos los escultores participasen en la realización de las obras destinadas a rendir homenaje a los próceres, estipulándose un precio único para cada monumento: 35.000 pesos.

Monumentos donados por colectividades extranjeras

De ese tiempo provienen también los distintos monumentos regalados por las colectividades extranjeras. Estas, queriendo asociarse al primer centenario de la Independencia argentina, decidieron contribuir con obras que perpetuasen su adhesión a la celebración de la gloriosa efemérides.

La colectividad inglesa hizo donación del monumento más costoso: la torre monumental situada en la Plaza Británica, que con su esbeltez proporciona cierto carácter a este ángulo de la ciudad. Su costo se calcula, aproximadamente, en 1.500.000 pesos. Aunque desde el punto de vista del arte su valor carece de importancia, sin embargo, constituye un elemento magnífico de decoración urbana.

Los ríos . . . naufragan

Artísticamente, merecen destacarse los monumentos regalados por las colectividades española e italiana. El monumento donado por los españoles — "La carta magna" — fué concebido y realizado por Querol. La mayor parte de los materiales vino de la península. Cuando se traían los grupos que representaban los ríos, naufragó el barco que los transportaba. En ese intervalo falleció el autor de los mismos, Querol, razón por la cual tuvo que dar término a la obra Mariano Benlliure. El regalo de los italianos lo constituyó el monumento dedicado a Colón. El material, también en su mayor parte, vino de Italia. Su autor fué el escultor Zocchi.

Los franceses regalaron el monumento sito en la Plaza de Francia, obra de granito y de mármol, debida al escultor galo Peynaut. Representa la República francesa.

La colectividad austro-húngara contribuyó con un monumento integrado por instrumentos meteorológicos. Estos, con el transcurso del tiempo, fueron desapareciendo, quedando la obra en situación de abandono. Primeramente, estuvo emplazada en Chacabuco y Moreno; después en la Plaza del Carmen. Hoy se encuentra depositada y colocada en el Jardín Botánico de Carlos Thays.

El monumento donado por la colectividad alemana, y situado en Alvear y Cavia, está constituido por una fuente decorativa en la que se representan en dos grupos alegóricos la ganadería y la agricultura. La obra se debe al escultor germano Gabredow.

Doscientos veinte monumentos

En la actualidad existen dentro del perímetro de la ciudad de Buenos Aires, entre monumentos alegóricos y de homenaje, así como estatuas y esculturas, alrededor de 220 obras de arte. Predominan los autores franceses, italianos, españoles y argentinos. Por ese mismo orden.

Las esculturas de mayor valor artístico, entre otras, son: *El Pensador*, de Rodin; *La Eva desnuda* o la *Ninfa*, de Despiau; *La Primavera*, de Drivier. En el orden monumental, y por lo que respecta al arte francés, pueden destacarse las obras de Bourdelle (monumento al general Alvear) y de Peynaut (Aristóbulo del Valle). De procedencia italiana aparecen en primer término Zocchi (monumento a Colón)


Gral. Belgrano

y Calandra (Bartolomé Mitre). De firma española merecen señalarse el mencionado monumento de Querol y el motivo popular de Blay, *Los primeros fríos*, este último ubicado en el Jardín Botánico. También, el monumento consagrado a Bernardo de Yrigoyen, del que es autor Benlliure. Entre los escultores argentinos figuran Correa Morales con su *Cautiva*, situada en la plaza de José de Urquiza; Alberto Lagos, con *El Arquero;* Zonza Briano, con su obra *Flor de Juventud*, en la Rosaleda.

Un monumento que no podemos dejar de mencionar es el levantado al fundador de Buenos Aires, Juan de Garay, de mármol y bronce, del que es autor Eberlein y que fué inaugurado en 1915.

Políticos y militares

El mundo de las estatuas tiene sus encantos y sus sorpresas. Como todas las cosas, cuando le presta uno atención, nos descubren nuevos sentidos, nuevas perspectivas. Una estatua no se nos revela siempre al primer golpe de vista. A fuerza de observarlas, se nos muestran de pronto con una significación nueva. Unas nos resultan simpáticas; otras, demasiado solemnes. Esta nos descubre la falsedad de una actitud, la afectación de un gesto compuesto. Aquella nos pone de manifiesto la fugacidad y lo grotesto de las modas.

Tras de un inventario convencional, hemos llegado a la conclusión de que la mayor parte de los mármoles y de los bronces están consagrados a exaltar las figuras de la milicia y de la política. ¿Por qué esta desigualdad en relación con las demás profesiones?

También tenemos los monumentos populares. Aquellos que despiertan, sin saber a veces por qué, la simpatía de las gentes. Uno de ellos es el de Florencio Sánchez, obra de Riganelli, que se encuentra emplazado en las calles Chiclana y Deán Funes. Lo mismo ocurre con el *Canto al Trabajo*, grupo escultórico de gran mérito artístico, del que es autor el escultor contemporáneo Rogelio Yrurtia.

Las estatuas ambulantes

Otro tipo de estatuas que conviene filiar es el de las que podríamos llamar *peregrinas* o *ambulantes*. Me refiero a aquellas que no paran en el lugar de su primitivo emplazamiento. ¿Qué leyes presiden este destino nómada? ¿Acaso un dios adverso las condenó a un éxodo continuo? Sin embargo, ahora, al contrario de lo que sucede en el mundo, parece que las estatuas porteñas han sentado la cabeza, mejor dicho los pies. Como ejemplo retrospectivo de este movimiento constante, de esta inquietud viajera, citaremos el caso del monumento a Falucho. Primitivamente estuvo ubicado en el lugar que hoy ocupa la plaza San Martín; de allí pasó a Río Janeiro y Lambaré y luego, más tarde, al emplazamiento actual.

Los "estatuófobos"

Las estatuas, de igual suerte que los mortales, tienen sus enemigos. Hay personas que sienten una fobia terrible por las figuras de mármol o de bronce, hasta el punto de verse impulsadas a llevar a cabo atentados contra la integridad de las mismas. Este es un tipo de delincuencia propicio para el psicoanálisis. ¿Qué extraño complejo psicológico es el que se da en los llamados "estatuófobos"? Algunas veces los atentados pueden encontrar una explicación lógica, considerados desde un punto de vista ideológico o moral. Aunque el hecho sea en sí condenable, responde a una motivación comprensible. La pasión política y el puritanismo son difíciles de refrenar. Pero, ¿a qué móviles responde el acto de profanar mármoles como, por ejemplo, *La Primavera, Diana cazadora* o el *Canto al trabajo?*

Los extravíos de los "estatuófobos" adquieren formas insospechadas. A este propósito vamos a referir lo sucedido con la estatua *El moderno Anteo*, una obra bastante buena de Pondal. Fué "castigada" de un modo ridículo. Alguien se dedicaba a estrellar sobre ella huevos corrompidos, como si se pretendiese ahuyentar así a los posibles espectadores. Tan pronto como se limpiaba, volvía a aparecer al día siguiente en el mismo lamentable estado. La hazaña se repitió varias veces. Hasta que el extraño "estatuófobo" se cansó y desistió de su poco edificante tarea.

Todo esto, y algo más que dejamos en el tintero, por no hacer interminable este trabajo, es lo que hemos podido captar en una excursión realizada por el mundo de las estatuas y de los monumentos porteños.

De **RICARDO ROJAS**

EL INCUBO

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA



EL Zupay del bosque ha encarnado bajo formas animales en el Toro del Saladillo, y bajo formas humanas en la historia que voy a referir.

La fe de la Edad media creyó en todas las metamorfosis demoníacas. Diablos fueron para ella los silvanos y faunos de la Grecia pagana, y para teólogos sutiles, hombres extraordinarios como Alejandro Magno y el rebelde Lutero, fueron creaciones de Satán. Florecieron desde aquella época leyendas de íncubos que tentaban la carne de las vírgenes y súcubos que ponían a prueba la virtud abstinente de los beatos. Los unos y los otros expresaron el misterio de un Demonio lascivo que adoptaba en la tierra cuerpos sexuales para gozar del amor. Incipientes fisiólogos de ese tiempo llegaron a estudiar la naturaleza de los íncubos y los seres por ellos engendrados. La teología, al par, les dedicaba tratados especiales para saber si a la *cópula cum demone* debían los tribunales de penitencia considerar pecado contra piedad o pecado contra lujuria. Y siendo su cuerpo de *sustancia tenue y vaporosa, emanantes como los perfumes por efluvios* — según el P. Sinistrari —, podían asumir formas tan bellas como falaces, y colarse por el intersticio de cerraduras y jambas. Cuando el diablo persigue la seducción, no se muestra como sátiro imperioso y violento, sino con apariencias de mancebo gallardo, ataviado de lujosos arreos. Esta parte siniestra del antiguo catolicismo emigró también al mundo americano. Extendiéronse tales supersticiones en el bosque, y al adaptarse como tantas otras a tan extraño ambiente, no sólo desaparecieron las sutilezas de la escolástica, sino que tomaron nuevo colorido las escenas y gesto nuevo los personajes. La conciencia paradisíaca de las tierras vírgenes las despojó también del áspero sabor que les prestase el encadenado instinto de



quienes las concibieron en la soledad de los claustros.

❦ ❦ ❦

Viene de tan lejanas tradiciones una leyenda recogida por mí en la selva mediterránea. Satán no se aparece en ella a la mujer adúltera como a aquella Hyerónima de otro relato medioeval. Para la imaginación de nuestro pueblo, Zupay no podía tampoco gastar la ondeante capa española, como en las historias de Flandes o Italia. Aquí la casa es el rancho saladino; el tentador, un gaucho que viste lo mejor de sus prendas; la víctima, una mujer ingenua que no sospecha el íncubo fatal; el teatro de la acción el bosque mismo con su ámbito de misterio.

❦ ❦ ❦

Él y ella vivían en un rincón desierto del monte familiar. Apartados de las vecinas poblaciones, la breña generosa les ofreció venturas. Él, audaz y fuerte, no reconocía obstáculos en las marañas: la fiera perseguida y el ave incauta cayeron presas de su mano. Ella, fresca y hermosa, acompañábale a veces, o le esperaba en el rancho, a la hora del crepúsculo, cuando el esposo volvía con el botín de la jornada. Y eran felices en aquella espesura, mientras hubiera miel y caza para sus frugales comidas. Algunas tardes, el varón regresaba con el hacha en la diestra, y en la otra mano traía la blanca flor del aire, sedeña prez de los rugosos quebrachos: la hembra le pagaba esas flores con sus besos; y pasaban los días tras los días, cumpliendo la pareja su ley de amor en el seno de la naturaleza fecunda. Naciόles después un hijo, y el nuevo ser alegró las veladas domésticas. Sentados bajo el alar de la choza, el padre hacíalo cabalgar en sus rodillas, entreteniéndolo, cuando aprendió a comprender, con el tucutucu que pasaba rasgando de luz azul la noche de la fronda, o distrayéndolo con las cosas del cielo:

—¿Ves la luna huahuitay?

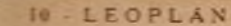
—Shi la veo.

—¿Lo ves al burrito?

—Shi lo veo.

—¿Y a la Virgen con el niñito-Dios?

—También — y señalaba luego una estrella, en seguida una constelación, más tarde una nube, sin detenerse en nada, a no ser en la vía



láctea, o *Cielumayu* (río del cielo), en cuyas aguas de plata por riberas de sombra le hacían ver patitos de oro, como los que ya apedreaba el pilluelo en el vado cercano...

Esta dicha debía concluir; y el día del suceso, la mujer vió llegar un hombre extraño por el abra estrecha que rodeaba la morada rústica. Quiso apartarse, pero le fué imposible: el desconocido avanzaba hacia ella, la cual, inmóvil, sentíase presa de invencible fascinación. El pecho fuerte del jayán hacíala pregustar de sus abrazos; un frescor de brisa embriagábala de silvestres aromas; estremecimientos de gozo cosquilleaban su medula; y dominábanla a un tiempo propensiones hacia cosas ignotas que borraban en su alma la imagen del esposo, ausente a la sazón en la meleada.

—¡Cruz, Cruz, diablo! — musitaran sus labios el conjuro, si hubiera sospechado a Zupay, o le opusiera el mango en cruz de algún cuchillo; ¡pero nada! El desconocido estaba ya junto a la inocente; ella se desvanecía en beleño de falaces visiones; el sol arrebujábase de nubes, como velando en penumbras la escena; el perro de la casa arrastrábase en el patín delantero sin poder gritar; y aquel fascinador, a punto de marcharse, murmuraba al oído de la mujer vencida:

—Te espero; un ave nocturna cantará en la noche; ella guiará tus pasos en la sombra...

Cuando cerró la noche, el labrador, fatigado por el esfuerzo del día, cayó en cerrado sueño. Ella velaba en tanto, contemplando por la abierta ventana la claridad de las lejanas estrellas. Una lechuza chilló de pronto en la cumbrera; y escuchóse después el vuelo de sus alas por el vasto silencio. La mujer descendió del lecho, y gateando, salió. Las pupilas del pájaro nocturno brillaban en la ruta. Ellas la condujeron por sendas desconocidas, hasta una fuente de aguas clarísimas, donde la esperaba el amante, que así la arrancaba al hogar en pos de una quimera.

—Iremos hacia lo interior del bosque — sin duda la decía, en el quichua docto de las Salamancas... Marcharían hacia un rincón vedado, a la felicidad, a la riqueza, al placer; las hierbas les prestarían su tálamo, su dosel los follajes; pero antes debía dejar sus ojos en una reluciente caldera de magia, donde, al volver, los encontraría más luminosos y bellos.

Partieron. Ella iba ciega, las órbitas vacías; a las dos veras de la ruta se dilataba la breña, invisible para aquella infeliz, aunque ella oía, cual rumor de lejanas muchedumbres, el eco de los gárrulos follajes.

En el cielo todo era paz, envuelto el mundo en claridades de luna. Y junto a ella, en el cuerpo antes noble del mancebo, se hubiese reconocido ahora a Zupay; devuelto a su prístina forma de Sátiro.

❦ ❦ ❦

Horas después, el gaucho, despertándose, observó azorado la ausencia de la mujer querida. Incorporóse bruscamente, y turbado, sin rumbo, sin indicios que le aclararan el enigma, se lanzó a las tinieblas de la fronda. Vagabundeando al azar, llegó a la fuente. Algo pavoroso adivinábase allí. Y el hombre quedó espantado al reconocer los ojos de la esposa, brillando en la paila mágica. Los recogió, los examinó, y estrechándolos a su pecho, como quien defiende un tesoro, continuó por el bosque, abatido, iracundo, sospechando un crimen, y esperando en el alba, que iluminaría ante sus pasos algún cuadro de sangre.

❦ ❦ ❦

Antes del amanecer, regresó la pareja adúltera, y viendo Zupay que en la fuente faltaban las pupilas, huyó cobarde y despavorido, como temeroso de la próxima luz. Abandonada y ciega la otra, echó a correr por la espesura; y más tarde, una partida de meleros encontró su cadáver tendido a la sombra de colosales quebrachos. En tanto, el gaucho volvió a la choza, triste, aun en las manos las siniestras pupilas, y sin ventura para siempre, pues bajo el día que se levantaba en los cielos reconoció, en el espejo de esas pardas retinas, visiones denunciadoras de lujuria y de muerte.

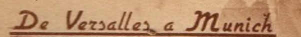
Hasta aquí la leyenda.

...Nada le resta, según se ve, de las tradiciones teológicas.

❦ ❦ ❦

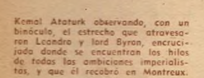
Cuando el pueblo tentaba a la virgen, la beata o la esposa, se le podía conjurar, no sólo por la señal de la cruz, sino por el nombre de los santos, las reliquias sacras, riegos y fumigaciones benditas, según fórmulas aconsejadas por los confesores. Empleábase unas veces talismanes de verbena, o palma-christi, o jaspe, o coral. Recurríase, otras, a incinerar en una marmita nueva composiciones de cinamomo, canela, áloe, nuez moscada, benjuí, etc., según el demonio fuese ígneo, aéreo, flemático, terrestre... ¿A qué seguir? La imaginación escolástica se perdía en su laberinto de casos, en su dédalo de previsiones. Los misioneros católicos lo enseñaron también al pueblo de la selva, pero nada de ello pudo sobrevivirles allá. Por eso en la leyenda referida sólo hallaríamos un leve fondo de sugestión moral. Tiene la fidelidad de la mujer, culto acendrado en aquellas primitivas regiones, y han querido castigar su infidencia la mente que la forjó y el labio que la repite, bajo los techos solariegos, en los sencillos hogares de la comarca.

(De *"El país de la selva"*).

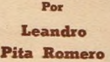


De Versalles a Munich

KEMAL ATATURK: el



Kemal Ataturk observando, con un binóculo, el estrecho que atravesaron Leandro y lord Byron, encrucijada donde se encuentran los hilos de todas las ambiciones imperialistas, y que él recobró en Montreux.



Por

Leandro Pita Romero

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Resurrección de un imperio

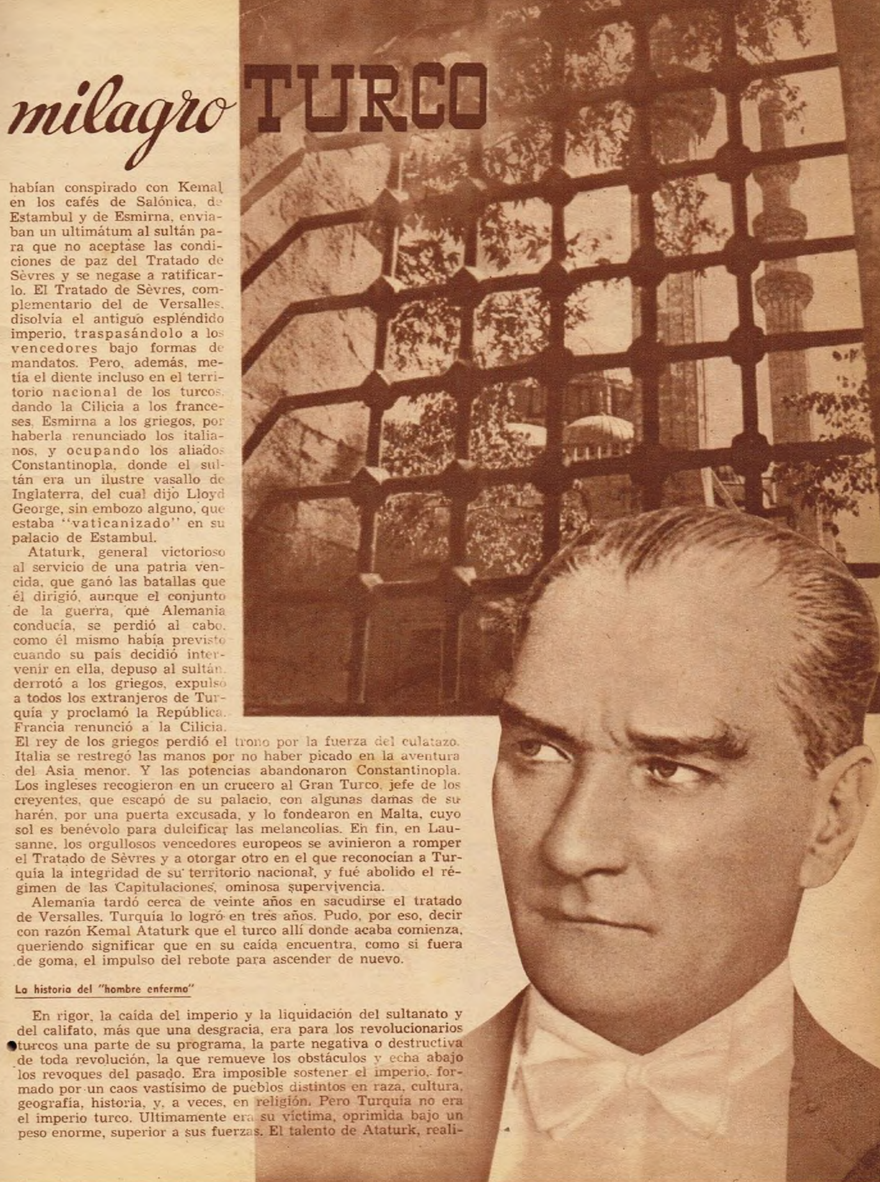
SI Francia, la Francia de hoy, visitada por la desgracia, necesitase alimentar sus esperanzas de resurrección con algún ejemplo cercano, tendría, en primer lugar, el suyo propio con sólo volver los ojos a 1870, cuando Gambetta desde Tours, como hoy Pétain desde Vichy, negociaba la restitución de París, punto de partida de la nueva etapa.

Pero si este ejemplo pareciese ya remoto, ahí está el de Turquía, tal como surgió en las manos de Kemal Ataturk. Y no cito a Alemania y a Rusia, caídas en la otra guerra, porque, si bien repuntaron con la energía que hoy se está viendo, hubo un período intermedio de desconcierto y de pesimismo en Alemania y de revolución en Rusia. En cambio, en Turquía, en el punto en que la derrota se hizo presente y todo el imperio otomano saltaba en pedazos, allí mismo Turquía recogíase en sí misma, bajo el mando de Ataturk, y recomenzaba. Un puñado de hombres, que

Abajo, a la izquierda, durante unas maniobras en Esmirna, el general triunfador de Gallípoli se muestra ya sin uniforme, cuando los dictadores europeos torturaban la imaginación de sus sastres en la preparación de peregrinos uniformes. A la derecha, Mustafá Kemal con su esposa, Latifeh Hanoum, en 1923.







milagro TURCO

habían conspirado con Kemal en los cafés de Salónica, de Estambul y de Esmirna, enviaban un ultimátum al sultán para que no aceptase las condiciones de paz del Tratado de Sèvres y se negase a ratificarlo. El Tratado de Sèvres, complementario del de Versalles, disolvía el antiguo espléndido imperio, traspasándolo a los vencedores bajo formas de mandatos. Pero, además, metía el diente incluso en el territorio nacional de los turcos, dando la Cilicia a los franceses, Esmirna a los griegos, por haberla renunciado los italianos, y ocupando los aliados Constantinopla, donde el sultán era un ilustre vasallo de Inglaterra, del cual dijo Lloyd George, sin embozo alguno, que estaba "vaticanizado" en su palacio de Estambul.

Ataturk, general victorioso al servicio de una patria vencida, que ganó las batallas que él dirigió, aunque el conjunto de la guerra, que Alemania conducía, se perdió al cabo, como él mismo había previsto cuando su país decidió intervenir en ella, depuso al sultán, derrotó a los griegos, expulsó a todos los extranjeros de Turquía y proclamó la República. Francia renunció a la Cilicia. El rey de los griegos perdió el trono por la fuerza del culatazo. Italia se restregó las manos por no haber picado en la aventura del Asia menor. Y las potencias abandonaron Constantinopla. Los ingleses recogieron en un crucero al Gran Turco, jefe de los creyentes, que escapó de su palacio, con algunas damas de su harén, por una puerta excusada, y lo fondearon en Malta, cuyo sol es benévolo para dulcificar las melancolías. En fin, en Lausanne, los orgullosos vencedores europeos se avinieron a romper el Tratado de Sèvres y a otorgar otro en el que reconocían a Turquía la integridad de su territorio nacional, y fué abolido el régimen de las Capitulaciones, ominosa supervivencia.

Alemania tardó cerca de veinte años en sacudirse el tratado de Versalles. Turquía lo logró en tres años. Pudo, por eso, decir con razón Kemal Ataturk que el turco allí donde acaba comienza, queriendo significar que en su caída encuentra, como si fuera de goma, el impulso del rebote para ascender de nuevo.

La historia del "hombre enfermo"

En rigor, la caída del imperio y la liquidación del sultanato y del califato, más que una desgracia, era para los revolucionarios turcos una parte de su programa, la parte negativa o destructiva de toda revolución, la que remueve los obstáculos y echa abajo los revoques del pasado. Era imposible sostener el imperio, formado por un caos vastísimo de pueblos distintos en raza, cultura, geografía, historia, y, a veces, en religión. Pero Turquía no era el imperio turco. Ultimamente era su víctima, oprimida bajo un peso enorme, superior a sus fuerzas. El talento de Ataturk, reali-

zador supremo de un pensamiento que nació cuando la rebelión de "los jóvenes turcos" consistió en liquidar lo accesorio y conservar lo entrañable, en dejar apartarse lo pegadizo y en supeditarlo todo a la sobrevivencia de la nación turca. Turquía, no el Imperio Otomano, se apretó contra sí misma, dispuesta a vivir, soltando en el naufragio todo el lastre de los pueblos islámicos, unidos por el débil hilo del califato. Y flotó ella misma, ella sola, la nación turca, con una voluntad inmensa y con unas condiciones de vida asombrosa, como enfermo al que se amputa el miembro infectado.

Así acabó la historia del "hombre enfermo", nombre con que un zar de Rusia designó a Turquía, cuando ya se olía su muerte y los llamados a la herencia se afilaban las uñas. En torno a estas suculentas testamentarías de los imperios agonizantes, los hambrientos herederos conciertan esas treguas o tratados de "statu quo", que consisten esencialmente en el compromiso de no empujar y de alinearse hasta que suene la señal de la largada. Esa era, más o menos, la llamada "cuestión de Oriente", respecto de Turquía, y cosa parecida era, respecto a China, la llamada "cuestión del Pacífico". Y algo por el estilo quería ser, respecto a España, la llamada "no intervención". Un conato de orden en las colas, momentos antes de alzarse los cierres de las tristes y codiciadas almonedas.

Pero la historia es tan chusca, que estos "enfermos" internacionales gozan a veces de tan buena salud como los muertos de que habla "Le monteur", de Corneille, y el "Don Juan", de Zorrilla. El único "hombre enfermo" que cayó ha sido el imperio austrohúngaro. Y en cuanto a Rusia, ¿quién le había de decir al autor de la tan traída y llevada frase, que no fué otro que Nicolás I, charlando una noche de sobremesa con el embajador de Inglaterra, sir Jorge Hamilton Seymour, que a la vuelta de menos de un siglo había de ser extinguida a tiros su dinastía en los fosos de Ekaterinenburgo?

Ni China, ni Turquía, ni España cayeron. Hay una casta de pueblos viejos y duros que engañan mucho a los doctores internacionales. Cuando parecen muertos abren un ojo y deciden seguir viviendo.

China, la "enferma" del extremo Oriente, es ahora la aliada más conspicua de las dos naciones más ricas de la tierra. Y Turquía, la "enferma" del cercano Oriente, y España, la "enferma" del Mediterráneo, como la llamó, con errado dictamen, una distinguida informante de la Fundación Rockefeller, están siendo cortejadas por todos los protagonistas mundiales, para que sigan quietas en su actual neutralidad o "no beligerancia".

Un general sin uniforme

La restitución de Turquía a los turcos, que el tratado de Lausanne consagró, haciendo trizas el de Sèvres, nombre de simbólica fragilidad, digno del más efímero de los pactos que siguieron a la guerra pasada, no fué para Ataturk sino el punto de partida para la prosecución de un asombroso y audaz programa de política interna y externa.

Se habla mucho en Europa de Hitler y de Mussolini como dictadores tipos. Pero ninguno de ellos llega a la altura de Ataturk en punto a obra cumplida. Hitler y Mussolini no han hecho ninguna revolución. Han preparado la guerra. Ataturk ganó en la guerra el prestigio y el territorio nacionales, y desde el poder se aplicó a una obra de paz, enormemente revolucionaria, pero pacífica. De tal modo pacífica, de tal modo civil, que para mejor marcar el paso de un poder ilimitado y cruel a un régimen público y responsable, él, el antiguo general que detuvo a los ingleses en Gallípoli y empujó a los griegos desde las orillas del Sakaria hasta el mar, al ascender a la suma magistratura popular se despojó de su uniforme, que no evocaba más que gloria, y se metió para siempre en aquellos "chaquets", "smokings" y fraques con que fué visto en todas partes y reproducido en cuadros, mármoles y fotografías, y que hacían del sucesor de Solimán un émulo del más discreto presidente de la República francesa, mientras todos los dictadores y aprendices de dictadores europeos, procedentes del periodismo, del proletariado, de la abogacía, etc., torturaban la imaginación de los sastres en el pergeño y confección de peregrinos uniformes.

En fin, el amor de Ataturk por la indumentaria sencilla era tal, que una de las proezas de su gestión fué el triunfo de la galera sobre el fez, y el destierro del velo femenino. Pedro el Grande, zar de todas las Rusias, no pudo rasurar las barbas de sus boyardos, y el buen Carlos III de España tuvo que desterrar a su Esquilache ante el pueblo de Madrid, amotinado por habérsele querido rebajar unos dedos a las capas y apuntar un poco los sombreros. En ese sentido, Ataturk fué el último y más afortunado de los déspotas ilustrados que conoció Europa.

¿Europa? Sí. Su Turquía, la Turquía vernácula y nacionalista que sucedió al imperio y al califato. La república laica, occidentalizada, engalerada y parlamentaria de Ataturk, es europea porque tomó los usos europeos y porque tiene todavía su pie en Europa, en el cachito de la Tracia, que sirve de acceso o vestíbulo a la dorada y gentil Bizancio. Pero ya no es allí, en esa ribera de Europa, donde se gobierna a Turquía, sino en Angora, especie de castillo natural, hecho con lava volcánica, en lo alto de la Anatolia, tierra de Asia. Ciudad pobre, ascética, inexpugnable, fué la capital de guerra de Ataturk, y siguió ya siéndolo en la paz. Cauta previsión que evita al gobierno de Turquía, en



Estampa de la vieja Turquía, que ahora, después de la milagrosa metamorfosis que la obra del "Ghazi" operara sobre ese país, sólo puede verse en una página de álbum.

una posible guerra, tener que ligar su suerte a la fortuna insegura de un lugar tan codiciado como Constantinopla.

El portero de los Estrechos

Ataturk no logró sólo acabar con la monarquía teocrática de Estambul y substituir el derecho de familia del Corán por algo tan prosaico como el Código civil suizo, expresión de la platitud burguesa trasplantada a la tierra de la poesía y la leyenda; no se limitó a imponer el idioma, un poco convencional, turco, frente al prestigio del árabe y del persa, y latinizar su escritura, y abrir las puertas de los serrallos y dar el voto a las mujeres, y destapar las imágenes de los muros de Santa Sofía. Además de todas esas cosas, que parecerían imposibles en el cercano tiempo de Abdul Hamid, Ataturk terminó su obra de dueño de casa recogiendo de los vencedores de 1920, otra vez, las llaves de los Dardanelos, ese charco de agua que enciende la sed imperial, ora de Rusia, ora de Inglaterra, ya de Alemania, ya de Italia.

Ese paso angosto, servidumbre entre dos mares, el mar Egeo y el mar Negro, es, desde la guerra de Troya — y ya ha llovido — un manantial de discordia que ha hecho derramar más sangre que el agua que lleva. En algún lugar es tan estrecho, que Leandro lo pasaba a nado para ver a la novia. Y si ustedes creen que esto es leyenda, ahí está Lord Byron, que no era un personaje fantástico, que también lo pasó a nado, por puro capricho, con mejor suerte que el infeliz amador de los tiempos clásicos. Pues bien: por monopolizar esas aguas, o tener en ellas trato preferencial, o simplemente disfrutar de su uso, han vivido en perpetuo recelo Rusia e Inglaterra, y últimamente por allí pasaba, en su marcha hacia el Este, la línea política de Alemania, a la que abría camino su proyectado ferrocarril de Hamburgo a Bagdad, diagonal de Europa. Y la propia Italia, desde sus nuevos miradores del Dodecaneso, acecha la entrada del Estrecho; y lo mismo Grecia, desde su archipiélago; y Bulgaria, desde su terraza de la Tracia. De este modo los Dardanelos y Constantinopla son la encrucijada en que se encuentran los hilos de todas las ambiciones imperialistas y de todas las ilusiones históricas de Occidente. Turquía había perdido la portería de esa faja de mar; le habían obligado a desmantelar las fortificaciones de sus riberas, cuyo fuego conocieron las huestes de Churchill en 1915. Pero en 1936 aprovechó Ataturk la crisis europea de la paz y la fiebre de armamentos que desató la militarización del Rin, y obtuvo en Montreux, con la ayuda de Rusia, de Inglaterra y de Francia, el rescate de su función natural de guardián de los estrechos. De nuevo se alzan allí los cañones de Turquía, y otra vez hay que pedirle permiso para cruzar. Por modo tal, la nación ayer humillada es en el mundo de hoy una primera potencia. Ese es el milagro que dejó cumplido Kemal Ataturk, el Ghazi.

* * *

Es fama que sus ojos azules, de fijo y extraño mirar, permanecieron insomnes la mayor parte de las horas de su vida, bien por las vigilias que su alto cargo le imponía, bien por las que regalaba a sus ocios en los *cabarets* turcos, que todas las crónicas aseguran que frecuentaba asaz. No le vendría mal, por tanto, que eso del sueño de la muerte fuese algo más que metáfora. Pero aun así mucho me temo que no le deje disfrutar del bien ganado descanso de ultratumba el alma irritada de Pierre Loti, cantor de la vieja Turquía de los califas, cuyos fantasmas ultrajados aún vagan en las noches bizantinas en la niebla dorada del Bósforo, donde surgen las flechas de los minaretes y las agudas cúpulas y las enhiestas torres, que Víctor Hugo se imaginaba como "una flota anclada que duerme". ◆

En el próximo número:
AUSTEN CHAMBERLAIN: EL DIPLOMATICO

COMO SE INICIARON EN LA LITERATURA...

María Rosa Oliver, Silvia Guerrico y

Por
Luisa Celia Soto
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
FOTOGRAFÍAS DE PEDRO CONESA

Con las contestaciones de las difundidas escritoras María Rosa Oliver, Silvia Guerrico y Margarita Villegas Basabilvaso, continuamos en este número la encuesta iniciada por LEOPLÁN en torno a la iniciación literaria de las principales figuras femeninas del ambiente literario local.

"TEATRO EXPRESIONISTA"

Es María Rosa Oliver uno de los valores más sólidos y ponderados del grupo de nuestras escritoras. Su labor es múltiple. Autora de ensayos y artículos de positivo mérito, es fundadora de la "Unión Argentina de Mujeres" y directora del teatro experimental "La Cortina".

Consecuente con su definida vocación intelectual, su iniciación en las letras reveló esta orientación desde su primer trabajo.

—Siempre fuí una entusiasta admiradora del teatro —nos declara María Rosa Oliver—. He seguido con verdadero interés las corrientes renovadoras que se han ido sucediendo en la escena europea. Llegado un determinado momento, sentí la necesidad de escribir algo sobre este asunto, y así fué cómo nació mi primer trabajo. Impulsada por el deseo de difundir entre nosotros algunos puntos de vista sobre el teatro europeo, escribí un ensayo sobre "Teatro expresionista", que se publicó.

—Y siendo un tema de tan rigurosa especialización, ¿no tuvo una resonancia especial este trabajo?...

—A raíz de su aparición conocí a los componentes del grupo "Martín Fierro", que capitaneaban Oliverio Girondo y Ricardo Güiraldes. Años después participé en la fundación de la revista "Sur", dirigida por Victoria Ocampo, una de las grandes propulsoras de la cultura de nuestro país. Y esto es todo lo que le puedo decir acerca de mis principios literarios...

CINCO PESOS POR UN CUENTO

La novela y el teatro radial son los dos géneros que con mayor fortuna ha cultivado hasta el presente la autora de "En mi vida estás tú", "Veinte poemas para una madrugada", "Un hombre y yo", etc., etc. Sin embargo, hay en Silvia Guerrico una activa periodista profesional, y es precisamente en este sector de su actividad donde ella realizó el trabajo inicial de su carrera. Además, cabe destacar que ha sido la fundadora y directora del primer diario oral radiotelefónico ("Cartel Sonoro").

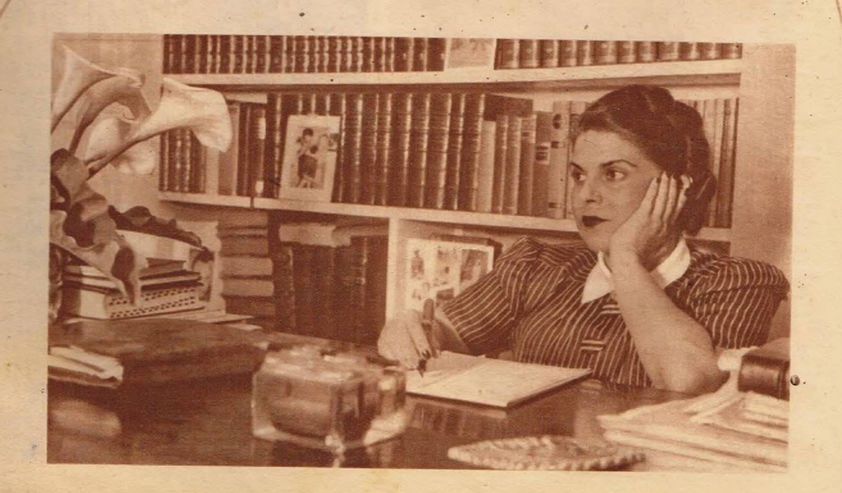
—Mi imaginación me impulsaba a dar forma a mis fantasías, y una natural impaciencia hacía que deseara ver publicado algún trabajo mío. En realidad, era una niña todavía. No había cumplido aún los doce años cuando escribí mi primer cuento, cuyo título no recuerdo ahora. Es probable que eligiera ese género por razones mismas de edad. ¿Qué otra cosa se suele leer a los once años, sino cuentos?...

—Y ese primer trabajo suyo, cuyo título no recuerda, ¿se ha perdido?...

—Lo he olvidado, pero no se ha perdido. Aunque era el trabajo de una criatura, mereció los honores de la publicación. Apareció en la revista "Mundo Uruguayo", de Montevideo, y hasta... ¡cobré cinco pesos por él!...

—¿Siguió escribiendo desde entonces?...

—No. Hubo un compás de espera que duró cuatro años.



Margarita Villegas Basabilbaso

A los diez y seis puede decirse que me volví a iniciar en el periodismo. Esta vez no fué un cuento, sino un reportaje que hice para el "Imparcial", otro diario de Montevideo. Se trataba de una entrevista a Evita Franco. Como todo repórter vanidoso, lo primero que hice fué comprarme una estilográfica. Cuando estuve frente a Evita Franco saqué mi estilógráfica. No sé lo qué me pasó; estaba tan nerviosa, que cuando me di cuenta tenía los papeles, las manos y hasta mi modesto vestido llenos de tinta...

"Fué un debut desdichado ante los ojos de la compañía y los míos. Pero ahora pienso que esto me da derecho a decir que mi primer trabajo periodístico "hizo correr mucha tinta". ¡Y eso, después de todo, no deja de ser un consuelo!..."

UN ORIGINAL... PELIGROSO...

Margarita Villegas Basabilbaso ha realizado una vasta obra literaria que se tradujo en numerosos cuentos, relatos y trabajos de imaginación. El teatro ha sido, no obstante, el campo de sus más señalados triunfos.



Entre otras obras teatrales es autora de "Hay un enfermo grave", "Un par de figuras", "El primer escalón", etc.

Su primer trabajo literario tuvo, precisamente, por destino la escena; hecho que no es nada frecuente entre las obras iniciales de las escritoras de nuestro país.

—En realidad —declara nuestra entrevistada—, si se hubiera cumplido la voluntad de mi familia, yo no sería escritora, sino música...

—¿...?

—Desde niña encontré en mi casa una decidida oposición para seguir estudios superiores, que era lo que yo quería. En cambio de ellos mis padres me pusieron a estudiar música.

"¡Cómo sería de rigurosa esta determinación, que solamente en los carnavales me permitían dedicarme a la lectura! Recuerdo con verdadero placer esos días de fiesta dedicados a la lectura entusiasta que tan buenas impresiones me han dejado...

—¿Y cómo hizo para dedicarse a las letras, disponiendo tan sólo de los días de Carnaval para entregarse a su afición favorita?...

—La oportunidad llegó de una manera un poco inesperada, indirecta. Después de mucho pedirlo, conseguí que mis familiares me dejaran inscribirme en los cursos de recitado del "Consejo de Mujeres". Allí fué donde, recitando textos escénicos, sentí despertar mi gran pasión por el teatro; pero no ciertamente como actriz, sino como autora...

—¿Tardó mucho en ensayar su fuerza?...

—Muy poco tiempo. Inmediatamente escribí mi primera pieza teatral, que se tituló "Hay un enfermo grave". Pero lo grave fué que yo, con el optimismo de mi inexperiencia, había hecho entrar en la obra... ¡nada menos que trece personajes!...

"Y como la obra se estrenó, aparte de lo fatídico del número del reparto, la cantidad hizo que se tuvieran que transformar en actores al traspunte, al apuntador y hasta a los maquinistas.

—¿En qué compañía se estrenó esta primera obra suya?...

—La estrenó la compañía de Ballerini y Blanca Podestá, en 1922, y la firmé con el seudónimo de Matilde Sageril.

—Y en el cuento y en el relato, ¿cómo se inició usted?

—Se celebraba un concurso de cuentos organizado por el Patronato de Leprosos. A mí se me ocurrió concurrir a él. Me dispuse, pues, a escribir mi cuento. Para darle ambiente y ajustarlo a la realidad, visité el hospital y observé a los enfermos...

"Tanto y tan bien me empapé del asunto, que escribí mi relato con una realidad absoluta.

"Grande fué mi sorpresa cuando días después me enteré que mi cuento había sido premiado. Pero mi asombro fué todavía mayor cuando supe que la comisión encargada de discernir las recompensas había enviado los originales a la cámara de desinfección, por considerar que ese cuento, tan lleno de realidad, ¡sólo podía haber sido escrito por un enfermo que se ocultaba tras un seudónimo!"... ◆

ACTUALIDADES

INAUGURACION DE DOS DISPENSARIOS


El doctor Rothe y miembros de la comisión directiva, durante la inauguración del dispensario.

Con asistencia del ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Guillermo Rothe, y otras autoridades, se inauguró recientemente en Buenos Aires, en un lucido acto público, un dispensario de la Mutualidad de dicho ministerio, simultáneamente con un sanatorio en Alta Gracia, Córdoba. El primero, cuyo costo es de 150.000 pesos, está dotado de clínica médica, sala de pulmón, rayos X, radioscopia, rayos ultravioleta, consultorio dental, farmacia y laboratorio; el segundo, en el cual se invirtieron 250.000 pesos, tiene capacidad para cincuenta internados en habitaciones particulares. La mutualidad, fundada en el año 1925, y cuya gerencia desempeña eficazmente el señor Francisco Tabacman, desarrolla una obra altamente social, contando en la actualidad con 17.000 asociados, a los que ha abonado un total de beneficios de 1.723.515 pesos.


Comisión directiva de la Mutualidad.


El sanatorio de Alta Gracia.


Don Francisco Tabacman, gerente de la Mutualidad.


Frente del dispensario.

GRAFICAS



FESTIVAL DE NAVIDAD. — En un simpático gesto, la Compañía Swift de La Plata, organizó, en vísperas de Navidad, un gran festival al aire libre en honor de sus empleados y familias, al que concurrieron no menos de 20.000 personas. La fotografía muestra un aspecto del mismo, durante el reparto de juguetes y golosinas a los niños.



JEFE DE POLICIA. — A raíz de la renuncia presentada por el capitán Juan C. Rosas, del cargo de jefe de policía de la Capital, acaba de ser nombrado en su reemplazo el general Domingo Martínez.

LITERARIAS.—María Alicia Domínguez, conocida poetisa y escritora argentina, cuyo último libro "La cruz de la espada", ha suscitado elogiosos comentarios de la crítica y prensa en general.



FIESTA INFANTIL. — Organizada por el Ateneo Renacimiento Español, llevóse a cabo en el club Sirio Libanés "Honor y Patria", una interesante fiesta infantil de Reyes, que contó con originales números de atracción, entre ellos funciones del teatro de títeres "El Guirigay", que dirige el Sr. A. Mejuto.



EL MUNDO COMERCIAL.—Con motivo de la inauguración de su nuevo local en la calle Santa Fe 802, que será la sede central para toda América, la Perfumería Dana ofreció un "lunch" festejando el doble acontecimiento. En la foto aparece el señor Javier Serra, presidente de la compañía, rodeado del personal superior de la misma.



HUESPED. — El ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay, doctor Luis Argaña, que, procedente de Asunción, en viaje a la capital del Brasil, se detuvo en Buenos Aires, donde fué objeto de numerosos agasajos.

UN CUENTO HUMORISTICO DE:

Mark Twain

Historia de





EXISTÍA en otro tiempo un niño malo, que se llamaba Jim. Ya sé que si hiciéramos una escrupulosa rebusca en los libros de lectura de las escuelas dominicales, encontraríamos que casi todos los niños malos se llaman James. Es un hecho extraño, pero es cierto. Este se llamaba Jim.

No tenía tampoco este niño una madre enferma, una pobre madre atormentada y tísica, que hubiera llamado con insistencia a la muerte, para descansar por primera vez en el sepulcro, si el gran amor que su hijo le inspiraba no le hiciera pensar a todas horas que, cuando ella faltase, el mundo trataría cruelmente al fruto de sus entrañas. Todos los niños malos de los libros de lectura de las escuelas se llaman James y tienen una madre que gimotea incesantemente: "Yo me voy de este mundo"; que cantan para dormir a sus hijos con voz queda y quejumbrosa y les besan con pálidos labios, ruegan a Dios que conceda feliz noche al niño, y se arrodillan al pie del lecho para llorar.

Nuestro niño malo era diferente. Se llamaba Jim. Y su mamá no padecía de tisis ni cosa por el estilo.

Antes por el contrario, era corpulenta y no tenía pesar ni daño que la atormentase. Otro rasgo distintivo de la tal mamá, era que se le daba una higa de lo que al muchacho pudiera ocurrirle, y en más de una ocasión se le oyó decir que si el chico se rompía la cabeza o se quebraba una pierna, maldita





Echó la brea en el pote, y la travesura le hizo mucha gracia, tanta gracia, que reía a carcajadas pensando en la cara que pondrían sus papás cuando fueran víctimas del criminal engaño infantil.

Cuando se descubrió la endiablada travesura, Jim juró y perjuró que no era obra suya aquel cambio; la mamá le pegó con severidad y el chico lloró como una Magdalena y berreó como un becerro más de una hora.

Como se ve en nuestra historia, no hay punto alguno de contacto con los cuentos de los niños malos de los libros infantiles.

Otro día, Jim trepó al manzano del granjero Acom para robar manzanas. La rama no se rompió. El niño no cayó del árbol y no se quebró brazo ni pierna alguna, ni fué acometido y destrozado por el perro del granjero, y, por consiguiente, no tuvo que estar varias semanas ni aun días en el lecho del dolor, ni tuvo por qué arrepentirse de su mala acción, ni por qué prometerse que en adelante sería bueno.

¡Oh, no! Tomó tantas manzanas como quiso, y descendió del árbol tranquilamente. El perro sí le salió al encuentro, pero Jim iba bien apercibido y se libró como un bravo de la acometida, descargando un ladrillo no liviano sobre el can.

Otra vez birló mañosamente el cortaplumas al maestro de escuela, y para que no le castigaran escondió el objeto en la gorra de Jorge Wilson, hijo de la pobre viuda de Wilson, el niño

un niño malo

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA






la cosa que se perdía. Lo mandaba a acostar, acompañando la orden con un cogotazo, y no hay noticias de que le besara ni una sola vez, ni de que se tomara el trabajo de pedir a Dios que concediera buena noche al chiquitín.

Un día, el niño malo robó la llave de la despensa, se entró en ella bonitamente, se comió una ración mas que mediana de confitura, y, para que su madre no descubriera la travesura, echó brea en el pote que había vaciado.

Y en aquel momento no le acometió ningún terrible sentimiento de pesar. No oyó ninguna voz interior que le dijera: "¿Has hecho bien desobedeciendo a tu mamá? ¿Dónde van los niños malos que se comen glotonamente la confitura materna?" Tampoco cayó de rodillas, atemorizado, ni se hizo la promesa de no volver a comer a escondite en la despensa; no se levantó del suelo con el corazón más aliviado por el arrepentimiento, para ir en busca de su madre y contarle lo ocurrido, pedirle perdón y recibir su bendición, que, según costumbre, ella le hubiera dado con los ojos preñados de lágrimas, que a impulso de la alegría brotan.

No. Eso es lo que hacen los otros niños traviesos, de que hablan los libros de las escuelas.

Pero cosa extraña, con Jim pasaron las cosas de otra manera. Se comió la confitura y no se le ocurrió más que decir que estaba buena.





aplicado y bueno del lugar, un buen muchacho que obedecía siempre a su madre y que no mentía jamás.

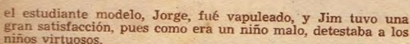
Cuando cayó el cortaplumas de la gorra del buen Jorge, y éste bajó la vista sorprendido y acosado, al propio tiempo que el maestro descargaba la palmeta sobre las temblorosas espaldas del inocente, no se vió aparecer un inesperado juez de paz de noble actitud y peluca blanca que detuviera al iracundo maestro, diciéndole: "No castigue usted a ese generoso y aplicado niño. He aquí al culpable. Yo pasaba casualmente por la puerta, y por feliz coincidencia lo he visto todo".

Y Jim no fué castigado, y el venerable juez no pronunció un sermón ante todos los muchachos emocionados hasta llorar, y no tomó a Jorge por la mano para declarar que un niño virtuoso y bueno como aquél merecía que se le rindiera homenaje; no le dijo tampoco que se fuera a vivir con él para barrer el despacho, preparar el fuego, cortar leña, estudiar leyes, ayudar a la esposa del juez en sus trabajos domésticos, quedando en libertad de jugar a lo que quisiera en los ratos de vagar, y teniendo la satisfacción de ganar cincuenta centavos al mes.

No. Esto hubiera sucedido así en los libros infantiles, pero no tratándose de Jim. No se presentó, ya lo he dicho, ningún juez intrigante y entremetido, para que lo echara a perder todo. Y







el estudiante modelo, Jorge, fué vapuleado, y Jim tuvo una gran satisfacción, pues como era un niño malo, detestaba a los niños virtuosos.

Un domingo, aunque Jim fué a dar un paseo en bote, le ocurrió una cosa muy extraña. No se ahogó.

Otra vez fué sorprendido por una tempestad un día que estaba pescando, y no le mató un rayo. ¡Es verdaderamente asombroso!

Podéis consultar uno a uno todos los libros de lectura de las escuelas, y no encontraréis una cosa semejante.

Allí veréis que los niños malos que pasean en barco los domingos, se ahogan irremisiblemente y que todos los niños traviesos a quienes sorprende una tempestad cuando están pescando en domingo, mueren infaliblemente carbonizados por un rayo.

Todos los botes que llevan niños malos en domingo, zozobran sin remisión. Y la tempestad estalla con furia en cuanto un niño malo se pone a pescar en dicho día.

El porqué y cómo se libró Jim de tan grave daño, es un misterio que no ha estado en mi mano descifrar.

Indudablemente había algo mágico y oculto en la vida de Jim. De todo salía con bien. Daba a un elefante de la colección zoológica tabaco en lugar de pan, y el elefante no le destrozaba





la cabeza. Iba a rebuscar en los armarios de su casa para buscar la botella de *pippermint*, y no tomaba por equivocación una botella de vitriolo. Usaba la escopeta de su padre para irse a cazar en sábado, y la escopeta no reventaba para destrozarle tres o cuatro dedos. Daba un puñetazo a su hermana en un momento de cólera, y la niña no enfermaba, para acabar muriendo murmurando dulces palabras de perdón que llenaban de angustia al arrepentido criminal. No; la niña recibió el porrazo, contestó con otro, lloriqueó, y nada más. Fué Jim a hacer un viaje, y cuando volvió no se encontró solitario en el mundo, ni los que le amaban habían tenido la mala ocurrencia de ir a gozar de la paz del cementerio, ni la casa que le vió nacer se había derrumbado, aplastando en su caída la lozana y verde viña, que hasta las viñas se pierden en los cuentos infantiles cuando llega la ocasión de castigar al travieso James.

Jim volvió contento y hasta borracho.

Después creció, tomó esposa y tuvo muchos hijos. Una noche cortó a todos la cabeza con un hacha, y se enriqueció por cuantos medios deshonrosos le infirió su travieso instinto.

En la actualidad es el más temible bribón de su aldea natal; todos le respetan, y forma parte de la intendencia. ◈



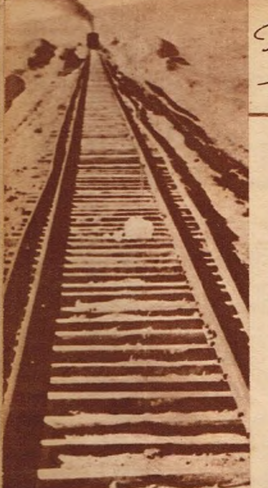
NOTICIA *URGENTE* para la

República de BOLIVIA

La Dirección General de las ESCUELAS ZIER de Buenos Aires, correspondiendo a la gentil preferencia y múltiples atenciones que en todo momento les dispensara la culta y estudiosa juventud boliviana, ha dispuesto instalar una Sucursal en LA PAZ, delegando oficialmente al Sr. Alberto R. Bouchez Graneros -quien ya se halla en aquella capital- para atender en forma directa y exclusiva a los numerosos alumnos residentes en el gran país amigo.

Al dar a conocer este nuevo progreso, las Escuelas Zier refirman sus tan conocidos propósitos de servir cada vez mejor y más eficientemente a sus alumnos y ex alumnos, en su marcha hacia el progreso.

LA PAZ



He aquí un tramo de vía del ferrocarril que une el Cáucaso con la Manchuria, y donde el fantasista de Cubañ se convirtió en Geroe Girsch, "valeroso" militar.

Recuerdos de la guerra ruso-japonesa

EL FALSO

Por el coronel del Ejército Imperial ruso

Simón de Kusakoff

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Geroe Girsch, cosaco

GEROE Girsch se llamaba el protagonista de este relato, cosaco del Cubañ, río del Cáucaso que da su nombre a la región.

Los cosacos que viven en dicha comarca llevan el nombre de cosacos del Cubañ, y por sus pintorescos atavíos son precisamente los elegidos para films que luego recorren el mundo y llegan a Buenos Aires, mostrándonos sus costumbres y particularidades.

No aparecen como pacíficos pobladores de esas novelescas regiones montañosas, sino más bien como pintorescos personajes de fantasía, habilísimos jinetes en constante ejercicio, y de una idiosincrasia especialmente teatral.

Por lo general, los habitantes de esos lugares, un poco encerrados en su topografía abrupta, aspiran a salir en busca de horizontes más amplios, y uno de los que había logrado realizar ese sueño era Geroe Girsch. Pero cuando se le preguntaba acerca de los motivos que lo alejaran de sus montañas, contestaba:

—Salí del Cubañ por motivos secretos, y me hice militar por razones también secretas.

En la mesa del comandante

Estaba a la sazón incorporado a las nuevas formaciones acantonadas en los puestos militares de la Manchuria. Era notable la predilección de los soldados y oficiales por la Manchuria; los sueldos eran allí mucho mejores que en cualquier otra región de Rusia; las asignaciones llegaban al triple de las que a igual jerarquía se asignaban en cualquier otro sitio.

Quizá por esta misma causa, el trámite para ingresar en tales cuerpos resultaba engorrosísimo; pero lo cierto era que nuestro protagonista había conseguido ingresar en el cuerpo manchuriano, obteniendo, a pesar de contar "sólo" 35 años de edad, el cargo de teniente comandante del escuadrón acantonado en Schianmiaudsi.

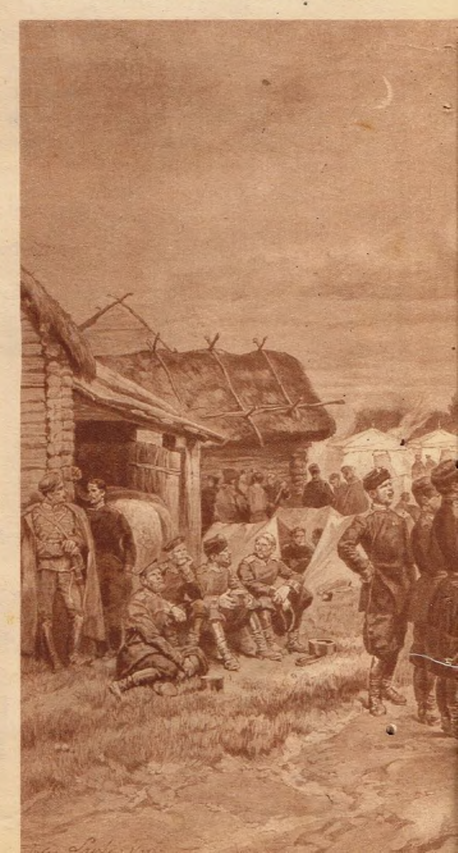
Era un hombre bello, elegante, rubio, de ojos azules y magníficos bigotes, siempre "chic", de maneras desenvueltas y gran don de gentes, dispuesto a contar en cualquier momento a sus subalternos narraciones de sus aventuras en el Cáucaso, y tales cuentos despertaban gran interés en su auditorio, por la aureola de misterio que envolvía aquella lejana comarca.

Como es costumbre en el cuerpo de oficiales, los que eran solteros comían en la mesa del comandante, y así, todos los días teníamos oportunidad de escuchar las aventuras y hazañas militares de nuestro jefe Geroe Girsch.

Debo agregar que, aunque en el Cáucaso no había habido guerras en los últimos tiempos, resultaba muy difícil poner en duda lo que afirmaba Girsch cuando en una admirable forma convincente narraba sus encuentros con turcos o con bandoleros de la estepa, en pequeñas escaramuzas o en legendarios combates.

Invierno manchuriano

Nosotros, los tres alféreces de su Estado Mayor, habíamos sido ya tan imbuídos de su propaganda, que considerábamos a nuestro comandante como un hombre de



COMANDANTE



Simón de Kusakoff, coronel del Ejército Imperial ruso, que intervino en el divertido episodio que se relata en esta nota, acompañado de su asistente.

pelo en pecho, al que cualquier emergencia lo encontraría en su puesto como un valiente. Si se agrega a eso una formidable colección de sables, alfanjes y otras armas típicas del Cáucaso, que guardaba como un tesoro y que siempre aprovechaba la ocasión para mostrárnoslas, se comprenderá que todo contribuía a que lo admiráramos y a que lo creyéramos un valeroso estratego.

Transcurrió el invierno manchuriano con sus espantosas ventiscas, frígido y barrido por las tormentas, elementos que había que desafiar en las largas excursiones a través de las

En sus momentos de ocio, los cosacos del Cáucaso, lugar de donde era originario el protagonista del presente relato, entonan y bailan danzas típicas como ésta.



El autor de este relato (x) aparece en la presente fotografía junto con otros oficiales de los cuerpos manchurianos, poco antes de la declaración de guerra por parte del Japón.

líneas fronterizas; y es de imaginarse el placer con que después de faenas tan rudas y fatigosas nos sentábamos en torno a la mesa redonda y cálida del cuartel a escuchar las charlas de nuestro comandante.

—Pues, sí, amigos — nos contaba —, me vi obligado a matar a mi enemigo, por razones de buena táctica y para librar de un peligro a mis compañeros de aventura...

¡Guerra!...

Monótona y cansadora se realizaba nuestra tarea, cuando un día, que no recuerdo bien si era el 5 de febrero de 1904, en el momento en que nos sentábamos a cenar, llegó un cablegrama anunciando que el Japón había declarado la guerra a Rusia. Fué aquella guerra provocada por las pretensiones de ambos países sobre Manchuria y Corea, y que terminó el 5 de septiembre de 1905, gracias a la intervención diplomática del presidente de los Estados Unidos, Teodoro Roosevelt.

—¿Quéee?... — exclamó el comandante, levantándose lentamente. Pero en seguida volvió a sentarse, serenándose. Y todos comprendimos que había llegado el momento culminante en que debía evidenciarse el valor y la destreza del gran Geroe Girsch.

Comenzó por arengarnos, amenazando terriblemente al enemigo.

—¡En nuestras manos vendrán a terminar esos temerarios japoneses!

Recuerdo como si fuera ayer sus gestos trágicos y la mímica con que acompañaba sus peroraciones. Más parecía un actor teatral declamando en el proscenio que un militar mesurado y técnico. Encontró que el ejército ruso tenía muy pocos soldados en esta zona.

—¡Nuestra histórica misión — declamaba — no puede limitarse solamente a guardar el ferrocarril! Nuestra misión es de más responsabilidad aun: ¡nos encontramos ante el deber moral de proteger los puentes, puntos vulnerables y estratégicos!...



Aquí se ve a los japoneses, poco antes del sorpresivo ataque

Considerando, pues, que ése era el lugar donde estaba el punto neurálgico de cualquier acometida por parte del enemigo, ordenó a su ayudante que pusiera en seguida una cama para él en el puente más cercano y que llevase allí su caballo.

—¡Eso es temerario, comandante! — le dijimos —. No queremos perder un gran jefe de esta manera. ¡Ir allí, es morir!...

—¡Ciertamente, bravos patriotas! — exclamó con hondo entusiasmo —. No iré hoy... ¡pero iré mañana!

Al día siguiente pudimos disuadirlo de nuevo. Pero él sacó su sable, y, acompañado de terribles ademanes, a pesar del fuerte calor reinante, nos endilgó un discurso guerrero que habría hecho temblar al Mikado del Japón, si éste lo hubiese oído.

El jefe desaparece

Así transcurrieron unas tres semanas, durante las cuales todas las noches Geroe Girsch era disuadido de realizar su temeraria aventura. Al fin, resolvió no ordenar que llevasen su cama de campaña al puente, y el día entero se lo pasaba frente al escuadrón, espetándonos discursos bélicos, haciendo ademanes y ordenándonos ejecutar ejercicio tras ejercicio y maniobra tras maniobra.

¡Pero un día se acabó la paz! Había llegado la oportunidad de atacar. Y ahí era



Esta casa, construída peligrosamente sobre el borde de una roca en erosión, es típica de la pintoresca región del Cáucaso.



...a Port Arthur, avanzando hacia la Manchuria, donde Girsch reveló su personalidad.

donde al fin habríamos de ver la hombría de nuestro comandante.

Los japoneses, luego de haber tomado por asalto las otras estaciones cercanas, estaban a la vista de nuestro puesto. Salir por la puerta de acceso al fuerte era imposible, y menos con la caballada, porque estábamos cubiertos por los fusiles de nuestros enemigos, que procuraban derruirla a tiros. En tal situación, el único recurso para salir y sorprender a los asaltantes consistía en romper una de las paredes del otro lado del fuerte, y de inmediato nos abocamos a la tarea, dejando transcurrir todo el día para que el éxito de nuestro contraataque fuera más seguro.

Cuando llegó el momento de emprender éste, no encontramos por ninguna parte a nuestro comandante. ¿Qué podría haberle sucedido? No había que perder tiempo si se quería tener perspectivas de éxito en una sorpresa, ¡y nuestro comandante había desaparecido! ¿Qué hacer? Uno de los oficiales de más edad, con el beneplácito de todos, tomó el mando del escuadrón. Y así, saliendo de improviso, atacamos al grupo de cazadores japoneses, ocasionándole un duro revés.

En el sótano, rezando

De regreso, lo primero que pensamos fué buscar a nuestro valiente comandante Girsch, que había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra. Furiosos, pensábamos aniquilar a los pocos soldados enemigos que habían escapado de nuestro ataque, creyendo que, posiblemente, alguna acción audaz e imprevista de nuestro jefe le habría llevado a aventurarse solo, encontrando la muerte entre los enemigos.

En eso estábamos, cuando llegó a nuestros oídos el llamado a gritos de un oficial:

—¡Aquí está! ¡Aquí está!... ¡Vengan a verlo!...

Corrimos todos en seguimiento del que había llamado.

—Lo descubrí cuando vine en busca de provisiones — nos explicaba éste mientras bajaba por la escalera del sótano —; lleguemos en silencio para sorprenderlo.

¡Qué cuadro el que vimos! El comandante Geroe Girsch, nuestro valiente comandante, estaba allí, de rodillas, ¡orando fervorosamente! Casi lo matamos.

Pero nos habríamos arrepentido. Cuando se instruyó el sumario del caso por orden de la Jefatura Principal del cuerpo, se pudo establecer que nunca el señor Geroe Girsch había sido militar, sino simplemente un artista de teatro en el Cáucaso; y que, habiendo fallecido en el larguísimo trayecto entre el Cáucaso y la Manchuria, un oficial llamado Girsch, aquél había usurpado su condición apoderándose de sus documentos, los que le sirvieron para ingresar en el cuerpo manchuriano en carácter de comandante.

La situación era confusa. Cómo las autoridades castigaron a este aventurero es cosa que no sé con exactitud, pero parece que fué confinado en la isla de Sakalin por diez años. Por mi parte, nunca más volví a tener noticias de tan pintoresco y curioso personaje. ◈



¿QUIERE USTED SER ARTISTA?

Ahora vamos a estudiar la técnica de engañar al público, haciéndole creer que estamos contentos y que experimentamos, por ejemplo, una agradable sorpresa, cuando en realidad nos duele algo y no nos sorprende nada. El hombre que figura en el grabado y que hace de zapatero, es el galán de la jovencita que aparece a su derecha, muy sonriente. Ella representa hacerse la sorprendida de encontrar en ese lugar a un zapatero que nunca había visto y que jamás habría podido imaginar encontrar en semejante lugar. El representa no ser zapatero y hacer de zapatero para sorprender a su amada. Ella se hace la sorprendida, no pudiendo "sorprenderse" mucho debido a la gran alegría que experimenta al reconocerlo a él en el seudozapatero. El muestra también gran alegría al ver que ella está contenta y aprueba su ingenio, que le ha servido para burlar la vigilancia de la familia y los enemigos... Pero en este momento, el artista, por más artista que sea, se pega un martillazo en un dedo, como se lo pegó el que figura aquí; y observe usted, señor discípulo, la cara de fiesta del seudozapatero; ¿quién diría que le están saliendo estrellas de un dedo? Y, también, en realidad, en el instante de tomar la presente foto, ella tiene apoyada la mano sobre una punta de clavo que sobresale de esa rústica madera; ¿y quién sospecharía, al verle la sonrisa, "franca" y "fresca", que está, *in mente*, dirigiendo rayos y truenos contra mí, que estoy detrás de la cámara y la obligo a representar tal papel sonriente? Son gajes del oficio, que si no son aprendidos y practicados hacen fracasar al artista. Usted, mi discípulo, comience desde ya a ensayar tal situación. Péguese un martillazo y sonría; si no le duele suficientemente, golpéese más fuerte, clávese un clavo o quémese con el cigarrillo, todo sin mover un músculo de dolor, siempre riéndose plácidamente, como si estuviera en el mejor de los cielos. Hágalo, hasta la próxima lección.

PROFESOR ROJAIJU

Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS.

EL DESPERTADOR AL TACTO

Lo que vamos a relatar le ocurrió al inventor estadounidense Salomón Axelrod. Quiso tener un despertador que lo despertara a él solo y no a su compañero de pensión, y lo inventó: un reloj pulsera que, en lugar de alarmar los ámbitos de la casa con el común



y "enervante" timbre que tienen todos los despertadores, golpeaba con un martillito la muñeca de su poseedor. El día del ensayo, a las 5 de la madrugada, Salomón fué despertado, según su imaginación de semidormido, por el caminar de una araña sobre su muñeca; dió un manotón tremendo, golpeando el lugar del despertador con tal fuerza, que el relojito quedó aplastado como si hubiera sido la araña. Y se acabó la invención.

Copla

El que juega a las damas
Al punto coma,
Porque si no el contrario
Llega y la sopla.
Me he descuidado
Y una que no tenía
Me la han soplado. –
K.

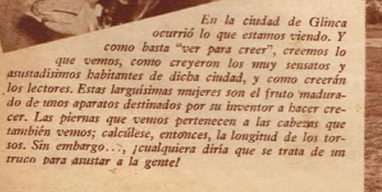
OJO POR OJO...



Por González Fossat.

NO TUVO INFANCIA

Herminio Lopardo, llamado "Sevilla", es un hombre que no tuvo infancia. Y un buen día agarró con rabia un buril, poniéndose a trabajar con tal ahinco que la familia quedó en éxtasis contemplativo. Hasta que de la piedra ¡salió un pato! Encontró otra piedra ¡y de ella sacó otro pato! Siguió sacando patos el hombre, hasta que puso punto final con una gaviota. Después compró pinturas y los pintó con colores naturales; luego de todo lo cual se sentó a jugar. Cuando le mandamos el fotógrafo, todavía estaba jugando, en Morón, escondido en una peluquería. A estas horas no sabemos si es de los que están o si es de los que son.



HABITANTES EN MARTE



Cuando Schiaparelli descubrió los canales de Marte, el mundo cambió de filosofía, porque ya había encontrado base para algo más amplio y diferente. Luego, al principio de este siglo, se descubrió que los presuntos canales de Marte no eran sino una ilusión óptica, y volvió a modificarse la filosofía de la Tierra. Ahora, según las últimas observaciones, en julio de este año, con Marte a corta distancia, resulta que hay allí frondosa vegetación, buena atmósfera y excelente ambiente para la vida animal, cosa que sin duda existe en Marte desde hace rato. Y si hay allí, también hay en muchísimas otras partes; nosotros somos un poroto. A cambiar, pues, otra vez la filosofía...

PRIMERA CONFESION

Uno de nuestros más conocidos prelados, muy popular en Buenos Aires por las obras de caridad que realiza, hallábase, en ocasión de celebrarse la fiesta patria del 9 de Julio, en casa de unos amigos. Se hablaba de recuerdos de la juventud.

—Cuando llegué a este bendito país —dice monseñor—, la primera confesión que escuché fué la de un ladrón.

En ese momento entra en la sala otro de los invitados, conocido político de una provincia del norte, quien al ver al sacerdote, exclama:

—¡Cuánto placer, padre! ¿Usted por aquí? Hace años que no nos vemos. ¿Recuerda? Yo fuí su primer penitente en la Argentina.

El político, ignorante de la declaración del prelado, sigue concurriendo a casa de los amigos, que, seguramente, estarán ansiosos de saber cómo será su última confesión...

MUJERES - SALCHICHA



En la ciudad de Glinca ocurrió lo que estamos viendo. Y como basta "ver para creer", creemos lo que vemos, como creyeron los muy sensatos y asustadísimos habitantes de dicha ciudad, y como creerán los lectores. Estas larguísimas mujeres son el fruto madurado de unos aparatos destinados por su inventor a hacer crecer. Las piernas que vemos pertenecen a las cabezas que también vemos; calcúlese, entonces, la longitud de los torsos. Sin embargo...?, ¡cualquiera diría que se trata de un truco para asustar a la gente!

ni ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

MENUS A DOMICILIO

Parece ser que en los Estados Unidos existe una verdadera organización destinada a reducir al mínimo las molestias de la vida doméstica. Allí todo, o casi todo, se hace mecánicamente y los alimentos se venden en su mayoría envasados. Ahora, por si eso fuera poco, una nueva compañía se ocupa de enviar menús confeccionados, por semana o por mes, a las amas de casa que no deseen ocuparse de tan molesto detalle. A ese paso, el hogar se va a convertir, allá, en una verdadera fábrica automática...

REGALO DE BODAS



Et.—Mira qué cuadro más apropiado para regalarle a Ernesto el día de su boda.

EL PESCUEZO DE "EL SECRETARIO"

"El secretario" es un ave zancuda, del sur de Africa, gran cazadora de serpientes. Hace poco ocurrió con esta ave un hecho que fué difundido por todo el continente negro a tambor batiente. Un colono de la región sorprendió en la playa un "secretario", y con un golpe de machete le cortó el pescuezo. ¡Y cuál no sería el susto del colono al ver que al "secretario" le salía otro pescuezo con otra cabeza! Escapó dando gritos, y regresó al lugar acompañado por una multitud. Pero encontraron al ave por tierra y sin su pescuezo. Un sabio dió con la solución: el pájaro acababa de tragarse entera a una serpiente, y fué ésta la que el colono vió salir a manera de pescuezo de repuesto.



VIENE DE MAHOMA

Mahoma tuvo una hija; ésta tuvo un hijo; y este hijo otro, el cual tuvo otro, y éste otro, hasta que nació Huesin-lon-Alí, que fué rey de Hedjaz; y el hijo de éste anda ahora en automóvil por la Transjordania, donde es emir, y se llama Abdullah-ibn-Husein. Le da por la velocidad, y corre carreras siempre que puede; es un digno descendiente directo de Mahoma; está con su época. Además cría camellos finos y juega al ajedrez, gustos que, seguramente, le vienen por herencia. Claro que descendientes directos de Mahoma andan por el mundo más de mil; sólo que ninguno tiene la suerte de Abdullah-ibn-Husein.

PARA ESO

Máximo Bontempelli encuentra en la calle a su amigo Hugo Ceseri, quien, después de una corta conversación, le dice:

—¿Me da un cigarrillo, Máximo?

—Imposible, amigo. He decidido no comprar más.

—¡Vaya! ¿Y por qué?

—Hombre, pues, para hacerle dejar el vicio...

YA HABIA ESTADO

Un inglés encuentra en Venecia a un escocés amigo suyo.

—¿Qué haces aquí, Jim? ¿Has venido a las fiestas?

—¿A las fiestas? No; ¡he venido en viaje de bodas!

—¿De veras? ¡Mis felicitaciones, entonces. Y tu mujer, ¿dónde está?

—Se ha quedado en Escocia; ella ya estuvo aquí cuando era chica...

No era "gallina"

Preso y doliente el célebre Quevedo,
De aguda enfermedad convalecía,
Y el abad de San Marcos le brindaba
Caldo de transparencia cristalina.
—¡Valiente caldo!— exclama don Francisco—
—¡Valiente, bravo caldo!— repetía
—¿Por qué es valiente?— le preguntó el monje
—Por que no tiene nada de "gallina".

PROVERBIO HINDU

Cuando saborées una fruta, piensa con gratitud en quien plantó el árbol.

POLICIA IDEAL

El gran físico Nicasio Planto acaba de idear algo inimaginable: un muñeco policía. En un ensayo se le apretó un botón (como al antiguo "muñeco de don Pucho") ante un ladrón que se fugaba, y el policía salió tras él. Al ser alcanzado, el ladrón le pegó cuatro tiros... como si nada. Entonces se metió en un ascensor, cerró a tiempo y bajó seis pisos; el muñeco se tiró por la ventana, lo esperó y lo atrapó a la salida del ascensor. Don Nicasio Planto nos jura y rejura que fué así; pero nosotros, que somos tan inventores como él, le contestamos, muy inteligentemente: "¡Ver para creer, como dijo el otro!".

ALUMNA DE TOTA VONPA

La niñita Luisita Tranta es una de las alumnas más aventajadas de la gran instructora de "línea elegante", señorita Tota Vonpa, que en los números anteriores ha venido dando un valiosísimo curso de silueta, llamado: "Hacia la silueta ideal", gracias al cual hoy andan muchas esbelteces sueltas por la calle. La niña Tranta se muestra aquí en uno de los ejercicios impuestos por la hermosa y sabia Tota Vonpa; ya ha bajado diez kilos, y piensa bajar más. Nosotros le aconsejamos que no lo haga; correría el riesgo de desaparecer, porque las prácticas de Tota Vonpa son terribles y sólo aplicables a gente gigantesca.

ELLA Y EL GATO



Catalina Grayson protestó y dijo:

—¿A mí?, ¡con el gato! No he encontrado en el mundo nada mejor. El gato es sincero, se frota contra uno porque le gusta a él y no para ganarse las simpatías de su dueño; cuando se lo mima, ronronea; cuando se lo castiga, araña o muerde, y cuando tiene hambre pide, sin mover la cola y sin mentir amabilidades... como hacen los hombres. De modo que no quiero "amigos" hombres; éstos sólo sirven para casarse con ellos y divorciarse en seguida; el gato sí, es el perfecto amigo.

Dejemos, pues, a esta artista de la Metro con sus ideas... no del todo desprovistas de buen sentido.

Un cuento fantástico de ***JULIO VERNE***

EN EL SIGLO

LA JORNADA DE UN PERIODISTA

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

(Este trabajo apareció publicado por vez primera en febrero de 1889.)

Los hombres de este siglo XXIX viven en medio de una hechicería continua, sin parecer darse cuenta de ello; abrumados de maravillas, permanecen fríos e indiferentes ante las que el progreso les aporta cada día; todo les parece natural; si la comparasen con el pasado, apreciarían mejor nuestra civilización y se darían cuenta del camino recorrido. ¡Cuánto más admirables les parecerían nuestras ciudades modernas, con calles de cien metros de anchas, con casas de trescientos metros de altura, con la temperatura siempre igual y surcado el cielo por millares de aerocoches y aeroómnibus!

Al lado de nuestras ciudades, cuya población llega a veces a diez millones de habitantes, ¿qué eran aquellos villorrios, aquellas aldehuelas de hace mil años, aquellos París, aquellos Londres, aquellos Berlín, aquellos Nueva York?: poblaciones mal aireadas y sucias, por las que circulaban cajas saltonas arrastradas por caballos — ¡sí, sí, caballos; casi parece imposible creerlo! — Si se representasen el defectuoso funcionamiento de los *paquebots* y los caminos de hierro, sus frecuentes colisiones y, al propio tiempo, su lentitud, ¡qué valor no concederían los viajeros a los aerotrenes, y, sobre todo, a esos tubos neumáticos arrojados a través de los océanos, y en los cuales se les transporta con una velocidad de mil quinientos kilómetros por hora! ¿No se gozaría, finalmente, más del teléfono y del teléfoto, diciéndose que nuestros padres se veían reducidos a aquel aparato antediluviano que llamaban ellos el *telégrafo?*

¡Cosa extraña! Estas sorprendentes transformaciones reposan sobre principios perfectamente conocidos de nuestros abuelos, quienes, por decirlo así, no sacaban de ellos ningún partido; en efecto: el calor, el vapor, la electricidad, son tan viejos como el hombre; ¿no afirmaban ya los sabios a fines del siglo XIX que la única diferencia entre las fuerzas físicas y químicas reside en un modo de vibración propio a cada una de las partículas etéricas?

Toda vez que se había dado ese paso enorme de reconocer el parentesco de todas esas fuerzas, es verdaderamente inconcebible que haya sido menester tanto tiempo para llegar a determinar cada uno de los modos de vibración que las diferencian; es extraordinario, sobre todo, que el medio de pasar directamente de una a otra y de producir las unas sin las otras, haya sido descubierto tan recientemente.

Así, sin embargo, es como han pasado las cosas, y tan sólo en 2790, hace cien años, fué cuando el célebre Oswald Nyer llegó a ello.

¡Un verdadero bienhechor de la Humanidad fué este grande hombre! Su invento genial fué el padre de todos los demás; una pléyade de inventores brotó de ahí hasta llegar a nuestro extraordinario James Jackson.

A este último es a quien debemos los nuevos acumuladores, que condensan, los unos, la fuerza contenida en los rayos solares; los otros, la electricidad almacenada en el seno de nuestro globo, y aquéllos, en fin, la energía procedente de una fuente cualquiera, saltos de agua, vientos, arroyos y ríos, etc. De él nos viene, igualmente, el transformador que, obedeciendo a la orden de una sencilla manivela, toma la fuerza viva en los acumuladores y la devuelve al espacio bajo forma de calor, de luz, de electricidad, de potencia mecánica, después de haber obtenido el trabajo deseado.

Sí, del día en que fueron imaginados esos dos instrumentos es de cuando data verdaderamente el progreso; ellos han dado al hombre una potencia casi infinita; sus aplicaciones no pueden ya contarse.

Al atenuar los rigores del invierno por la restitución del sobrante de los calores estivales, han revolucionado la agri-

XXIX

AMERICANO EN EL AÑO 2889



cultura; suministrando la fuerza motriz a los aparatos de navegación aérea, han permitido al comercio tomar un soberbio impulso; a ellos se deben la producción incesante de electricidad sin pilas ni máquinas, la luz sin combustión ni incandescencia, y en fin, esa inagotable fuente de energía que ha venido a centuplicar la producción industrial.

Pues bien: el conjunto de esas maravillas vamos a encontrarlo en un hotel incomparable — el hotel del *Earth Herald* — recientemente inaugurado en la 16.823 avenida.

Si el fundador del *New York Herald*, Gordon Benett, volviese a nacer hoy, ¿qué diría al ver ese palacio de mármol y de oro, que pertenece a su ilustre nieto Francis Benett?

Treinta generaciones se han sucedido, y el *New York Herald* se ha conservado en esta familia de los Benett; hace doscientos años, cuando el Gobierno de la Unión fué trasladado de Wáshington a Centrópolis, el diario siguió al Gobierno — a menos que no fuera el Gobierno quien siguiese al diario — y tomó por título *Earth Herald*.

Y no se crea que haya peligrado bajo la administración de Francis Benett, no; su nuevo director iba, por el contrario, a darle una potencia y una vitalidad sin iguales, inaugurando el periodismo telefónico.

Conocíase este sistema, hecho práctico por la increíble difusión del teléfono; todas las mañanas, en vez de ser impreso, como en los tiempos antiguos, el *Earth Herald* es hablado; en una rápida conversación con un *repórter*, con un hombre político o con un sabio, es como los abonados se enteran de lo que les interesa o puede interesarles; cuanto a los compradores de números sueltos, se sabe que, por algunos céntimos, conocen el ejemplar del día en innumerables gabinetes fonográficos.

Esta innovación de Francis Benett galvanizó el viejo periódico; en pocos meses su clientela se elevó a ochenta y cinco millones de abonados, y la fortuna del director se elevó también, progresivamente, hasta treinta mil millones, rebasados con mucho en la actualidad; gracias a esta fortuna, Francis Benett ha podido construir su nuevo hotel, colosal edificio de cuatro fachadas, que mide cada una tres kilómetros, y cuyo techo se cobijó bajo la bandera setenta y cinco veces estrellada de la Confederación.

A estas horas, Francis Benett, rey de los periodistas, sería el rey de las dos Américas, si los americanos pudiesen alguna vez aceptar un soberano cualquiera. ¿Lo dudáis?... Pues sabed que los plenipotenciarios de todas las naciones, y nuestros mismos ministros, se atropellan a su puerta, mendigando sus consejos, solicitando su aprobación, implorando el apoyo de su omnipotente órgano. ¡Contad los sabios a quienes alienta, los artistas que mantiene, los inventores que subvenciona!

¡Fatigosa realeza la suya, trabajo sin descanso, y a buen seguro que un hombre de otros tiempos no habría podido resistir semejante labor cotidiana; por fortuna, los hombres de hoy son de constitución más robusta, merced a los progresos de la higiene y de la gimnástica, que de treinta y siete años han hecho subir el término medio de la vida humana a sesenta y ocho, merced asimismo a la preparación de los alimentos asépticos, en espera del próximo descubrimiento del aire nutritivo, que permitirá alimentarse... sin más que respirar.

Y ahora, si os place conocer todo lo que lleva consigo la jornada de un director del *Earth Herald*, tomaos la molestia de seguirle en sus múltiples ocupa-

ciones, hoy mismo, el 25 de julio del presente año de 2889.

Francis Benett despertó esta mañana de bastante mal humor; ocho días hace que su mujer está en Francia, y se encuentra un poco solo. ¿Se creerá? En los diez años que llevan de casados, es ésta la primera vez que Mrs. Edith Benett, la *Profesional Beauty*, se ausenta por tanto tiempo; de ordinario, dos o tres días le bastan para sus frecuentes viajes a Europa, y más particularmente a París, donde va a comprarse sus sombreros.

En cuanto despertó Francis Benett hizo funcionar su fonoteléfoto, cuyos hilos llegan hasta el hotel que posee en los Campos Elíseos.

El teléfono completado por el teléfoto: ¡otra nueva conquista de nuestra época! Si la transmisión de la palabra por medio de las corrientes eléctricas es ya muy antigua, es sólo de ayer el poder transmitir asimismo la imagen; magnífico descubrimiento, a cuyo inventor no fué, seguramente, el último en bendecir Francis Benett cuando vió a su mujer reproducida en un espejo telefótico, a pesar de la enorme distancia que de ella le separaba.

¡Encantadora visión! Un poco fatigada del baile o del teatro de la víspera, Mrs. Benett se hallaba todavía en cama; aun cuando en París sea cerca del mediodía, sigue durmiendo, apoyada en la almohada su hermosa cabeza.

Mas he aquí que se agita... Sus labios tiemblan... ¿Soñará por ventura?... Un nombre se escapa de su boca: "¡Francis!... ¡Mi querido Francis!"

Su nombre, pronunciado por aquella dulce voz, ha mejorado un tanto el humor de Francis Benett; no queriendo despertar a la linda durmiente, salta con rapidez fuera del lecho y penetra en su vestidor mecánico.

Dos minutos después, sin haber tenido que recurrir a la ayuda de un criado, la máquina lo depositaba lavado, afeitado, calzado, vestido y abotonado de arriba abajo, en el umbral de sus oficinas.

La labor coti...
men...



notizador... ¿Eh?... ¿Dice usted que ya lo hace?... ¡Pues entonces no es lo bastante, no es lo bastante!

Dada esta leccioncita, Francis Benett prosigue su inspección, y penetra en la sala de los *repórters*.

Sus mil quinientos *repórters*, colocados ante un igual número de teléfonos, comunicaban entonces a los suscriptores las noticias recibidas durante la noche de los cuatro puntos cardinales; la organización de este incomparable servicio ha sido muchas veces descrita. Además de su teléfono, cada *repórter* tiene ante sí una serie de conmutadores, que le permiten establecer la comunicación con tal o cual línea telefótica; tienen, pues, los abonados, no solamente el relato, sino la vista de los sucesos; cuando se trata de un suceso pasado ya, en el momento de relatarlo se transmiten sus fases principales obtenidas por medio de la fotografía intensiva.

Francis Benett interpela a uno de los diez *repórters* astronómicos, servicio éste que se aumentará con los recientes descubrimientos en el mundo estelar.

—Y bien, Cash, ¿qué ha recibido usted?

—Fototelegramas de Mercurio, de Venus y de Marte, señor.

—¿Interesante este último?...

—Sí; una revolución en el Imperio Central, en beneficio de los reaccionarios liberales contra los republicanos conservadores.

—¡Como entre nosotros, entonces!... ¿Y de Júpiter?...

—¡Nada aun!... No conseguimos comprender las señales de los Jovianos... ¿No les llegarán las nuestras?...

—¡Eso le corresponde a usted y yo le hago responsable de ello, señor Cash! —respondió Francis Benett, que, muy descontento, se dirigió a la sala de redacción científica.

Inclinados sobre sus contadores, treinta sabios se absorbían en ecuaciones del grado noventa y cinco; hasta algunos de ellos se debatían en medio de fórmulas del infinito algebraico, y del espacio de veinticuatro dimensiones, como un chico de la escuela con las cuatro reglas de la Aritmética.

Francis Benett cayó entre ellos a la manera de una bomba.

—Y bien, señores, ¿qué me dicen? ¿Ninguna respuesta de Júpiter?... ¡Siempre va a ser lo mismo!... Veamos, Corley, después de veinte años que usted huronea en ese planeta, me parece...

—¡Qué quiere usted, caballero! —respondió el sabio interpelado —. Nuestra óptica deja aún mucho que desear, y hasta con nuestros telescopios de tres kilómetros...

...ye usted Peer? — interrumpe Francis Benett dirigiéndose al ... de Corley —. ¡La óptica deja que desear! Esa es su especialidad, ... ¡Meta lentes, qué diablo, meta lentes!

..., volviéndose a Corley:

... a falta de Júpiter, ¿obtenemos al menos algún resultado del ...a Luna?...

...oco, señor Benett, tampoco.

...¡Esta vez no acusará usted a la óptica! La Luna está seis...es menos alejada que Marte, con el cual, sin embargo, nues... de correspondencia se halla establecido con toda regula...o son los telescopios los que faltan!...

...o son los habitantes! —respondió Corley con una fina ...sabio trufado de X X.

... usted a afirmar que la Luna está deshabitada?

—Al menos, señor Benett, en la cara que ella nos presenta; ¿quién sabe si del otro lado...?

—Pues bien, Corley: hay un medio muy sencillo de asegurarse de ello...

—¿Y cuál?...

—El de dar la vuelta a la Luna.

Y ese día, los sabios de la fábrica Benett investigaron los medios mecánicos que debían producir la vuelta de nuestro satélite.

Por lo demás, Francis Benett tenía motivos para hallarse satisfecho; uno de los astrónomos del *Earth Herald* acababa de determinar los elementos del nuevo planeta Gandini.

A doce trillones, ochocientos cuarenta y un billones, trescientos cuarenta y ocho millones, doscientos ochenta y cuatro mil seiscientos veintitrés metros y siete decímetros, es como este planeta describe su órbita en torno del sol, en quinientos setenta y dos años, ciento noventa y cuatro días, doce horas, cuarenta y tres minutos, nueve segundos y ocho décimas de segundo.

Francis Benett quedó encantado ante esta precisión.

—¡Muy bien! —exclamó—. Apresúrese a informar al servicio de *repórters;* ya sabe usted con cuánta pasión sigue el público esas cuestiones astronómicas; deseo que la noticia aparezca en el número de hoy.

Antes de dejar la sala de *repórters,* Francis Benett se dirigió hacia el grupo especial de los *interviewadores,* interpelando al que estaba encargado de los personajes célebres.

—¿Ha *interviewado* usted al presidente Wilcox? —preguntó.

—Sí, señor Benett, y en la columna de las informaciones publico que, decididamente, de lo que padece es de una dilatación del estómago y que se entrega a los lavados túbicos más concienzudos.

—Bien; ¿y el asunto del asesino Chapmann?... ¿Ha *interviewado* usted a los jurados que deben formar el Tribunal?

—Sí, y todos se hallan de acuerdo sobre la culpabilidad, de tal suerte que el asunto no será siquiera enviado ante ellos; el acusado será ejecutado antes de ser condenado.

—¡Perfectamente!... ¡Perfectamente!

La sala adyacente, vasta galería de medio kilómetro de larga, estaba consagrada a la publicidad; y fácil es de imaginar lo que es la publicidad de un diario como el *Earth Herald;* produce, por término medio, tres millones de dólares; merced, por lo demás, a un ingenioso sistema, una parte de esta publicidad se propaga bajo una forma absolutamente nueva, debida a un privilegio de invención comprado por tres dólares a un pobre diablo que se murió de hambre.

Consiste en inmensos carteles reflejados por las nubes, y cuya dimensión es tal, que pueden ser vistos desde toda una región. En aquella galería, mil proyectores estaban, sin cesar, ocupados en enviar a las nubes, que los reproducían en color, esos anuncios verdaderamente desmesurados.

Pero este día, cuando Francis Benett entró en la sala de publicidad, vió que los mecánicos estaban cruzados de brazos al lado de sus proyectores inactivos; se informa... Por toda respuesta se le muestra el cielo, de un azul purísimo.

—Sí... Hermoso tiempo —murmuró—. Y ninguna publicidad aérea posible... ¿Qué hacer? Si no se tratase más que de lluvia, podría producirse; pero no es lluvia, son nubes lo que nos hace falta...

—Sí, hermosas nubes, bien blancas —respondió el mecánico jefe.

—Pues bien, señor Samuel Mark, se dirigirá usted a la redacción científica, servicio meteorológico, y le dirá de mi parte que se ocupe activamente en la cuestión de las nubes artificiales; ¡no se puede, realmente, estar así, a merced del buen tiempo!

Después de haber dado fin a la inspección de las diversas ramas del periódico, Francis Benett pasó al salón de recepción, donde le aguardaban los embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados cerca del Gobierno americano, y que iban en busca de los consejos del omnipotente director.

En el momento de penetrar Francis Benett en el salón, se discutía con bastante animación y vivacidad.

—Perdóneme vuestra excelencia — decía el Embajador de Francia al Embajador de Rusia —, pero no veo que haya nada que cambiar en el mapa de Europa; ¡el Norte para los eslavos, sea; pero el Mediodía para los latinos! ¡Nuestra común frontera del Rin me parece excelente! Por lo demás, sépalo, mi Gobierno resistirá a cualquier empresa que se intente contra nuestras prefecturas de Roma, de Madrid y de Viena.

—¡Bien dicho! —dijo Francis Benett interviniendo en el debate—. ¿Cómo, señor Embajador de Rusia, no está usted satisfecho de su vasto Imperio, que desde las orillas del Rin se extiende hasta las fronteras de la China; un Imperio cuyo inmenso litoral bañan el Océano Glacial Artico, el Atlántico, el Mar Negro, el Bósforo, el Océano Indico? Y luego, ¿a qué esas amenazas? ¿Es posible la guerra con los inventos modernos, esos obuses asfixiantes, que se envían a distancias de cien kilómetros; esas chispas eléctricas, de veinte leguas de largas, que pueden, de un solo golpe, reducir a la nada a todo un cuerpo de ejército, y esos proyectiles que se cargan con los microbios de la peste, del cólera, de la fiebre amarilla, y que destruirían una nación entera en pocas horas?

—Ya lo sabemos, señor Benett — respondió el Embajador de Rusia —, pero no siempre puede hacerse lo que se quiere... Empujados nosotros mismos por los chinos sobre nuestra frontera oriental, necesita-

mos, cueste lo que cueste, intentar algún esfuerzo hacia el Oeste...

—¿No es más que eso, señor? — repuso Francis Benett en tono protector —. Pues bien: ya que la prolificidad china constituye un peligro para el mundo, pesaremos sobre el Hijo del Cielo; será menester que imponga a sus súbditos un máximo de natalidad, que no puedan rebasar bajo pena de muerte. ¿Que hay un niño más?... ¡Pues un padre de menos! Así se compensará... ¿Y usted, caballero? — dijo el director del *Earth Herald*, dirigiéndose al Cónsul de Inglaterra —, ¿qué puedo hacer en su servicio?

—Mucho, señor Benett — respondió aquel personaje —. Bastaría con que su periódico quisiera emprender una campaña en nuestro favor...

—¿Y a propósito de qué?...

—Sencillamente, para protestar contra la anexión de la Gran Bretaña a los Estados Unidos...

—¡Así, sencillamente! — exclamó Francis Benett, encogiéndose de hombros —. ¡Una anexión que tiene ya ciento cincuenta años de fecha!... Pero, ¿no se resignarán nunca los señores ingleses a que, por un justo retorno de las cosas de aquí abajo, su país se haya convertido en colonia americana?... ¡Eso es una locura! ¿Cómo ha podido creer su Gobierno que iba yo a emprender esta antipatriótica campaña?...

—Señor Benett, la doctrina de Monroe es que la América para los americanos, pero nada más que la América y no...

—Pero Inglaterra no es más que una de nuestras colonias, caballero, una de las más hermosas. No cuenten ustedes con que consintamos nunca en devolverla.

—¿Rehusa usted?

—Rehuso, y si insiste, haremos nacer un *casus belli*, nada más que sobre la *interview* de uno de nuestros *repórters*.

—¡Esto es, pues, el acabóse! — murmuró el Cónsul inglés aplanado —. El Reino Unido, el Canadá y la Nueva Bretaña son de los americanos; las Indias son de los rusos; Australia y Nueva Zelanda son de sí mismas... De todo lo que en otro tiempo fué Inglaterra, ¿qué nos queda?... ¡Nada ya!

—¿Cómo nada? — replicó Francis Benett —. ¿Y Gibraltar?...

Las doce daban en aquel instante.

El director del *Earth Herald*, dando fin a la audiencia con un gesto, dejó el salón, se sentó en un sillón móvil y llegó en pocos minutos a su comedor, situado a un kilómetro de allí, en la extremidad del hotel.

La mesa estaba preparada y Francis Benett tomó asiento ante ella. Al alcance de su mano se halla dispuesta una serie de espitas, y ante él se encuentra la luna de un fonotelefoto, sobre la cual aparece el comedor de su hotel de París.

A pesar de la diferencia de horas, Mr. y Mrs. Benett se han puesto de acuerdo para almorzar al mismo tiempo; nada tan hermoso como encontrarse así, frente a frente, a pesar de la distancia, verse y hablarse por medio de los aparatos fonotelefóticos.

Pero en ese momento la habitación de París está vacía.

—¡Se habrá retrasado Edith! — díjose Francis Benett —. ¡Oh, la exactitud de las mujeres! Todo progresa excepto eso...

Y haciendo esta justísima reflexión, dió vuelta a una de las espitas.

Como todas las personas de su posición, en esta época, Francis Benett, renunciando a la cocina doméstica, es uno de los abonados de la gran "Sociedad de alimentación a domicilio". Esta sociedad distribuye, por medio de una red de tubos neumáticos, manjares de mil clases; el sistema, indudablemente, es costoso, pero la cocina es mejor, y tiene además la ventaja de que suprime la raza horripilante de los cocineros de ambos sexos.

Francis Benett almorzó, por consiguiente, solo, no sin algún pesar; estaba terminando de tomar el café, cuando Mrs. Benett, entrando en su casa, apareció en la luna del telefoto.

—¿De dónde vienes, mi querida Edith? — preguntó Francis Benett.

—¡Toma! — respondió Mrs. Benett —. ¿Ya has acabado?... ¿Me he retrasado entonces?... ¿Que de dónde vengo?... Pues de casa de mi modista... ¡Hay este año sombreros maravillosos! En realidad, más bien que sombreros son cúpulas... ¡Y me habré distraído un poco!...

—Un poco, sí, querida... Tanto que ya ves, he terminado mi almuerzo...

—Pues bien: vete, amigo mío, ve a tus ocupaciones — respondió Mrs. Benett —. Tengo todavía que hacer una visita a mi costurero-modelador.

Y ese costurero era nada menos que el célebre Wormspire, aquel que tan juiciosamente ha dicho: "La mujer no es más que una cuestión de formas".

Francis Benett besó la mejilla de Mrs. Benett, en la luna del telefoto, y se dirigió hacia la ventana, donde le aguardaba su coche aéreo.

—¿Dónde va, señor? — preguntó el *aerocoachman*.

—Veamos... Tengo tiempo — respondió Francis Benett —. Llévame a mis fábricas de acumuladores del Niágara.

El coche aéreo, máquina admirable, fundada sobre el principio de más pesado que el aire, se lanzó a través del espacio, a razón de seiscientos kilómetros por hora.

Bajo él desfilaban las ciudades, con sus aceras movibles, que transportan a los traseúntes a lo largo de las calles, y los campos recubiertos como de una tela de araña, con la red de hilos eléctricos.

En media hora llegó Francis Benett a su fábrica del Niágara, en la cual, después de haber utilizado la fuerza de las cataratas para producir la energía, la vende, o la alquila, a los consumidores.

Luego, una vez terminada su visita, regresó por Filadelfia, Boston y Nueva York a Centrópolis, donde su coche aéreo le dejó a las cinco.

Había una verdadera muchedumbre en la sala de espera del *Earth Herald*, aguardando el regreso de Francis Benett para la audiencia diaria que concede a los solicitantes. Eran éstos inventores en busca de capitales y agentes de negocios, proponiendo operaciones excelentes todas, a juicio suyo; entre esas diversas proposiciones hay que hacer una selección, rechazando las malas, sometiendo a examen las dudosas y acogiendo las buenas.

Francis Benett despidió rápidamente a todos aquellos que no aportaban más que ideas inútiles o impracticables.

¿No tenía el uno la pretensión de hacer revivir la pintura, ese arte caído en tal desuso, que el *Angelus* de Millet acababa de ser vendido en quince francos; debido esto a los progresos de la fotografía en colores, inventada a fines del siglo XX por el japonés Aruziswa-Riochi-Nichome-Samjukamboz-Kio-Baski-Ku, cuyo nombre ha llegado a ser tan fácilmente popular?

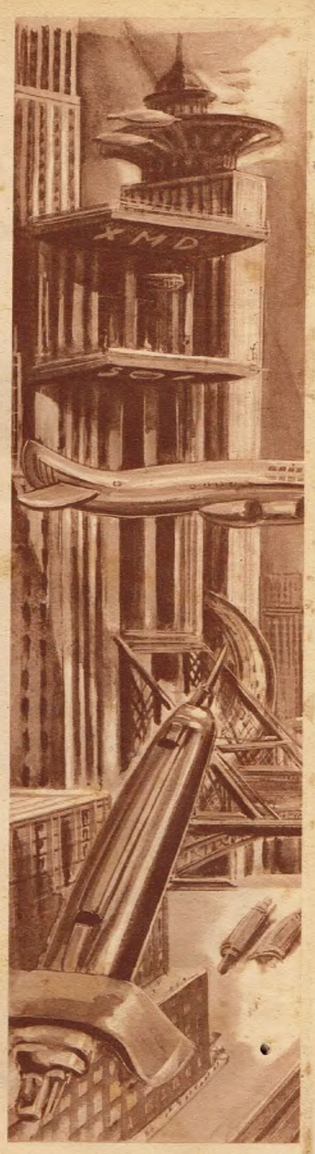
¿No afirmaba el otro haber encontrado el bacilo biógeno, que debía hacer al hombre inmortal después de introducido en el organismo humano?

¿No acababa éste, un químico, de descubrir un cuerpo nuevo, el *Nihilium*, cuyo gramo no costaba más que tres millones de dólares?

¿No tenía el otro, un audaz médico, la pretensión de poseer un específico contra el reuma del cerebro?

Todos estos soñadores fueron prontamente despachados.

Algunos otros recibieron mejor acogida, y primeramente un joven, cuya frente, amplia y despejada, revelaba viva inteligencia.



THOUSAND YEARS AGO SHE SMOKED

IMPERATOR

TELENEWS

ARTECHE 41

—Caballero — dijo —, si en otro tiempo se contaban setenta y cinco cuerpos simples, ese número se ha reducido hoy, como usted sabe, a tres.

—Perfectamente — respondió Francis Benett.

—Pues bien, caballero; yo estoy a punto de reducir esos tres a uno solo; si no me falta el dinero, dentro de algunas semanas lo habré conseguido.

—¿Y entonces?...

—Entonces, señor mío, habré sencillamente determinado el absoluto.

—¿Y la consecuencia de ese descubrimiento?...

—Será la creación fácil de toda materia, piedra, madera, metal, fibrina...

—¿Pretenderá usted llegar a fabricar una criatura humana?

—Enteramente... ¡No faltará más que el alma!

—¡Una bicoca! — respondió irónicamente Francis Benett, que agregó, sin embargo, al joven químico a la redacción científica del periódico.

Un segundo inventor, basándose en antiguas experiencias, que databan del siglo XIX, renovadas frecuentemente después, tenía la idea de trasladar una ciudad entera en un bloque; tratábase, especialmente, de la ciudad de Saaf, situada a unas quince millas del mar, y que se transformaría en estación balnearia, después de haberla llevado sobre rieles hasta el mar, de lo cual se derivaría un aumento grande de valor en los terrenos.

Francis Benett, seducido por este proyecto, consintió en ir a medias en el negocio.

—Sabe usted, caballero — díjole un tercer postulante —, que, merced a nuestros acumuladores y transformadores solares y terrestres, hemos podido igualar las estaciones; yo me propongo hacer algo mejor todavía: transformemos en calor una parte de la energía de que disponemos, y enviemos ese calor a las regiones polares, cuyos hielos podrá fundir.

—Déjeme usted sus proyectos — respondió Francis Benett —, y vuelva dentro de ocho días...

Finalmente, un cuarto sabio llevaba la noticia de que una de las cuestiones que apasionaban al mundo entero, iba a ser resuelta aquella misma tarde.

Sabido es que, hace un siglo, una atrevida experiencia había atraído la atención pública sobre el doctor Nathaniel Faithburn.

Partidario convencido de la invernación humana, es decir, de la posibilidad de suspender las funciones vitales y hacerlas renacer más tarde, después de un determinado tiempo, habíase él decidido a experimentar sobre sí mismo la excelencia de su método; después de haber indicado por medio de un testamento ológrafo las operaciones propias para volverle a la vida a los cien años, día por día habíase sometido a un frío de ciento setenta y dos grados; reducido entonces al estado de momia, el doctor Faithburn había sido encerrado en un sepulcro para permanecer en él el tiempo convenido.

Ahora bien: precisamente este día, el 25 de julio de 2889, era cuando expiraba el plazo, y se venía a ofrecer a Francis Benett el proceder, en uno de los salones del *Earth Herald*, a la resurrección, tan impacientemente esperada; el público, de esta suerte podía ser puesto al corriente de segundo en segundo.

La proposición fué aceptada, y como la operación no podía realizarse antes de las diez de la noche, Francis Benett fué a tenderse en el salón de audición sobre un diván; luego, haciendo girar un botoncito, se puso en comunicación con el Central Concert.

Tras una jornada tan ocupada, ¡qué encanto encuentra en las obras de nuestros mejores maestros, basadas, como todo el mundo sabe, en una sucesión de deliciosas fórmulas armónico-algebraicas!

Habíase hecho de noche, y, sumido en un sueño semiextático, Francis Benett se había abstraído del exterior, cuando, de pronto, se abrió una puerta.

—¿Quién va? — dijo, oprimiendo un conmutador colocado bajo su mano.

En el acto, y mediante una sacudida eléctrica, producida sobre el éter, el aire se trocó luminoso.

—¡Ah, es usted, doctor! — dijo Francis Benett.

—Yo mismo — respondió el doctor Sam, que acudía a hacer su diaria visita (igualado por año) —. ¿Cómo va?

—Bien.

—Tanto mejor... Veamos esa lengua.

Y la miró con el microscopio.

—Buena... A ver el pulso.

Y le aplicó el pulsógrafo, análogo a los instrumentos que registran las oscilaciones y trepidaciones del suelo.

—Excelente... ¿Y el apetito?

—¡Hum!

—Sí, el estómago... ¡No marcha bien el estómago!... Envejece el estómago!... Decididamente, va a ser preciso ponerle uno nuevo.

—Ya veremos — respondió Francis Benett —; entretanto, doctor, va usted a comer conmigo.

Durante la comida se estableció la comunicación fonotelefótica con

París; esta vez, Mrs. Benett estaba ante su mesa, y la comida estuvo salpicada con las agudezas del doctor Sam; fué encantadora.

Luego, una vez terminada.

—¿Cuándo piensas volver a Centrópolis, mi querida Edith? — preguntó Francis Benett.

—Voy a partir al instante.

—¿Por el tubo, o por el tren aéreo?

—Por el tubo.

—¿Cuándo estarás aquí?

—A las once y cincuenta y nueve de la noche.

—¿Hora de París?

—No, no; hora de Centrópolis.

—Hasta luego, pues, y, sobre todo, no pierdas el tubo.

Estos tubos submarinos, por los que se viene de Europa en doscientos cincuenta y cinco minutos, son, en efecto, infinitamente preferibles a los trenes aéreos, que no andan sino mil kilómetros por hora.

Habiéndose retirado el doctor, después de haber prometido volver para asistir a la resurrección de su colega Nathaniel Faithburn, Francis Benett, queriendo despachar sus cuentas del día, pasó a su gabinete. Operación verdaderamente enorme, cuando se trata de una empresa cuyos gastos diarios se elevan a ochocientos mil dólares; por fortuna, los progresos de la mecánica moderna facilitan, de manera singular, esta clase de trabajo; con la ayuda del piano-contador eléctrico, pronto dejó Francis Benett terminada su tarea.

Era tiempo; apenas había golpeado la última tecla del aparato totalizador, cuando su presencia era requerida en el salón de la experiencia.

Dirigióse allí en seguida, siendo acogido por un numeroso cortejo de sabios, a los que se había unido el doctor Sam.

El cuerpo de Nathaniel Faithburn estaba allí, en su caja, colocada en medio de la sala.

Funciona el telefoto; el mundo entero va a poder seguir las diversas fases de la operación.

Se abre el féretro... Sácase de él a Nathaniel Faithburn... Sigue hecho una momia, amarillo, duro, seco; resuena como una tabla... Se le somete al calor... A la electricidad... Ningún resultado... Se le hipnotiza... Se le sugestiona... Nada es capaz de sacarle de aquel estado ultracataléptico...

—¿Y bien, doctor Sam?... — pregunta Francis Benett.

El doctor se inclina sobre el cuerpo, y le examina con la más viva atención. Introdúcele, por medio de una inyección hipodérmica, unas cuantas gotas del famoso elixir Brown-Sequard, que está todavía de moda... La momia sigue tan momificada como antes.

—Pues bien — responde el doctor Sam —, creo que la invernación ha sido demasiado prolongada...

—¡Ah, ah!...

—Y que Nathaniel Faithburn está muerto.

—¿Muerto?

—Tan muerto como se puede estar...

—¿Y desde cuándo?

—¿Desde cuando? — respondió el doctor Sam —. Pues... desde hace cien años; es decir, desde que tuvo la desdichada idea de hacerse congelar por amor de la ciencia.

—Entonces — dijo Francis Benett —, se trata de un método que necesita ser perfeccionado.

—Perfeccionado, ésa es la palabra — dijo el doctor Sam, en tanto que la comisión científica de invernación se llevaba su fúnebre fardo.

Francis Benett, seguido del doctor Sam, se volvió a su habitación, y como parecía hallarse muy fatigado, tras una jornada tan bien empleada, el doctor le aconsejó tomase un baño antes de acostarse.

—Tiene usted razón, doctor; eso me entonará.

—Entonces, señor Benett, si usted quiere, mandaré que lo preparen al salir.

—Es inútil, doctor; siempre hay un baño preparado en el hotel, y ni siquiera tengo que tomarme la molestia de salir fuera de mi habitación; sin más que oprimir este botoncito, la bañera va a ponerse en movimiento, y usted la verá presentarse sola, con el agua a la temperatura de treinta y siete grados.

Francis Benett acababa de apretar el botón; percíbese un ruido sordo, que va en aumento... En seguida, se abre una de las puertas y aparece la bañera, deslizándose sobre sus rieles...

—¡Cielos!...

En tanto que el doctor Sam se cubre la cara, leves gritos de pudor alarmado se escapan de la bañera...

Llegada media hora antes al hotel por el tubo transoceánico, Mrs. Benett se encontraba dentro...

Al día siguiente, 26 de julio de 2889, el director del *Earth Herald* comenzaba de nuevo su paseo de veinte kilómetros a través de sus oficinas, y al llegar la noche, cuando su totalizador hubo operado, arrojó como beneficio de aquel día doscientos cincuenta mil dólares; cincuenta mil más que el día anterior.

¡Un bonito oficio, el oficio de periodista a fines del siglo XXIX! ◈

Mister Benda, el hombre



Producto de seis meses de trabajo, esta impresionante máscara representa un demonio.



La colección de máscaras que posee el artista es de un valor realmente considerable. Algunas de ellas valen hasta dos mil dólares... Míster Benda examina la última creación junto con su hija.

ES PINTOR, ACTOR Y FILOSOFO, Y POSEE LA COLECCION DE MASCARAS MAS COMPLETA DEL MUNDO

por
Remo Valcarce

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

★

MÍSTER Benda, el artista norteamericano que presentamos aquí a la curiosidad de los lectores, es indudablemente un genio... o le falta muy poco para serlo. Además de ser un maestro en la fabricación de máscaras, pasatiempo en el cual lleva trabajando desde hace cerca de veinticinco años, es también un excelente pintor, como lo demuestran los cuadros que adornan su casa; un buen actor y, además, un auténtico filósofo.



Míster Benda y su esposa, representando una escena que no necesita comentarios. El primero, que aparece con una máscara de bufón, se ha sentado al piano y se ha puesto a ejecutar un número que ha provocado la ira de "Furia".

que fabrica rostros...



Aparece mister Benda actor. El resultado no puede ser más admirable; las máscaras no parecen hechas de cartón, sino de algún material plástico; tal es su expresión. La foto representa una escena en la que el villano se propone enamorar a la "Diosa dorada".

El director de danzas orientales está dirigiendo a dos alumnas. La del centro lleva una máscara que representa una belleza circasiana, mientras que la que aparece a la derecha es una reproducción exacta del rostro de la reina Semiramis.



Sobre un cuadro pintado por el excelente artista en un muro de su curioso estudio se asoman tres máscaras grotescas: "Unicornio", "El insecto" y "Strygal". Esta última creación fué sacada del folklore eslavo.

Podríamos poner punto final aquí, pues las fotos son de por sí sobrado elocuentes para informar sobre el caso; pero como hasta ahora no se ha inventado ningún método para fotografiar las ideas, ni aun las de los filósofos como míster Benda, no nos queda otra alternativa que decir algo acerca de esas ideas suyas, para presentarlo de cuerpo entero, tal como él es.

Míster Benda afirma que cuando una persona cualquiera se coloca sobre el rostro una de sus máscaras, se amolda de inmediato, e insensiblemente, a las cualidades de carácter que ella sugiere. De modo que cuan-

El artista caracteriza aquí la actitud que corresponde a una de sus más genuinas creaciones, valuada en mil quinientos dólares. Todas las máscaras que aparecen en la foto son verdaderas obras de arte. Arriba, otras tres obras de míster Benda, entre ellas, "Lincoln".

En esta fotografía se ve a míster Benda en su de arte que van desde la máscara natural hasta En segundo plano, aparece uno de los cuadros





En la presente fotografía puede apreciarse hasta qué punto llega la perfección de esta máscara.

do uno se pone la máscara que él llama "Villanía", se convierte — interiormente nada más — en un villano; y si luego se coloca la llamada "Simplicio", se vuelve tonto de capirote.

Otra de sus teorías, es la de que el hombre se coloca una máscara cuando desea huir de sí mismo: en Carnaval, o cuando roba, para no citar más que dos casos..., ya que para él el antifaz no es sino una clase de máscara. Afirma también que la sola existencia de la máscara prueba todos los defectos del hombre; entre ellos, la mentira — y conste que cuando míster Benda dice "el hombre", se refiere también a la mujer... —. Según él, cuando una persona desea sacarse por un instante la máscara que lleva todos los días para presentarse ante el público, se pone encima otra de cartón. Sólo cuando está muy triste o muy alegre, se muestra el hombre tal como es en realidad...

Y como con lo dicho basta para presentar a míster Benda filósofo, remitimos ya al lector a las fotografías, donde lo conocerá como pintor, fabricante de máscaras y actor.

gabinete de trabajo, junto a algunas de las obras lo grotesco, y desde la cómica hasta la fantástica, de que es autor el filósofo, pintor y actor.



Patrón y amigo...



Al campo de los Ruiz se lo tragó el juego por la voz voraz de una hipoteca. Y a sus patrones se los tragó antes la vida en un vértigo de calaveradas.

A la muerte del viejo don Zenón Ruiz — que a su vez lo había heredado de sus padres — recibieron los muchachos aquellas novecientas cuadras de campo flor, *libres de polvo y paja*. (Es decir, sin afección de gravamen alguno.)

Pero los muchachos, desde mocitos pintones, habían "muestrao l'hilacha..." Tanto Zenón chico, como Eleuterio, como Ciriaco, traían en la sangre — quién sabe por fuerza de qué oscuros atavismos — la fiebre del juego, de la hembra y de la *chupa*. Ya en "vida e los finaos" el viejo Cirilo había meneado más de una vez la cabeza en un desalentado agorar por el porvenir de aquella estancia en cuyos ranchos naciera, y que por amor intrínseco — en cada mata de pasto, en cada rugosidad de tierra — sentía como arraigadamente propia. Pero, ¿qué meneo de cabeza podía contener el torbellino a que se arrojaron en cuerpo y alma los muchachos Ruiz? Desde que "finó don Zenón viejo", allí no hubo patrón, ni capataz, ni administración, ni método. El desorden era mayordomo supremo y omnímodo. Peonadas que compartían las juergas de sus patrones, haciendas *entecadas* que se devoraba la garrapata desde la primera *seca*, majadas cascarrientas que consumía la sarna. ¿Selección, cuidado? Sí, los hubo, pero para los *parejeros*, que a morral y estaca pululaban bajo los aromos del patio... Pero era tal el abandono, que ni para eso siquiera hubo previsión alguna. Con decir que hasta se compraban los forrajes.. Bailes, eso sí, *a bocha* y con cualquier motivo. Naipe y taba, desde la noche a la mañana. Carreras, de domingo a domingo y de feriado a feriado.

Fueron cayendo por orden rigurosamente cronológico de edades. Primero, Zenón chico, "acabao a chumbos" en la sorpresa nocturna de una cuatreriada por pagos vecinos. En seguida, Eleuterio, consumido misteriosa y horrorosamente por un "mal de mujer". Por último, Ciriaco — el que consumó la hipoteca —, tendido a soledad de calle y en puñalada trapera por una cuestión de juego.

A los tres les cerró los ojos y los veló piadosamente Cirilo.

Pero — casi un padre, podría decirse, como fué de los "cuitaos" — mayores dimensiones tuvo su angustia cuando el acreedor hipotecario vino a tomar posesión de la estancia.

El acto fué sencillo y en cierto modo tranquilizador.

El turco Alí — mozo cuarentón y casi



CUENTO CAMPERO .

por ***Diego Novillo Quiroga***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE ARÍSTIDES RECHAIN

un criollo por lo cetrino de la tez y la negrura de la pelambre y ojos — no mostró mayores ínfulas. Reposado y metódico en los procedimientos, afable y circunspecto en el trato, se ganó desde un principio la voluntad de Cirilo.

—Soy casi un crioyo, sí sañur. Bainde años yeva en esda bais. Quiere mucho, bero mucho, a los crioyos decentes y drabajadores como usdé. Buede seguir en esde campo con tuda su familia, pero ahúra como cabadás. Yo seré su badrón y amigo...

Con ese breve y tranquilizador exhordio, el turco Alí puso a Cirilo en posesión del cargo.

Trabajador experimentado y sin renuncios, el viejo Cirilo fué remediando fallas, ajustando resortes, reparando incurias, hasta que "La Blanqueada" volvió a ser lo que fuera en vida de don Zenón viejo.

Viendo ya encarriladas las cosas a satisfacción, el turco Alí regresó a la capital, donde lo reclamaban sus otros negocios; pero no sin antes — ya vinculado afectivamente a Cirilo y los suyos — dejar testimoniado en un obsequio para cada uno: Cirilo, doña Eustaquia, Eustaquita y el hijo de Eustaquita, y Flora — la hija menor — su reconocimiento. Y prometer estarse con ellos una semana cada dos o tres meses.

Lo que cumplió.

❦ ❦ ❦

La mañana veraniega fué de afanoso trajinar.

En el trabajoso *rodeo*, bajo la fuerza de un sol que incandescía desde muy temprano, la tarea del *aparte* fué áspera y como para someter a dura prueba la *crudeza* de aquellos hombres.

Subordinados a la vigilante actuación del viejo Cirilo, los peones se multiplicaban en corridas, embretando para el *aparte* una novillada arisca por el calor y la mosca.

La tarea *marchaba*. Pero, con todo, el viejo Cirilo sentíase disconforme. El hecho de que el patrón no hubiera querido diferir un día su viaje para estar presente en el *aparte*, más que prueba concluyente de confianza, a Cirilo se le antojaba desconsideración. Máxime, cuando en esa tarea emprendía su debut como *hombre de campo* su nieto — el hijo de Eustaquita, —gauchito de diez años apenas.

Otro fastidio le andaba bullendo en lo más hondo a Cirilo: como servidor atento y afectuoso, hubiera preferido estar en las casas — si no acompañarle hasta el tren — para despedir al patrón en el instante de la partida. ¿Acaso no era — pues él mismo lo había dicho — su "patrón y amigo"? ¿Y dónde se había visto a un amigo — el turco partía en viaje de regreso para su patria dejando un apoderado para sus negocios aquí — sin que el amigo le diera el abrazo final en el estribo del tren que había de llevarlo para tan lejos y por tanto tiempo?

Además, desde muy temprano, a Cirilo le andaba atenaceando algo como el obscuro presentimiento de una desgracia.

No, si algo malo tenía que suceder.

Primero, que el patrón se fuera en un momento en que él — su capataz y amigo — no pudiera estar en las casas para despedirlo. Después, la ocurrencia que le estrujó en un puño su corazón de padre: la vaca díscola que esa misma madrugada, en el tambo, cuando quiso amarrarla para el ordeñe, le erró a Eustaquita — la pobre hija viuda — tan tremenda cornada... ¡Válgale que de un empellón él pudo librarla de entre los mismos cuernos!

Sombrío pero atento a la tarea que va en vías de finalizar, el viejo Cirilo se prodiga en corridas, revolear de poncho, *pechazos* y alaridos.



Raboneando a un *rosillo* travieso, tiende a embicar a un buey *corneta* que anda majadereando en el *rodeo*, cuando algo terrible le paraliza. Desde lo más hondo de su corazón le surge una voz nueva, desconocida, que no es suya, de acento enronquecido y extraño: ¡Guarda m'hijo, guarda! ¡Saque'l cabayo!

Con ojos agrandados de angustia y terror ve cómo un toro enfurecido pica en dirección a su nieto, desprevenido en querer *pechar* una vaquillona.

Sobreponiéndose, clava las espuelas y hace girar en un bote a su lobuno, que lanza sesgado y *a toda la furia* contra el toro acometedor.

Pero llega tarde.

En un confuso remolino de polvo, sangre, gritos y masas que se precipitan, el toro ha levantado en los cuernos al caballo con el infantil jinete, rodando los tres en palpitante montón.

Pero el chiquilín, "¡ah, crioyo!", ha caído de pie y sin un rasguño. Con la voz quebrada y los ojos vidriosos de lágrimas, Cirilo estrecha y palpa por todas partes al niño, comprobando la indemnidad con que ha salido del trance.

❦ ❦ ❦

Ahora regresan los dos —abuelo y nieto— de *galope alegre*, charlando animadamente como dos camaradas, hacia las casas.

Una expansión amplia que le comba el pecho hace de Cirilo la contrafigura de aquel hombre aprensivo que fué durante toda la mañana. Con un poderoso resuello como de fuelle, piensa: "Lo pior ya pasó con suerte. Ahura ya nu' hay cudiao..."

Pero cuando arriban a la tranquera de las casas les recibe algo anonadante: una Eustaquia y una Eustaquita como enloquecidas, hipantes de llanto, que se retuercen las manos y mesan los cabellos.

—¿Qui'hay, caray; qui'ha sucedido? — reclama imperiosamente, pero medrosa, la voz de Cirilo, quebrada en amago de sollozo.

—¡Flora, Florita, tu hija, viejo!

—¡Flora, mi hermanita, tata!

—¿Pero qui'hay, caray; qué li'ocurrido?

Unas letras patizambas, trazadas trabajosamente sobre un papel que arrugó la mano tremante de la madre, da la dimensión de la desventura: "Tata, mama, perdonenmén esta aición qe les ago. me boy con el onbre que qiero poqe lla es mi onbre. agan cuenta qe su ija a muerto. perdón otra bes. Flora."

¿Podríanse describir el desconcierto, la estupefacción, el dolor, la ira, la fiebre de pensamiento y acción sucesivos del padre infortunado?

Fueron corridas *a revienta caballo* de vecindad en vecindad. Indagaciones, súplicas, inquisiciones, improperios, amenazas.

Pero nada. Nadie sabía nada. En ninguna parte faltaba ningún hombre que hubiera podido huir con la niña.

Sólo al anochecer, cuando la volanta volvía de la estación, se supo la verdad descorazonadora.

Acosado a preguntas y acorralado a punta de cuchillo contra el fondo de la ramada, el bizco Matías acabó por esclarecer la cosa: cuando salieron al camino real, el patrón le hizo detener la volanta hasta que llegó Florita. Por lo que pudo escuchar, la niña salió de las casas como para entregar un lavado. Se fueron los dos en el tren de las diez.

Anonadado, Cirilo cae sobre un tronco.

Vagamente quiere intentar algo en defensa de su honor y en resguardo de los inexpertos catorce años de su hija.

Pero el peso abrumador de la impotencia le hace quedar —mentón pegado al pecho y manos caídas contra los talones— en una cosa inerte, cuya sola vida sensible es el apego estereotipado a una única idea: "Yo seré su patrón y amigo..." ◈



¡DEBE USTED PREPARARSE!
RADIOCOMUNICACION
AERONAUTICA
MECANICA-DIESEL
ELECTROTECNIA
4 CARRERAS DE GRAN PORVENIR
RADIO
TELEVISION
CINE SONORO—DIFUSION
TECNICA DEL SONIDO
y todas las otras aplicaciones de esta maravilla de nuestra época, presentan oportunidades sin igual al hombre emprendedor que desee independizarse estableciéndose en Radiorreparación y Venta de Aparatos y Accesorios, o prestando sus servicios en puestos Técnicos, de responsabilidad y bien remunerados en: Estaciones Difusoras y de Comunicaciones; Fábricas de Receptores; Laboratorios; Operadores de Radio a Bordo, etc. etc.
AVIACION
VUELO—MOTORES
CONSTRUCCION DE AEROPLANOS
TRAFICO AEREO Y COMUNICACIONES
y todas las materias relacionadas con la Aeronáutica son conocimientos indispensables para el progreso y defensa de las naciones y de ahí que, quienes sigan estos estudios contribuyen al bienestar de su patria, a la vez que labran el suyo propio, por ser ellos los llamados a ocupar puestos importantes de Piloto - Oficial de Navegación - Operador de Radio - Experto en Motores - Diseñador y Técnico de Construcción; Administración, etc. etc.
INGENIERIA MECANICA
DIESEL—MOTORES DE COMBUSTION y todas las fuentes de producción de energía están consideradas como bases fundamentales del adelanto económico del mundo industrial que conocemos; ofreciendo estas actividades un campo de acción amplísimo para el especialista en Fuerza Motriz, tal como los prepara esta Escuela, para dedicarse a la Transportación; Agricultura; Minería; Marina; Construcción de Grandes Obras, etc.
ELECTROTECNIA—REFRIGERACION Y ACONDICIONAMIENTO DE AIRE son otras de las ramas de la Industria Moderna en donde existe en nuestros días, mayor demanda de hombres debidamente preparados. Este Plantel lo capacita, con su enseñanza, para desempeñar los más envidiables empleos de esta profesión, como Experto en Instalaciones; Plantas y Subestaciones Eléctricas; Tranvías y Locomotoras Eléctricas y Diesel-Eléctricas; Refrigeración; Acondicionamiento de Aire, etc.
ESTUDIE EN SU CASA
Por medio de mi Método por Correspondencia, COMPROBADO, que es el más fácil y eficiente. Comprende Equipo Profesional y Herramientas para que
GANE MAS DINERO
EN POSICION PRIVILEGIADA
Esta antigua Escuela ocupa un lugar privilegiado por contar con Sucursales en la mayoría de las Capitales del Continente, de donde rinde rápido y esmerado servicio a sus educandos. Diríjase Ud. a la de su país.
FUNDADA EN LOS ANGELES CALIFORNIA EN 1905
Pida LIBRO Gratis
Envíe este cupón!
Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:
Depto. Num. XI-380
Mándeme su Libro GRATIS con datos para ganar dinero en la Industria que he seleccionado y marco con una "X"
RADIO
DIESEL
AVIACION
ELECTRO-TECNIA
NOMBRE
EDAD
DIRECCION
LOCALIDAD
PROV.
NATIONAL SCHOOLS
CHACABUCO 146 Buenos Aires, Argentina

JUAN BRIGNARDELLO,

Juan Brignardello, porteño cien por cien, rinde entusiasta culto al mate criollo.

MONJE FRUSTRADO, EL CELFBRE FORJADOR Y ARTISTA ENCICLOPEDICO, HA HECHO DE SU TALLER UN REDUCTO DE LA BOHEMIA PORTEÑA

por
Regina Monsalvo

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" FOTOGRAFIAS DE J. PODESTÁ



En la caverna de Vulcano

DESDE la aparición de "El dueño de la herrería", que conmovió el corazón sentimental de nuestras abuelas, un taller de forja es un buen lugar para colocar o descubrir un personaje novelesco.

Pero quien visite el taller de Juan Brignardello no necesita tener la fácil imaginación de Jorge Ohnet para descubrir en ese artista a un hombre cuya biografía es lo que más se parece a un romance de aventura.

Con todo, Juan Brignardello se mueve entre los hierros y los objetos de arte de su taller como si en su vida no hubiera hecho otra cosa y no hubiese conocido más ambiente que éste en que vive. Hay que oírlo hablar para darse cuenta de que este artista criollo, "el último bohemio", como le llaman sus amigos, antes de encerrarse en el taller que hoy le conocemos quiso ser muchas otras cosas.

En realidad, su taller constituye un reducto de la bohemia porteña y es un poco el resumen de todas esas antiguas aficiones y de la serie de artes y oficios que son algo así como sus doce trabajos de Hércules.

Rodeado de arañas, candelabros, cofres, arquillas, bar-

Los niños de la vecindad tienen cariño y admiración por el artista. Brignardello, por su parte, siente por ellos verdadera ternura, y todos se entienden muy bien.

el último bohemio

Mientras recuerda historia pasada, Brignardello no abandona su labor junto a la fragua de la que van saliendo maravillas de arte.

gueños e infinidad de muebles y objetos decorativos, realizados todos en hierro, el taller de Brignardello tiene algo de gruta mágica y de bosque petrificado.

Si no fuera por esa bonhomía y el humorismo inagotable de que hace gala, podría creerse que se estaba, al entrar allí, en la propia caverna de Vulcano.

Cuando se lo decimos, Brignardello ríe de buena gana y nos dice:

—No tengo nada de mitológico... ni de pagano. Soy porteño cien por cien. Nací en una casa que estaba situada en Córdoba y Florida. Y me bautizaron en la iglesia de La Merced. El que me bautizó fué nada menos que monseñor Rassore...

Un poco de historia

Luego, este "último bohemio", que por una verdadera paradoja ha nacido en pleno corazón aristocrático de Buenos Aires, recuerda su infancia.

—Desde chico — dice — me gustaron las escapatorias y la libertad. Nuestra casa daba a los fondos del "Jardín Florida", el centro de recreación más importante que existía en aquélla época. Yo saltaba la tapia lindera y me "colaba" a los espectáculos que allí se daban, naturalmente sin pagar entrada...

El padre de Brignardello, que fué uno de los primeros importadores del país, tuvo luego diversos comercios.

—Tuvimos panadería, carbonería, etcétera — co-



En esta fotografía aparece la cronista en un rincón del taller de Brignardello examinando detenidamente una arquilla de forja ejecutada por el notable artista.



hice fué poner un estudio de pintura y enseñanza de dibujo. Tuve alumnos. Casi no cobraba a nadie, y el dinero que lográbamos cobrar de los estudiantes más ricos nos lo gastábamos en excursiones con los compañeros, entre ellos Parodi, Segundo Pérez, Alberto Ro, etcétera."

Afinador de campanas

Mientras Brignardello habla, se llega hasta la forja, extrae una pieza de metal y la lleva sobre el yunque. Unos golpes del martillo suenan apagados, sordos, sobre el hierro blando. Otros tintinean al rebotar sobre el acero del yunque.

—¿Qué otra cosa intentó en su vida?

—Muchas. Estos golpes me hacen recordar que he sido "campanero". Yo sé mucho de campanas. Le he dicho que me bautizaron en La Merced. Bueno, treinta años después tuve el gusto de afinar el carillón de su torre. Y cuando hube devuelto su clara voz a las campanas me pareció que había recobrado mi infancia.

Una fundición que terminó "fundida"

Los recuerdos de Brignardello se suceden con prodigiosa rapidez. Pudo ser rico, y lo fué; pero el dinero le quemaba las manos. Durante siete años dirigió la famosa fundición "Trivium".

—¿Y qué pasó con esa fundición que he-

El célebre forjador ama a los animales y vive rodeado de perros, gatos, pájaros y plantas. Aquí vemos a la autora de esta nota teniendo en brazos a "Pepito", el gato mascota del taller.

mos oído decir que era la más grande de América del Sur?

—¿Qué quiere que pase con una fundición? ¡Pues que terminó "fundida"!...

—Y ahora, ¿cuál es de todas las artes que ha practicado la que más le interesa?

—La de "patinador". Patinar esculturas; es decir, dar a la superficie del bronce o del hierro esas tonalidades que aumentan su belleza y les dan prestigio de siglos es lo que más me atrae...

En efecto, en un rincón de su taller, Brignardello tiene el testimonio escrito de los principales escultores del país, donde lo felicitan por sus magníficas pátinas. Sobresale entre ellas una del maestro Rogelio Yrurtia, en la que lo felicita calurosamente por la pátina de la magnífica obra de ese escultor, titulada "Justicia", una de las más bellas que hayan pasado por las manos de Brignardello.

Monje frustrado

Pero ¿qué es lo que le falta por intentar a Brignardello? Tuvo también este artista original su crisis de misticismo. Nada podía estar más cerca de un afinador de campanas que la aspiración de ser monje. Y tuvo esa aspiración...

—A punto estuve de hacerme trapense en un convento de Salta. La idea no me ha abandonado. ¿Quién dice que esto no ocurrirá todavía?

Y hay que creer en lo que dice. Al entrar hemos visto que en la puerta de su taller existe una campanilla — especie de esquila — de aspecto totalmente conventual, junto a cuya cadena hay un cartel que, como si se dirigiera a posibles legos, dice: "Tire, hermano"...

Con el médico de cabecera

—Pero a veces — nos dice Brignardello — me parece que soy una enciclopedia de artes y oficios. Además de forjador, patinador, pintor, escultor, afinador de campanas, soy perfumista, maquillador y no sé cuántas cosas más...

—Y, asimismo — añadimos —, excelente cocinero...

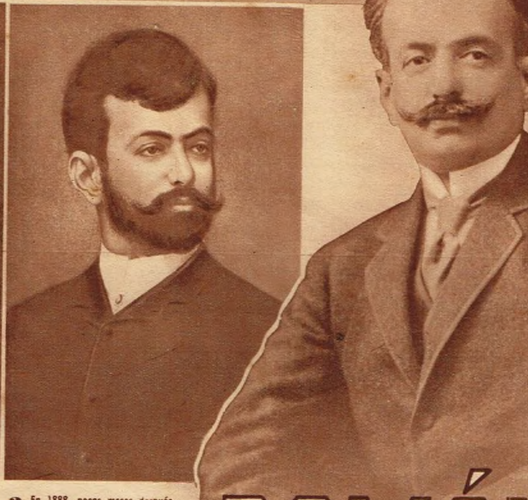
Porque, conviene decirlo, como la entrevista ha durado hasta el mediodía, Brignardello nos ha ofrecido una muy oportuna demostración de sus habilidades culinarias. Damos fe que, en materia de cocina, realizada en la propia fragua en que prepara sus hierros, Brignardello es un verdadero virtuoso.

En momentos en que nos sentamos a la improvisada mesa, llega el doctor Rappaport, que es médico, escultor y, desde hace años, huésped infaltable en esa hora.

—Ya lo ve — dice Brignardello al presentarnos —; soy como los príncipes, que se dan el lujo de comer con su médico de cabecera...

LA VIDA DE LOS ARGENTINOS CELEBRES CONTADA





3 1891. En esta época, el doctor Cárcano había dejado de ser un político de provincia para transformarse en una figura nacional. Su nombre figuraba en una lista, que seguramente hubiera triunfado, como presidente de la República, pero sobrevino la revolución del 90 y se alejó del país porque no quiso ser causa de discordias internas. Tres años después retornó y fué designado director general de Correos y Telégrafos.

1 Este jovencito que se ve aquí con cuello y puños duros, larga cadena sobre el chaleco y el infaltable dije de oro que rubricaba la elegancia de los caballeros en el siglo pasado, no es otro que don Ramón J. Cárcano el día que estrenaba su primer traje de pantalón largo, justamente la fecha en que cumplía los doce años de edad, pues consta que nació en la ciudad de Córdoba el 18 de abril de 1860.

2 En 1888, pocos meses después de haber renunciado a su cargo de ministro de Justicia en la provincia cordobesa, el doctor Cárcano emprendió un viaje a Italia y en ese país un célebre miniaturista realizó sobre cobre este valioso trabajo. En esa época, dos partidos políticos lanzaron su nombre como precandidato a la gobernación de Córdoba, pero el doctor Cárcano rechazó ese ofrecimiento.

RAMÓN J.

6 Siendo presidente del Consejo Nacional de Educación prefería faltar a cualquier acto oficial antes que negar su asistencia a la inauguración de los muchos comedores escolares que fueron creados bajo su dirección. El doctor Cárcano ha explicado siempre su incondicional apoyo a la infancia diciendo, entre otras cosas, que es hacer patria ayudar a los hombres del mañana, que son los niños del presente.

7 7 de octubre de 1933, en el palacio de Guanabara. El doctor Ramón J. Cárcano, que en ese tiempo desempeñaba el cargo de embajador argentino ante el gobierno del Brasil, aparece en compañía del entonces ministro de Relaciones Exteriores, doctor Carlos Saavedra Lamas, del canciller Mello Franco y del doctor Aranha, días después de haberse firmado uno de los numerosos tratados de amistad que se concertaron.





POR SUS FOTOGRAFIAS



4 Padre e hijo. He aquí dos hombres que han ocupado altos cargos públicos al servicio de nuestra patria. Los dos fueron ministros y embajadores, conquistando ambos en el exterior los más elogiosos comentarios por sus acertadas gestiones en el desempeño de su cometido. Esta fotografía del doctor Cárcano y su hijo Miguel Angel fué obtenida el 1º de enero de 1913, al reunirse la familia en la estancia Ana María.

5 Siete años después, en 1920, aceptó su designación como decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de esta capital. Desempeñó ese cargo hasta 1924, fecha en la que presentó su renuncia para tomar parte activa en la contienda electoral de la provincia de Córdoba, donde fué elegido para ocupar el sillón de la gobernación. Aquí aparece realizando un paseo matinal por el bosque de Palermo.

CARCANO

8 El entonces embajador argentino en el Brasil, doctor Cárcano, al recibir y agasajar en Río de Janeiro al ex vicepresidente de la República Argentina, doctor Julio A. Roca. Los nombrados fueron sorprendidos por la cámara fotográfica en instantes en que el último de ellos descendía del buque que lo condujo hasta la capital carioca, donde llevó a feliz término las gestiones encomendadas por el gobierno nacional.

9 Durante el viaje que efectuó la fragata-escuela "Presidente Sarmiento", en 1935, cumpliendo el plan de estudios, llegó hasta el puerto de Río de Janeiro. Apenas arribó la nave, el representante argentino subió a bordo, donde la oficialidad, formada en cubierto, le presentó sus saludos, mientras la banda ejecutaba el himno nacional.



10 Concurrentes al banquete que le fué ofrecido en 1936 al ex ministro argentino doctor Carlos Saavedra Lamas en el palacio de Itamaraty. El entonces embajador argentino, doctor Ramón J. Cárcano, aparece en esa ocasión junto a destacadas personalidades del Brasil, que agasajaron al viajero como una prueba de la amistad que une a ambos países.

11 En el palacio de la embajada argentina en Río de Janeiro nuestro representante el doctor Ramón J. Cárcano ofreció el 10 de octubre de 1936 un asado a la criolla, con motivo de la visita que realizaron a la embajada los miembros de la Academia de Letras del Brasil. Junto al doctor Cárcano se hallan los señores Aloiso de Castro, Martín Gil, Rodrigo Octavio, Pedro Colman y el ministro de Cuba en ese país, doctor José M. Carbonell.

12 El distinguido diplomático argentino acompañado de su hija, la señora Ana Cárcano de Acevedo, en los jardines de la embajada argentina en Brasil, pocos días antes de emprender viaje de regreso a Buenos Aires.


12


11


13

13 Una fotografía histórica. Fué obtenida el 10 de noviembre de 1937, con motivo de una comida que ofreció el embajador doctor Cárcano en la sede de la embajada. Concurrió a ese acto el presidente del Brasil, Dr. Getulio Vargas, quien dos horas después había de ser protagonista de los trascendentales acontecimientos políticos que lo impulsaron a continuar en el poder a pesar de haber finalizado su mandato legal.





14 El célebre político e historiador argentino adora a sus nietos. Aquí lo vemos en el instante en que se dispone a confundirse en un cariñoso abrazo con uno de ellos, Miguel Martínez de Hoz, momentos después de haber arribado a la estancia Chapadmalal, de Mar del Plata, en el período veraniego de 1940, estancia donde el doctor Ramón J. Cárcano acostumbra a pasar algunas temporadas de descanso.



El tablón

por ***Eliseo Montaine***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE R. RAMAUGÉ

HAY allí unas veinte personas reunidas para celebrar la próxima boda del dueño de casa, Federico Centeno, "el solterón de la compañía", como le llaman los que rodean la mesa, en cuya cabecera soporta aquél larga y continuada metralla de viejo y mellado humorismo, que derrocharan él y sus amigos en veinte ocasiones parecidas, desde el casamiento de Julio Torres, el primero de la "compañía" en decidirse a la coyunda, allá por los comienzos del nuevo siglo.

—¡Treinta años, viejo Centeno! ¡Treinta!... Y estábamos todos, como esta noche, aquí mismo..., en tu casa... Parece un sueño.

—Recién dijiste: "estábamos todos". Eso me hace pensar en Claudio Lorenzo... ¿Dónde andará?... Es el único que falta.

—Después de cobrar la herencia que le dejó la madre, desapareció, olvidándose de nosotros.

—Seguirá en Europa.

El mucamo de Federico Centeno acaba de entrar en el comedor, y acercándose al dueño de casa le habla con cierto tono confidencial.

—¿A mí? ¿Un viejo amigo?... Es raro... Perdónenme unos minutos...

Y sale delante del criado. En cada comensal hay el

mismo gesto y la misma mirada. Hasta el mismo nombre se les escapa a todos de sus labios.

—¡Claudio Lorenzo! — exclama Centeno, sorprendido y sin atinar a correr junto al "viejo amigo", que está levantándose del sofá donde esperaba. A diferencia de la alegría y sorpresa de aquél, el recién llegado sólo murmura, temeroso al reproche, con los ojos en el piso:

—¿Estabas ocupado?...

—No, no... Es decir... Pero, dime, ¿cuándo llegaste?

Y lo mira fijamente, más extrañado ahora, porque no es éste el modo de portarse Claudio Lorenzo, luego de una ausencia de treinta años. Pero en un segundo lo comprende todo. Le basta observar mejor la ropa que viste aquél. Algunas hilachas que le sobresalen del cuello y puños de la camisa del amigo son más elocuentes que la forma vaga, inexplicable, de presentarse Claudio Lorenzo a su casa. Por eso le duele tanto a Centeno preguntarle:

—¿En qué puedo servirte?

En el comedor la algazara aumenta y llegan a oírse algunas frases enteras de los que están impacientes por la tardanza del novio. Es entonces cuando el visitante habla por primera vez con claridad y decisión:

—¡Federico!... ¿Vas a casarte?... Y... con Livia, seguramente...

Centeno responde que sí.

—Entonces, te felicito. Es una gran muchacha Livia. Muy buena... Inteligente, encantadora... Muy buena, Federico... ¡Y pensar...!

Calla de pronto, buscando los cigarrillos que no trae en sus bolsillos. El dueño de casa le alcanza una caja de porcelana, invitándole, al par que musita, entornando los ojos:

—¿En qué puedo servirte?

—¡Livia!... ¡Una gran muchacha, sí!... — abstraído y con un cigarrillo a medio partir entre sus dedos.

Federico Centeno puede convencerse mejor de cuanto él pensaba hasta este momento. Todo el aspecto de Claudio Lorenzo es el de un hombre que ya lo ha perdido todo. Se advierte en él de inmediato a una persona que trata de llevar la pobreza con dignidad. El traje lustroso a fuerza de plancha y los zapatos espejeantes, pero deformados, aseguran más y mejor a Centeno que su viejo amigo las debe de estar pasando mal.

—Te felicito, sinceramente... — con la mirada perdida y las manos llenas de tabaco.

—Mira, allí — señalando la puerta del comedor — están todos los muchachos... Se han reunido para agasajarme... Me caso el jueves... Si quieres...

—No, te agradezco; no me gustaría interrumpir la fiesta. Por otra parte, yo he venido a verte... y me perdonarás...

—Somos amigos—dijo, extendiéndole algunos billetes.

—Gracias... Y me voy. Te dejo. Vendré a verte antes de la boda; imagínate...

Cuando lo ve salir, Centeno sigue tan atónito como al principio, desconcertado por el raro comportamiento del que llegó y apenas si tuvo un recuerdo para la vieja amistad que los unió de niños. En la puerta del comedor lo están esperando, mientras él sigue con la mirada al amigo que se va sin volverse siquiera.

—¿Y?... Te estamos esperando... Vamos, que allí dentro te quieren echar un sermón... ¡Diablos!... ¡Pero ni siquiera contestas!... Vamos, vamos... Una copa no te caerá mal...

❦ ❦ ❦

Apretando en uno de los bolsillos de su pantalón el dinero que acaban de darle, mordiéndose los labios







hasta contener la respiración, luchando contra la vergüenza, que le hace decir cuanto piensa en voz alta, Claudio Lorenzo va huyendo, en vueltas y revueltas por las calles cercanas a la casa de Centeno. Es como si este mismo lo fuera persiguiendo, para seguir absorto ante toda su desgracia.

Trata de alejar un pensamiento que lo castiga cruelmente. Busca recuerdos olvidados. Y nada vale para ahogar la vergüenza y la humillación, cada vez más hondas una y otra; más implacables y más ensañadas en herirlo hasta el grito. Y el dinero, los billetes húmedos y arrugados, queman en la mano caliente y sudorosa que no sale del bolsillo.

Apresura la marcha, impelido a veces para la carrera, y otras con la idea de caer donde sea, con tal de aturdirse y olvidar.

Dos horas más tarde sube los treinta y siete escalones recubiertos por sucio aserrín del hotel para pasajeros "La Esterlina". Después, va Claudio Lorenzo por un patio ocupado con tachos de pintura, escaleras, tablones y caballetes. Luego, un corredor que da a una escalerilla de caracol; y de aquí, más escalones, hasta desembocar en una especie de vestíbulo pequeño, con puerta de vidrios coloreados con púrpura y azul.

—"¡Livia!"...

Se le acerca el hombre que acaba de atenderlo a la entrada.

"—Tenía los ojos grises; generalmente vestía de blanco... Con sus trenzas siempre me recordó las muchachas de Modigliani... Estudiaba química, pero sus padres decían que tendría dinero de sobra cuando ellos murieran... Livia pudo haber sido también una gran pianista, o una gran cantante... Pobre Livia... Yo pude quererla como ella me quiso... Ahora está Federico Centeno en su vida... Federico Centeno va a casarse con ella..."

El encargado nocturno de "La Esterlina", mordiendo un cigarro de hoja que no sabe fumar y le atosiga, le pregunta cuántos días piensa quedarse en el hotel, diciéndole de paso que la casa es tranquila, que ahora únicamente está todo como después de un incendio por culpa de los pintores.

—El hotel trabaja. Y el patrón sabe lo que hace... Con las reformas que estamos haciendo... Es aquí, señor... — abriendo una puerta.

Es una estancia inmensa, empapelada en rojo, con flores amarillas. Con enormes mapas de humedad. Y una cama negra, tan negra como un féretro; como algo terriblemente fúnebre y que hace pensar en lo odiosa que es la muerte, con todos los artefactos que afean el último viaje. Después, un jaboncillo rosa, que se refleja en el espejo mal azogado de una cómoda desvencijada y vacía; con los cajones sin recuerdos, llenos de ausencia y bolitas de naftalina.

—Buenas noches, que descanse...

❦❦❦

Hace un mes que vive en "La Esterlina". Todos saben que es Claudio Lorenzo, "el que se comió una herencia en diversiones por Europa". Lo saben todos porque Claudio Lorenzo es hombre caído en desgracia y nadie se ocupa de su presente; todos recuerdan su pasado. Y algunos huéspedes hay, que experimentan cierto placer en hacerle hablar y escucharle sus aventuras de muchacho con plata. Todos saben que él es Claudio Lorenzo; que dejó novia y amigos para divertirse y ahora vive de la limosna de aquéllos. Todos se han enterado. Hasta un raro individuo que anda y desanda por los patios del hotel, hablando solo y diciendo que necesita estar con alguien para confesar la gran desgracia de su vida; sin hallar eco a sus palabras, que nadie escucha, teniéndole por un maniático.

—A usted le quisiera contar, señor...

Pero Claudio Lorenzo le huye, sorteando los tachos de pintura y caballetes de los pintores, para echar a correr por la escalerilla de caracol. Atemorizado y "viéndose" en el otro. Sintiéndose idéntico al maniático; callando hasta los saludos por temor a verse convertido de repente en un sujeto como el hablador imposible de soportar.

—"A esto se llega; seré tan desgraciado como él" — golpeándole en el cerebro un sinfín de pensamientos que él no puede refrenar. Por último, encerrado en su cuarto, pone fin al jadeo; al sufrimiento de saberse observado y registrado por todos.

❦❦❦

Acaban de dar las doce. En todo el hotel no se escucha otro ruido que el de la silla del encargado nocturno. Pero de pronto, un fuerte estampido alborota a los huéspedes de "La Esterlina". Se iluminan los patios y se ve a gran cantidad de personas, agolpadas todas frente a la escalerilla de caracol, para echarse a la carrera hasta el piso de arriba, donde está la habitación de Claudio Lorenzo. El encargado nocturno, con su eterno cigarro, deshecho y apagado, en la boca, es el primero en abrir. Claudio Lorenzo, en mitad del cuarto, experimenta verdadero terror ante los que le miran como defraudados; marchándose todos a su cuarto, sin comentarios de ninguna especie. Salvo el del infatigable hablador, que acaba de descubrir el origen del estampido;

alarma provocada por la caída de un tablón de los utilizados por los pintores para su trabajo, en uno de los cuartos vecinos al de Claudio Lorenzo. Este, intrigado al principio, acaba por arrojarse sobre el lecho, donde no duerme, sino que deja pasar las horas, acosado por la misma idea. Y junto a todas aquellas caras reunidas en visión de pesadilla, que acaban de interrogarle por "algo" recién aclarado en su mente, ve irradiar, blanca, en un blanco azulado, con los tonos del nardo maduro, la faz de la muchacha que conoció y le amó, y él, recién cuando se sintió desgraciado, comenzó a querer.

Un golpe de vergüenza le hace cerrar los ojos. No concibe evocarla en medio de su ruina, pensando al mismo tiempo en Centeno y en toda la humillación sufrida mientras éste le prestó su ayuda, lo mismo que otros de la "compañía".

Así, con los puños endurecidos y el rostro aplastado contra la humedad de su almohada, se va quedando dormido. Mientras, la pequeña luz amarilla del cuarto hace más negros los grotescos relieves del lecho fabricado quién sabe cuándo y por qué mueblista de gusto tan pésimo como malvado.

❦❦❦

Desde entonces hasta esta víspera de fiesta, han transcurrido once días justos. El encargado nocturno y el hablador incesante juegan a las damas en el *hall* del hotel. Y el juego, que antes fué interrumpido por repentina verborragia del maniático, se interrumpe otra vez, pero por el fuerte estampido que vuelve a oírse, tan nítido como aquella noche..

Algunos pocos salen al patio; los demás recuerdan el suceso anterior y piensan que ha vuelto a caerse un tablón de los pintores. Pero el encargado nocturno de "La Esterlina", quitándose el cigarro de los labios cubiertos por trozos de tabaco, murmura con miedo junto al hablador infatigable, por primera vez silencioso:

—No... que ayer los pintores terminaron el trabajo y se lo llevaron todo de aquí... ◈

Aventuras de un argentino

FALSO PRIMO DE UN MILLONARIO, "PENSIONISTA" DEL EJERCITO DE SALVACION Y TROTAMUNDOS IMPENITENTE, EL AUTOR DE ESTA CRONICA TUVO QUE ARAR EN GINEBRA POR SOLO CASA Y COMIDA PARA CONSEGUIR QUE LA POLICIA LO DEJARA TRANQUILO.

Por Germán Dras

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

"Esperando patrones"

YO iba a pie, en viaje a Francia.

Perdoné a la Sociedad de las Naciones que no me hubiera empleado; mi reducido léxico francés, mal dicho, no era buena recomendación, y Leopoldo Lugones se había ido de Ginebra al siguiente día de presentarme en la Liga; no era esa la oportunidad de exigir nada. Demasiado fué el haber obtenido autorización policial para andar libremente por el cantón, pasando como un excéntrico "primo rico" del millonario argentino Torres Finn, cosa que, dicho sea de paso, no convenció del todo al comisario de la ciudad, ni al pesquisa que, casi todas las noches, me despertaba suavemente en el dormitorio del Ejército de Salvación, revisaba mis documentos, me preguntaba sobre mis actividades, mis intenciones y mi dinero, y me prohibía trabajar. Ahora me quedaban sólo dos francos: dos días y medio de vida. Convenía irse.

Pero al llegar a la Place des Eaux Vives me llamó la atención un grupo de hombres, con aspecto de campesinos pobres, que parecían estar mirando la luna. Quise hablar con ellos, y por suerte encontré a uno que sabía un poco el castellano y bien el alemán, idioma que entonces yo conocía más que el francés.

—¿Qué sucede aquí?



El autor del presente relato, aprendiendo a arar en la campiña de Ginebra.

en la patria de Guillermo Tell

—Estamos esperando patrones.
—¿Esperando patrones?
—Sí; empieza la vendimia.
—Bueno, voy a esperar yo también...
El hombre me miró de arriba abajo. Y movió negativamente la cabeza.
—Es que yo voy a trabajar— le expliqué — por sólo casa y comida; no quiero paga; y así me tomará cualquiera.

"¡Manos de señorita!"

Fueron llegando dichos patrones. Todos bigotudos, lacónicos, "agropecuarios". El hombre que sabía castellano me servía de intérprete y me proponía a los bigotudos. Estos me miraban con desdén. Uno de ellos me observó una mano y exclamó:
—¡Manos de señorita!
Al fin, otro, después de comprender que saldría ganando a pesar de mis manos, aceptó.
—Bueno, vamos.
Corrí hasta el Ejército de Salvación, expliqué el caso y pedí ropa de trabajo. Me la dieron y me mudé en seguida. El saco me llegaba casi hasta las rodillas, y los pantalones tuve que arremangármelos mucho para poder caminar; pero no importaba, no me vería gente conocida.

En plena acción

Me despertó la voz del patrón:
—¡Arriba!
Eran las cinco; apenas comenzaba a amanecer. Mis compañeros se vistieron apresuradamente y no se lavaron casi, aunque esto no por apuro sino por costumbre; yo los imité. Ocupábamos dos grandes cuartos de madera construídos sobre la "carrería".
—Usted, Berard — dijo el patrón a un hombre viejo —, y usted... G... G... Gasparino —añadió señalándome a mí—, vengan aquí.
Nos llevó a un galpón lleno de no sé qué cereal y nos indicó nuestro trabajo: zarandear el grano. Y el viejo echó el grano, y yo hice girar una manivela, hasta que reapareció el patrón:
—Berard y G... G... Gasparino, ¡desayuno!
Nunca comprendí cómo pudo trocar mi nombre en *Gasparino*.
El se llamaba Aubertinaz. Nos guió a la gran cocina de su casa particular, en el primer piso del gran edificio cuya parte izquierda constituía la casa de la propietaria de todas esas tierras: una viuda joven, con hijos chicos. Comimos pan in-



El monumento de la Reformación, con Calvino en el centro, en el Paseo de los Baluartes; una de las cosas interesantes de la ciudad de Ginebra.

Parte del dominio de la joven viuda terrateniente, donde trabajó por sólo "casa y comida" el autor de esta nota.

tegral con abundante manteca, tocino ahumado, un gran plato de una especie de sopa espesa de maíz, y leche.

De allí fuimos al campo, con tijeras y una canasta cada uno. Llegados al viñedo, el patrón me indicó cómo debía cortar los racimos y me dejó trabajando.

Al principio no me pareció mala mi situación. Pero al cabo de una hora de estar inclinado sobre esas plantitas absurdamente petisas y cargadas de uvas, mi cintura se negaba casi a sostenerme.

—Aquí, ¿eh? — me decía Aubertinaz, llevándose la mano a la cintura.

—Y... uno se acostumbra a todo — me consolaba mi compañero el viejo.

—"Gasparino: peras y manzanas"

El almuerzo fué grandioso. Nunca en mi vida comí tanto ni con tanta hambre. Y en la media hora de siesta que se nos concedió, nunca dormí con tanta felicidad

Pero Aubertinaz era un gran patrón; notó que el dolor a la cintura me hacía caminar mal, y me dijo:

—Gasparino: peras y manzanas.

Me dió una gran canasta, y, por señas, me indicó los árboles y el sótano de la granja, donde había una prensa.

Eso me gustó. Estuve tres días cosechando frutas y llenando con ellas la prensa y unas tinas. Después tuve que prensarlas y así sacarles el jugo para hacer sidra. ¡Qué manera de beber! Estuve un día entero medio mareado y con el estómago que reventaba de jugo de frutas.

Trabajábamos hasta que se ponía el sol. Entonces nos lavábamos a fondo, comíamos otra vez y quedábamos libres. Mis compañeros se iban a pasear; hasta el viejo Berard desaparecía, y yo caía en la cama como un plomo, pero con la cabeza fresca; y estudiaba francés con un periódico y un diccionario, hasta que me dormía.

Arado y vino...

Terminada la cosecha de uvas, manzanas y peras, fuimos a la plantación de papas. Y ahora había que agacharse aún más, para recoger las que la máquina cosechadora había desenterrado, y des-

El alpinismo es uno de los deportes más practicados en Suiza. La vida de este hombre depende de los clavos de sus zapatos y pende de un hilo.

"En el camino de la granja me cruce con la joven viuda propietaria; me miró con atención, pero entonces no me atreví a decirle nada"...



enterrar las que hubieran quedado, que eran muchas. Cada hora, poco más o menos, el patrón nos convidaba con un trago de vino blanco. Pero esto no me curaba la cintura; los riñones parecían caérseme. Por último me sangraron las uñas de tanto escarbar la tierra para sacar las papas.

Aubertinaz vió aquello, y me dijo:

–Usted, que es argentino, vaya a los caballos y al arado.

¡Cierto! ¿Cómo no habría de ser práctico en el manejo de caballos y arados un trotamundos nacido en el país de las pampas, del trigo y de la ganadería? No dije que, en verdad, yo era buen jinete, porque eso allí no servía para nada, y no confesé que jamás había visto un arado, porque cualquier cosa era preferible a continuar sacando papas.

Comencé por el cargo de ayudante. Yo guiaba los caballos, y el gañán llevaba la mancera. Para hacer andar los caballos había que gritarles: "¡Hiii!", y para que se detuvieran: "¡Hooo!"; y obedecían tan bien que parecían caballos automáticos. Eran dos yuntas; a veces se me enredaban entre los tiros, otras me equivocaba de vocal y los animales, en vez de detenerse, andaban más ligero y sacaban el arado del campo. Entonces mi compañero juraba y rejuraba con una rapidez increíble:

–*Nom d'un chien, nom d'un chien, nom d'un chien!!*...

Pero a pesar de todo, éste me convidaba con vino blanco cada cuarto de hora, y en una mañana terminábamos dos botellas.

Al fin, tanto hacerme cargo de la mancera y de todo, cada vez que él iba por el trago de vino hasta el pie de un árbol, fuera del campo, aprendí a manejar el arado como el mejor. Y Aubertinaz me decía:

–¡Oh, Gasparino! Está en la Argentina, ¿eh?

Un policía inconsable

Cada semana aparecía en la chacra el policía rural de la región, examinaba mis documentos y me preguntaba todo lo que ya sabía o creía saber:

–¿Dice que es periodista?

–Sí.

–¿Y qué anda haciendo por Suiza?

–Estudiando la vida de este maravilloso país.

–Pero aquí, a los extranjeros, les está prohibido trabajar.

–Lo que está prohibido es cobrar, y yo no cobro nada; pregunte a mi patrón.

Y Aubertinaz le decía lo mismo que yo. Entonces el hombre se iba, para regresar a la semana siguiente y someterme de nuevo a igual interrogatorio. Al fin me acostumbré y le perdí el miedo. Pero él no se cansó nunca.

Un día, yendo sentado en la parte trasera del carro, camino del trabajo, nos cruzamos con una señora vestida de negro que llevaba de la mano a dos niñitos. Era la viuda propietaria. Al pasar a su lado pude verla de cerca. Joven todavía, delgada y bonita. Sus ojos grises me miraron con curiosidad. Yo también la miré fijamente, y sentí deseos de hablar con ella. Hubiera querido ofrecerle mis servicios como profesor de castellano, o de cualquier otra cosa para sus hijos, o como preceptor, o como mucamo, o lo que quisiera, por sólo casa y comida. Pero pensé que mi desastrosa vestimenta y mi barba de ocho días no eran buena recomendación, y que con mi deficiente francés no lograría demostrarle mi altísimo valer y la conveniencia de que me tomara. Así, dejé pasar la ocasión. Meses después supe que había pensado mal.

"¡Aprender a arar en Ginebra!"

Cuando terminaron todos los trabajos en la granja y la chacra, yo estaba convertido en un muchacho fuerte, curtido, buen arador y verdadero "argentino", capaz de manejar caballos mejor que cualquier suizo. Pero mis compañeros desconfiaban de mí; estaba barbudo, parecía un ruso zarista, con manos finas y blancas a pesar del trabajo rudo; decía ser periodista, trabajaba sin cobrar, tenía un tipo muy diferente al de ellos, y no los seguía en sus costumbres. Sólo el viejo Berard se hizo amigo mío.

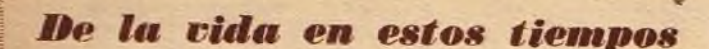
Aubertinaz, haciendo gala de extraordinaria generosidad, al despedirme me regaló 15 frs.

Me fui a pie hasta Vandoeuvres, distante 6 kilómetros de Ginebra, para tomar allí un tranvía. Pero en Vandoeuvres me vió otro policía rural y, alarmado por mi aspecto, me detuvo. Sujetándome por la mano, habló telefónicamente a Ginebra. Dió todos mis datos, y por suerte le respondieron que no tenía malos antecedentes. Entonces me soltó, y me aconsejó que me vistiera de otra manera y me afeitara.

Con mis 15 francos podía vivir más de 15 días; me sentí feliz. Y cuando me afeité noté que estaba gordo. En el consulado se asombraron de verme así.

Mi pseudo primo, Torres Finn, se reía a carcajadas de este "argentino rico", que tuvo que aprender a arar en Ginebra. ✦





De la vida en estos tiempos

EL DIFICIL ARTE DE TOMAR

por
Wenceslao Fernández Flórez

Madrid, diciembre 1941.

EN aquella casa adonde había ido de visita, largo rato hacía que me encerrara en un hosco mutismo, y mis compañeros me contemplaban con inquietud. Anuncié sombríamente, cuando ya habían sonado las nueve de la noche, que me proponía tomar, allí cerca, en el cruce de las calles de Velázquez y Goya, un tranvía — el del disco 49 — para regresar a mi casa. Hubo un impresionante silencio. Alguien dijo, al fin:

—He aquí una noticia bien triste. ¿Cuándo volveremos, señores, a ver a este amigo que se lanza a tan difícil aventura? Propongo que le ofrezcamos ahora mismo un banquete.

Todos gritaron: "¡Sí, sí!"; pero me opuse, alegando que los banquetes están prohibidos, y la dueña de la casa donde nos reuníamos me secundó con brava tenacidad, que probablemente sacaba energías del temor que le inspiraba la suerte de su despensa. Entonces intentaron disuadirme y yo insistí. Nos abrazamos — algunos ojos estaban húmedos — y me marché a la calle.

La acera salvavidas que hay a espaldas de la estatua de Goya y junto a la cual alguna vez se detiene el tranvía estaba ocupada por una espesa muchedumbre con la cabeza vuelta hacia la izquierda; varias narices, largamente trabajadas por el frío, al reflejar la luz de los escaparates, destellaban como señales rojas de peligro. Una mujer que estaba cerca de mí, y que esperaba vanamente desde media tarde, lloraba transida por la sospecha de no volver a ver más a sus hijos. Un marido aleccionaba a su esposa acerca de la táctica a seguir para asaltar un tranvía, si por si acaso pasaba lentamente. Un hombre contaba, entre la absoluta incredulidad de sus oyentes, que en la semana anterior, una vez, había encontrado un taxi libre; pero todos comprendían que era aquél un cuento para mantener el optimismo y suavizar la espera. Algunas personas que habían llegado a intimar se narraban sus vidas. Casi todas, sin embargo, enmudecían o murmuraban palabras terribles, que las señoras fingían no oír o repetían quedamente en algún caso.

Al fin apareció en la lejanía el ansiado vehículo. Voces de bajo, de tenor, de barítono, de contralto y de tiple clamaron en la acera, en todos los tonos del recelo y de la esperanza:

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

Y nos condensamos hasta formar una pasta hacia el borde.

El tranvía pasó como un huracán, lleno hasta lo imposible. Los estribos sostenían ocho o diez personas; a los hierros de las plataformas iban agarrados varios padres de familia; jóvenes impacientes marchaban asidos, a su vez, a estos padres de familia, y sobre las espaldas de los tales jóvenes habían trepado diversos chiquillos. El conjunto formaba una especie de joroba, hernia o tumor en las portezuelas del coche, y, al pasar, barrió con fuerza a los que nos habíamos colocado en primera línea. Dos caballeros quedaron mutilados, y una señora de las que esperaban fué despedida tan violentamente, que siguió corriendo calle abajo, avisando a gritos a sus familiares que se proponía aprovechar aquel impulso para ver si llegaba así hasta Rosales.



"El tranvía estaba lleno hasta lo imposible; los estribos sostenían a ocho o diez personas; a los hierros de las plataformas iban agarrados varios padres de familia; jóvenes impacientes marchaban asidos, a su vez, a estos padres de familia..."

La espera continuó. Hablábase de la guerra, del año de la gripe, de los bombardeos de Londres, y de otros sufrimientos humanos. Alguien recordó la noticia dada por los periódi-

EL TRANVIA EN MADRID



Un bello enfoque de la capital española. Pertenece al cruce de la calle de Alcalá y la Gran Vía.





cos y la radio de que la Compañía de Tranvías de Barcelona había reforzado el número de coches de ciertas líneas, y esto produjo el mismo estupor con que se oye un milagro.

Pasó mucho tiempo y llegó otro tranvía, que se detuvo para que bajase un viajero. El encrespado mar en día de tormenta no mueve sus olas como movía sus cuerpos aquella muchedumbre. Me encontré en el aire, luego en el suelo, después en la acera de los pares, en seguida en la de los nones. La gente se animaba vociferando:

—¡Es la ocasión!

—¡Ahora o nunca!

—¡Arriba!

Algunas señoras, completamente aplastadas, con los ojos estrábicos, renunciaban a todo esfuerzo para marchar a sus casas, tristemente seguras de que nadie las reconocería en ellas ya.

El amante marido que daba instrucciones a su esposa consiguió que ésta pusiese la punta del pie en un estribo. Un hombre recio y galante la sostuvo desde la plataforma, asiéndola por la garganta. El tranvía reanudó la marcha. Clamábamos: "Espere, espere".

El marido, entre nosotros, pedía al hombre recio:

—¡Cuídemela bien! ¡No la suelte!

Melancólicamente, hundido en el gabán, emprendí a pie el largo camino hacia mi casa.

Ignoro lo que les ocurrió a aquellos compañeros de espera. Acaso estén aún allí. Acaso hayan muerto...

Así sucede... ◈

El Palacio de Correos, en la Cibeles, otra pintoresca perspectiva urbana del Madrid moderno.



LAS PIELES

Por *Jacinto Ramos*

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



Estaba borracho... ¿Qué culpa tenía él?...

—Tienes culpa por haberte emborrachado — decíale su conciencia, que empezaba a despertarse.

Fué hasta la mesa y tocó el timbre:

—Prepárame el baño, Andrés.

El criado se inclinó respetuoso, demasiado respetuoso, y luego, con sonrisa servil, preguntó:

—¿Se divirtió mucho anoche el señor?...

Jorge no le contestó.

—Parecía que viniese un regimiento de coraceros por la calle.

Quiso olvidar el escultor la pesadilla de su *hazaña*, que le atormentaba. Intentó reír:

—¿Un escándalo, eh?... Pues no éramos muchos: el pintor Ives, Suzette y yo... Tres nada más.

—Tres terremotos. Y la señorita Suzette..., ¿estaba también?...

Hizo el clásico ademán de empinar la botella.

—También..., también — respondió Jorge con cierto desagrado.

—Y... ¿qué hacía? — se atrevió a preguntar el servidor, mientras se le encandilaban los ojos con tal lujuria, que a Jorge le repugnó aquella familiaridad, y cortó:

—Recitar versos... Prepara el baño.

Antes de salir, el criado se dedicó a recoger las prendas de su señor, arrojadas aquí y allá del saloncito, al mismo tiempo que Jorge, apoyada la cabeza en los cristales del balcón, recordaba a Suzette, la Susana a quien su larga estancia en París había afrancesado el nombre, recostada en el murallón del Sena, en los mismos lugares de frente al Museo del Louvre, en donde la poetisa pasaba las mañanas rebuscando en los cajones de los libreros de viejo las ediciones raras, que ya sólo se encontraban muy de tarde en tarde. La evocaba recitando al agua que se deslizaba lentamente, a la barcaza panzuda:

Bendecida sea tu boca, porque el adulterio encierra.
Porque sabe a rosas frescas y a vejeces de la tierra.

Y los versos de Remy de Gourmont, el perverso, punzaban ahora al escultor en el alma. Una borrachera bajuna, canallesca, la suya... La primera de este tipo en su vida.

—¿Y el abrigo del señor?... ¿El abrigo de pieles?...

Jorge palideció y se volvió, nervioso, ceñudo:

—No lo busques.

Avanzó hacia el criado, cerrados los puños.

—No lo busques más..., ¿oyes?... Y no vuelvas a preguntar por él... No vuelvas a hacerlo.

—Está bien, señor.

Y retrocedió, de espaldas, hasta la salida. En el pasillo aconsejó a la doncella, que se llegaba para saber a qué hora desayunaría el dueño de la casa:

—No entres... Le dura todavía la *turca* de anoche.



Le duraba el recuerdo, tan sólo el recuerdo, de la muchachita menuda, negrucha, de ojos suplicantes, que parecían, en la fría noche de diciembre, los de una bestezuela acosada. Volvía a oír su voz:

—Tengo frío, señores, tengo frío...

Jorge había avanzado para regalarle su abrigo a cambio de... ¡Qué asco!... ¡Qué asco de sí mismo!... ¡Y había sido él!... ...Le instigó Suzette... Luego, la desdichada criatura, en el horror de la revelación, se había arrancado aquel abrigo que la envolvía por completo, como en un juego infantil de Carnaval, arrojándolo al río, mientras les increpaba:

—¡Canallas!... ¡Canallas!... ¡Malditas sean tus pieles, hombre!... ¡Malditas sean y que las pieles atraigan siempre maldición sobre ti!...

Se bañó, desayunó y pasó al estudio; se puso a trabajar, intentando hundir la escena ingrata en la fiebre de la inspiración. Faltaban pocas semanas para que se abriera el salón de escultura, coincidiendo con la inauguración de la Exposición Internacional, y Jorge estaba atrasado en su labor. Ya tenía su obra un lugar reservado, el que él eligió para su mayor realce. Ya los diarios le habían dedicado notas incesantemente, y los semanarios ilustrados publicaron entrevistas con el artista, junto a su talla, en la cual la forma se apuntaba tan sólo.

—Jorge Stenich expone una maravilla.

Piedra morena como el trigo candeal para el cuerpo de una mujer y mármol más blanco que una alborada, para el manto... Aquí estaba pidiéndole vida aquella mulata..., *la mulata del armiño*, la mulata llegada de los trópicos a los crudos climas de Europa, que sentía frío; la mulata de carne ardiente que buscaba calor en aquellas pieles de armiño... Fuego y nieve... Todo el mundo la iba a contemplar en este año triunfal para Francia, nidal de artistas. Jorge Stenich, el escultor mimado de París, iba a escribir su nombre en todos los meridianos de la tierra. Presentía él su éxito, los trompetazos de la fama, que mil veces escuchados, no le bastaban; el torrente de oro entrando por los ventanales de su ya rico estudio.

—¡Jorge Stenich expone!...

El corro de íntimos, frente a la obra no concluída, se estremecía de emoción al igual del artista que la creara.

—Es el trópico, Jorge, el trópico, que grita espantado en una noche norteña de cielo claro, en el cual hasta las estrellas se han helado... Son las hermanas de tu mulata, temblando acurrucadas en los camerinos

de los "music-halls"... Son los negros que van por las calles, ateridos, tendiendo las manos a todos los fuegos que encuentran a su paso.

Iván, el pintor polaco, a pesar de la bestialidad de aquella noche de rufianes, volvía a sus ensueños de niño, murmurando:

—Es más, Jorge; es la brasa de la pasión carnal, ahogada por la pureza de un amor romántico o por un arrebato de ascetismo.

Suzette les miraba burlona y declamaba:

Me llega hasta los huesos
este frío.
Ponme, con tus caricias,
pieles sobre los tuétanos,
querido mío.

Y marcaba mucho la palabra *querido*... Era de un acierto asombroso para encontrar el vocablo encanallado que lo envileciera todo.

Fueron unas jornadas febriles... Llegó un día en que se oyó aullar de dolor a *la mulata del armiño*, pidiendo calor para su sangre, que se le cuajaba en las venas... El manto era de piel, piel de verdad... ¡Si le pasaba Jorge la mano y lo sentía suave y tibio!... Y en el estudio, el milagro se hizo... ¡Ya la tenía!... Tan sólo faltaba pulir aquella cara, darle más expresión, corregir el doblarse de aquellas piernas y el temblor del vientre horrorizado al contacto del aire de las sierras... Que nadie entrase en el estudio. Se encerró en él. En él comía. En él dormía. No saldría de allí sino para ascender a las cumbres de la Gloria.

—¡Has triunfado, Jorge; has triunfado! —se decía.

Y entonó el *tedéum* de los artistas, que es un *tedéum* dirigido a sí mismos.

Se abrió el salón. En torno a *la mulata del armiño* fué un jubileo. Pero Jorge notó, primero con sorpresa, luego con ira, por último con desesperación, los gestos de asombro y desencanto de los visitantes.

—Es un engendro... — escuchó.

—¡Grotesco, amiga mía!...

Jorge se alzó del diván... ¿La envidia, ya?... Hendió los grupos, espigando comentarios. Quienes le conocían callaban al verle acercarse. Otros, le tendían la mano, sonriendo, aduladores... Alguien, el que más daño le hizo, le abrazó, diciendo:

—El mismo de siempre, amigo Stenich: divino.

¡El mismo de siempre!... ¡Cuando un artista empieza a ser el de siempre está perdido!...

Salió al jardín. Dos críticos pasaban y Jorge se ocultó tras una palmera.

—¿Qué le ha ocurrido a este hombre?... Parece que hubiera querido deshacer lo que estaba ya logrado. Hubiese sido preferible que la dejara en boceto.

—En efecto; Jorge Stenich ha hecho del mítico magnífico una gata sarnosa tiritando en una cocina sin fuego. Llevaba demasiado vuelo la cosa para rematar felizmente.

Bajó la cabeza y regresó al salón. Cruzóse con un muchacho de Montmartre, chalina al cuello y pipa en los labios, que, con una bocanada de humo, lanzó a la modelo que se colgaba de su brazo:

—Jorge Stenich está agotado. Descanse en paz.

Junto a su estatua, dos o tres curiosos... Y Suzette... No quiso ni mirarla, y se dejó caer en el verde terciopelo del diván. Pero la poetisa se acercó a él y murmuró en su oído:

—¡Quítale el manto de armiño, Jorge... Las pieles están malditas. Te traerán siempre "jettatura"... ¿Has mirado bien a tu mulata?...

Le hizo incorporarse y le llevó frente a la escultura. El salón empezaba a quedarse vacío.

—¿No te recuerda nada?...

Y más honda:

—Es el rostro de la muchachita del muelle..., aquella que tiró al agua tu abrigo.

Suzette se alejó. Permaneció Jorge al pie de su obra unos minutos y cuando se acercó uno de los empleados de la Exposición, reverentísimo, le dijo:

—¿Quiere usted ocuparse de que *la mulata del armiño* sea retirada del salón, esta misma noche?...

Iba a avanzar, cuando oyó tras él una voz de mujer que preguntaba:

—¿Por qué, señor?... Su mulata es una hermosura.

Se volvió. Una dama de rostro moreno y dientes deslumbradores, recogido el pelo lustroso en dos bandas y envuelta en riquísimas pieles, le sonreía.

—¿Por qué, señor Stenich?...

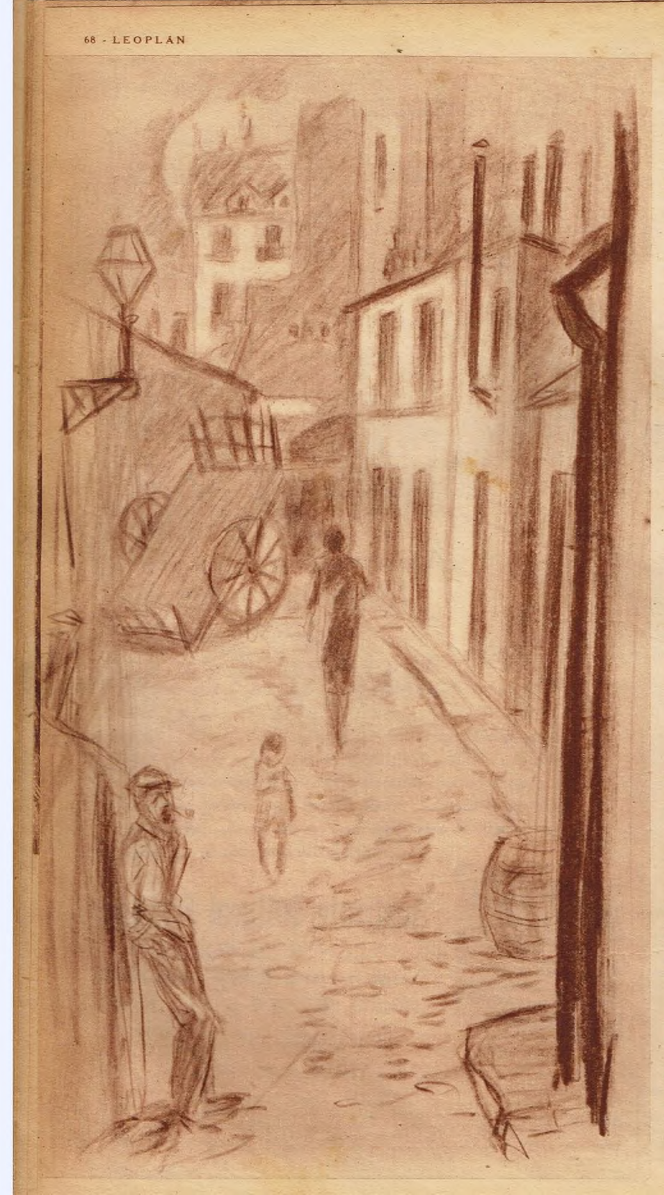
Se llegó a la estatua, sin que Jorge se moviese de su sitio, abrió su bolso, sacó una tarjeta de visita, escribió en ella la palabra ADQUIRIDA y la colocó entre las manos de la mujer de piel oscura.

—¿Salimos?...

Jorge le ofreció el brazo, en silencio.

Aquella señora rica, elegante, de perfecta belleza, apasionada por las artes y la literatura, fué el desquite de su derrota en el salón de escultura de la Exposición Internacional.

Todos la juzgaban su amante y, sin embargo, entre ellos no había sino una amistad creciente, que iba ahondando más en el corazón de Jorge que en el de ella, hasta llegar a ser un deseo abrasador, que, satisfecho, acaso hubiese extinguido sus relaciones con la misma rapidez con que se establecieron, pero que el continuo negarse de la mujer no hacía sino exacerbar. Llegó a convertirse para Jorge en una obsesión... La veía ante sí, continuamente, envuelta en sus pieles, de las que



poseía una colección fabulosa, de las que nunse se desprendía.

—Quisiera verla sin ellas — le rogó.

—Me moriría.

—Pero... ¿es que siempre tiene usted frío?...

—Siempre, siempre.

Añadió:

—Son mi pasión, Jorge. Me he criado entre ellas, porque mi madre las amaba extraordinariamente.

Y cada vez que él lo atribuía a farsa o a un querer aparentar originalidad o a una burla para con él, o a un capricho infantil, se defendía haciéndole observar su manera de vivir. Cierto: su hotel, con la calefacción continuamente encendida, de su "hall" al coche y del coche al palco del teatro, bien arropada, o al establecimiento confortable o al resguardo de un rinconcito bien escondido en el salón de té.

—¿Comprende mi entusiasmo por su mulata?... Esa expresión suya sería la mía si intentaran dejarme sin pieles...

Luego, agregaba:

—¿Qué le han hecho mis pieles?...

La frente de Jorge se llenaba de surcos mientras sus labios murmuraban:

—Nada.

Le ofreció su nombre, que ella rechazó:

—Un artista no debe casarse, Jorge... Trabaje, trabaje...

Pero el escultor no podía trabajar, no podía vivir lejos de ella. Perdía toda apetencia cuando no estaba en su compañía y tan sólo vibraba para codiciarla al reunirse. Dejó de cumplir encargos admitidos tiempo atrás. De su estudio no salía nada. Al principio, su retraimiento fué atribuído al fracaso del último salón. Más tarde, la opinión unánime, en los círculos artísticos y en la prensa, fué la del bohemio de Montmartre:

—Jorge Stenich está agotado.

Mas el *descanse en paz* no se añadía. No le dejaban descansar. Unos críticos, sinceros amigos, para provocarle, le daban cariñosos arañazos; otros, antiguos enemigos, zarpazos feroces. Pero sus manos continuaban ociosas y el polvo y el desorden se apoderaban de su estudio.

—Sea usted mía y resucitaré.

Y obtenía la respuesta invariable:

—No, Jorge; seamos únicamente buenos amigos.

Una tarde, excitado, puso sus manos en los hombros de la mujer.

—Quítese estas pieles... Son ellas las que se oponen a nuestro amor... Las pieles son mis adversarias...

Ella le miró con fijeza, un poco asustada.

—¿Qué dice usted? ¿Está usted loco o borracho?...

Y recobrándose:

—Y sobre todo..., ¿qué modales son éstos?

Sonó la llamada. La doncella, en el umbral del saloncito íntimo, alzaba el tapiz y esperaba, impasible, que el escultor Jorge Stenich saliera para entregarle su sombrero.

No volvió a encontrarla. Cuando, pasados unos días de embriaguez casi continua, decidió humillarse y fué a llamar a su puerta, ésta no se abrió... El hotel estaba desalquilado...

—Hace unas dos semanas, señor.

Empezó a faltarle el dinero a Jorge. Huyó de los amigos... Despidió a la servidumbre. La portera atendía el piso con orden de no penetrar en el estudio, en cuyas mesitas había siempre provisión abundante de ajenjo, ginebra y coñac, cuyos rincones eran cementerios de botellas vacías... Estableció estrecho contacto con el hampa parisiense. Se le veía en los bailes *musette*, en los locales donde antaño estuviera emplazada la histórica Bastilla, en las bocacalles de la plaza Pigalle, recibiendo misteriosos papelitos con el veneno de los polvos blancos. Llegaron para él los accesos violentos

de la intoxicación por la cocaína. Para ella todos sus recursos. Sintió hambre, hambre de verdad. La aguantó. El caso era beber, absorber la droga que le hacía olvidar. Olvidar o recordar sin darse luego cuenta de ello.

—Quítese esas pieles... Son ellas las que tienen la culpa... Las pieles son mis enemigas...

Dentro de poco no tendría ni un mueble que vender. ¿Y cuando no pudiese comprar ya cocaína?... Como un espolazo en los ijares, sintió la necesidad de trabajar. Registró en sus bolsillos: un puñado de francos. Compró papel, carboncillo, unos lápices, en el primer establecimiento que halló al paso, y se metió en un tabernucho para dibujar.

En el despacho del director de la revista creyó morir de despecho y de vergüenza.

—No se pueden publicar, señor Stenich... Vamos, no se desanime... Siéntese; cuénteme qué es de su vida.

Le volvió la espalda y corrió escaleras abajo. Fué ofreciendo sus dibujos por los sórdidos tenduchos de Montmartre, en cuyas vitrinas lucían sus chafarrinones las acuarelas de rameras y apaches. No interesaban.

—Son míos... Son de Jorge Stenich... ¿No conoce usted mi firma?...

La vieja explotadora de artistas mendicantes, vecina de *Chez Toto*, el cafetín pecaminoso, atracción de extranjeros, se echó a reír.

—¡Del señor Stenich! ¿Del escultor Jorge Stenich, verdad? ¿Y es usted?... ¡Qué buen vino le ha dado Dios!...

Enloquecido, ascendió hasta la balaustrada del Sacré Cœur... La callejuela aquella que bajaba en innumerables escalones hasta perderse casi de vista, con sus farolillos de gas a la entrada y a la salida, le recordó cuántas veces la dibujara en su mocedad, recién llegado a París... Fué su último recuerdo grato... Allá abajo estaba la gran ciudad, callada, hundida en la noche, con los ramalazos de claridad y la roja luz de los bulevares... La ciudad que se le rindió, a fuerza de poner en su empeño constancia y fatigas. Emprendió la marcha. Bajó aquella escalinata interminable y anduvo, anduvo por las calles solitarias, entrando en todas las tabernas que encontraba en su camino... Le quedaban unas monedas en los bolsillos... Le daba vueltas la cabeza. Estaba a la entrada del puente recientemente restaurado para el magno acontecimiento de la Exposición Internacional, que había de difundir por todo el mundo el nombre del escultor... Ante él, el Sena. Enfrente, la mole del Museo del Louvre... A sus espaldas, más allá, la estación de Orsay, por donde él entró en París cargado de carpetas e ilusiones... Arrojó las monedas al agua.

—Tengo frío... — murmuró.

Lo hacía ciertamente. La noche era cruel entre las crueles... Se le fué la vista... Una muchachita harapienta, fruto de su desvarío, surgió ante él y como un eco repitió:

—Tengo frío, tengo frío, señores.

—¡Vete!... ¡Vete!... — gritó Jorge Stenich —. Yo no tuve la culpa... ¿Sabes? Estaba borracho y Suzette me excitó...

Rodó por el suelo. Pasaron unos minutos. Un coche se detuvo.

—Será un borracho — dijo alguien, cerca del escultor.

Y otra voz, que venía de muy lejos para el que yacía en tierra, contestó:

—Está borracho, en efecto, pero se va a helar si le dejamos así... Toma la piel del coche.

Jorge Stenich intentó incorporarse.

—¡La piel, no!... ¡La piel, no!... ¡No quiero pieles!... ¡Están malditas para mí!...

Y al sentirla sobre su pecho, se encogió horrorizado, su mano hurgó en un bolsillo y reapareció apretando la pistola... Sonó un disparo... Sobre las aguas del Sena se movía la barcaza panzuda de la noche aquella... ✧



Las



Jóvenes conscriptos filipinos se inician en los ejercicios con fusiles.

El puerto de Manila, capital de las Filipinas, hoy en poder de las fuerzas japonesas.

El jefe de la tribu ibilaos, en elegante pose para la fotografía.

Un joven ibilaos, en una figura de una danza guerrera de su tribu.

Filipinas

CONSTAN DE CATORCE MIL ISLAS E ISLOTES Y TIENEN ONCE MILLONES DE HABITANTES



Orquídeas, ofrenda de paz de los "cazadores de cabezas".

PERDIDAS en la inmensidad de las aguas del lejano Oriente, vemos en el mapamundi unas islas tapadas casi por las letras de su propio nombre: Filipinas. Se diría que si fuéramos a ellas las recorreríamos a pie en poco tiempo, y se antoja extraño, por ello, que hayan sido uno de los principales escenarios de la guerra del Pacífico. Su importancia estratégica es, desde luego, vital para las potencias beligerantes; pero no es sólo su importancia estratégica lo que hace codiciable al país.

Esos puntitos que en el mapa son insignificantes contienen más de 13 millones de personas; casi tanto como toda la Argentina. Es un maravilloso archipiélago compuesto por más de 14.000 islas e islotes, de los cuales sólo 2.441 tienen nombre. Llenos de mirtos, laureles, helechos, palmeras y orquídeas; árboles madereros, plantas textiles, aromáticas, medicinales y frutales; corren por sus bosques búfalos, jabalíes y ciervos; hay cocodrilos y pitones,



Un buceador zamboango revisa la base de una roca en busca de ostras.

En la capital federal, el PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS tiene habilitados el consultorio "Pedro Lagleyze", en Juncal 1845; el DISPENSARIO NUMERO 1, en Pedro Goyena 1780, y el NUMERO 2, en Nahuel Huapí 2479, donde personal especializado atiende gratuitamente las enfermedades de la vista.

y chillan los monos en la espesura. Todas las islas juntas forman una superficie de más de 300.000 kms.², y de ellas se extrae oro, carbón, plomo, cobre, hierro, mármol, azufre, caolín, plata, petróleo, mercurio y platino. Hay cerca de 1.500.000 búfalos domesticados al servicio de los habitantes.

La capital de las Filipinas es Manila, ciudad mártir cuyos habitantes — cerca de medio millón — acaban de experimentar los horrores de la fuerza aérea desatados sobre ella, pese a su condición de ciudad abierta. El país se divide en 47 provincias y 10 subprovincias. Se hablan unos 40 idiomas y dialectos, pero se consideran oficiales sólo el inglés y el español. Los indígenas pertenecen a diversas razas: tagalos, visayos, ilocanos, bicolanos, calamianes, joloanos, mindanoenses, samales, lanaoenses, sanguiles, palawanes, ifugaos, calingas, igorrotes, buquidnones, mandayas, apayaos, tagbanúas y varias otras.

A pesar de encontrarse el archipiélago entre los paralelos 5 y 20 de latitud norte, zona tórrida, la temperatura máxima registrada en un período de observación de veinte años sólo alcanzó los 38 grados, y esto una sola vez; y la mínima no bajó de los 15 grados. Hay épocas del año muy lluviosas y otras de sequía, las que dependen de la dirección de los monzones. Existen 25 volcanes, 12 de los cuales están en erupción. El punto más alto del archipiélago lo marca el volcán Apo, que tiene 3.200 metros.

Los mares, ríos y lagos de las Filipinas se hallan poblados de fauna útil o interesante; pululan allí tiburones, peces sierra, peces arado, lijas, rayas, tucós, peces martillo, peces erizo, peces cofre, agujas de mar, caballos marinos, anguilas y sardinas; el bango, una especie semejante al bacalao; rotaballos, lenguados; varios del género *Ophicephalus*, llamado *dalag* por los naturales, que forman parte principal en la alimentación indígena; y camarones, cangrejos de mar y río y ostras comestibles. Además, abundan las ostras perlíferas, las que, más que por sus perlas, son buscadas por su nácar translúcido, que se corta en pequeños cuadrados para emplearlo en vez del cristal en las ventanas.

Como se ve, pues, las Filipinas constituyen un país de gran importancia desde todo punto de vista. Hoy las tenemos en el umbral de la Historia de las civilizaciones, con el horror de la guerra y la atención del mundo concentrados en ellas. ◆

La hija de Mata Hari

Por

MAURICIO DEKOBRA y LEYLA GEORGIE

TRADUCIDA ESPECIALMENTE PARA "LEOPLÁN" POR ROLANDO W. VARELA

TAPA DE MARIANO ALFONSO

UNAS PALABRAS EN TORNO AL AUTOR

Corría el año 1885. Un joven francés, recién iniciado en las filas del periodismo, se hallaba frente a una encantadora de serpientes que, con el consabido instrumento musical, subyugaba dos enormes cobras. La joven era hermosa, el muchacho audaz...; siguió un romance del que surgió, a poco, el pseudónimo de quien iba a ser uno de los más populares novelistas modernos, Dekobra, nombre originado, según el propio escritor, de "dos cobras". Tenía él, en aquella época, veinte años; a los veinticinco daba a publicidad su primera novela, cuyo éxito rotundo e inmediato lo llevó a dedicarse casi por entero a ese género literario. Así su producción lo muestra como uno de los más fecundos autores modernos, habiendo superado los "records" de ventas alcanzados por Marcel Prevost, Pierre Benoit y Víctor Margueritte. De pluma ágil y de imaginación fecunda, Mauricio Dekobra crea en sus obras un inagotable caudal de situaciones interesantísimas y de emocionantes aventuras, que lo han colocado a la vanguardia de los escritores del genero novelesco. Su popularidad quedó de relieve cuando, en 1930, al aparecer su novela "Le Sphinx a parlé", firmó contratos de traducción a dieciséis idiomas diferentes. De sus andanzas por las trincheras del frente, en la guerra de 1914, quedóle un estilo nuevo, recio y a veces conmovedor, que sabe pulsar con acierto la fibra sensitiva humana; de sus tiempos de periodista conservó la agilidad y amenidad de que hace gala en cada capítulo de sus novelas, frescas siempre y siempre modernas. Entre las más felices producciones de Mauricio Dekobra pueden citarse "Grain de cachou", "Flammes de velours", "Minuit... place Pigalle", "La madone des sleepings", que pasó los 220.000 ejemplares, y, finalmente, "La hija de Mata Hari", la novela que "Leoplán" presenta hoy en castellano al público de América latina, y donde, si cabe, Dekobra se ha superado a sí mismo, poniendo, en medio de la intrincada trama de aventuras que constituye su sello personal, un toque psicológico y un poco de romance que condimentan en forma incomparable esta obra maestra del género novelesco. Leyla Georgie, la conocida novelista que lo acompaña esta vez, es también una avezada escritora. Baste decir que secunda gallardamente al notable autor francés, poniendo de su parte el sutil toque femenino que campea entre líneas. Y ahora, remitimos al lector a la novela. En sus páginas hallará la confirmación de todo lo dicho aquí... y, quizá, algo más también...



CAPITULO I

A diez mil pies sobre Londres, en el cielo característico de octubre, un veloz caza de dos asientos deslizábase como un fantasma a través del espacio, con su motor regulando. A una palabra del piloto, el distante pasajero introdujo sus brazos en las mangas de un traje marrón oscuro, enterizo, con el que cubrió todo su cuerpo. Tiró hacia arriba el cierre relámpago, tapando el uniforme de corte británico que llevaba debajo. Entonces no fué más que una simple bolsa de la que emergía un pálido y afilado rostro que escrutaba hacia arriba.

Frunciendo el entrecejo, en un gesto que denotaba su concentración y su preocupación, el piloto embicó el aparato hacia tierra en un ángulo abierto, planeando lentamente mientras esperaba, evidentemente, un mensaje radiotelefónico. De pronto, sus cejas se arquearon.

—¡Salte! — ordenó en tono de mando.

El hombre del *overalls* se puso de pie tanteando la anilla de su paracaídas, asegurándose que estaba en su sitio.

Después, profirió dos vibrantes exclamaciones y se arrojó al espacio.

El piloto hizo rugir el motor. El hombre del *overalls* se zambullía a plomo en la atmósfera, agujereando con velocidad vertiginosa la cortina de niebla. Un instante después el paracaídas abría su flor blanca y, entonces, uno y otro, hombre y paracaídas, flotaron en la bruma, invisibles: una silenciosa amenaza descendiendo lentamente a la dormida comarca de abajo.

Frente a un pelotón de soldados franceses terminó su existencia Mata Hari, la bella y misteriosa aventurera, cuyo nombre se murmura aún en los círculos del espionaje internacional.

El veloz caza se elevó vertiginosamente, dió media vuelta y puso proa hacia el continente.

* * *

En el estudio de su hogar londinense, a cinco minutos escasos de la oficina británica del *Intelligence Service*, sir John Sanderson hojeaba los informes marcados con un sello "Confidencial y urgente", que acababa de traer su ayudante particular, el capitán Hugo Kenley.

—¡Diablos! — exclamó sir John —, otro descenso de paracaidistas enemigos. Y nada menos que en Watford. Casi sobre nosotros mismos.

—Sí señor — dijo Kenley —. Un soldado lo encontró oculto bajo una pila de cepillos.

Sir John parecía descontento.

—Bueno, esto significa que tenemos que cazar más elementos de la "quinta columna". ¡Hay que tener coraje para descender tan cerca de Londres! Pero no es mucho lo que podemos hacer al respecto... Según los informes, una joven lo recogió en su automóvil, un *roadster* amarillo. A estas horas estará probablemente en contacto con nuestro amigo el capitán "Ajax", y habrá recibido órdenes para quién sabe qué endemoniados asuntos.

Kenley asintió.

Hablando de "Ajax", señor, temo que le he traido aún otras malas noticias de él. Ese informe que está en el escritorio frente a usted..., de nuestro "Nº 29", el de la carta.

—Sí, sí..., ya sé; aquí lo tengo.

Sir John leyó rápidamente el papel indicado.

—¡Cómo!... ¿Qué es esto? ¡Imposible!... ¡No puede ser! ¡Debe de haber algún error!

—Lo siento, señor, todo es exacto; lo he comprobado cuidadosamente... La escritura y todo lo demás. Temo que "Ajax" nos ha ganado otra vez la partida. Mara nos ha traicionado...

—Esa mujer sólo podría hacer tal cosa por amor.

—Dos de ellas lo han hecho ya — dijo el ayudante —, dos de las mejores; con ésta son tres. Debe de ser un hombre muy sagaz ese capitán "Ajax".

Sir John leyó nuevamente el informe y, después, la carta escrita por una delicada mano femenina: "Me he dado cuenta demasiado tarde de lo que he hecho... No puedo traicionarlo ahora porque estoy loca y desesperadamente enamorada... Pero debo ponerlo en guardia a usted en bien de los otros... No puede ya confiar en mí... Haría cualquier cosa que él me ordenara... ¡Cualquier cosa!... No ponga ninguna mujer tras él; sería inútil. Haría con ellas lo que hizo conmigo... Seguramente tomó la lista mientras yo dormía, pero sé que de todos modos se la hubiera entregado... Sólo me resta una cosa por hacer... Eso o... ¡Adiós! ¡Que Dios e Inglaterra me perdonen!

La carta estaba firmada: "Mara 29".

Sir John arrojó la carta lejos de sí.

—¡Increíble! — murmuró —. Trabajaba para mí hace tanto tiempo, que había llegado a confiar en ella absolutamente.

—De todos modos..., nunca pude comprender dónde consiguió usted esa exótica gata negra — dijo el joven Kenley.

Sir John hizo un gesto indefinido con la mano:

—La conocí en el Cairo... Me dijo que había nacido en Saloliki.

—Es terriblemente atractiva... — murmuró Kenley.

Sir John se levantó y dirigióse a largos pasos hacia la ventana. A través de los vidrios especiales de su ventana, que permitían ver al exterior, pero que no dejaban escapar ningún rayo de luz, echó una mirada sobre Londres, que dormía envuelta en sombras.

—¡Kenley!, debemos apresar a ese hombre — murmuró entre dientes —, debemos capturarlo a cualquier precio. Y lo que es más, debemos hacer todo lo humanamente posible para arrebatarle esa lista de nuestros agentes antes de que él se reúna con los enemigos.

—Sí, señor.

Sanderson se acarició nerviosamente el largo mentón, entre el pulgar y el índice.





"Después se hizo presente una autobomba, y los bomberos voluntarios iniciaron su penosa labor. Los llamas del incendio iluminaban la noche..."

—Fué un error confiar tan importante lista a una mujer. A veces desearía que no se utilizaran mujeres en el *Intelligence Service*. Ninguna de ellas... Pero no podemos correr riesgos. Recobremos o no la lista, es necesario poner nuevos agentes en los puntos estratégicos como Copenhague, Amsterdam, Bruselas y Oslo.

Permaneció pensativo un instante y luego agregó:

—Les llevará cierto tiempo ponerse al tanto de lo que ocurre; y entre tanto, Dios sólo sabe las tretas que nos jugará el enemigo... No me agrada esto, Kenley; y todo por culpa de ese maldito "Ajax". ¡"Ajax"!... Hasta hemos inventado un nombre para él... AJX... en nuestro Código secreto. Pero no sabemos quién es; no sabemos qué es, y no sabemos dónde aparecerá la próxima vez.

—Tiene usted razon — agregó su ayudante —; nos ha burlado continuamente. Pero no estoy de acuerdo con usted en cuanto a las mujeres. Mi instinto me dice que será una mujer la que lo capture. Solamente que debe ser la mujer apropiada: despierta, no muy estricta en cuanto a moralidad. Una sirena, como se dice. Como aquella tan fascinadora que tenían los alemanes en la pasada guerra; Mata Hari, creo que se llamaba. Si tuviéramos una como ella...

Sir John levantó su mano con ademán nervioso:

—¡Por favor, capitán Kenley!

Las mandíbulas del jefe del *Intelligence Service* se contrajeron en un esfuerzo por mantenerse sereno.

—No dudo de que trata usted de ser útil, pero mientras yo sea jefe aquí, no tendremos agentes, de cualquier sexo, que deban actuar en forma inmoral. El enemigo puede hacer lo que guste, pero...

En ese instante sonó la campanilla del teléfono, conectando el estudio de sir John con la oficina del *Intelligence Service* por una línea privada. Sir John tomó el auricular con mano nerviosa.

—Sí, habla Sanderson — dijo con impaciencia.

Luego, mientras escuchaba, se puso a dibujar distraídamente en su cuaderno de notas, con un lápiz que tomó del escritorio. De cuando en cuando murmuraba una frase.

—¡Excelente, excelente! Trate de conseguir todos los datos posibles... Utilice cincuenta hombres si es necesario.

Cuando colgó el auricular, el rostro de sir John no expresaba la menor emoción. Sin embargo el tono de su voz era alegre cuando dijo:

—Buenas noticias: estamos a punto de hacerle confesar. Me parece que ya lo tenemos. Primeramente le dimos la oportunidad de que nos condujera hasta "Ajax", por supuesto. Es mejor que vaya usted a la oficina y me telefonee las últimas noticias.

—Bien, señor — dijo Kenley dirigiéndose hacia la puerta. Se detuvo después junto a ella y dijo a modo de despedida:

—No se deje abatir por eso, coronel; conseguiremos esa lista de alguna manera.

—Gracias, Kenley, buenas noches — dijo sir John sin volverse.

Cuando se hubo cerrado la puerta tras el ayudante, sir John, completamente a solas, se recostó en su silla para descansar. Su alta y huesuda humanidad se hundió en el sillón; sus espaldas perdieron su erguida línea militar; en su rostro ablandóse su habitual aspecto enérgico, y en ese momento dejó caer su máscara para mostrarse tal cual era, tal cual se sentía: un hombre cansado y abatido.

Antes de entrar al *Intelligence Service*, sir John había sido coronel del 7º regimiento de los Lanceros de Bengala, en la India; personalmente, era el perfecto prototipo del oficial inglés. Alto, de cerca de dos metros de estatura, parecía sorprendentemente joven para su edad. Un fino y grisado bigote sombreaba su boca firme, y cuando la carga de su profesión no pesaba sobre sus hombros, un brillo de humorismo asomaba a sus vivos ojos azules.

Todos lo querían en el *Intelligence Service*, por su despierta inteligencia y su probada lealtad; su valor había sido puesto a prueba ya muchas veces cuando formaba en las filas del ejército, y en Ypres, siendo comandante de un batallón, ganó la D. S. C. (Cruz del Servicio Distinguido.)

La situación era ahora extremadamente grave. La pérdida de la lista de los agentes secretos podría ocasionar a Gran Bretaña enormes perjuicios. Y habiendo él elegido a la mujer agente culpable de tal pérdida, comprendía que la responsabilidad era sólo suya. Debería hacer un informe completo del asunto ante el Consejo de Guerra, y



"Es demasiado peligroso enviar la lista de los agentes enemigos por telégrafo", dijo el desconocido, que tenía un cuaderno en la mano...

comprendía que había materia para ser relevado de su puesto.

"Después de eso – pensó –, cuando un hombre le ha fallado a su patria, no le queda sino un cosa por hacer".

Sus ojos se dirigieron hacia el cajón del escritorio que guardaba su pistola automática de servicio.

"De nada servía esperar... ¿Por qué no terminarlo todo ahora?"

Con un rápido movimiento abrió el cajón del escritorio

Una voz familiar lo detuvo; era la voz de una muchacha. Una voz cálida, suave, juvenil. Estaba hablando con el ordenanza de sir John, estacionado en la puerta de la oficina.

–¡Pero debo verlo en seguida! – exclamaba la voz –. No me importan las órdenes, ¡debo verlo!

Sir John tomó la automática en su mano derecha; no tenía otro camino. La muchacha no debía entrar.

–¡Pero debo verlo; es necesario! – repetía una vez más la encantadora voz del exterior.

Con la pistola en la mano derecha, sir John corrió hacia la puerta.

CAPITULO II

Era demasiado tarde. Brinda había introducido su pie en el resquicio abierto, y todo lo que sir John pudo hacer fué ocultar su mano derecha armada con la pistola. Después la deslizó nuevamente en el cajón de su escritorio, en la primera ocasión, cerrándolo con un gesto de disgusto.

La entrada de la muchacha cambió completamente el carácter del austero cuarto, comunicándole repentinamente una nota vibrante de vida y de encanto femeninos. Ciertas mujeres tienen un extraño poder. Será quizá la misteriosa radiación de su personalidad, la vibrante y persuasiva cualidad de su voz, el magnetismo de la irresistible expresión de sus ojos. De cualquier manera, Brinda era una de esas muchachas que, consciente de ello o no, atraía la atención de inmediato y cuyo recuerdo se conservaba vivo largo tiempo en la memoria, especialmente en la de los hombres. Era alta, con una sorprendente piel blanca y unos ojos brillantes que podían ser azulados o grises, una boca plena y sensitiva y una masa de espeso cabello negro azulado sobre su frente amplia. Su esbelta y cimbreante figura respiraba gracia y belleza. Era extraordinariamente adorable, y sin embargo, no más hermosa que una mujer vulgar. Era como una blanca orquidea.


El chofer que condujera a Brinda Duncan había preferido, sin duda, permanecer en el automóvil, casi invisible, en la penumbra de la ciudad obscurecida ..."



"Por la puerta del otro coche se asomó uno de los captores, y casi en seguida una sucesión de llamos cortos y rojos..."

Mata-Hari, la bailarina espía cuyo nombre ha corrido una vez por todos los ámbitos del mundo, y cuya fotografía publicaron casi todos los periódicos...

exótica y que exhalaba un místico perfume que emanaba, no de su juventud ni de su belleza, sino de algo extraño, innata cualidad de su encanto. Eso reflejábase hasta en su voz cuando habló a sir John:

—No culpes a Hunt, querido Sandy; debía necesariamente apartarlo de mi camino. Necesito hablarte — dijo, y luego, al fijar su mirada más atentamente en el rostro de él, murmuró —: ¡Cómo, querido!... ¿Qué ha pasado? ¡Tienes una expresión tan triste! Como si los enemigos se hubiesen apoderado del palacio de Buckingham.

—No tanto como eso, Brinda, pero algo por el estilo. Las cosas no han sucedido como yo las deseaba, me temo — respondió sir John haciendo un esfuerzo.

—¿De veras? ¡Oh, por favor, dime lo que sucede! Necesito saberlo. Todo cuanto te concierne a ti me concierne a mí también — dijo Brinda apoyándose en un ángulo del escritorio y balanceando una delgada y escultural pierna enfundada en una fina malla de seda.

—Ya sabes que no me agrada hablar de negocios en casa.

Por un momento ella guardó silencio.

—Querido Sandy, tengo una sensación particular esta noche. No puedo explicártela, pero repentinamente me he sentido horrorizada y aterrorizada.

Sanderson la envolvió en una mirada; los ojos de la muchacha expresaban temor. Su instinto nunca le fallaba. El jefe del *Intelligence Service* suspiró profundamente. Viéndola aproximarse y sintiéndose envuelto en la penetrante lujuria de su intensa femineidad cuando ella se sentó a su lado, respirando la fragancia de juventud y de vida que la envolvían, costóle trabajo recordar que pocos años antes ella había sido una tímida chiquilla de grandes ojos azules. Contemplar a Brinda traíale siempre agradables recuerdos. Le hacía pensar en sus memorias de la India... Días y noches de juventud..., las altas y esbeltas palmeras, las exóticas flores tropicales de los bosques de Bengala... Su primera emoción al adoptarla, la adorable, sensitiva chiquilla sin hogar, hambrienta de afectos..., tales eran los recuerdos que volvían ahora a sir John, segundos antes de contestarle:

—No hay ninguna razón para que te asustes, Brinda.

—Lo mismo me dije yo. Cuando llegué aquí, me apresuré a abrir mi pequeño cofre pensando que quizá alguien lo habría robado, pero cuando inspeccioné el escritorio no faltaba nada.

El puso una mano en su suave y brillante cabello.

—Por supuesto, querida, ¿quién podría haberte quitado nada? Bueno, puedes irte ahora; tengo algunos asuntos que despachar.

—No Sandy, no me iré hasta que me digas lo que sucede. Estoy segura de que algo anda mal — contestó ella mirándolo profundamente en el fondo de sus ojos.

Había tanto cariño en el acento de su voz, tanta angustia, que él comprendió que hubiera sido una cobardía utilizar el arma que había tomado momentos antes de su escritorio... No podía hacerlo mientras tuviera la responsabilidad que había asumido años antes ante su mejor amigo — el padre de Brinda — de lealtad hacia él y hacia una mujer... La única mujer que ese amigo había amado en su vida.

Y debido a eso él se había convertido en el guardián legal de Brinda cuando ella había perdido a su padre y a su madre, siendo una chiquilla de dos años. La guerra, sus deberes y otras cosas le habían impedido conocerla íntimamente hasta que se convir-

tió en una adorable mujer. Pero en ese momento sintió, como nunca lo sintiera antes, el sentido de su lealtad y devoción hacia él. Y sintió también revivir en sí mismo el sentido de su responsabilidad por el futuro de esa muchacha.

Para el mundo, ella era su sobrina; sin embargo sus sentimientos hacia ella eran más que los de un padre. Era una extraña muchacha en muchos sentidos; nunca había estado él completamente seguro de cuán profundamente devolvía ella su afecto, pero ahora, había nacido en su alma la convicción de que su cariño por él era real y profundo.

—Bueno..., debo confesar que ha sucedido algo grave. Han desaparecido documentos de suma importancia; alguien nos ha traicionado.

—¿Y no puedes descubrir al traidor?

—Estoy tratando de hacerlo, pero no he conseguido nada.

De pronto, los grandes ojos de la muchacha brillaron con una extraña llama:

—¡Oh, Sandy!..., tengo una idea... Por favor, escúchame.

—Ya sabes que siempre te escucho.

—Siempre he deseado, desde hace mucho tiempo..., pero tú nunca lo has permitido. Ahora no puedes rehusarte.. .¡Por favor, déjame ayudarte en la oficina!... ¡Por favor! ¡He estado inútil tanto tiempo!...

—¡Eso es ridículo!, ¿qué podrías hacer tú allí?

Las carcajadas de la muchacha resonaron claras y argentinas como las campanas al viento.

—En primer lugar, podría atisbar como lo hacen todos los espías, y luego, cuando hubiera encontrado los papeles, podría ayudar a conseguirlos.

Él le sonrió. Sin embargo una sensación desagradable recorrió su cuerpo. ¿Por qué desearía ella ayudarle precisamente en esa forma tan particular? ¿De dónde sacaría esas locas ideas?

—Ya sabes cuán certero es mi instinto; ya sabes cuántas veces te he dicho cuándo una persona era o no sincera, ¿verdad Sandy? — insistió ella.

"Brinda Duncan en el *Intelligence Service*". La sola idea hizo afluir la sangre a su cerebro. Todo estaba bien mientras el mundo la conociera como su sobrina. Pero si el mundo llegara a enterarse de su identidad real — conociera quién era Brinda Duncan, realmente —, ante tal escándalo, la pérdida de la lista de los agentes sería completamente insignificante.

Sin embargo, no podía él decirle nada ni siquiera a ella misma. Era un secreto que guardaba por su propio bien; habíalo guardado siempre en su mente. Era algo que ella no debía nunca jamás conocer; que nadie debía conocer. Pero sobre todo, que debía mantener absolutamente secreto mientras él fuera el jefe del *Intelligence Service* e Inglaterra estuviese en guerra.

Trató de contemporizar con ella como habíalo hecho otras tantas veces:



"Cargó su pistola automática y, dirigiéndose hacia el cuarto donde se encontraba la muchacha, permaneció inmóvil un instante ante el vano de la puerta para acostumbrar los ojos a la completa oscuridad."

—Lo pensaré, querida — le dijo.

—Debes hacerlo — respondióle Brinda —; estoy segura de que con un pequeño esfuerzo sería una espía admirable, y además estoy deseando serte útil en algo.

El rostro del coronel Sanderson se puso tenso. Los músculos de su mandíbula se contrajeron y sus labios se apretaron. Una súbita palidez cubrió sus mejillas. Durante algunos segundos permaneció en silencio; después, sin mirar a Brinda, contestó:

—Es mejor que hayas dicho eso. El oficio de espía es muy peligroso, sobre todo para las mujeres. Invariablemente termina frente a un pelotón de soldados.

—¡Oh — murmuró Brinda —, eso no sería para mí! Me limitaría a preguntarle a los hombres lo que deseo saber y ellos me contestarían; sería la cosa más simple del mundo.



"Un hombre se hallaba sentado frente a un transmisor telegráfico, enviando mensajes al espacio. La muchacha no pudo verle el rostro, pues aquél se encontraba de espaldas."

—No me sorprendería que así fuera, pero es mejor que te vayas ahora, chiquilla. Tengo mucho que hacer — respondió Sir John.

Brinda no le escuchaba. Con un elástico y gracioso movimiento saltó sobre sus pies.

—¿Qué fué eso? Parece como si hubieran hecho un disparo — dijo con su cuerpo tenso y alerta.

—Sí, fué un tiro..., dos tiros, creo — dijo sir John.

En ese momento hubo un vigoroso llamado a la puerta.

—¡Perdone, señor! — dijo el ordenanza Hunt, abriéndola y precipitándose en la luz de la habitación —. Es muy urgente, señor; algo le ha pasado al capitán Kenley.

—¡Kenley!, ¿qué le ha sucedido?

—Le han disparado un tiro — dijo el ordenanza —. ¡Lo han asesinado!

CAPITULO III

Por un momento, el sorprendente anuncio pareció privar a sir John de toda acción.

—¿Kenley baleado? — repitió mirando con ojos de asombro a su ordenanza —. ¡Imposible!

—Sí, señor, hace tan sólo unos instantes; casi en nuestra misma puerta — respondió el criado, cuyo rostro se coloreó violentamente, hablando con voz pausada.

Sir John se humedeció los labios y exclamó:

—¡Quédese en su puesto, Hunt! — y volviéndose hacia la muchacha continuó: — Ven conmigo, Brinda.

Dirigióse a la puerta y atravesó el *hall* rápidamente, seguido por Brinda, que iba pisándole los talones. En la calle, el silbato de un policía sonaba ya agudamente.

—Telefonea al doctor Mac Donald...; estará ahora en su oficina. Dile que venga aquí tan rápido como pueda — dijo sir John a Brinda en el rellano de la escalera.

—¡Pero Sandy!, quizá pueda ser de utilidad. Acabo de completar mi curso de primeros auxilios — protestó la muchacha.

—¡Vamos rápido!, telefonea a Mac Donald — exclamó sir John con el mismo tono que usaba para dar órdenes en la oficina.

Años antes, cuando era una niña, Brinda había aprendido eso. Cuando su tío empleaba ese tono no esperaba más que obediencia militar. Por lo tanto ella no discutió más, pero al volver hacia la casa en busca del teléfono del *hall*, su atención siguió a sir John y sus oídos permanecieron alertas a cada sonido que llegaba de afuera. Sus ojos profundos y misteriosos buscaron ansiosamente a derecha e izquierda como si esperara ver, por raro poder de la mente, lo que estaba pasando afuera, a través de las sólidas paredes de la vieja mansión.

A mitad del camino, escaleras abajo, sir John fué atajado por Donovan, el agente cuyo deber era montar guardia en la puerta del jefe

"El destructor viró hacia estribor y pocos segundos después dos enormes columnas de agua subían, tras de su popa, a más de treinta metros de altura".

del *Intelligence Service,* durante las horas de oscurecimiento. Sir John esperaba ese encuentro que le anticipara el sonido de su silbato.

—El capitán está en el cuarto de enfrente, coronel; acabamos de traerlo. Me temo que esté muy grave — dijo el sargento hablando con voz entrecortada y respirando hondo.

—¿Quién disparó sobre él? — preguntó el coronel.

—No lo sé, señor. Era un hombre alto, que cojeaba. Mientras salía del automóvil de la señorita Brinda, que estaba detenido a unos cien metros de distancia, el capitán, que aparecía en ese momento en la puerta, reconoció el coche y apresurando el paso se detuvo luego a hablar con el desconocido. Un instante después se oyeron dos disparos; el asesino saltó sobre el coche del señor, que se hallaba estacionado al lado, y desapareció.

Mientras hablaba, señaló con un gesto a un hombre alto, de cabellos blancos y aspecto distinguido que se había aproximado a ellos.

—¿Por qué no disparó sobre él?

—Todo sucedió rápidamente, señor; y el hombre huyó antes de que yo tuviera tiempo de pensar en nada.

—Vuelva a su puesto; hablaré con usted más tarde — dijo sir John volviéndose hacia el hombre alto —. Buenas noches, lord Mountwyn; lamento que su coche haya sido robado.

Lord Mountwyn le tendió amigablemente la mano.

—Este es un encuentro inesperado, sir John. No pensaba verlo hasta mañana por la noche. Creo que tiene usted una cita con nosotros para entonces.

Sir John estaba un tanto confuso porque un almirante había sido testigo de un intenso drama de policía. Tosió para componer su voz y dijo:

—Eso creo; no faltaré a la cita...; no se preocupe por su coche, y ahora le ruego que me dispense: uno de mis hombres ha sido herido.

Sin agregar palabra, sir John se introdujo rápidamente en el cuarto situado al pie de la escalera. Había un rastro de sangre a través del *hall.* Sir John evitó pisarlo. Kenley yacía en el suelo, cerca de una puerta; un policía sostenía su cabeza. Una mirada a su ayudante fué suficiente para que sir John se diera cuenta de su estado. El veterano jefé del *Intelligence Service* había visto cientos de hombres mortalmente heridos y conocía los signos de la muerte. La sangre corría desde un rojo agujero, justamente por debajo de la condecoración del joven capitán, a la izquierda de su pecho, formando un negro coágulo en su saco.



"Acodada en la borda del vapor, tuvo un instante de vacilación... ¿Si su instinto le hubiese fallado? ¿Si no fuese aquél el barco de la cita?..."



Mata Hari, la célebre espía, había sido también una gran bailarina. Bailar era más agradable que ser espía, pero Mata Hari terminó su vida frente a un pelotón de soldados franceses.

Un delgado hilo de sangre deslizábase también por la comisura de sus labios. Respiraba lentamente, con dificultad, cada vez más despacio. Sanderson se arrodilló a su lado.

—¡Kenley! ¡Soy yo, Sanderson! ¿Puede decirme lo que sucedió? — le dijo con voz fuerte y autoritaria.

El aliento del moribundo estaba cortado por profundos estertores. De su garganta salía un débil gorgoteo.

—Ayúdeme a darlo vuelta — dijo sir John al policía —. Se está ahogando.

Entre ambos volvieron al hombre postrado. La sangre de la garganta fluyó entonces libremente de la boca, pero, de pronto, los estertores cesaron.

—¿Han llamado a la ambulancia? — preguntó sir John al policía sin mirarlo, pues toda su atención estaba puesta en su ayudante.

—Sí, señor — respondió aquél con voz quebrada —; mi jefe y yo estábamos en la esquina cuando oímos los disparos.

—¿Su compañero es un buen conductor?

—Uno de los mejores; pero con la niebla y el oscurecimiento hay siempre una posibilidad contra cien de alcanzar al asesino.

De pronto Kenley exhaló un suspiro convulsivo.

—Está tratando de decir algo — dijo el policía mientras Sanderson se arrodillaba al lado del cuerpo de su ayudante.

—¡Si Mac Donald llegara a tiempo!... — exclamó.

Y como en respuesta de sus palabras, se oyó un rápido ruido de pasos en el *hall* y un instante después la voz de Donovan anunció:

—El doctor Mac Donald, sir.

El recién llegado era bajo, ancho y pesado. Un sorprendente par de cejas blancas oscurecían casi sus penetrantes ojos azules. Un sombrero negro estaba hundido de cualquier modo en una fuerte y amplia cabeza. Veíase que había venido a la carrera.

El y Sanderson no combiaron ningún saludo, limitándose a echarse una rápida mirada como dos hombres que se comprenden sin necesidad de palabras.

—¿Kenley, eh? ¡Malo, malo! — dijo el doctor con profunda voz de sorpresa.

Su voz era excesivamente ronca para un hombre tan pequeño.

—Alumbre por aquí, oficial; de este lado — dijo haciendo un gesto de disconformidad —; ¡Diablos, creo que ya no hay nada que hacer! Dos balas en los pulmones...; está casi muerto.

Mientras hablaba sus dedos trabajaban febrilmente apartando las ropas y tratando de encontrar las heridas.

—¡Alcánceme unas gasas; está sangrando como un perro! — gruñó dirigiéndose al oficial —. ¡En mi caja, allí!

Fué sir John quien alcanzó el botiquín, lo abrió y tendió las gasas al doctor.

—Buen trabajo — dijo el doctor mientras enjugaba la sangre del herido —. ¿Ve las marcas de pólvora en la ropa? Habría muerto hace ya rato si no fuera tan fuerte. ¿Quién lo hirió?

—Quisiera que lo dijera él mismo...; quizá si pudiese hablar... — dijo sir John lentamente.

De nuevo el doctor y su amigo cambiaron una mirada.

—¡Diablos! Lo dudo; pero haré todo lo posible — dijo Mac Donald.

Su ancha y peluda mano hurgó en el botiquín, sacando una jeringa hipodérmica y una pequeña ampolla de vidrio. Llenó aquélla con el contenido de ésta e inyectó el líquido en un brazo del moribundo.

—¡Traigan agua, pronto! Su boca está llena de sangre — exclamó.

—Aquí está, doctor — contestó una voz femenina.

Era Brinda.

Habíase deslizado en el interior del cuarto sin hacer ruido, llevando en sus manos una jarra de agua y un paquete de vendas.

En el cuarto, inundado ya por la presencia de la muerte, parecía un brillante espectro luchando con otro por la posesión de un cuerpo. Estaba pálida bajo la exultante blancura de su piel, pero su pulso no temblaba.

—Bien, muchacha — dijo el doctor inclinándose sobre el caído. Sus dedos buscaron el pulso y luego aplicó el oído sobre el pecho ensangrentado.

—¡Ahora! — exclamó, y de pronto con un solo y rápido movimiento levantó a Kenley hasta mantenerlo sentado.

—¡Rápido, hombre!, si llega a decir algo será muy breve.

Después, haciendo un movimiento de cabeza hacia Brinda, exclamó:

—Saquen a la muchacha de aquí; esto será muy desagradable.

—Vete, Brinda — dijo sir John, y se inclinó a su vez sobre su ayudante.

—¡Kenley, hable si puede! ¿Quién lo hirió?

El moribundo inclinóse hacia adelante dejando caer pesadamente sobre su pecho la cabeza casi sin vida; después, con un tremendo esfuerzo, contrajo los músculos de su cuello, se puso tieso, su mandíbula se movió un poco, hizo un gesto de dolor y un quejido angustioso, sobrehumano, salió de su garganta. Tan débilmente que parecía venir de muy lejos, una voz cargada de dolor, murmuró unas cuantas palabras.

CAPITULO IV

Después, una especie de amarga sonrisa distendió los labios del hombre que agonizaba. Sus ojos arrojaron una última y opaca mirada hacia Sanderson. Sus dedos se crisparon sobre el brazo del coronel y, por último, cayó pesadamente en los brazos del doctor que lo sostenía.

—Se acabó; no hablará ya más — dijo Mac Donald.

Sir John se irguió lentamente y volvió hacia su estudio con paso tardo. En sus ojos había un intenso brillo de determinación. Brinda lo aguardaba.

—¿Por qué no me has dicho lo que hiciste hoy? — preguntóle sir John.

Brinda, obsesionada aún por el espectáculo del moribundo, se volvió hacia su tutor, con el asombro pintado en sus facciones.

—¿Cómo está Kenley? Ha...

Sir John asintió con la cabeza.

—Siéntate, Brinda. Debo hablar contigo; esto es muy serio.

—¿Qué quieres saber? — preguntóle Brinda sentándose frente a él y pensando aún en el joven que había hallado la muerte tan repentinamente.

—Cuéntame todo lo que has hecho durante el día.

—¡Oh, nada!; no hice nada de importancia..., solamente pasar el tiempo. Por eso desearía ser útil, ayudar en algo...

—No me interesa lo que piensas; deseo saber lo que has hecho hoy.

—Pues... cené en casa de los Lancaster, en Watford. Jugamos al bridge y luego volví directamente a casa.

—¡Brinda!..., ¿por qué no me dices la verdad?

—¿La verdad?... Pero eso es todo, tío.

—¿No olvidas al hombre que recogiste en el camino?



"Un policía trataba de contener a las personas que se acercaban, atraídas por la explosión. A lo lejos se oyó el sonido de una sirena..."

"Ambos salieron a la calle tomados del brazo y sonriendo, felices. Brinda había prometido abandonar los peligros del espionaje; pero un instante después, ambos corrían tras el hombre del violín..."

—¡Oh, lo había olvidado! — dijo Brinda riendo —; un pobre hombre rengo. ¿Pero cómo sabes tú?...

Sin decir una palabra, sir John tomó un informe de su escritorio y mostrándoselo a Brinda leyó en voz lenta:

":..una joven lo recogió en un automóvil amarillo"... Luego, levantando la vista del papel, continuó:

—¿Comprendes ahora con quién has viajado?

Brinda lo miró con curiosidad y sin comprender todavía. Sir John comenzó a pasearse nerviosamente por el cuarto. De pronto, detúvose ante la muchacha y le dijo:

—Has recogido a un paracaidista enemigo, a un espía..., al hombre que asesinó a Kenley... Y todo por tu culpa.

Brinda púsose de pie de un salto, y luego volvió a caer en su silla, muda, con las mejillas pálidas y las manos temblorosas. Sanderson continuó sin mirarla:

—Antes de morir, Kenley dijo que había reconocido tu automóvil frente a la casa. Vió al hombre parado ante el automóvil, y cuando comenzó a interrogarlo, él sacó su pistola y le disparó dos tiros: fué lo único que pudo decirnos.



"Cuando hay un raid aéreo enemigo, Londres se oculta bajo tierra. Puede decirse que los refugios antiaéreos constituyen actualmente los hogares ingleses..."

—¡Oh, cuánto lo siento, no sabía!... No tenía la menor idea... ¡Oh!, Sandy, debe de haber algún error — exclamó la muchacha con voz entrecortada y lágrimas en los ojos, arrojándose en los brazos de sir John —. El hombre que recogí no podía ser un enemigo. Hablaba como un inglés y tenía todo el aspecto de un inglés. Sin embargo... había algo extraño en su voz. No hablaba mucho, pero creí que sufría algún dolor y que procuraba disimularlo... Nunca sospeché que...

—Te has librado de un grave peligro, muchacha; el hombre pudo haberte matado a ti en vez de Kenley — dijo Sanderson palmeándola cariñosamente en la espalda —. No importa, pronto lo encontraremos. ¿Podrías reconocer a ese espía, Brinda? ¿Lo identificarías si llegaras a verlo nuevamente?

—Creo que reconocería su voz — dijo ella vacilando un instante —, pero su rostro... no estoy segura. Estaba oscuro y no le presté mucha atención; únicamente recuerdo que era blanco y no mal parecido. Pero..., sí..., creo que le reconocería.

—Sin embargo, éste podría resultar un asunto muy infortunado para ti — dijo sir John —. No quisiera mezclarte en esto, Brinda. El espionaje es un asunto peligroso y turbio, especialmente para las mujeres... Tengo, además, otras razones... Pero lo que pienso es relativamente sencillo y seguro: una pregunta y mirar unas cuantas fotografías... Nada más.

—¿Eso es todo?; creí que podía haber algún riesgo para probar lo que valgo. Quisiera hacer algo para ayudarte, Sandy; cualquier cosa.

Su cariño asomó de tal modo a sus ojos que Sanderson se reprochó haber tenido antes una duda sobre los sentimientos de su adorable sobrina.

—Bien, muchacha; entre tú y yo cazaremos a ese espía — dijo.

—¡Esta misma noche! — exclamó ella entusiasmada.

—No; mañana tendrás tu oportunidad. Comenzaremos mirando algunas fotografías de mi archivo confidencial en la oficina; espérame allí a las nueve... Y ahora debo dejarte, tengo algo que hacer abajo.

Cuando se quedó sola, Brinda permaneció unos instantes en el estudio, poniendo en orden algunas cosas, aquí y allá, moviéndose con soltura en ese ambiente que le era familiar. Las paredes estaban llenas de mapas y de estantes colmados de pesados libros. La piel de un gran tigre de Bengala se hallaba extendida sobre la pared por encima de la estufa. En el centro, el escritorio de sir

Cumpliendo

—Mi mujer no pudo venir a la fiesta, pero aquí está el vestido que iba a ponerse.

John, lleno de papeles, de cartas y de pilas enormes de documentos. Hacía tiempo que había aprendido que ella no debía tocar ni uno solo de esos papeles. Ese era el dominio absoluto de sir John, sagrado para todos, excepto para él y para su fiel ordenanza, el impasible Hunt, que permanecía allí, de pie y observando atentamente, durante los pocos minutos que, cada día, permitíase a la mucama de la casa entrar para hacer la limpieza.

Una caja negra de cartas atrajo la mirada de Brinda. Podía leer las iniciales: "H. K."... Kenley. Quizá debía haber vuelto por ella cuando fué asesinado.

Y todo por culpa de ella... Los resultados del acto impulsivo de recoger en su automóvil a un extraño, simplemente porque cogeaba y parecía necesitado. Pero trataría de rehabilitarse..., ya vería Sandy; si pudiera solamente recordar el aspecto del hombre...

A despecho de su preocupación al pensar que ella había sido indirectamente responsable por el asesinato de Kenley, se sentía feliz en el fondo de su alma por haber hallado al fin la oportunidad de ser útil.

¿Acaso no se había apartado del camino recto en la escuela cuando su amiga Gladys necesitó ayuda? Sonrió ahora al recordar su primera mentira para salvar a Gladys de un gran castigo, cuando entró en el escritorio de la maestra y corrigió sus propios deberes. Recordaba aún la satisfacción experimentada al ayudar a su amiga; sin embargo, "¿era Gladys realmente su amiga?", preguntóse. Desde que dejaran la escuela habían seguido caminos completamente diferentes.

La voz reposada de Hunt interrumpió sus pensamientos.

—La llaman por teléfono, señorita Brinda. Por el teléfono de servicio — le dijo.

¿Sería realmente más impersonal que nunca la voz del ordenanza? ¿Había algo de suspicaz en su aguda mirada, como le pareció a Brinda? Pasó ésta a su lado y dirigiéndose hacia el teléfono levantó el auricular.

—¡Hola!

—¡Escuche!, usted ha entrado en posesión de un peligroso secreto; quizá sea requerida para que reconozca a cierto hombre. Le advierto que no debe hacerlo; si no sigue esta advertencia... expondrá a su excelente guardián a cualquier desgracia y a usted misma a una muerte violenta y bochornosa... No piense que ésta es una simple amenaza. Si tiene la menor duda de ello, de que está en peligro de muerte, pregúntele esto a sir John: "¿Qué le sucedió a su hermosa agente Mara?"... Nada más... "¿Qué le pasó a Mara?"...; entretanto, ¡silencio o muerte!

La voz, una voz de hombre, era cortante y autoritaria. Antes de que Brinda pudiese replicar, el ruido característico le advirtió que el desconocido había cortado la comunicación. Pero las últimas palabras resonaban aún en sus oídos: "silencio o muerte"..., y un nombre, "Mara".

CAPITULO V

¿Preguntaría a sir John lo que el misterioso personaje habíale sugerido? Familiarizada con los métodos de su tutor desde la niñez, se dió cuenta de que había cometido una gran falta, aun antes de la muerte de su ayudante. No, no podría preguntarle tal cosa, por lo menos en ese momento. Más tarde quizá, o quizá nunca; todo dependía de los acontecimientos futuros.

Pensando en el misterioso llamado, sentíase atemorizada e indefensa. ¿Cómo habría logrado el número del teléfono de servicio, conocido únicamente por los sirvientes, por ella, por sir John y por unos pocos amigos?... De pronto acudió a su mente un pensamiento luminoso: quizá el operador hubiera retenido el número de llamada. Corrió hacia el teléfono y levantó el auricular. Pero fué en vano. No pudieron darle ningún informe. Colgó nuevamente el tubo y dando media vuelta se encaminó con lentitud hacia su dormitorio. Hubiera deseado consultar el caso con alguien que no fuera sir John; quizá la tía Vick, Victoria Weathersbee, quien por lo general formaba el tercer miembro de la familia Sanderson. Pero la tía Vick — en realidad tía de sir John y no de Brinda — estaba entonces en la Riviera curándose de sus ataques de asma. "Además — pensó Brinda con una sonrisa —, la tía Vick no me hubiera sido de mucha ayuda". Algo había sucedido en el alma de aquella mujer cuando su primer marido y después sus dos hijos fueron muertos en la guerra mundial. Parecía como si se sintiera aún un tanto confusa y trastornada.

Al entrar en su cuarto, Brinda encendió la luz azul del velador que estaba en su mesa de noche, para no tener que molestarse en bajar las cortinas, según las órdenes dados en las horas de oscurecimiento de la ciudad. Después dirigióse a la ventana y la abrió de par en par, echando una mirada distraída sobre la ciudad que dormía.

¿Volverían a encenderse alguna vez las luces de Londres, o quizá la vida de la ciudad debiera desarrolarse siempre en la oscuridad y en la aprensión? En ese instante deseó — como lo había deseado ya varias veces desde la declaración de la guerra, que ella pudiese ser un hombre, no para siempre, quizá, pero sí para bastante tiempo como para poder entrar en acción; paseando por el puente de un destructor o perforando el cielo como una bala en el asiento de un avión de combate. ¡Cuánto mejor era combatir el peligro que sentarse y esperar!... Se le ocurrió que, después de todo, eran las mujeres las que soportaban la peor parte en esa guerra.

Arriba, en el cielo, los aeroplanos dejaban oír un murmullo a la distancia. Los reflectores inspeccionaban las alturas, en Croydon; los cañones antiaéreos tronaban furiosamente... ¿Un raid de bombarderos enemigos en ese momento? ¡Imposible!; éstos no se atreverían nunca a bombardear a Londres, pero estaba muy oscuro para que los aeroplanos fueran aviones de observación, ¿qué sería entonces? De pronto, un pensamiento iluminó su mente. El pensamiento de los paracaídas desplegándose desde las invisibles máquinas y deslizándose hacia abajo en la quieta noche inglesa.

Todo era muy confuso, como aquellas pesadillas que tuviera siendo niña... En la India, cuando se acurrucaba temerosa en los brazos de su niñera nativa con una sensación de muerte que avanzaba desde la tenebrosa jungla.

"¿Qué le sucedió a Mara?... Vergüenza..., dolor..., desgracia..., muerte..." Las amenazadoras palabras; el infierno. ¡Aquella voz! La oía aún resonar en sus oídos, mientras se apresuraba a desvestirse para meterse rápidamente en cama, aunque quizá no pudiera conciliar el sueño.

Oprimida como estaba por la sensación de tangible peligro, no se le ocurrió, sin embargo, a Brinda seguir la advertencia anónima.

Como muchos viejos militares, sir John acostumbraba a levantarse muy temprano.

A despecho de los terribles acontecimientos de la noche, estaba levantado a las seis de la mañana. Había dado su paseo matinal por el parque a las ocho, y treinta minutos más tarde se hallaba en su escritorio.

Kenley había sido siempre muy bien considerado. Su trágica muerte arrojó una sombra sobre las oficinas, que día y noche veíanse llenas de silencioso pero atareado personal.

Cuando Brinda entró en la antesala de la oficina privada de sir John, una multitud de ojos masculinos la contemplaron con asombro. Era la primera vez que sir John hacía una excepcón a la regla de tantos años y le permitía concurrir a su oficina. Aquella ansiada visita, tanto tiempo esperada, debería haberla deleitado y emocionado, pero el motivo que la originaba era demasiado serio. Por aquel día, por unas horas solamente, iba a gustar la emoción de pertenecer al *Intelligence Service*. Trabajar, como uno cualquiera de sus miembros, formando en sus filas como un soldado para tratar de individualizar al misterioso paracaidista, espía y asesino, que en esos momentos se hallaba en un punto cualquiera de Inglaterra, oculto y preparando quién sabe qué siniestros planes.

A Brinda bastóle una sola mirada para saber que su tutor se hallaba aún bajo la impresión de una profunda ansiedad.

—Un momento, querida — le dijo, mientras terminaba de firmar un documento —; siento mucho mezclarte en este asunto. Pero no podemos perder ninguna pista. Ven conmigo.

Brinda siguió a su tutor, que se había levantado, hasta un archivo cerrado con una pesada puerta de acero.

—¿No hay noticias de...? — le preguntó ella con acento ansioso.

—¿Del asesino?; no. Temo que perderemos la partida si tú no logras identificarlo aquí — e indicó con un gesto de su mano las largas filas de cajas que contenían fotografías de miles y miles de personas. Luego continuó:

—Estas, Brinda, son las fotografías y descripciones de las personas más peligrosas y de los enemigos más decididos de Inglaterra. Algunos de ellos, siento decírtelo, son ingleses, pero no me cabe la menor duda de que nuestro hombre es un extranjero. Por lo tanto, eliminaremos de nuestra investigación muchos cientos de fotografías. Y ahora dime, lo mejor que puedas, qué aspecto tenía.

Brinda trató de buscar en su memoria cada detalle de su encuentro con el paracaidista enemigo. Luego habló por unos instantes, y cuando terminó de hacerlo, sir John asintió gravemente:

—No está mal — dijo —, un metro ochenta de altura, rubio, musculoso, delgado; unos ochenta y cinco kilos y alrededor de treinta y cinco años...; eso limita considerablemente nuestro campo de investigaciones.

Acercóse a los ficheros y recorrió con sus largos dedos las filas de fotografías. De pronto tomó una y la sacó de su sitio.

—Siéntate, muchacha. Comenzaremos con ésta. A lo mejor...

Una por una, una sucesión de fotografías pasaron ante los ojos de Brinda, que parecía interrogarlas silenciosamente para sacarles el secreto de su identidad. Jóvenes y ancianos, muchachas y viejas arrugadas..., de todas las


ADOLFO A. GABARRET
BRIDGE DUPLICADO
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S.R.L.
BRIDGE DUPLICADO
por ADOLFO A. GABARRET
Código oficial de Bridge duplicado, aprobado por la Comisión Argentina de Bridge. Movimientos y "Fixtures" para torneos individuales, de parejas y de equipos. Reglamentación de los campeonatos argentinos. Técnica de duplicado. Los grandes torneos en la Argentina y en el Uruguay.
La razón de ser del gran interés que el Bridge despierta entre sus adeptos, reside en que para desempeñarse bien no basta con jugar las cartas en una sucesión incolora de bazas; el discernimiento y la imaginación deben colaborar siempre con los conocimientos técnicos, y la satisfacción que proporciona una mano bien rematada y correctamente carteada no tiene igual en ningún otro juego de naipes. Y es precisamente en Duplicado donde — debido a la comparación que es su base — ese placer alcanza su punto culminante.
En el apéndice, el autor de este interesante libro ofrece a los aficionados poco avezados en la práctica de las manos duplicadas, algunos detalles técnicos que han de facilitar su actuación proporcionándoles nuevos horizontes para que puedan poner en evidencia su capacidad.
Este libro, que proporciona al aficionado la primera versión castellana de las leyes del Duplicado, ofrece también al lector una descripción somera de los implementos necesarios en Bridge Duplicado, de los sistemas y movimientos más corrientes y de la manera de clasificar cada mano para determinar los resultados finales de los torneos.
Este notable trabajo de Adolfo A. Gabarret resultará, sin duda, de gran interés para todos los bridgistas.
Encuadernado a la rústica, $ 6.- (Flete, 20 ctvs.)
Encuadernado en tela, $ 8.- (Flete, 20 ctvs.)
Solicítelo a su librero o a la
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
ESMERALDA 116
BUENOS AIRES
U. T. 34 - 4067
Adjunto $ .... para que me remitan por certificado y a vuelta de correo el libro "BRIDGE DUPLICADO", por Adolfo A. Gabarret (encuadernado en tela o rústica). Tachar la que no se desee.
Nombre ....
Dirección ....
Localidad .... L. 183

Comprobación

—¡Eh, Pedro! Ven aquí. ¿No te había dicho que el oro era amarillo?

edades y de todas las cataduras, pero ninguna de ellas se parecía al hombre que había llevado ella de Watford a Londres.

Se hallaban en ese trabajo desde hacía casi una hora, cuando el teniente Ricardo Malden, de las fuerzas navales, fué anunciado a sir John. El coronel conocía al joven y brillante ingeniero de radiocomunicaciones de la armada, pues su reputación había llegado hasta él. Por lo tanto, dijo al ordenanza que lo introdujera inmediatamente a su presencia.

Después de los saludos, Malden comenzó a hablar:

—Sir — dijo —, supongo que usted está al tanto de mis experimentos en los laboratorios científicos de Camberwell.

—Sí, conozco todos sus experimentos.

—Esta mañana, cuando entré en mi laboratorio, hice un sorprendente descubrimiento. En el interior de un transformador eléctrico encontré una bomba de tiempo; estaba preparada para estallar diez minutos más tarde. Si no la hubiera encontrado yo por casualidad, todo el edificio hubiese volado en pedazos.

—Esto es serio; ¿ha notificado usted a *Scotland Yard?*

—Aun no. Pensé que sería más conveniente venir a verlo a usted primero.

—Hizo bien; *Scotland Yard* no está aún preparado para combatir a los quintacolumnistas.

—¿Quintacolumnistas?

—Sí; es el nuevo nombre para los agentes enemigos que operan en nuestras líneas. Me temo que vamos a oír mucho acerca de ellos antes de mucho tiempo.

—Bueno; espero que podamos combatirlos. Es algo desconcertante, que crispa los nervios, saber que existen hombres cerca de uno que tratan de hacerlo volar... A propósito, la otra noche tropecé con un curioso personaje que estaba espiando alrededor de mi casa. ¿Cree que podría encontrar yo su rostro en esa famosa galería de espías que tienen ustedes?

—No cuesta nada probar. Venga conmigo.

Acompañó a Malden al interior del archivo, donde Brinda estaba engolfada investigando, una a una, filas y más filas de fotografías.

—Brinda, permíteme que te presente al teniente Ricardo Malden... Esta es la señorita Brinda Duncan... Pueden ustedes buscar cada uno su tipo sospechoso... ¡Buena suerte!

Y sir John se alejó hacia su oficina.

—¡Brinda! — exclamó el recién llegado, con acento de sorpresa.

—¡Dick!

CAPITULO VI

—¡Qué sorpresa! — exclamó el teniente, contemplando a la muchacha con ojos llenos de admiración —; ciertamente ha cumplido usted su promesa.

—Usted también, teniente Malden — contestó Brinda, devolviéndole sus miradas de interés.

—Pero usted es realmente maravillosa, Brinda... Palabra de honor. ¿Cuánto tiempo hace que...?

—Hace seis años — dijo Brinda con los ojos brillantes —, para ser exacta seis años menos tres meses. Yo tenía dieciséis años y usted...

—Diecinueve, creo — dijo Malden.

—Usted era muy alegre y no mal parecido; todas las muchachas del instituto de la señorita Cartwright estaban locas por usted.

—No me confunda. Ya sabe que eso no es cierto..., quiero decir, que nadie estaba... — contestó Malden, enrojeciendo.

—Yo estaba — dijo Brinda mirándolo en los ojos.

—¿Eh?... ¿Qué quiere usted decir?

—Usted sabe perfectamente bien que yo estaba enamorada de usted, Dick — respondió Brinda —, pero usted era sencillamente imposible. ¡Qué muchacho!, siempre concertando citas y siempre faltando a ellas. Luego venía con alguna historia, o con el cuento de que había estado muy ocupado en su laboratorio de física.

—Era la verdad Brinda. Estaba tratando de incorporarme a los laboratorios Carver — contestó Malden frunciendo las cejas —; quizá era un poco olvidadizo.

—No se trataba de eso — dijo Brinda con cierto resquemor en su voz —, no me hubiera importado que usted olvidara sus citas conmigo o que faltara a ellas por sus estudios; pero la última vez que usted rompió una cita conmigo no fué a causa de experimentos de física. ¿Recuerda, Dick?, era en un baile en los salones de Eton.

—¿De veras?... ¿Un baile? ¿Qué puede haberme impedido ir al baile con usted? — respondió Malden con mirada de asombro.

—Debo decirle que fué otra muchacha.

—¡Imposible!

—Sí, otra muchacha. Ya ve que tengo mejor memoria que usted. Hasta podría decirle su nombre; pero no ponga esa cara de afligido... Todo eso sucedió hace años y ya no lo amo. ¿Estuvo usted en América, verdad?

—Sí, sí, ciertamente — dijo Malden, alegrándose del nuevo giro que tomaba la conversación —; realicé interesantes estudios técnicos allá, y luego, cuando volví, mi padre me hizo ingresar en la marina. Me dijo que se aproximaba una guerra y ahora veo que el viejo tenía razón... Pero, ¿qué está usted haciendo aquí? Acaso forma parte del *Intelligence Service?*

—¿No recuerda usted ya?

—Por supuesto... Usted es la sobrina de sir John o algo por el estilo. Casi lo había olvidado.

—Eso es muy suyo — dijo Brinda, un tanto confusa bajo la brillante mirada de los ojos grises del marino.

Luego retrocidió un paso y, al hacerlo, su brazo rozó un montón de fotografías que estaban apiladas en un ángulo de una mesa y las desparramó por el suelo.

—¡Oh!, ¡qué descuidada soy! — exclamó.

Y se inclinó para recogerlas en el mismo instante en que Malden avanzaba rápidamente con el mismo propósito. Cuando ambos se levantaron, Brinda encontróse con su rostro casi rozando el rostro tostado del marino, que tenía, en ese momento, una expresión extraña. De pronto, una mano firme y fuerte se cerró sobre el brazo de ella.

—¡Brinda!..., nunca la he olvidado, pero era un tonto antes.

Por un instante Brinda permaneció junto a él. Luego, suave, pero firmemente, apartó su brazo.

—No diga tonterías, Dick. Hace mucho tiempo de aquello y además no éramos más que escolares. Vamos, ayúdeme a acomodar estas fotografías — dijo ella con acento resuelto.

—¡Oh!, muy bien — respondió él disgustado.

Mirándolo de reojo, Brinda descubrió que los años habían hecho aún más atractivo a Dick Malden, que cuando lo conociera en sus días de colegio. Conservaba aún aquella mirada, brillante y decidida, pero su perfil, al hacerse hombre, había cobrado más firmeza; su nariz era recta y bien delineada y su mandíbula parecía esculpida en granito. Sin embargo, había un toque sensitivo en su boca y, en su barbilla, un hoyuelo ponía un toque de juventud que le iluminaba el rostro. Ella recordaba aún cómo le había atraído en otros tiempos ese aire varonil del muchacho, en los días en que ella era una jovencita más en la academia Cartwright y él uno de los más aventajados estudiantes de una popular escuela, en una ciudad cercana.

Ella pestañeó al pensar en eso, y pestañeó también al recordar aquella noche en que quedara tan desilusionada al descubrir la verdadera razón por la cual Dick había faltado a su compromiso con ella y que en aquella época le había parecido de enorme importancia. Recordaba la noche que pensara en Dick, imaginándolo en su laboratorio sobre mapas y grabados azules, mientras que él había concurrido a un baile con su compañera de colegio, la hermosa Gladys Mountwyn, heredera de los millones del rey del acero inglés... Las hija del mismo lord Mountwyn que había figurado en el reciente suceso que terminó con el asesinato de Kenley.

Apresuradamente, Malden había seguido sus pensamientos, puesto que de pronto preguntó:

—¿Trabaja usted son sir John en el *Intelligence Service*, Brinda?... Perdone mi curiosidad; pero, al verla en esta oficina...

Algo instintivo hizo que Brinda cuidara sus palabras.

—Como usted ve, estoy conversando con un marino muy distinguido y muy elegante — dijo ella sonriendo —. ¿Y usted?

—Yo — su rostro tenía una expresión tan ingenua como el rostro de aquel Dick Malden de diecinueve años, de los días pasados —, yo estoy buscando a un individuo que trató de hacerme volar por los aires con una bomba de tiempo.

—¿Hacerlo volar a usted por los aires? ¡Qué infamia!

—De veras. Y casi lo logra, pero he conseguido echarle un vistazo al individuo y estoy tratando de hallar aquí su fotografía — respondió el marino con acento de profunda ansiedad.

—¿Pero, por qué desearía nadie hacerle morir a usted?

—Bueno, estrictamente hablando, el hombre no buscaba mi muerte, sino que deseaba inutilizar mi laboratorio...; mis invenciones, quiero decir. No dudo de que sir John le habrá contado a usted acerca de todo esto.

Brinda sonrió enigmáticamente. Desde las últimas veinticuatro horas, no podía afirmar que sir John le hubiese confiado ningún secreto acerca de los trabajos confidenciales del *Intelligence Service*.

—¿Qué quiere usted decir?

—Los rayos "Z" — dijo él, sin sospechar nada — es un asunto sorprendente. Si logramos tener éxito, triunfaremos sobre nuestros enemigos. Pero, desde luego, no podría continuar mis investigaciones si hubieran hecho volar todo con dinamita.

Una voz interrumpió el diálogo desde la puerta de entrada. Era uno de los secretarios de sir John.

—Teniente Malden, lord Mountwyn acaba de llamar: ha ordenado que se le recuerde

a usted que tiene una importante entrevista en su casa esta noche — dijo.

—Dick, ¿no será por casualidad a lord Mountwyn a quien visitará este noche? —preguntó Brinda con acento de alegre sorpresa.

—Sí, en efecto, ¿por qué?

—Entonces nos veremos pronto.

—¿Irá usted también? — preguntó Malden con expresión indecisa.

—Sí; he visto a Gladys muy de cuando en cuando, pero Sandy, sir John, desea que vaya. Tienen importantes asuntos que tratar con lord Mountwyn, según creo.

—Es sorprendente; la esperaré para darle la bien venida — dijo él; pero el tono de sus palabras no era sincero.

Brinda lo miró en los ojos y una inexplicable idea surgió en su mente... Pero era imposible... La rica y ambiciosa lady Gladys... Dick, el joven retoño del viejo pero notoriamente pobre tronco de la familia Malden... E inmediatamente sacó su conclusión.

—¿No le parece original? Estoy comprometida para asistir a una reunión de novios y ni siquiera sé con quién se va a casar Gladys... Usted lo sabrá, sin duda...

—Permítame que se lo presente — dijo Malden asintiendo con la cabeza —: Ricardo Malden, servidor.

Brinda ensayó su mejor sonrisa, pero en el fondo de su corazón sintió una inexplicable y profunda soledad.

CAPITULO VII

Por un momento Brinda pensó en la posibilidad de no concurrir a la fiesta de los Mountwyn. Comprendía ahora la causa por la cual lady Gladys, después de haberla ignorado durante tanto tiempo, la invitara de esa manera tan extemporánea a la fiesta en que anunciaría su compromiso matrimonial. No era sencillamente porque su padre y sir John fueran amigos; era su manera de hacerle recordar que en un tiempo habían sido rivales. Era un triunfo pequeño para la hija de lord Mountwyn, pero que concordaba perfectamente con su carácter.

—Será magnífico verla a usted nuevamente por allí... igual que en los viejos tiempos... No faltará usted, ¿verdad? — dijo Dick haciendo gala de su tacto social.

—¡Oh, sí, iré, seguramente! No puedo dejar solo a Sandy — respondió Brinda después de vacilar un instante.

Malden continuó inspeccionando una a una las fotografías que tenía delante. De pronto se fijó en una de ellas.

—Este individuo se parece un poco al que vi rondando por mi casa; pero no es el mismo...; no, no puedo imaginar nada más desastroso que una bomba en mi laboratorio en estos instantes. Interrumpiría nuestros experimentos durante más de un año, y entretanto... quién sabe..., la guerra quizá habría terminado.

—Y el enemigo tendría que pedir la paz nuevamente.

Malden frunció el entrecejo; su rostro se tornó grave mientras decía:

—No estoy seguro de eso. Nuestros enemigos son grandes técnicos. Nos haría falta mucha suerte para vencerlos.

—¿Y sus rayos "Z" nos darían esa suerte? — preguntó ella.

—Así lo espero, pero no estoy seguro de ello — respondió Malden, haciendo una vigorosa seña afirmativa con su cabeza —. Es un arma poderosa, pero está llena de sorpresas. Mi trabajo consiste en dominarlas y hacerlas servir para nuestros propósitos...; es una lástima, pero si dispusiera solamente de los fondos necesarios, quizá podría llevarla a la práctica y ganar así esta guerra.

—Pero seguramente el gobierno se encargará de su financiación — dijo ella.

—¿El gobierno? — repitió él con amargura y mirándola curiosamente —. ¡Bah! Usted debe saber que el gobierno inglés ha estado dormido durante veinte años. Si un hombre quiere hacer algo por su patria en estos días, debe hacerlo con su propio dinero y con su propio trabajo... O dejar que otro lo haga.

La expresión de Dick era en ese momento tensa y amarga.

Una vez más fueron interrumpidos por el nuevo secretario que había transmitido el mensaje anterior de lord Mountwyn. Esta vez la comunicación fué transmitida en voz baja.

—¡Al diablo!... ¡Qué mala suerte!; más contratiempos sobre el laboratorio — exclamó Dick.

—¡Oh!... espero que...

—No, no es nada serio. Esta vez no se trata de bombas. Pero de todos modos debo ir a ver lo que pasa. Lo siento mucho; ¿nos veremos esta noche? — dijo él mirándola intensamente en los ojos.

—Sí.

—Bien — dijo él, mientras se dirigía rápidamente hacia la puerta, desapareciendo por ella.

Brinda volvió a su inspección de las fotografías y de descripciones escritas de los enemigos secretos conocidos de Gran Bretaña. El numeroso ejército sin uniformes ni banderas que sir John, como jefe del *Intelligence Service*, tenía la esperanzada tarea de alcanzar, descubrir y arrestar, antes de que pudieran cometer contra Inglaterra algún asesinato, sabotaje o robar documentos vitales, como la lista recientemente robada a Mara por los agentes secretos, por el misterioso "Ajax".

Pero en ese momento érale difícil a la muchacha poner su atención en la ininterrumpida procesión de rostros que estaban frente a ella, en las fotografías clasificadas. Otro rostro se interponía ante Brinda, el rostro varonil y tostado de Dick Malden, con sus intensos y profundos ojos grises, la bien curvada cabeza, la boca sensitiva y aquella barbilla que hubiera sido tan autoritaria a no ser por el radiante hoyuelo.

Ante ella se alzaba también la imagen de lady Gladys, hermosa y rubia, el perfecto tipo de belleza inglesa, el tipo perfecto, es decir, haciendo caso omiso de su alma egoísta y del toque sensual de sus labios rojos que contrastaban extrañamente con los fríos, desapasionados ojos, y la austera línea de su cuerpo escultural. Recordaba ahora que sus enemigos, habíanla proclamado, dos años antes, en una ciudad de Europa, como el tipo perfecto de la belleza de una raza contraria a la de su patria.

Pero Gladys estaba acostumbrada a la adulación, sobre todo de parte de los hombres de amplia experiencia en los romances, hombres de todas las razas y de todas las nacionalidades. En una palabra, el mundo había dado a la hija de lord Mountwyn pocas ocasiones de quejarse. Cuando aun era una perfecta colegiala en el instituto de la señorita Cartwright, que proclamaba siempre la mayor imparcialidad, habíaselas ingeniado para ser distinguida con ciertos favores especiales negados sistemáticamente a otras compañeras.

Había sido en aquel instituto donde ella y Brinda contrajeron una estrecha amistad, interrumpida luego cuando ambas conocieron a Dick.

Brinda no se había sentido resentida o celosa por las ventajas especiales que conferían a su amiga el nacimiento y la fortuna. Pero ahora, mientras continuaba su esperanzada caza a través de las innumerables fotografías de espías— la caza de un rostro que ella había apenas visto en la oscuridad de una noche de Londres bajo los bombardeos —, sorprendióse a sí misma al descubrir que nacía en ella un sentimiento de rabia, de envidia hacia su antigua compañera de colegio.

—¡Qué tonterías estoy pensando! Probablemente es tan buena como Dick se la merece — pensó, tratando de alejar sus pensamientos.

Pero, no obstante, volvió una y otra vez a

Trance grave



—Papá, ¡échalo de aquí a puntapiés!

sus sospechas, y nuevamente alzóse ante ella la imagen del apuesto joven oficial de la marina. Y de cuando en cuando se interponía entre ambos, ella y la imagen del joven, esa otra imagen radiante y encantadora de lady Gladys Mountwyn.

Al representársela, la imagen mental de la muchacha era mucho más simpática de lo que aquella noche le pareció al verla en persona, cuando llegó a la mansión de los Mountwyn, en las afueras de Londres, acompañada de sir John.

Al entrar en la grandiosa casa, su mirada tropezó inmediatamente con Dick y Gladys, que se hallaban juntos, en el medio del amplio salón de recepciones; sin embargo, Malden permanecía de pie, contemplando la juventud bulliciosa y alegre, mientras Gladys, a su lado, parecía interesada profundamente por otro huésped, un hombre moreno, alto y delgado, con algo de felino en sus actitudes, y con ojos brillantes y oscuros.

Lord Mountwyn conversaba con un grupo de huéspedes. Al ver a los recién llegados, volvióse hacia ellos con una sonrisa amistosa.

—Buenas noches, coronel; buenas noches, señorita Duncan... Veamos... ¿Dónde estará mi hija?... Me place sobremanera verlo a usted esta noche, coronel...; tenemos algo importante que tratar — dijo, y volviéndose hacia un criado de librea le ordenó —: Dígale a miss Gladys que haga el favor de venir.

—Su fiesta es todo un éxito, amigo — le dijo sir John.

—Sí..., gracias. Por supuesto, coronel. Algunos son amigos míos, viejos amigos de la familia, pero los demás..., la mayoría, son conocidos de Malden.

Mientras el dueño de casa hablaba, Brinda echó una rápida e inquisitiva mirada por el gran salón. Las mujeres estaban brillantemente ataviadas, tanto como las mujeres pueden estarlo durante los duros tiempos de la guerra. Los vestidos eran largos, pero los escotes atrevidamente bajos. Las joyas lucían con insolente evidencia. Entre los hombres destacábanse una policroma variedad de uniformes, aunque pocos meses atrás la mayoría de ellos no hubieran siquiera sospechado que se verían envueltos en una guerra de tal magnitud. Todos estaban alegres y parecían felices, indudablemente, debido a la extraña convicción que aun prevalecía en los círculos sociales ingleses, de que el desagradable asunto sería rápidamente resuelto sin mayores contratiempos... o quizá, también por una nueva y sabia medida diplomática.

De los huéspedes de más edad, quizá una media docena eran hombres que habían estado anteriormente en la policía del servicio británico. Si se hallaban disgustados o contrariados por el hecho de que la guerra había desbaratado tales funciones policiales, sus actitudes y sus gestos no dejaban traslucir tal cosa.

—¡Ah, por fin has aparecido! Aquí tienes una vieja amiga, según creo — dijo Mountwyn dirigiéndose a su hija con una cariñosa sonrisa.

—Brinda — murmuró Gladys, extendiendo una delicada y lánguida mano —. ¡Qué hermosa sorpresa!

En seguida presentó al hombre alto y delgado, el príncipe Vaslav Yenidov. Luego, con un aire de fatuidad triunfante y de posesión, presentó también a Dick. Brinda pensó cómo se sentiría el muchacho en aquel instante, pero la expresión del marino no permitía revelar nada de su estado de ánimo.

—Tengo que conversar con Sanderson — dijo lord Mountwyn en ese instante, y tomando del brazo al jefe del *Intelligence Service* se alejó con él a través del salón.

—¡Oh, ahí vienen el general y su esposa! — exclamó Gladys en el mismo momento —, ¿me perdonas, querida Brinda?

Se movió lánguidamente en dirección a una pareja de recién llegados, mientras decía por encima de sus blancos hombros y con un tono cortés pero imperativo:

—¿Vienes, Vaslav?

CAPITULO VIII

Con un gesto que era al mismo tiempo un encogerse de hombros y un inclinarse hacia adelante, el príncipe Vaslav obedeció a Gladys.

Dick y Brinda quedaron solos frente a frente.

—¿Qué estaba usted haciendo hace un momento? — preguntó Brinda.

—¿Yo? ¡Oh!..., estaba contando la gente. Antes de que usted y el coronel Sanderson llegaran, había ciento nueve personas — dijo él sonriendo vagamente, y después de un instante de silencio continuó —: Ustedes dos hacen ciento once. El general y su esposa ciento trece.

—¿No piensa usted nunca más que en cosas así?... ¿Más que en números?

—Sí..., es decir, siempre que no haya otra cosa mejor en que pensar — contestó Dick Malden —, por ejemplo, en este instante pienso en que está usted mucho más encantadora que esta mañana.

—Creo que es mejor que continúe contando a sus huéspedes — respondió ella evasivamente.

—No, ya no me interesa eso. Y a propósito, ¿logró usted descubrir al hombre a quien buscaba en las fotografías del archivo secreto?

—Ni trazas siquiera... Me avergüenzo de confesarlo. ¿Y usted... encontró a salvo su laboratorio?

—Completamente; se trataba tan sólo de un cortocircuito, perfectamente casual. Pero, desde luego, después de haber estado a punto de ser eliminado por una bomba, uno sospecha de todo. Siempre estoy esperando encontrar un espía o un quintacolumnista bajo cada retorta.

—¿Son realmente tan peligrosos?

—Ya lo creo..., francamente me parece que su tutor se toma el asunto demasiado en serio. Está trabajando en demasía comparado con lo que acostumbraba a hacer su predecesor.

—Pero éste es un asunto muy importante para Inglaterra, ¿no le parece?

—Sumamente importante, pero supongo que lograremos arreglarnos de alguna manera, como siempre lo hemos hecho — dijo el joven teniente —. Por mi parte, sospecho de todos los extranjeros.

—¿Quién es ese príncipe Vaslav? — preguntó Brinda.

—No hay necesidad de preocuparse de Vaslav; está fuera de toda sospecha... — dijo él, siguiendo el pensamiento de la muchacha—. Es de origen real..., nieto del gran duque...; ya sabe, viene en línea directa del trono de Rusia...; odia a muerte a nuestros enemigos... Un individuo buen mozo, ¿no es cierto?

Brinda asintió.

—Creo que nunca he visto un hombre más atractivo que él..., en su tipo. Pero no me agrada... ¿Qué hace, además de ser buen mozo?

—Bueno..., supongo que usted le llamaría algo así como figurín de sociedad, aunque él se sentiría profundamente ofendido si la oyera. Vive en el club Mayfair, donde es una figura decorativa; luego, si usted va a dar una gran fiesta, o un beneficio en favor de algún departamento de guerra, usted puede llamar al príncipe para decorar los salones con su figura. Es verdaderamente un muchacho muy interesante; gran esgrimista..., excelente tirador de pistola..., hace sorprendentes juegos con las cartas..., conoce muchas cosas de arte, de música y de otras tonterías por el estilo... ¡Ah!, sí, y baila también admirablemente. Según dicen, era un verdadero Nijinsky...; formaba parte de una de esas ultraescuelas de *ballet* rusas hasta la médula, donde todo se hace por el arte o cosa así.

—Debe estar en muy buenas relaciones con muchos grandes personajes — dijo Brinda pensativa.

—¡Oh, sí!, un montón de ellos, pero nadie lo toma en serio, o por lo menos eso creo yo.

Sin embargo, mirando a lady Gladys, que se volvía para saludar a los huéspedes, le pareció a Brinda que la heredera de los Mountwyn estaba tomando demasiado en serio al atractivo príncipe.

Por un instante creyó adivinar en la expresión de Malden que él había notado también tal cosa. Pero la expresión de los ojos del marino desapareció instantáneamente cuando Gladys le dirigió una leve sonrisa y murmuró acercándose a él.

—¡Oh, querido! Vassie me acaba de dar una maravillosa idea... ¡Un baile de oscurecimiento!

—¿Un baile de oscurecimiento? — preguntó Dick frunciendo las cejas.

—Exactamente... Comenzaremos a bailar como de costumbre, y luego se dará la señal de un raid aéreo y se apagarán las luces. Vassie dice que podemos hacer la señal con un clarinete.

—Me parece una broma demasiado pesada — dijo Dick con acento de disgusto.

—¡Tonterías! Es la mar de gracioso — respondió Gladys.

—Quizá el teniente Malden tiene razón — interpuso Vaslav, que se había acercado.

—Estoy segura de que es una idea espléndida — dijo Gladys con acento un tanto impaciente, mostrando en sus ojos un brillo misterioso —. Ven, Vaslav; deberás explicar al hombre del clarinete esa señal de ataque aéreo.

—Sigo pensando que es una broma pesada — dijo Dick enfáticamente mientras guiaba a Brinda a través de la compacta multitud del salón —. Sin embargo, podemos hacernos por un instante la ilusión de que esta guerra es también una broma pesada.

—No para mí, Dick — dijo Brinda pensando en el paracaidista enemigo y en el asesinato del capitán Kenley, quien, quizá, aquella noche hubiera acudido a la fiesta para poner una sonrisa de felicidad en los labios de alguna mujer, que ahora, en ese instante...

En un momento dado, al avanzar por el salón, se vieron separados de Gladys y de Vaslav. Entonces, de pronto, la orquesta comenzó a tocar los aires de un baile de moda.

—Bailemos — dijo Malden pasando el brazo por el talle de Brinda e iniciando los compases de una rumba.

Después de algunos pasos exclamó:

—¡Caramba!, había olvidado cuán bien baila usted.

—No es la primera vez que lo olvida — respondió ella —, ¿recuerda?

—No; no quiero ni recordarlo. Me hace volver a los tiempos de mi estúpida juventud — respondió él.

Estaban cerca de una gran ventana abierta sobre una amplia terraza llena de flores cuando el clarinete inició un sonido bastante aproximado al aullido de una sirena. Instantáneamente las luces se apagaron.

Brinda sintió el tenso brazo de Dick alrededor de la cintura. Involuntariamente se oprimió contra él. Un estremecimiento súbito e imprevisto sacudió su cuerpo.

—Los oscurecimientos tienen sus ventajas — dijo él hablando muy cerca de su oído —; escuche. Brinda, quiero decirle que yo...

Un grito estridente lo interrumpió. El grito de un hombre atacado y sorprendido. Después oyóse la voz autoritaria y anhelante de lord Mountwyn, que sobrepasó las notas cálidas de la orquesta:

—¡Luz! ¡Enciendan la luz! ¡Pronto, idiotas, luz!

—Ha sucedido algo terrible — murmuró Brinda apartando a Dick —; lo presiento; algo terrible...

—Ya veremos — dijo Malden tranquilamente.

Ambos trataron de orientarse en la oscuridad hacia el lugar donde sonara la voz de Mountwyn. Un instante después se encendieron las luces, y Brinda pudo comprobar que sus temores eran justificados. Su huésped, con el rostro congestionado y el cabello revuelto, se inclinaba sobre una figura extendida a lo largo en el suelo, junto a una de las puertas que daban a la terraza.

—¡Ayúdeme aquí, teniente! — gritó al ver a Dick —. ¡El coronel Sanderson ha sido herido de una puñalada!

CAPITULO XI

Sin prestar atención al extraño gesto que hiciera el marino, Brinda corrió hacia la postrada figura, pero al ver una mancha roja en la camisa de sir John estuvo a punto de exhalar un grito.

Arrodillóse junto al jefe del *Intelligence Service*, mientras sus dedos buscaban nerviosamente el pulso del caído.

—¡Sandy, Sandy!... ¡Sandy querido! — murmuró con desesperación.

Luego de un instante, sintió bajo sus dedos las fuertes pulsaciones que parecían asegurar por el momento que el desenlace no iba a ser esta vez el mismo de hacía muy pocas horas.

—¡Querido Sandy! — murmuró una vez más, mientras su aliento envolvía el rostro del herido. La voz pareció llegar a lo más profundo de sir John quien, haciendo un esfuerzo, sonrió dolorosamente.

—El individuo parece desesperado y peligroso, Mountwyn — murmuró con un hilo de voz.— Anda tras de la clave secreta.

Brinda prestó apenas atención a las palabras. Para ella era suficiente con que su tutor hubiera hablado. En el intervalo, la gente comenzaba a reunirse alrededor de ellos.

—¡No les deje acercarse, Dick!—gritó Mountwyn — Haga alejar a todo el mundo... Dígales que sir John ha sufrido un desvanecimiento..., cualquier cosa..., ¿comprende?

—Perfectamente.

—Pero..., ¿cómo sucedió esto, lord Mountwyn? — preguntó Brinda.

—No hay tiempo ahora para explicarle eso...; hay muchas cosas en qué pensar... cosas muy importantes... Debemos de tratar de prender al agresor. Hay que registrar toda la casa... Debo dar orden de cerrar la entrada del puente y de inspeccionar el campo... ¡Dick!, sus compañeros de marina pueden ayudar. Dígales que lo registren todo... ¡Pero que se cuiden! No quiero que nadie más resulte herido.

Después, Mountwyn se volvió hacia Brinda:

—Levántese, muchacha; su tutor está herido, pero no ha muerto. ¿Tiene usted alguna idea de primeros auxilios?

—Algo...

—Espléndido... — dijo Mountwyn sacando un pañuelo de su bolsillo —; haga un torniquete con esto. Póngaselo alrededor del brazo, lo más tenso que pueda... Eso es; ahora el pecho... ¡Hum!... está débil, pero no mucho... Es necesario llamar al médico.

—Ya lo he hecho. El doctor Mac Donald estará pronto aquí — respondió rápidamente Brinda, con los ojos fijos en sir John.

—Bien; ya hemos hecho todo lo posible... Ahora hay que llevar a nuestro hombre a la cama... Vamos a trasladarlo por la terraza hasta el ala izquierda del edificio... Evitaremos tener que dar una cantidad de explicaciones a todas las visitas.

Tan rápidamente como se lo permitían sus fuerzas, Brinda cruzó la terraza, acompañada de un pequeño cortejo en el que se encontraban Mountwyn, Dick y un lacayo.

Los dos últimos hombres transportaban al herido, mientras que lord Mountwyn los dirigía.

En ese instante se dejó oír el zumbido amenazador de un avión invisible, que planeaba en la fría noche de otoño. El distante zumbido tenía algo de musical y se confundió con los acordes de la orquesta que resonaba ya nuevamente en el gran salón del palacio, donde los huéspedes, ignorantes del drama, se entregaban otra vez a la danza.

Brinda tuvo un estremecimiento, y dirigió su vista hacia el cielo opaco e impenetrable. Parecíale que había un lazo simbólico entre aquel invisible avión y su tutor herido... En verdad podía ser un avión inglés..., pero los diarios decían cada día, con grandes titulares, que los aviones enemigos volaban audazmente sobre el cielo de Londres, en misiones de observación o de ataque, para tratar de abatir a la flota inglesa mientras estaba anclada en los puertos. Pocas bombas habían caído aún; muchas menos de las esperadas, pero cargamentos mucho más peligrosos que las bombas, espías y quintacolumnistas, descendían silenciosamente en paracaídas, como un anuncio de que, esta vez, la guerra iba a ser algo decididamente mortal.

Y mientras tanto, los ingleses se divertían y bailaban, como los huéspedes de lord Mountwyn bailaban y se divertían esa noche en su castillo..., como ella misma había estado bailando y riendo pocos minutos antes.

—¡Por aquí! — dijo lord Mountwyn abriendo la puerta de un magnífico dormitorio.

Suavemente, sin aparente esfuerzo, Dick depositó a sir John en la mullida cama.

No bien su cabeza hubo tocado la almohada, el jefe del *Intelligence Service* abrió los ojos. Por un momento, éstos miraron con vaguedad interrogando a los presentes; pero, de pronto, se compenetraron de todo. Su dueño trató de sentarse, pero cayó hacia atrás con una involuntaria exclamación de dolor.

—¡Ay! — exclamó con acento de queja —, el espía me ha herido con un cuchillo... No me diga que ha huído con...

Estas últimas palabras las pronunció dirigiéndose a Mountwyn, a quien miró ansiosamente.

—Me temo que sí, pero tenga paciencia, sir John; no podrá escapar — dijo el noble con aire grave.

—Vamos cada vez peor — dijo sir John entre dientes.

—Lo capturaremos — contestó Mountwyn con aire confidencial —; nadie puede pasar el puente; está cerrado. La pared tiene doce pies de espesor y el mes pasado acabo de rodearla en su parte superior con dos alambres de púa. Además, está bien iluminado. Unicamente el guardián del puente puede haberle franqueado la entrada... No, quienquiera que sea, no podrá escapar.

—Pero tendremos que atraparlo — exclamó Sanderson —; si pudiera levantarme, si pudiera hacer algo...

Hizo aún un esfuerzo para ponerse de pie, pero sólo para volver a caer de espaldas en la cama haciendo una mueca de dolor que descompuso su expresivo rostro.

—No debes moverte, Sandy... quédate quieto. El doctor Mac Donald estará aquí dentro de unos instantes — dijo Brinda colocándole una mano detrás de la cabeza.

—Bien.., es mejor no enterar a nadie de esto hasta que sea absolutamente necesario. Supongo que lo sabrá mucha gente — dijo sir John.

—No muchos; afortunadamente los invitados no han descubierto la gravedad del asunto, pero es mejor esperar. ¿No le parece? Es decir, si puede usted resistir.

—Por supuesto. ¿Qué son un par de arañazos como estos para un viejo soldado como yo? Lo que no puedo comprender es por qué me desmayé en esa forma... ¡Espere!, ahora lo recuerdo todo, Mountwyn; usted me estaba alcanzando..., este..., el *artículo* cuando las luces se apagaron. Entonces usted dijo: "Tómelo", y supongo que habrá creído que yo lo había agarrado ya. Entonces aquel hombre saltó sobre mí y nos trabamos en lucha. Era muy fuerte y me golpeó al mismo tiempo que usaba su cuchillo. Sentí un golpe en la cabeza y caí al suelo.

—Se ha defendido usted admirablemente; de lo contrario lo hubiera matado sin remedio — dijo Mountwyn.

—No se hubiera perdido nada, si así hubiera sido. Mi sucesor hubiera hecho las cosas mejor que yo — dijo sir John con tono amargo.

Su rostro palideció y su voz se hizo más débil. Sacudió la cabeza y trató de continuar

"Combinación"



—Llévese estos dos, señora; hacen una pareja ideal: la lechuza piensa cosas graciosas y el loro las dice.

hablando, pero Brinda se lo impidió poniéndole sobre los labios uno de sus perfumados dedos.

—Ni una palabra más — le dijo. Sus ojos se volvieron hacia Mountwyn y continuó —: Por favor, déjeme sola con él. ¿No ven que está demasiado débil para hablar?

—Brinda... — llamó sir John con voz apagada.

—No hables ahora. Debes descansar, Sandy — dijo ella.

—No..., ahora..., ven, acércate y escucha — dijo su tutor con obstinación.

Y cuando ella se inclinó sobre él, murmuró muy bajo a su oído:

—Estás en grave peligro, Brinda; ten mucho cuidado. Fíjate en lo que dices y en lo que haces. Especialmente mientras permanezcas en esta casa..., ¿comprendes?

—Sí, Sandy, sí.

—Recuerda..., ten mucho cuidado — repitió Sanderson con un hilo de voz.

Sus ojos se cerraron una vez más, exhausto por el esfuerzo de hablar.

CAPITULO X

Cuando Brinda se irguió, encontróse con el rostro de lord Mountwyn muy cerca de su hombro.

—¿Pudo escuchar lo que dijo? — preguntóle él ansiosamente.

—¡Oh...!, nada importante... Me dijo solamente que mirara en la parte trasera de la casa para buscar a su agresor — dijo Brinda haciendo un esfuerzo por sonreír.

Lord Mountwyn se volvió hacia su futuro yerno.

—Dick..., ¡siento tanto que esto haya ocurrido precisamente esta noche! No es muy agradable esta manera de celebrar un compromiso matrimonial. Nuestros invitados deben estar muy molestos e intrigados con todo lo ocurrido. Me imagino que Gladys ha de sentirse muy disgustada... A propósito, ¿dónde está mi hija?

—Probablemente está con Vaslav — respondió Dick con acento pausado.

—¿Vaslav?

—El príncipe. Parece que ambos se entienden muy bien.

—El monstruo de los ojos verdes, ¿eh, muchacho? — dijo lord Mountwyn sonriendo —. No temas..., creo que Gladys intenta tan sólo ponerte celoso... Quizá crea que necesites un estimulante. Creo que tiene algo de interesante ese Vaslav; pero no puedo comprender por qué las mujeres gustan de él... Siempre está ideando cosas raras...; quizá será por ese aire de valentón que tiene, o quizá también sus ideas, siempre nuevas y originales.

—Sí..., no hay duda que será eso — dijo Dick con un brillo juguetón en los ojos, mientras miraba a Brinda por encima de la cabeza de su futuro suegro —. ¿Me permiten ustedes?

—Por supuesto. ¿Va a hablar con Gladys?

—No; voy a ver si Vaslav ha ideado más cosas originales — respondió Dick mientras se alejaba, haciendo un gesto de despedida a Brinda.

—Buen muchacho..., ¿qué cree usted que ha querido decir con eso?... ¿Le parece que está realmente celoso? — observó lord Mountwyn dirigiéndose a Brinda.

—Quizá — respondió ella evasiva.

—Peor para él si lo está. Gladys despreciaría a un marido celoso; sería mejor que se mostrara indiferente con ella — observó Mountwyn.

En ese instante hubo una fuerte llamada a la puerta, y antes de que ningún criado pudiese acudir, ésta se abrió para dejar paso al doctor Mac Donald.

—Me anunciaré a mí mismo — dijo con acento burlón —: Buenas noches a todos.

Haciendo un rápido saludo a Brinda y a Mountwyn, el doctor se aproximó a la cama donde yacía el jefe del *Intelligence Service*. Lo examinó durante unos instantes y luego murmuró por lo bajo:

—Podría ser peor...; es una suerte que las heridas no estén infectadas...; usted es un hombre duro de matar, Sanderson, y sus amigos pueden dar gracias, pues estará fuera de peligro en muy poco tiempo.

Durante un cuarto de hora, el doctor Mac Donald estuvo atareadísimo con gasas, vendajes, antisépticos e instrumentos de cirugía, cortando, desinfectando y vendando, mientras daba breves órdenes a Brinda, de cuando en cuando.

—Gracias, amigo — murmuró sir John, que había permanecido sin pronunciar palabra durante toda la cura, cuando el doctor se irguió por fin.

—Si quiere de veras agradecérmelo, debe cuidarse mucho durante unos días — respondió Mac Donald, que luego agregó, dirigiéndose a Mountwyn —: Pronto estará bien, tanto del golpe en la cabeza como de la pérdida de sangre por las heridas. Podríamos llevarlo a su casa esta misma noche, pero sería conveniente que permaneciera aquí por un día o dos.

—Perfectamente; me alegro de poder serle útil. Es una felicidad que sus heridas no sean graves — respondió el dueño de casa.

—Todos nosotros nos alegramos..., todos excepto el espía que lo hirió — respondió el doctor —; un caso extraño, éste; no me sorprendería que el asesino fuera el mismo que dió muerte al capitán Kenley.

Brinda suspiró. Era la misma pregunta que había estado haciéndose a sí misma durante las últimas horas. Inesperadamente fué el mismo Mountwyn quien contestó con asombrosa prontitud:

—¿Cómo podría ser el mismo? Si no recuerdo mal, el hombre que mató a Kenley era rengo; en cambio, éste tiene que haber hecho buen uso de sus piernas.

—¡Hum! Tiene usted razón, por supuesto. Fué una tontería de mi parte asociar ambos hechos. Ni siquiera sé cómo pudo ocurrírseme — dijo Mac Donald reprochándose a sí mismo haber hablado. Hizo chasquear los dedos y murmuró entre dientes —: Sí..., asociación de ideas... ¡Qué coincidencia!

—¿Coincidencia?

—Por cierto..., una coincidencia muy sorprendente, lord Mountwyn: que se encontrara usted presente en ambas ocasiones. Cuanto más pienso en ello más notable me parece.

—Sin embargo es perfectamente natural, como todas las coincidencias — respondió Mountwyn con tono cortante.

—¡Por supuesto que sí!... Por supuesto..., ¿cómo podría ser de otra manera?

Disponiéndose a partir, el doctor Mac Donald volvióse a medias para echar una última mirada a su paciente.

—¡Diablos!... Debería usted estar durmiendo... ¿Tendré que darle otra inyección? — exclamó al ver a Sanderson con los ojos abiertos.

—No más inyecciones, doctor; necesito hablar con usted — respondió sir John con voz débil pero firme.

—Mañana, John. No está usted ahora en condiciones de hablar.

—Es necesario que sea esta noche.

—Bueno, me quedaré un momento más — gruñó el doctor Mac Donald.

Brinda vaciló un instante. Luego se deslizó silenciosamente por la puerta exterior y curioseó en la inexplorada y vasta mansión de los Mountwyn. Su deseo era llegar al gran salón, donde momentos antes había estado bailando y donde esperaba encontrar a Malden. Porque era a él a quien Brinda había decidido pedir protección contra los desconocidos peligros que parecían acecharla a ella y a sir John en esa casa, cuyo aspecto parecíale ya tétrico y silencioso.

* * *

Al cabo de unos instantes, sir John preguntó por Brinda.

—Está ahí — dijo el doctor indicando la habitación contigua —; una chica muy valiente, John, pero era de esperar siendo la hija de Andy Duncan... No podría ser cobarde... Sin embargo, su belleza no le viene precisamente de Andy.

—Es acerca de Brinda de quién deseo hablarte, Alec, y también de su madre...

Sir John miró al doctor de extraña manera y continuó:

—Alec, ¿crees en el destino?... Es decir, ¿en el destino que rige nuestras vidas, nuestras acciones?

—Como viejo soldado que soy, puede ser. Pero como hombre de ciencia, no — respondió el médico poniéndose serio —; el destino es otro nombre que nosotros damos a la herencia... Una bendición para algunos..., para otros una maldición. Pero no es más que herencia, John, nada más que herencia.

—¡Herencia!... Ya te he oído decir algo por el estilo, Alec... Creo que eso es uno de tus temas favoritos, ¿verdad? — dijo sir John.

—Puedes llamarlo así.

—Bien; por eso decidí pedirte tu opinión.

—¿Pero es necesario que sea esta misma noche? Como médico permíteme que te diga que debes descansar. Es necesario que duermas durante algunas horas si deseas reponerte pronto. Ya hablaremos de la herencia.

—No; debo confiar mis ideas y mis secretos en alguien, de una manera u otra. Han sucedido cosas..., cosas... muy graves que lo hacen absolutamente necesario.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—El asesinato de Kenley es una de ellas.

—Si tu temperatura fuera más alta pensaría que estás delirando, John. ¿Qué tiene que ver el asesinato de Kenley con tu accidente, y sobre todo con la herencia? — dijo el doctor mirándolo con la sorpresa reflejada en sus ojos.

—Te confiaré algo que no podría decirle a ningún otro hombre en el mundo — dijo sir John en voz baja.

CAPITULO XI

El doctor Mac Donald se dispuso a prestar atención a su viejo amigo, mientras sir John continuaba:

—Sabrás, sin duda, que Kenley fué asesinado por un espía enemigo. Bien; ese espía llegó a Inglaterra en avión, arrojándose en paracaídas sobre Watford durante la noche. Una muchacha lo recogió en su automóvil y lo trasladó a Londres. Esa muchacha, Alec, era Brinda.

—¡No me digas!... — murmuró Mac Donald abriendo mucho los ojos por el asombro —. Eso es malo, John. No me extraña que hayas tratado de investigar por ti mismo, conociendo un hecho tan delicado; pero seguramente Brinda no sabía de qué se trataba. El hombre la habrá engañado, por supuesto.

—Sí.

—Entonces, es un secreto entre tú y el asesino y no tienes por qué preocuparte de ello — dijo el doctor con su sentido práctico de las cosas.

Sanderson miró a su amigo con ojos angustiados.

—Alec, ya sabes que mi puesto significa para mí algo más que un título y un sueldo. Significa la seguridad de Inglaterra; significa el hecho de protegerla de los espías y de los llamados quintacolumnistas, traidores de todas las esferas sociales, políticos mal orientados, rebeldes...; algunos extranjeros y otros, ¡que Dios nos salve!, hombres que tienen títulos y pretenden ayudarnos a gobernar. Es un empleo peligroso y sin retribuciones, pero lo estimo más que ninguna otra cosa, porque se trata de Inglaterra. Mi vida privada, mis sentimientos más íntimos no significan nada comparados con el bienestar de mi patria. No habría paz para mí, vivo o muerto, si fallo en la confianza que han depositado en mí. Aun cuando tuviera que herir a alguien que me es muy querido, ¿comprendes?

—¡Vamos, hombre! Esas son tonterías sin sentido. Si estuvieras sano me harías perder la paciencia. Estás en un gran error si se te ha ocurrido desconfiar de esa muchacha, ni aun por un momento — respondió el doctor en tono impaciente —; creo yo que esta continua caza de espías está alterando tu cerebro. Después de todo, bien sabes que esta chica te quiere con locura. Pero por si acaso fuera poco, es la hija de Andy Duncan, y ningún Duncan ha sido jamás traidor... Es imposible que lo sea ahora ella.

—Ten calma, Alec. Yo no digo que sospeche de ella. Bien sabes que primero sospecharía de mí mismo.

—Entonces, ¿a qué vienen todas esas tonterías? ¿Esas frases sin sentido acerca del asesinato y de la herencia?

—A eso voy — dijo —. Tú y yo hemos conocido a Andrés Duncan, y tenías razón, Alec: no había un hombre más bravo y más leal en toda la India. Lo digo yo y lo afirmo yo, que era su mejor amigo.

La voz de sir John se había convertido en un murmullo. Guardó silencio durante unos instantes, porque bajo el influjo de su memoria sus pensamientos habían retrocedido un lapso de quince años.

—Era una cálida, fascinadora noche, en medio de la jungla de la exótica India. La jungla siniestra, misteriosa, donde la muerte acechaba a cada paso, silenciosa y terrible. La jungla, donde la primavera se manifestaba de repente en forma esplendorosa y magnífica; la jungla cuyas fieras salvajes se parecían tanto a esas otras fieras de esa nueva guerra que azotaba entonces a Europa.

El padre de Brinda, el joven y apuesto Duncan, avanzaba a saltos hacia el tigre que había caído bajo los disparos de su fusil... El vengador rugido del moribundo comedor de hombres..., un último y tremendo salto y el hombre quedó semidestrozado entre las poderosas garras...

En los brazos de Sanderson, Duncan murmuraba sus últimas palabras en los estertores de la agonía: "No lo sospeché..., lo siento... Cuida de mi hijita, viejo...; no busques a su madre..., no es de nuestra clase...; lo sabrás todo por mis papeles... No necesito explicártelo, lo comprenderás todo."

Sanderson volvió otra vez al instante presente. ¡Hacía tantos años! Y, sin embargo, estaba vívido en su memoria. Y Andy Duncan no había confiado en él en vano.

—Mac, nunca te conté el secreto de la madre de Brinda — dijo —; ella abandonó a Andy Duncan cuando la hija de ambos no era más que una criatura. Su verdadero nombre era... — y el jefe del *Intelligence Service* murmuró, tan bajo que apenas llegó a los oídos del doctor, un nombre que una vez había corrido largo a largo, por todos los ámbitos del mundo: el nombre de una notoria y mortal belleza femenina.

—Tengo su licencia matrimonial — concluyó.

—¡Gran Dios! — exclamó el doctor —; ¿estás seguro?

—Completamente seguro. No hay posibilidad de la menor duda — respondió sir John —; el pobre Duncan tenía una docena de fotografías de ella y los diarios publicaron muchas otras después. El parecido no dejaba lugar a dudas, y además hay pruebas irrefutables. ¿Comprendes ahora mis preocupaciones acerca de la herencia, Alec?

—Sí..., comprendo eso y muchas otras cosas... Tenías razón en estar preocupado, John — murmuró el médico con voz profunda y cargada de simpatía —, y ella, la muchacha, ¿no sabe nada de todo esto?

—Nadie debe saberlo bajo ninguna circunstancia, suceda lo que suceda. ¿Cuento con tu palabra?

—Si necesitas de ella... Dios sabe que no violaré este secreto, por el bien y la memoria de Andy Duncan — respondió el doctor.

—Gracias. Me siento aliviado de haberte confiado este secreto. Creo que ahora podría dormir un poco — dijo sir John.

—Buena idea, John..., déjame echar una mirada a esos vendajes... Bien...; aquí tienes una píldora que te hará dormir profundamente... Te veré mañana.

Con la mirada perdida en sus pensamientos interiores, el doctor se sentó cerca del herido, permaneciendo un rato inmóvil y en silencio, hasta que la respiración acompasada de sir John le confirmó que el sedativo había hecho su efecto. Entonces el doctor Mac Donald se levantó de su asiento y caminó en punta de pies, procurando no hacer ruido, hasta una ventana. Allí, mirando la noche, con las manos enclavijadas, cruzadas tras de su ancha espalda, murmuró con voz de profundo asombro:

—¡Brinda..., hija de Mata Hari!... ¡Por Dios!, apenas puedo creerlo.

* * *

Una vez fuera del dormitorio, Brinda buscó con la vista el rumbo que debía seguir. Bajó las amplias escaleras, torció al final el espacioso *hall* y luego atravesó la oscura terraza. Un vientecillo otoñal se había levantado, y la terraza estaba sin un alma.

Estremecióse cuando la fría caricia de la niebla envolvió sus hombros desnudos. Apresuró el paso hasta encontrarse cerca del gran salón, brillantemente iluminado.

Antes de alcanzar la puerta, junto a la cual había sido herido sir John, ocurrióscle pensar, con un repentino estremecimiento de terror, que quizá el desconocido asesino hubiese escapado por ella, o que también podría estar aún en el gran salón. Acaso fuera uno de los bailarines, o un sirviente, o un miembro de la orquesta: Cualquier cosa era posible en la enigmática y misteriosa mansión de los Mountwyn.

Deslizándose en la oscuridad, en medio de altas macetas de siempreverdes, Brinda echó

Partida "difícil"



—¿Parece que la partida es difícil, eh? No han hecho una sola movida desde que estuve aquí hace media hora...

una mirada a la multitud que colmaba el gran salón, esperando ver el rostro y la figura atlética de Dick Malden. Pero no pudo hallarlo entre los muchos rostros y cuerpos que pasaban ante ella. Hizo una tentativa final y había comenzado a entrar en el salón, cuando, de pronto, la voz de un hombre, que sonó casi a su lado, hizo que se detuviera de golpe. Suavemente, procurando no hacer ruido, dió un paso atrás, deslizándose en la sombra protectora. Permaneció inmóvil, forzada a guardar silencio por algo amenazador y furtivo que palpitaba en el tono del oculto personaje que hablaba. En ese momento otra voz de hombre contestó a la primera. Entonces comprendió Brinda por qué había ella desconfiado instintivamente...

No sólo los hombres que se hallaban tras los arbustos hablaban en un tono bajo de conspiradores, sino que empleaban, al hacerlo, muchas palabras en idioma extranjero, en el idioma de sus enemigos.

CAPITULO XII

—Pero, ¿quién podría haber sospechado que el viejo fuera tan rápido?... ¡Caramba!, y es más fuerte que un toro — dijo la voz baja que venía de detrás de los arbustos.

Siguieron algunas palabras en idioma extranjero que Brinda no pudo entender, a pesar de pretender recordar, en ese instante, los escasos conocimientos que sobre dicho idioma había seguido en el instituto de miss Cartwright.

—No vale la pena hacerse mala sangre por eso; al fin tenemos el código que deseábamos conseguir. Y sabemos también dónde se encuentra Mountwyn. ¡Qué hermoso sería hacer volar a todos ellos con una bomba! — contestó la otra voz, que tenía raras inflexiones, graves y cascadas.

—Ya llegará el día...; por ahora dejémosles que hablen y se diviertan a su gusto. Además, un bomba arrojada en estos momentos podría matar a algunos de nuestros amigos.

—Eso me recuerda que... ¿Dónde está *él?*

—¡Habla bajo! — ordenó el hombre de la voz cascada.

Brinda no pudo oír la réplica que siguió, Pero había escuchado bastante para darse cuenta de que había estado a punto de descubrir la clave de los extraños sucesos de esa noche.

Olvidóse del frío penetrante de la niebla que la envolvía; olvidó que esos eran hombres desesperados, capaces de llegar hasta el crimen para no ser descubiertos, ellos y la asociación que servían... Pero no experimentó miedo. Solamente una irresistible curiosidad y el deseo de oír todo lo que aquellos hombres hablaban.

Sin embargo, ambos desconocidos hablaron desde entonces con mayor precaución, y ella pudo escuchar apenas alguna que otra palabra ocasional. Varias veces sintió, empero, distintamente, el nombre de Mara. Recordó con un estremecimiento que ése era el nombre de la agente del *Intelligence Service* que se había perdido: la mujer cuya reciente traición arrastrara a sir John a esa encrucijada que, por entonces, le había costado la pérdida de documentos secretos de gran importancia, y dos heridas de arma blanca.

Dos veces, también, escuchó el nombre del jefe del servicio secreto del enemigo... Creyó oír, asimismo, algo acerca de un pasaje marítimo para cierta señorita, pero esta vez el nombre de aquella desconocida no llegó a sus oídos.

El murmullo de las voces de los enemigos de su patria, que llegaba apenas hasta ella, la ponía cada vez más nerviosa. Se mordió los labios con impaciencia, y en su ansiedad por escuchar se apretaba cada vez más contra el follaje de los siempreverdes. De pronto, se oyó un chasquido que, en el angustioso momento, sonó como un disparo de revólver: la rama seca de una planta habíase quebrado bajo el peso de su cuerpo.

—¡Nanú!... ¡Diablos! ¿Quién está allí?

Brinda sintió un ruido de rápidos pasos que corrían hacia el lugar donde ella se hallaba, y antes de que tuviera tiempo en pensar siquiera en hacer un movimiento, una figura incierta, de hombre, apareció frente a ella envuelta entre la bruma. Abrió la boca para gritar, pero antes de que pudiera exhalar el menor sonido, la mano del hombre se apretó firmemente contra sus labios.

Otro hombre, a sus espaldas, la había sorprendido. Dedos de acero aprisionaron sus muñecas llevando hacia atrás sus brazos. Ella se resistió con todas sus fuerzas y finalmente hundió los dientes en la mano que cerraba su boca. Un grito de dolor y de sorpresa, acompañado por un imprecación en idioma extranjero, dieron cuenta de la eficacia de los dientes de Brinda; pero fué en vano.

—¡Rápido, ustedes dos!; ayúdenme a domar a esta gata salvaje — dijo su captor.

Brinda trató de dar un puntapié al hombre que se le acercaba, pero éste la sujetó ágilmente tomándola de los tobillos y alzándola luego en el aire. De pronto se hizo la oscuridad ante ella; alguien habíale tapado la cabeza con un paño áspero, e inmediatamente unas manos presionaron sobre su boca introduciendo el paño entre los dientes e impidiéndole gritar.

—¿Por qué tanto trabajo? Use el cuchillo — dijo una voz.

—No; tengo otro medio mejor — contestó el hombre que la sostenía por la espalda.

Brinda creyó reconocer esta segunda voz.

El paño que le cubría la cabeza fué aflojado un tanto. Un segundo después, un olor penetrante llegó a sus narices; un vaho espeso la sofocó y después, rápidamente, cayó en las tinieblas, en la quietud, en un mundo sin sonido y sin luces; en el mundo de los sueños.

* * *

Una tenue ráfaga de aire campestre acariciaba su rostro... Suaves golpes y un rítmico balanceo... Un dolor de todos sus músculos... Un gusto agrio en la boca...

Brinda salía de una inconsciencia que parecía haber durado años. Instintivamente, un proceso interior, en que su mente trataba de recordar acontecimientos posteriores, le advirtió, como por instinto, que debía permanecer inmóvil, tener los ojos cerrados y no dar ningún signo de que recobraba la conciencia de su yo.

Poco a poco comenzó a tomar contacto con el mundo exterior que la rodeaba, por medio del oído. Comprendió que viajaba en un amplio y poderoso automóvil. A cada costado de su cuerpo sentía la presencia de dos cuerpos masculinos, indudablemente los mismos que la habían raptado.

Después de un largo intervalo, uno de los hombres habló y Brinda felicitóse entonces, íntimamente, de haber permanecido inmóvil y como si estuviera sin conocimiento. Era la voz gutural de uno de los hombres a quienes oyera hablar tras las plantas de siempreverdes, en la casa de Mountwyn.

—Nuestro jefe se está poniendo blando — decía la voz —. ¿Por qué conservará la vida de esta joven inglesa?

—¡Cállate!, debemos obedecer y no comentar las órdenes — dijo su compañero.

—Mueller tendrá algo que decir de esto.

—¿Mueller? ¿Quién es él?

—Nada más que un hombre fuerte; un buey. ¿Por qué habría de tenerlo en cuenta nuestro jefe?

—Nuestro capitán no gasta su paracaídas en cualquiera. Sospecho que este Mueller es un individuo más importante de lo que creemos.

—No importa..., tenemos nuestras órdenes y la conduciremos hasta los cuarteles de acuerdo a ellas. Después de eso, el jefe puede hacer lo que quiera de la muchacha.

—Me imagino lo que será... — dijo el que había hablado primero, riendo con risa desagradable —; ¿qué te parece si le echamos una mirada?

—¡No!

Pero a despecho de la orden, un rayo de luz dió de lleno en la cara de Brinda, cegándola, a pesar de tener los ojos cerrados. Sin embargo, tan pronto como brilló el rayo de luz volvió a apagarse.

—¡No! — dijo la misma voz en tono perentorio.

El otro hombre gruñó agriamente.

—¡Caramba, te estás convirtiendo en un tirano!, ¿acaso no puede un hombre mirar a esta linda muchacha? ¡Vaya un palmito!; no parece una de esas tías inglesas. Me sorprendería que fuera nacida aquí.

—¿No oíste que el jefe afirmaba eso?

—Sí, es cierto. Bueno... no lo critico. Un hombre con tanta responsabilidad como él debe tener también alguna diversión.

—¡Basta, basta!, hablas demasiado — dijo el hombre de la voz gruesa.

Abriendo apenas un resquicio en sus largas y pobladas pestañas, Brinda espió el pequeño mundo interior que la rodeaba. De ese modo supo que había un tercer hombre en el coche, encargado del volante.

Desesperadamente, la muchacha consideró su difícil situación. Pasarían horas antes que sir John la echara de menos. Naturalmente, pensaría que habría ido a reunirse con los demás invitados de la casa, en el gran salón de baile. En cuanto a Dick, estaría con Gladys, hablando en secreto con ella, y aceptando ambos las felicitaciones por su compromiso.

—¿Qué es eso?... ¡Miren!; hay un coche tras de nosotros, muchachos. Es mejor que disminuyan la velocidad para no despertar sospechas.

El automóvil aminoró su velocidad mientras Brinda veía que sus dos captores miraban atentamente por la ventanilla trasera, olvidándola en ese instante casi por completo.

—¡Está sobre nosotros! — gritó uno de ellos con excitación.

—Espera hasta que esté más cerca.

—¡Alcánzame el fusil! — exclamó el otro.

El coche se desvió de su ruta saltando y dando tumbos. Luego cayó sobre ellos un haz de luz del coche que los perseguía y un instante después se oyó una voz inglesa clara y enérgica.

—¡Eh, ustedes, deténganse!

Brinda creyó reconocer esa voz; había algo familiar en ella... ¿Era la voz de Dick, o era tan sólo su imaginación?

Uno de los hombres rozó a la muchacha con el frío caño de un fusil ametralladora.

—¡Dispara!, ¡mata a ese perro inglés! — exclamó otro de sus captores.

—¡Alto! — se oyó gritar nuevamente al inglés. Y ahora sí, Brinda estaba segura de que aquélla era la voz de Dick.

A despecho de los saltos, hizo un tremendo esfuerzo y dando un grito se arrojó hacia adelante yendo a caer con todo su peso sobre el hombre que tenía el fusil ametralladora, quien, sorprendido por el golpe, no pudo conservar el equilibrio. Después, oyóse el rápido tableteo de la ametralladora que disparaba sin control. Hubo en seguida un fuerte ruido metálico y el estridente chirrido de los neumáticos frenados violentamente.

Una invisible y providencial mano pareció empujar a Brinda hacia el medio del coche en el mismo instante en que una bala silbaba sobre su cabeza. Unos vidrios estallaron con estrépito... Después, un fuerte choque... En seguida, silencio.

CAPITULO XIII

Poco a poco, Brinda recobró el conocimiento. Su cabeza daba vueltas; se hallaba dolorida y maltrecha. El coche corría ahora por el camino, sin luces, buscando su dirección en medio de la niebla que lo envolvía.

Experimentaba un dolor intenso en los ojos, e instintivamente se recostó contra el blando asiento del automóvil. Uno de los hombres hablaba en extranjero. Trató desesperadamente de dar un sentido a las frases de las que apenas lograba interpretar algunas palabras, hasta que al final comprendió que se hallaban ya próximos a su destino. Poco a poco el automóvil fué disminuyendo su marcha. Brinda abrió los ojos y vió entre la niebla el bulto opaco de una casa. Una mano le aprisionó el brazo sacudiéndola sin miramientos.

—¡Vamos!, arriba, vamos; hemos llegado. No trate de jugarnos una mala pasada ahora, por que morirá — le dijo uno de los hombres hablando en inglés.

Ella descendió del vehículo sin hacer resistencia. El aire fresco de la noche despejó su mente; miró la imponente y negra estructura de la edificación y sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. Por un momento, Brinda supo lo que era miedo; miedo por su propia vida, por su propia seguridad. Después le asaltó otro pensamiento: ¡Dick!, ¿lo habrían matado?... Estaba segura de que era su voz la que había escuchado antes, aunque no podría asegurar si ese antes había ocurrido tan sólo hacía algunos minutos o algunas horas. Encogiéndosele el corazón recordó el sonido de los disparos, el ruido de los vidrios rotos y la estridencia del metal golpeado.

Un hondo suspiro dilató su pecho, mientras seguía el camino que le indicaba su guardián.

—¡Adentro! — le dijo éste mientras la empujaba escaleras arriba, a través de una pesada puerta. Dieron unos pocos pasos subiendo unos escalones de piedra, y otra puerta, esta vez cerrada, les cortó la marcha. Alguien llamó a ella tres veces seguidas e inmediatamente sonaron en el interior pasos que se acercaban. La puerta se abrió y la muchacha pudo ver la silueta de un hombre que se dibujaba en el marco.

—¿Otra más?... ¿Hay que liquidarla?... — preguntó el hombre con voz monótona, hablando en idioma extranjero.

—Todavía no ; tenemos que esperar... Así lo ordenó nuestro jefe — dijo el hombre que conducía a Brinda, echándose a reír sarcásticamente.

El otro se hizo a un lado y Brinda fué empujada al interior mientras la puerta se cerraba en seguida tras ella. El *hall* de entrada estaba tan pobremente iluminado que la muchacha pudo apenas distinguir la figura de los dos hombres. Comprobó, sin embargo, que ambos eran altos, de anchas espaldas, y que sus voces eran igualmente bajas y profundas. Hiciéronla atravesar un *hall* en dirección a una puerta y descender tras ésta un tramo de escalera. Después, la puerta golpeó con violencia y ella se encontró en la más completa oscuridad.

El terror volvió a asaltarla de nuevo. Por un momento perdió por completo la serenidad: no era ya la joven que se había hundido de manera tan precipitada en el corazón de una peligrosísima intriga internacional, sino más bien una niña perdida en la oscuridad, asustada, llorosa. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, mientras, buscando con las manos, sentóse en uno de los peldaños de la escalera que acababa de descender tan rápidamente, y escondiendo la cabeza entre las manos dió rienda suelta a su desesperación. Lloró y lloró amargamente.

¿Qué podría hacer? Comprendía que la habitación en que se encontraba hallábase bajo tierra. Era, pues, un perfecto calabozo. Sin duda le sería muy difícil, sino imposible, salir de él. Dick habría muerto quizá y muy pronto ella moriría también.

El hombre a quien sus captores llamaban el jefe se presentaría pronto; luego la sacarían de su encierro, de su oscuro encierro, para llevarla a su presencia, para que escuchara la sentencia de muerte. O quizá, algo peor que la muerte... Estremecióse al pensar en las palabras que le había dicho su tutor. Sandy tenía razón. Ella debió haberse mantenido alejada de todo eso... ¡Si hubiera hecho caso a su advertencia! ¿Pero cómo podía ella mantenerse indiferente después de haber oído aquellas informaciones?

Luego, el indomable espíritu de la muchacha recobró gradualmente su nivel... Había una esperanza, después de todo. No estaba segura de la muerte de Dick, y quizá también habría alguna manera de escapar de esa prisión. Buscó un pañuelo en el bolsillo del saco y enjugó sus lágrimas. Hurgó nuevamente en el bolsillo y encontró un atado de cigarrillos y una caja de fósforos. Cuando encendió uno de éstos, la llama iluminó su prisión; un cuarto cuadrado, con paredes de piedra y piso también de piedra. Ni siquiera tenía ventanas. La llama se apagó pronto.

Entonces su instinto, pronto y alerta, le hizo sentir a Brinda la presencia de otra vida en el cuarto. Contuvo su aliento y escuchó con todos los nervios en tensión. En la oscuridad algo se movía hacia su izquierda... Algo avanzaba muy suavemente; el miedo le hizo temblar de pies a cabeza mientras pensaba indecisa en la conveniencia de encender otro fósforo.

Entonces, algo tibio y suave rozó su pierna. La muchacha exhaló un grito agudo, pero en el mismo instante desapareció todo su temor. ¡Un gato!... ¡No era más que un gato!

Su mano buscó en las tinieblas hasta encontrar al animalito y se sintió acompañada por su presencia en aquella terrible prisión. El gato ronroneaba alegremente. Alzó al animalito y lo puso en su falda; luego le acarició la cabeza mientras murmuraba en voz baja:

—Querido..., mi gatito; ¿de dónde vienes?

Había hecho la pregunta sin darle importancia, pero inmediatamente que la pronunció, una súbita idea la asaltó de pronto. ¿De dónde había venido, en efecto? No por las escaleras, desde luego... ¿Habría entrado en la prisión

Argumento



—Si le pides a mamá que no me castigue, yo no le diré quién estaba besando ayer a la nueva mucama.

en el mismo momento en que ella era arrojada dentro? No; ella había revisado perfectamente todo el cuarto cuando encendiera el fósforo. Debía, por lo tanto, haber otra entrada; una entrada por donde pudiera haber penetrado el gato; una entrada, por consiguiente, que podría quizá permitirle a ella escapar de este tétrico lugar.

Saltando sobre sus pies, Brinda cruzó el cuarto y tomando la caja de fósforos encendió uno y se puso a revisar cuidadosamente todas las piedras.

Comenzó a recorrer palmo a palmo toda la pared, encendiendo fósforo tras fósforo. Por último, frente a ella, vió lo que buscaba, una hendidura entre las piedras. Indudablemente era por allí por donde el gato había entrado.

De nuevo el gato restregóse contra sus piernas, y ella, agachándose, le alzó, estrechándole contra su pecho, contenta y esperanzada por aquella ocasión de escapar que se le presentaba.

—Gracias, gatito, gracias — murmuró.

Pero aun no había logrado escapar. Había encontrado solamente un agujero en la pared de su prisión, suficientemente amplio como para permitir la entrada del gato, pero no para dar paso a una mujer. Sin embargo, debía conducir a algún lado, y quizá a la libertad.

Brinda introdujo su mano en el agujero. Sus dedos tocaron una pieza de madera suave y pulida. Procuró atraer la madera hacia ella y una ráfaga de aire fresco le dió de lleno en el rostro.

La muchacha trató de comprender qué sería aquello, y su frente se llenó de arrugas de preocupación. Quiso mover la piedra con los dedos, pero sus uñas se rompieron, aunque logró moverla un tanto. Hizo otro esfuerzo y empujó con todas sus fuerzas, y esta vez tuvo éxito. Entonces, rápidamente, encendió otro fósforo para examinar la situación.

Se dió cuenta, a la luz de la mortecina llama, que se trataba de una puerta trampa que se abría en el muro. Evidentemente ésa había sido en otro tiempo una cocina, y la trampa comunicaba con un dormitorio sobre el techo de la misma.

Suavemente comenzó a empujar las piedras y cuando hubo logrado moverlas hizo deslizar con infinitas precauciones la puerta de la trampa.

Contrajo sus labios para contener un grito, porque a través de aquella trampa le llegaba el ruido de voces hablando en el idioma extranjero de sus enemigos. Y el monótono golpeteo de un transmisor de telegrafía. Deslizándose por el sucio pasadizo subió penosamente, sosteniéndose con pies y manos hasta que tropezó con una cuerda. La tomó y probando su resistencia, subió un poco, aguzando el oído para escuchar.

Todos sus temores habían desaparecido ya. Olvidó también que Dick podía yacer en el camino, herido de muerte; olvidó todo, hasta que el jefe llegaría de un momento a otro, sellando así su sentencia de muerte, para no acordarse más que de aquel murmullo de las voces y de ese transmisor telegráfico que enviaba mensajes al espacio, mensajes que indudablemente ponían en peligro millares de vidas de ingleses leales. No experimentaba el menor temor por sí misma; habíase olvidado completamente de su persona.

Lentamente, lo más lentamente que pudo, comenzó a subir, rogando que la vieja cuerda no cediera. Pulgada por pulgada se movía hacia esas voces y hacia el monótono sonido, tratando de no hacer ningún ruido que pudiera traicionar su presencia. Por último, se encontró mirando a través de un agujero al interior de un cuarto lleno de humo. Un hombre se encontraba sentado frente a una mesa, y su mano derecha trabajaba febrilmente sobre el transmisor, enviando al espacio líneas, rayas y puntos en una sucesión continuada. Tras él había otros dos hombres. La muchacha no pudo ver sus rostros, pues le daban la espalda.

El cuarto en que permanecían los tres hombres era amplio y costosamente construído, pero apenas tenía muebles: una mesa, algunas sillas, y en una esquina, una pequeña estufa. Dos ventanas hallábanse disimuladas tras espesos cortinados, de manera que ninguna luz pudiera verse desde el exterior y traicionar la presencia de esos desconocidos que estaban a su vez traicionando a una nación. "Las reglas del oscurecimiento favorecen a los espías", pensó la muchacha.

—¡Rápido!, trate de establecer comunicación — dijo uno de los hombres al que estaba sentado frente al transmisor.

—¡No contestan!... ¿Qué quiere que haga? — contestó el otro enfurecido.

Y luego comenzó a enviar al éter otro mensaje.

—¡Ya está!... ¡Ya contestan!

Y continuó manipulando el transmisor, deteniéndose en los intervalos en que recibía las respuesta.

—¿Qué dicen?

—Desean saber qué sucede.

—Dígales que el joven inglés ha sido capturado y que hemos tenido algunas dificultades con estos últimos mensajes.

—¿Nada más?

—Dígales también que es demasiado peligroso enviar esta lista de los agentes por telégrafo — dijo el hombre, señalando un cuaderno que tenía en la mano —; la enviaremos el viernes con un agente de confianza en el barco convenido, y que luego un submarino interceptará al barco en...

Dió la longitud y la latitud con horas y minutos. Brinda las recogió en su memoria y las repitió una y otra vez para estar segura de no olvidarlas. Pero, ¿cuál sería ese barco convenido?

Los dedos del hombre tocaron nuevamente el transmisor. Transmitía con la velocidad de una larga práctica; después se detuvo y, casi en el mismo instante, la aguja del aparato receptor comenzó a moverse como alocadamente, transmitiendo, letra por letra, el mensaje enviado desde una estación enemiga.

De pronto, un seco estallido interrumpió el suave repiqueteo del telégrafo.

Era la voz de un revólver. La puerta de la habitación donde se hallaban los tres hombres se abrió de golpe y alguien gritó con voz excitada.

—¡Rápido, estamos en peligro!, escondan el telégrafo y ocúltense. El inglés está aquí.

CAPITULO XIV

Mientras Brinda estaba preocupada por Dick Mandel, el joven y elegante marino hallábase siguiendo una pista propia.

Al principio, el objeto de sus investigaciones fué lady Gladys. Era su propósito averiguar por qué ella o Vaslav habían elegido ese momento para organizar un baile de oscurecimiento. La idea podía ser ingeniosa, pero parecióle a Dick una coincidencia demasiado sugestiva que hubiera sido precisamente en esos momentos cuando alguien atacara al tutor de Brinda.

Pero ni Gladys ni el príncipe Vaslav habíanse puesto en evidencia. Dick recorrió el salón de baile y los pasillos y luego dirigióse a la puerta de entrada. Al llegar a ella se encontró con lord Mountwyn.

—Voy a echar un vistazo por los alrededores — díjole Dick.

—Es inútil, muchacho; ya no debe de haber nadie allí — dijo el lord.

—Sin embargo, vale la pena que hagamos una recorrida. Vamos, sir — respondió Dick.

Mountwyn lo siguió a través de la puerta, cruzando la ancha terraza y bajando las escaleras hacia el amplio patio.

—¡Vaya unos demonios!, atacar de esa manera. ¡Quién sabe dónde estarán ahora! — murmuró Dick.

De pronto, el marino se detuvo. Frente a él, y a un lado de la gran casa, vió dos sombras que se deslizaban rápidamente, pareciendo que llevaban entre ambas un cuerpo inerte. Dick apretó el brazo de lord Mountwyn.

—¡Mire! — gritó, y parecióle que el brazo del noble temblaba bajo sus dedos.

—Son sirvientes — dijo Mountwyn.

—¿Sirvientes?... ¡Imposible!... ¡Vamos!

—Pueden ser peligrosos — dijo lord Mountwyn resistiéndose —. Si son enemigos, seguramente estarán armados.

Trató de detener a Dick tomándolo de un brazo, pero éste se libró bruscamente.

—Iré solo — gritó mientras corría hacia la esquina de la casa por donde desaparecieran los dos hombres. Al llegar allí sintió el rugido de un motor.

Un coche apareció corriendo velozmente por el camino interior del castillo pasando frente a él con el motor rugiendo con todo su poder. Dick echó una mirada a su alrededor. Vió otro coche detenido cerca y en cuatro saltos estuvo a su lado. Abrió la portezuela, y sentándose en el asiento, frente al volante, presionó el arranque. Pero el motor no arrancaba. Hizo una nueva tentativa y de pronto se dió cuenta de que había olvidado establecer el contacto. Buscó a tientas la llave, dió media vuelta y en seguida el motor arrancó. Dick puso el automóvil en marcha y partió como una flecha tras la luz roja que huía velozmente, lejos ya en el camino.

La aguja del velocímetro pasó rápidamente la marca de los cincuenta kilómetros, siguió luego hasta los sesenta, continuó avanzando hasta los setenta y después hasta los ochenta. Y poco a poco, línea a línea, llegó hasta la marca de los cien kilómetros.

Adelante podía ver la roja luz trasera del otro automóvil y comprendió que iba ganando terreno. Estaban en la larga faja de un camino pavimentado que corría hacia el norte, internándose en los páramos; una tierra que él había conocido durante toda su vida..., que le era familiar pulgada por pulgada. El coche de

Dick corría ahora a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. Velocidad que había alcanzado casi sin que él se diera cuenta, pues sus ojos estaban fijos en la lejana luz que huía a lo lejos desapareciendo y apareciendo alternativamente en las curvas y sinuosidades del camino. Pero Dick manejaba con absoluta confianza en sí mismo. Conocía el camino como la palma de sus manos,y sus nervios lo impulsaban a hundir cada vez más a fondo el pedal del acelerador.

Por un segundo, su pensamiento voló hacia la mansión que dejara atrás y hacia la extraña conducta de su dueño: lord Mountwyn. ¿Por qué había protestado su futuro suegro cuando él trató de perseguir a aquellos hombres? ¿Estaría complicado con los enemigos?

Pero no, no podía ser. Lord Mountwyn era un hombre honorable, un viejo inglés, un conservador sin una mancha en su pasado, sin nada que pudiera hacer sospechar de él; sería quizá que era demasiado viejo para ser impulsivo. Dick no podía censurarlo por eso. Después de todo, el coronel Sanderson había sido herido y cada cual tiene derecho a cuidar su propia vida.

Pero bien pronto el camino y la terrible velocidad del coche absorbieron toda la atención de Dick.

La luz roja brillaba ya cercana. Dick no podía ver claramente al otro coche, pero se iba acercando a él metro a metro. Pronto los alcanzó, y entonces, torciendo hacia la derecha se puso a la par de los fugitivos.

—¡Eh, ustedes, deténganse! —gritó.

Pero inmediatamente se dió cuenta de que había cometido un error. Una mujer pidió auxilio... ¡Brinda! Dick vió su blanco rostro durante un segundo. Después, por la puerta del otro coche se asomó uno de los captores y en seguida aparecieron una sucesión de llamas rojas y cortas, mientras algo silbaba por sobre su cabeza. Luego hubo otra ráfaga de disparos y esta vez el coche se desvió violentamente cuando las balas hicieron blanco en una de sus cubiertas delanteras.

Dick trató de mantener la dirección del automóvil que comenzó a efectuar zig-zags por el camino. Luchó desesperadamente con el volante, pero le fué imposible dominarlo, pues éste se desvió hacia la izquierda, pasó por detrás del otro coche que ya comenzaba a alejarse, salióse de la ruta y hundiéndose en una zanja dió varios tumbos hasta quedar inmóvil, medio hundido en el barro. Dick se desmayó.

Cuando volvió en sí, alguien estaba sobre él. Una mano lo sacudía y una voz sonó en su oído:

—¿Se ha herido usted?

Dick se sentó, puso su cabeza entre las manos y la sacudió de un lado a otro. Después se puso de pie.

—Parece que no — dijo a su interlocutor.

—¿Qué ha sucedido? — le preguntó éste, que llevaba el uniforme de agente de policía.

Rápidamente Dick le informó de todo lo sucedido, viendo que el hombre lo miraba con aire de desconfianza.

—Sí, hombre... Eso es lo que sucedió. No estoy borracho. Tenemos que ir tras ellos — le dijo Dick con impaciencia mientras sacaba una pequeña cédula de su bolsillo, a cuya vista el agente cambió de actitud.

—Lo siento, señor — dijo —, pero sólo tengo una bicicleta; tendremos que usarla, no hay más remedio.

—Han tomado hacia el norte, probablemente hacia alguna madriguera oculta no lejos de aquí —dijo Dick—; su coche está averiado; creo que uno de sus focos delanteros está roto. Casi estoy seguro de ello; no será muy difícil encontrarlo.

El policía montó en su bicicleta.

—Siéntese en el cuadro, señor; no es una postura muy elegante para un caballero, pero no tenemos tiempo para elegir.

—Tiene razón; no se trata ahora de andar con esas tonterías — contestó Dick sonriendo mientras se acomodaba en el sitio indicado.

Y de esa manera ambos se movieron lentamente en dirección al norte por el amplio camino pavimentado. Al cabo de unos diez minutos de andar así, vieron un hombre que caminaba en la oscuridad al costado del camino. Se detuvo y observó a los que llegaban con curiosidad y no sin cierta sorpresa, apoyándose en su fusil.

—¿Ha visto usted un coche con una sola luz? — le preguntó Dick.

—Sí; no hace un cuarto de hora, pasó a toda velocidad y dobló por aquella curva — contestó el hombre.

—¿Por qué lleva el fusil? — preguntó Dick.

—Por lo que pueda suceder, señor. Uno no está seguro nunca en estos tiempos.

—Usted puede sernos útil — dijo Dick mientras le refería a grandes rasgos su historia.

—¡Ah!... ¿Conque una mujer, eh?... Los muy... ¡Vamos a ellos! — exclamó sonriendo con fiereza el hombre del fusil.

—Dejaremos la bicicleta — dijo Dick.

Los tres siguieron a pie recorriendo cerca de medio kilómetro hasta llegar a la curva; entonces el guía respondió:

—Hay una casa a diez cuadras del camino. Debe de ser allí.

Rápidamente y en silencio se dirigieron a la dirección que les indicaba el hombre, hasta que pudieron distinguir una casa, por entre los árboles. La niebla se había levantado un tanto y un rayo de luna alumbraba con su luz pálida la silenciosa y desolada escena. Los tres avanzaron entonces con mayores precauciones, hasta que Dick, que iba delante, se detuvo de golpe e hizo un signo con la mano mientras murmuraba en voz baja:

—Un guardia; yo me encargaré de él.

Comenzó a deslizarse de árbol en árbol, tratando de disimularse entre las sombras para llegar sin ser visto hasta el centinela. Dió un largo rodeo hasta colocarse a espaldas de su hombre y avanzó pulgada a pulgada. En un momento determinado el centinela se dió vuelta hacia él como si hubiera escuchado algún ruido sospechoso. Dick quedó inmóvil y contuvo el aliento esperando a cada instante ser descubierto, pero evidentemente tranquilizado, el centinela volvió a su puesto. En ese mismo instante Dick se puso de pie y se arrojó sobre las espaldas del otro. Ambos rodaron por tierra y entonces el policía y su acompañante corrieron para ayudarle.

—Dormirá por un rato — dijo un instante después el hombre del camino contemplando al centinela, a quien había golpeado fuertemente con la culata de su fusil.

CAPITULO XV

Dick se agachó para recoger el arma del desconocido.

—Un fusil ametralladora; esto nos viene muy bien — murmuró levantándolo.

—Sin embargo, somos tres contra diez — hizo notar el acompañante accidental, acariciando su fusil con una significativa sonrisa.

Dick, por su parte, pasó su revólver al policía mientras explicaba:

—Debemos de andar con cuidado; la muchacha está ahí dentro y no hay que arriesgar su vida. Daré la vuelta a la casa y buscaré alguna manera de entrar. Ustedes esperen allí enfrente cinco minutos y luego disparen contra la casa.

—¡Bien! — dijo el del fusil, y luego agregó palmeando al policía —: Dentro de poco vamos a divertirnos.

Dick se deslizó entre los árboles sin hacer ruido, llevando preparado su fusil ametralladora que le daba una sensación de confianza y seguridad. Al dar vuelta a una de las esqui-

Indirecta



ELLA. — *Es curioso comprobar cómo los peces son atraídos por los gusanos...*

nas de la casa vió un enrejado que subía hasta uno de los balcones; era lo que le hacía falta. Poniendo su arma bajo el brazo, comenzó a subir lentamente. Luego saltó la balaustrada del balcón y se deslizó hacia el interior de un espacioso *hall*. Un ruido vagamente familiar le hizo prestar atención; era el telégrafo. En ese momento alguien, saliendo de la oscuridad, disparó sobre él a quemarropa. Era ése el disparo que Brinda había escuchado desde su escondrijo en la puerta trampa.

Dick Malden entró en acción con su fusil ametralladora. Otra ráfaga de ametralladora le contestó desde el interior del cuarto del telégrafo y una bala trazó un sangriento surco en su oreja. Dick pensó por un instante que Brinda podría estar en su línea de fuego, pero no le quedaba otra alternativa que disparar y así lo hizo, cubriendo la escena que abarcaban sus ojos con la boca de su ametralladora, que vomitaba bala tras bala. Pronto otros sonidos intermitentes se sumaron a sus disparos. Era el hombre del fusil que había ido a ponerse a su lado.

—¡Cuidado! — gritó éste de pronto.

Un hombre apuntaba a Dick desde el suelo, bajo una mesa. Pero antes de que tuviera tiempo de disparar, Dick lo encañonó con su arma y el enemigo se encogió un instante sobre sí mismo, dejó caer el arma y quedó inerte.

Malden irrumpió entonces en el cuarto buscando a Brinda. Vió ante sí, a pocos pasos de distancia, un hombre agachado con la mano echada hacia atrás. Disparó sobre él como un rayo y luego se arrojó al suelo en el mismo instante en que explotaba la granada que había arrojado su enemigo.

—¡Socorro!, estoy herido — gritó de pronto el policía.

Le había alcanzado un fragmento de la granada, pero su voz no sonaba en tono agónico, y Dick acercándose a él le gritó:

—¡Déme su linterna!

Mientras, trataba de orientarse en medio de los escombros del cuarto que había quedado semiderruído. En medio de trozos de vigas y ladrillos había dos hombres muertos y otros más junto a la puerta; pero por más que buscó Dick no pudo hallar el menor rastro de Brinda. El marino echó entonces una mirada en derredor en busca de su ocasional compañero en esa aventura, pero no lo vió, recordando en el mismo instante que éste había dicho algo acerca de un hombre que huía. Volvióse entonces hacia el policía. El fragmento de granada había rebotado antes de herirlo, y el hombre tenía solamente un pequeño tajo en la cabeza.

—No es nada, hombre; vaya y traiga a nuestro prisionero el centinela — le dijo.

—¿Nos darán alguna recompensa por esto? — preguntó el policía levantándose.

—Lo que le daré será un par de puntapiés si no se apura — exclamó Dick irritado e impaciente.

Murmurando y protestando, el policía se alejó.

—¿Hacia dónde fué nuestro compañero? — le preguntó Dick.

—Fué para allá... Iba corriendo tras uno — respondió el policía haciendo un gesto con la mano en dirección a la parte trasera de la casa.

Dick se alejó en esa dirección.

* * *

El espía que había huído era el jefe de los captores de Brinda. Era el mismo que la había encerrado en la cocina en desuso. Cuando comenzó el tiroteo vació su pistola automática contra los ingleses, y luego, saltando una ventana, corrió hacia la prisión de Brinda. Tropezó entonces con el hombre del fusil que diera un rodeo para cortarle la retirada, y arrojándolo a tierra de un golpe, antes de que éste pudiera hacer uso de su arma, se perdió en la oscuridad.

Detúvose un momento entre los árboles para cargar nuevamente la pistola automática y luego se dirigió hacia la antigua cocina. Al entrar en la prisión de Brinda permaneció un momento junto a la puerta para acostumbrar sus ojos a la oscuridad. En ese instante sus propósitos no eran siniestros, sino que pensaba utilizar a la muchacha para protegerse de sus enemigos. Quedó un segundo estupefacto al ver que la habitación se hallaba vacía, pero luego, al observar que la puerta trampa no estaba cerrada comprendió lo sucedido.

—¡Eh, señorita! ¿Está usted a salvo? — gritó tratando de dar a su voz un acento inglés.

—¿Quién es? — preguntó Brinda.

—Un amigo; puede salir ya.

—Un momento, estoy escribiendo unos números que deseo recordar. Los estaban enviando por telégrafo.

Un instante después aparecía en la puerta trampa y el hombre le puso inmediatamente una mano sobre la boca.

—De manera que estaba usted escuchando, ¿eh? ¡Peor para usted! Primero me dará el papel con las anotaciones y luego...

La empujó hacia la puerta; abrió ésta con la mano libre y arrastró hacia afuera a la muchacha. Iba ya a internarse entre los árboles cuando, a treinta pasos de él, sonó un súbito disparo.

CAPITULO XVI

El espía vaciló sobre sus piernas, dió unos pasos hacia adelante y luego cayó de boca al suelo. Un instante después Brinda se hallaba en los brazos de Dick.

—¡Oh, Dick, qué feliz soy al verte sano y salvo! — exclamó.

Pronto se acercaron el policía y su acompañante, atraídos por el disparo de Dick.

—¿Dónde está el prisionero? — preguntó éste al policía.

—Creí que usted lo había traído. Debe de haberse libertado...

* * *

Con su mano sana sir John arrugó nerviosamente el informe que acababa de leer. Contrariando las órdenes del doctor Mac Donald había regresado a Londres al tener noticias de la aventura de Brinda. Un pañuelo de seda sujetábale el brazo herido, y su rostro blanco se hallaba demacrado por la fatiga.

—Dígale a mi sobrina que deseo verla inmediatamente — dijo a su ordenanza Hunt, que estaba junto a él.

—Sí, señor.

En los breves instantes que estuvo solo, el jefe del *Intelligence Service* escribió dos breves órdenes en papel timbrado. Acababa justamente de secar lo escrito cuando llegó Brinda.

—¡Sandy! ¿Cómo te encuentras aquí? ¿Por qué no estás en cama?

—Por una excelente razón, muchacha. No quiero que Mac Donald me mate con sus malditos remedios. Y, además, tengo algo muy importante que hacer; algo que temo no te agrade.

Y al hablar, sir John le tendía unos documentos. Brinda los miró sin comprender su contenido; volvió a leerlos otra vez y entonces exclamó:

—¡Pero si es un pasaporte!

—Exactamente, uno para Portugal y otro para los Estados Unidos.

—Pero... ¡no comprendo! ¿Por qué, Sandy? — dijo Brinda con cierto temblor en su voz.

—Siéntate. Te lo explicaré — respondió sir John apretando sus mandíbulas.

En breves frases díjole que no tenía intención de reprocharle lo que había hecho, pero que se encontraba en una situación realmente comprometida y peligrosa.

—No puedes estar enojado por eso, Sandy. Después de todo, hemos capturado a los espías — exclamó Brinda.

—Matarlos no es capturarlos — díjole Sanderson sonriendo amargamente —, y además, han estado a punto de matarte, y lo harán, seguramente, la próxima vez.

—Ya veo; he podido serte útil una vez, pero por lo visto no tengo el tipo de Mata Hari.

—¡No hables como una tonta!, y no vuelvas a pronunciar jamás ese nombre, ¿has oído? — exclamó sir John con acento autoritario y de ira.

Brinda quedó muda de asombro y sus mejillas comenzaron a colorearse lentamente. Nunca, hasta entonces, le había hablado su tutor en ese tono. ¿Por qué esa súbita rabia al oír el nombre de Mata Hari, la famosa mujer espía? Ella no podía explicárselo, y sintiéndose herida por el tono de su tutor, dió media vuelta y abandonó la habitación.

Al encontrarse solo, sir John echó una mirada angustiosa a los papeles que tenía sobre el escritorio. Desde mucho tiempo atrás conocía la guarida de los espías y sus mensajes telegráficos. Esperaba tan sólo un momento favorable para caer sobre ellos, momento que habían desbaratado Brinda y Dick por su tempestuosa y peligrosa acción. Un largo y empeñoso trabajo se había perdido inútilmente, y el misterioso "Ajax" se escapaba una vez más.

* * *

En ese momento Brinda estaba hablando por teléfono.

—Dick, debo verte. Es algo muy importante — decía.

Y concertó una cita con él.

Al vestirse para su cita con Dick, Brinda eligió, para adornarse, un collar que estimaba mucho. Lo guardaba en un joyero que perteneciera a su madre, a esa madre que había conocido tan poco. Ese joyero estaba impregnado de un perfume exótico y misterioso, que no sabía bien si salía de la madera o lo había adquirido el pequeño mueble cuando era de su madre. La fragancia del extraño perfume impregnaba también el collar.

CAPITULO XVII

Unos nudillos llamaron suavemente a la puerta del dormitorio.

—El teniente Malden la espera — dijo su mucama.

Brinda encontró a Dick en la puerta. No había oscurecido aún, pero las calles estaban envueltas en una espesa niebla; los edificios

parecían salir al encuentro de los paseantes como mudos fantasmas. Dick llamó un coche que pasaba, y una vez en él Brinda le dijo:

—Sandy quiere enviarme al exterior.

—¡Enviarte al exterior! ¿Y por qué? —preguntó él con desmayado acento—; no tiene motivos para... Hablaré con él.

—Sería inútil. Sandy es inquebrantable en sus determinaciones. Pero te he telefoneado por otra cosa; algo que escuché en la casa del pájaro.

Esforzando su memoria la muchacha repitió el diálogo entre los espías acerca de la cita en medio del océano. El joven teniente escuchaba con reconcentrada actitud.

—Pero eso es muy importante — dijo gravemente —; debías de habérmelo dicho antes. Si supiéramos el lugar exacto de la cita....

—Yo lo sé — dijo Brinda buscando en su cartera —, lo he escrito en un pedazo de papel.

Pero Brinda buscó en vano; el papel no aparecía.

—No importa, creo que recordaré los números — dijo ella.

—Si lo hacés, tendrás mejor memoria que cualquier marino.

—No seas irónico; déjame pensar.

—Es mejor que comas un poco antes — dijo él descendiendo del coche, que se había detenido frente al hotel Savoy.

Al entrar en el gran *hall* iluminado llegaron hasta ellos los sones de una orquesta que tocaba una danza de ritmo agradable. Una hermosa muchacha tomó sus abrigos. Un criado los condujo luego a una mesa cerca de la pista de baile. Cuando se sentaron, la muchacha quedó de pronto mirando con atención algo a espaldas de él.

—¿Ves algún espía? — le preguntó él sonriendo mientras encendía un cigarrillo.

Ella sonrió a su vez sin contestar.

—Escucha, Brinda — exclamó de pronto Dick —, no sé cuándo volveré a verte y deseo decirte algo muy importante. No quiero que corras más riesgos; deja este asunto de la cita de espías al *Intelligence Service*.

—¡Caramba, hablas como sir John! —exclamó ella sonriendo.

—Quizá porque ambos te amamos.

Por un instante ella quedóse contemplándolo en silencio, y luego contestó muy despacio:

—Me sorprendes, Dick. No creía que tú fueras capaz de hacer el amor a dos mujeres a la vez.

—¿Te refieres a Gladys? De eso quería hablarte, querida.

CAPITULO XVIII

La orquesta dejó de tocar en ese momento y un instante después, abriéndose paso entre la multitud, apareció ante ellos el príncipe Vaslav. Aunque un tanto disgustado por su inoportuna presencia, Dick lo invitó a sentarse a su mesa. Más tarde, cuando la orquesta comenzó de nuevo a tocar, el príncipe invitó a Brinda a bailar.

Vaslav bailaba con la soltura y la práctica de un profesional. Brinda, que había sido siempre una gran cultora de la danza, admiraba su destreza. Luego de dirigirle algunos cumplidos de circunstancias, Vaslav le dijo:

—Estoy comprometido para efectuar algunos números de danza en una fiesta a beneficio de los soldados..., ¿no quisiera ser usted mi primera bailarina?

—Pero, ¿no cree que debería usted elegir a una bailarina profesional? —contestó ella sonriendo.

—Eso es lo que había pensado antes de bailar con usted... ¿Acepta?... Es en beneficio de los soldados.

Ella pensó rápidamente que aceptando la invitación del príncipe podría evitar que sir John la enviara a América. Pensó también que por primera vez podría hacer algo en favor de los hombres en guerra, y contestó con cierto halago:

—Bien; acepto.

Cuando dejaron el salón, Vaslav condujo a la muchacha y a Dick hasta su casa en un lujoso automóvil. Y una vez allí descendió del vehículo y despidióse de ella besándole ceremoniosamente la mano mientras Dick lo contemplaba en silencio y con rabia. A la mañana siguiente llegó una caja de casa del florista para miss Brinda. Sentada en su cama, la joven la abrió: eran orquídeas hermosas y exóticas; amarillas, doradas y negras. Las acompañaba una pequeña tarjeta en la que el príncipe había escrito: "*Para mi adorable bailarina*".

Después del baño, Brinda miróse complacida en el espejo... Gladys podía quizá quitarle a Dick con sus millones, pero ella estaba segura de poder a su vez quitarle a Vaslav. Hizo una pirueta pensando en lo que diría sir John de todo aquello, y en el mismo instante volvió a recordar la agria actitud de éste cuando ella pronunció el nombre de Mata Hari. La célebre espía había sido también una gran bailarina. Ocurriósele que quizá en otra ocasión Sandy habríase enfrentado con Mata Hari y perdido la partida. Pero eso no era probable porque sir John no había formado parte del *Intelligence Service* en la pasada guerra. Bailar era más agradable y menos peligroso que hacer de espía... ¡Pobre Mata Hari!, ejecutada por un pelotón de soldados franceses. Sus ojos buscaron instintivamente el collar de perlas que llevara la noche anterior; quizá sería mejor guardarlo en el joyero.

Buscó y abrió la pequeña cajita, y en el fondo de ella descubrió el trozo de papel en que había anotado los números que daban el sitio exacto de la cita de los espías en el Atlán-

Maldad



—Ustedes, muchachos, son demasiado buenos con estas papas. Háganse de cuenta que son enemigos. ¡Y sáquenles los ojos!

tico. Todo era legible: longitud, latitud, grados y minutos... Dick Mandel podría interpretarlo fácilmente. Pero quedaba, sin embargo, el asunto de la identidad del barco; quizá Dick lograra averiguar eso también.

El suave y misterioso perfume del joyero hirió otra vez sus sentidos. Y Brinda experimentó la extraña sensación de otra presencia en el cuarto. En ese mismo instante recordó que el buque que iba a llevar al agente enemigo iba a zarpar el viernes, y ese día era precisamente un viernes.

Sus movimientos y acciones siguientes parecieron estar bajo el control de otro ser. Los ejecutó casi sin pensar, rápidamente, y en forma precisa y eficiente.

En primer lugar llamó al almirantazgo, dijo su nombre y preguntó qué barco neutral saldría ese día. Una voz cortés le contestó que el vapor holandés "Van Dam" partiría con la marea alta, dándole a entender que se trataba de una información privada.

Ella dió las gracias y cortó la comunicación.

Algo instintivo le decía con absoluta certeza que aquél era el vapor de la cita.

Miró su reloj...; era casi la una. Tenía el tiempo justo para dirigirse al muelle... No valía la pena decir nada a sir John... Se pondría furioso... De todos modos, ésta era su única probabilidad de probar que podría prestar un verdadero servicio a Inglaterra.

Brinda estaba segura de que aquel era su deber. Debía capturar al espía enemigo que huyera con la importante lista de agentes del servicio secreto inglés... Tenía el pasaporte que le diera Sandy; lo usaría para viajar aunque no en la forma que creyera su tutor. Sonrióse de satisfacción al dejar la casa llevando en la mano una pequeña valija en la que había puesto tan sólo lo necesario, y, oculto en el fondo, el papelito con las preciosas anotaciones. Dirigióse inmediatamente al puerto, tomando un taxi para viajar más rápido. En la aduana exhibió su pasaporte y éste debía tener, seguramente, alguna marca secreta del *Intelligence Service*, porque le permitieron pasar inmediatamente sin hacerle preguntas.

Antes de embarcarse, como obedeciendo a un oscuro instinto, le escribió una breve nota a Dick en la que incluía el sitio y las cifras de la preciosa anotación.

Al subir al barco miró con curiosidad a los pasajeros... Uno de ellos era el agente enemigo, pero, ¿cuál?

Poco después el vapor largaba amarras comenzando a moverse lentamente, haciendo sonar con estridencia su sirena.

Brinda, acodada en la borda, tuvo un instante de temor y de vacilación... ¿Si su instinto le hubiese fallado? ¿Si no fuese aquel el barco de la cita?... ¿Si no fuera el que debía tomar el espía enemigo?... Todo se perdería, pero era ya tarde para retroceder; el barco se alejaba de los muelles enfilando hacia la entrada del puerto de Southampton.

CAPITULO XIX

Brinda dirigióse a su camarote por el puente B. Al llegar junto a las escaleras abrióse la puerta de un camarote, y un hombre que salía de él estuvo a punto de derribarla.

—¡Oh, perdón!... La oscuridad... — murmuró excusándose al tiempo que se descubría.

Hablaba inglés con acento extranjero y mientras se apartaba a un lado para dejarla pasar, Brinda le echó una rápida mirada creyendo recordar vagamente su rostro. Al seguir adelante miró el número del camarote; era el 210.

Aquella noche, en el comedor, recibió nuevamente las disculpas de Kurt Larsen, de Copenhague, como se presentó a sí mismo el rubio y alto pasajero con quien había tropezado una hora antes.

Un cuarto de hora después, conversaban aún animadamente. Larsen presentó a Brinda una cigarrera de plata maciza. En el momento de tomar un cigarrillo la muchacha vaciló un segundo, mirando al apuesto gigante rubio... ¿Estaba acaso olvidando su misión, y a Dick? Parecía como si hubiera sido hinoptizada por los claros ojos azules del ingeniero nórdico. Tomó un cigarrillo y se levantó.

Tarde en la noche, Brinda sentóse en una silla del puente mirando a los pasajeros que paseaban.

¿Quién era el caucásico que se llamaba a sí mismo inspector de aceites de Bakú?...

¿Quién el banquero noruego de mirada sonriente?

Había bailado con un supuesto señor sudamericano que bailaba el tango a la perfección... ¿De dónde vendría, realmente?

Pero, ¿por qué interesarse tan sólo por los hombres?...; quizá debía buscar a una mujer espía.

Las meditaciones de Brinda fueron interrumpidas por una extraña mujer de mediana edad. Parecía más bien una adivina en vacaciones por sus ojos sombreados y sus mejillas ridículamente pintadas con colorete, que la maestra que decía ser. Con cinco novelas de misterio bajo el brazo se detuvo para hablar con Brinda acerca del tiempo.

Una hermosa rubia platinada pasó en ese momento. Formaba parte de una compañía de comedias musicales y había hecho una gira por Europa Central, volviendo luego a su tierra nativa. Los tacos de sus zapatos eran tan altos que apenas podían mantener el equilibrio. Sin embargo, había una inexplicable expresión de necedad en sus grandes ojos azules de niño. Esa era la clase de mujer que sucumbiría fatalmente a la seducción de "Ajax", el amo de los espías enemigos. La rubia platinada no demostraba querer entablar conversación con ninguno.

Brinda se levantó; ella debía encontrar el pretexto... Estaba ya por abordarla cuando una mujer rusa que hablaba con acento eslavo, la *Perpetuum Movile*, se le interpuso en su camino.

—Miss Duncan, ¿no quisiera usted jugar al bridge con nosotras? — preguntó, arrojando la colilla de su cigarrillo.

Brinda excusóse como pudo y luego, despidiéndose rápidamente, se apresuró a correr tras la rubia platinada; pero ésta no se hallaba ya en cubierta.

Dirigióse entonces a la cabina del telégrafo para enviar un cable a Dick como se lo prometiera en la nota que le había dejado antes de embarcar. Si el cable decía: *"Viaje sin novedad. Saludos. Duncan"*, significaría que Brinda habíase equivocado de barco. En cambio: *"Te envío muchos recuerdos. Cariños. Duncan"*, significaba que ella tenía importantes novedades.

Meditó un momento y después de haber escrito el cable se lo entregó al telegrafista.

* * *

Al día siguiente llegó la respuesta de Dick: *"Gracias por tus buenos deseos. Besos de la tía Emma"*.

Nada podía haber agradado más a Brinda, porque aquellas palabras indicaban que Dick había tomado las medidas necesarias para ayudarla en caso de peligro. Quizá el "Van Dam" sería detenido en el próximo puerto y revisado por las autoridades británicas.

Brinda entró en el gran salón y, sintiéndose cansada, dejóse caer en un grande y confortable sillón. En ese instante la rubia platinada entró también y sorprendióla sentándose a su lado y diciéndole con aparente cordialidad:

—Estoy deseando tomar café americano... ¿Y usted?

Brinda llamó al mozo y le preguntó:

—¿Es posible tomar una taza de café verdaderamente americano?

—Haré todo lo posible — dijo éste, mientras Brinda trataba de recordar dónde había visto antes su rostro.

Antes de que el mozo se retirara, la rubia le ordenó otro café más para míster Larsen.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted a Larsen? — preguntóle Brinda.

—No..., no hace mucho...; pero es tan simpático...

En ese instante llegó el joven dinamarqués. La rubia hizo un gesto de desagrado al tomar el café, pero Larsen lo bebió a grandes tragos mientras exclamaba:

—¡Magnífico, qué buen café!

Brinda lo miró en silencio y luego probó a su vez la oscura bebida.

El café era realmente desagradable. Y en ese momento Brinda recordó dónde había visto al mozo... Una noche que concurriera a un cabaret del puerto con algunos amigos: *El Gato Negro.*

CAPITULO XX

La rubia platinada recordó de pronto que tenía que escribir algunas cartas y dejó a solas a Brinda con Larsen.

—Lo envidio a usted por pertenecer a una nación neutral en esta guerra, míster Larsen — dijo Brinda.

Fueron interrumpidos por el asistente del capitán, quien se inclinó ceremoniosamente ante Brinda.

—Perdone, señorita Duncan, ¿sería usted tan amable de seguirme hasta la cabina del capitán? — le dijo.

Asombrada, Brinda observó a Larsen, quién parecía compartir su sorpresa. Prometióle volver en seguida y siguió al asistente.

Con una encantadora sonrisa el capitán se disculpó por haberla molestado y concluyó su discurso así:

—El comandante desea hablar con usted, miss Duncan. Tenga la bondad de seguirme.

Y Brinda fué escoltada hasta la cabina del comandante. Este era un hombre pequeño, de penetrantes ojos negros y voz aguda. El comandante la invitó a sentarse y sonriendo agradablemente le dijo:

—Miss Duncan, desde esta noche estará usted bajo custodia, separada de los demás pasajeros.

—¿Quiere usted decir..., prisionera...? —exclamó Brinda profundamente asombrada.

—Lo siento...; no es necesario darle tan feo nombre.

—Pero ustedes no pueden hacer eso; mi pasaporte está en regla.

—Lo siento, miss Duncan. Tengo orden de nuestro embajador de custodiarla.

—¿De su embajador?...

Un súbito rayo de comprensión iluminó a Brinda. Comprendió ahora que, sin lugar a dudas, había acertado en sus sospechas. Desesperóse, sin embargo, al pensar que mientras ella estuviera encerrada, el espía desconocido tendría oportunidad de escapar.

"Quizá Dick llegará a tiempo" — pensó —. Era su única esperanza.

El comandante levantóse y dió una orden al capitán en holandés. Luego volvióse a Brinda y le dijo, siempre sonriente:

—Señorita Duncan, será usted encerrada en su camarote. Tiene un amplio ojo de buey, pero le aconsejo que no lo use. En tiempo de guerra nadie se preocupa por un pasajero que se ha caído al agua.

Unos minutos más tarde, Brinda sentía cerrarse tras sí la puerta del camarote. Al día siguiente, después de una noche de insomnio, tocó el timbre para que le trajeran el desayuno y preguntó por el capitán. Este se hizo presente en seguida.

* * *

En ese instante el "Van Dam" disminuía considerablemente su marcha. Tan sólo unos pocos pasajeros se dieron cuenta de ello, pues todos estaban en el comedor desayunando y conversando alegremente. De pronto, sin embargo, una mujer gritó, cuando la silueta de un ser metálico apareció a pocos cables de distancia.

—¡Oh, Dios mío, parece un submarino!

En la cubierta de la nave de guerra, los marineros se disponían a la maniobra.

Una ola de terror pasó por todos los pasajeros. Los sirvientes olvidaron los deberes de sus cargos.

—¿Dónde está mi café? — gritó el hombre de Bahía.

La rubia platinada apuraba su desayuno mirando nerviosamente a Kurt Larsen sentado a la mesa frente a ella. Este continuó comiendo tranquilamente su arenque.

—¿No quiere un poco de caviar? — preguntó, mientras la rubia inconscientemente había tomado una tableta de goma de mascar y mascaba con furia.

—Dicen que es un submarino — murmuró, en tanto Larsen tomaba una cucharada de caviar.

La excitada charla de los pasajeros se calmó de golpe, reinando en el comedor un profundo silencio al aparecer en una de las puertas el capitán del submarino.

—Señoras y señores: Tengo algo que decirles —dijo este último con voz de mando—; tenemos un peligroso enemigo en este buque y ustedes pueden ayudarme a descubrirlo. Les doy una hora para encontrar a esa persona... No tenemos tiempo que perder. Si el enemigo no se rinde dentro de sesenta minutos haremos volar al "Van Dam".

El capitán del sumergible saludó y dando media vuelta salió del comedor, donde, por unos minutos, reinó un silencio de muerte.

Pero, de pronto, algunas mujeres comenzaron a gritar histéricamente; algunos hombres lloraban, otros se habían arrodillado orando, mientras los niños continuaban con sus juegos, ajenos al peligro que se cernía sobre ellos.

* * *

Sin sospechar la escena que se desarrollaba en el comedor, Brinda permanecía prisionera en su cabina, pensando en lo que ocurría. Le era imposible ver al submarino que estaba hacia la borda opuesta del "Van Dam". Pensaba solamente en que Dick no llegaría ya a tiempo para socorrerla.

Kurt Larsen llamó a la puerta del capitán.

—Deseo hablar con el comandante del submarino — dijo con voz de mando al abrirse aquélla.

—¿Tiene usted alguna información especial para él? — le preguntó el asistente.

—Sí.

—Dígamela y le trasmitiré su mensaje.

—¡Le digo que deseo hablar con el comandante del submarino! — exclamó Larsen, cuyos ojos brillaron con rabia.

El asistente se dirigió entonces a un cuarto contiguo y volvió con el comandante del submarino, quién preguntó a Larsen:

—¿Deseaba usted verme, míster Larsen?

—A solas, mi capitán.

El otro hizo un gesto con la mano a su asistente, que los dejó solos.

—¿Qué desea usted? — preguntó el comandante con acento inamistoso.

Larsen hizo chocar sus talones y saludó:

—Comandante, deseo presentarme: viajo bajo el nombre de Kurt Larsen, pero me llamo Hans Brandstatter, agente Z-33, tercera sección.

El comandante lo miró a los ojos y dijo:

—¿Qué desea usted decirme?

—Comandante, es mi deber comunicarle ciertas sospechas. Llevo algunos papeles muy importantes y creo que me siguen. Hay tres hombres y una mujer a bordo. Esta última es la más peligrosa de todos. Indudablemente es una agente británica.

—¿Su nombre?

—Permítame... — dijo Larsen.

Y caminando a través del cuarto llegó hasta el escritorio y abrió el libro de pasajeros. Recorrió rápidamente la lista y hallando lo que buscaba se volvió hacia el comandante.

—Aquí está; una espía británica... Ya le enseñaremos a esa tonta... Veamos: Duncan, Brinda..., nacida en Burman, India, en mayo 24 de 1916..., soltera...; nacionalidad británica...; residencia, 16, Portland Square, Londres...; pasaporte visado por el consulado en Londres.

El comandante del submarino parecía estar muy satisfecho.

—Muy bien, Z-33, merece usted la cruz de hierro.

—Comandante, ordene a sus oficiales que arresten inmediatamente a mis Duncan — dijo Kurt sonriendo con modestia.

El comandante del submarino se levantó, presionando un botón. Apareció entonces un oficial.

—Ordene a la señorita Duncan que se presente aquí inmediatamente.

—Muy bien, señor.

—¿Es ésta miss Duncan? — preguntó el comandante a Larsen cuando Brinda entró en el camarote.

Este último asintió en silencio. Entonces el comandante del submarino levantóse una vez más y señalando a Larsen dijo calmosamente en perfecto inglés:

—¡Arresten a este hombre inmediatamente!

Larsen miró al comandante, sin comprender.

—Pero..., pero..., no comprendo, comandante.

El comandante lo detuvo con un gesto.

—Aun el más experimentado de los espías, barón Schleicher, alias Brandstatter, puede encontrarse con grandes sorpresas; pero, ante todo, le doy las gracias por haberme ayudado a capturar a "Z-33"...

Mudo de sorpresa, Larsen miró con ojos enormes a Brinda y al supuesto capitán del submarino, quién entonces quitóse el sobretodo que cubría su uniforme de oficial de la marina inglesa.

—Soy el teniente comandante Ainsworth, del

Mensaje con humo



—Es Aguila Negra. Siempre tartamudeando.

destróyer "Shark", de Su Majestad, asignado al submarino camuflado como nave enemiga... Lo conduciré a las autoridades como prisionero de guerra. Podrá explicar todos sus actos ante una corte marcial.

—Incluyendo sus recientes actividades de paracaidista en Inglaterra — dijo Brinda de pronto.

A una seña del comandante, dos marineros sacaron a Larsen del camarote.

—Debemos revisar el camarote del prisionero — dijo Brinda.

Ella y el teniente comandante Ainsworth estaban cansados y decepcionados una hora después de haber buscado en todos los rincones del camarote de Larsen. Documentos, código, fotografías, entre ellas una de Mara, la espía que había traicionado a sir John, entregando la lista secreta; pero la lista no pudo ser hallada. De pronto Brinda recordó algo.

—El espía que acabamos de capturar tiene un ayudante a bordo... Tengo una idea; déme quince minutos.

Saliendo del camarote se dirigió al puente B. Con paso decidido entró en el bar desierto ahora y dirigiéndose al encargado, le dijo:

—Tráigame un cocktail..., el mismo que me sirvió las otras noches en *El Gato Negro*, ¿recuerda, Conrado?

—Sí, señora — dijo el hombre cambiando de color.

Al volver con las bebidas, Brinda se irguió y le dijo:

—Es mejor que me acompañe sin hacer escándalo — y le apuntó con una pistola que sacó de su cartera.

—Vamos a su cabina — le dijo en seguida con acento autoritario. Cuando llegaron al camarote de Conrado, Brinda cerró la puerta tras ella y dijo con decisión:

—¡Y ahora entrégueme la lista!

—¿Qué quiere usted decir? No comprendo.

—La lista..., quiero la lista. Su compañero ha hablado.

—¿Qué sabe usted?

—Su compañero, el Z-33 — continuó ella mintiendo.

—Nunca la tendrá — exclamó el espía.

De un repentino golpe hizo saltar la pistola de manos de Brinda y en seguida ésta sintió que unos dedos de acero atenazaban su garganta.

CAPITULO XXI

Cuando Brinda volvió en sí, vió a Conrado frente a ella sonriendo irónicamente. Hizo un esfuerzo y sonrió a su vez. Sabía ahora que su única esperanza era jugar un papel muy diferente, un papel de mujer. Había en los ojos del hombre una instintiva admiración hacia ella... Sandy debía ser salvado... Ella tenía que flirtear con su enemigo... y, así, ensayó la mejor de sus sonrisas.

—Cree que podrá conquistarme, ¿eh? — dijo él haciendo una mueca.

Brinda bajó los ojos y murmuró:

—Es usted inteligente...

—Gracias... Y usted muy hermosa; quisiera que estuviese de nuestra parte.

—Una mujer puede cambiar de opinión por un hombre — murmuró ella tratando de dar una entonación ardiente a sus palabras.

—Sí..., pero no usted. Usted no es una mujer vulgar.

—Y usted no es un espía cualquiera. ¿Qué hace cuando no es camarero?

—Por nacimiento soy barón y ahora sirvo a mi jefe — dijo él, orgullosamente.

El ruido de una explosión interrumpió la réplica de Brinda.

El barco se animó entonces con un salvaje griterío, ruidos de puertas que se golpeaban y de gentes que corrían en todas direcciones.

—¡Pasajeros al puente!... ¡Un submarino!

—Han llegado algo temprano...; a veces creo que somos demasiado puntuales — dijo el barón espía con una sonrisa de satisfacción, mientras arrastraba a Brinda hacia cubierta.

Allí, el capitán del "Van Dam" hablaba con un oficial del submarino enemigo:

—Este es un barco neutral y no llevamos contrabando — le decía.

Su interlocutor, sin hacerle caso, miraba ansiosamente a todos los pasajeros hasta que vió aparecer al falso camarero. Entonces sonrióse y se adelantó a su encuentro. Sin perder tiempo en saludos le dijo:

—¡Vamos, rápido! ¡No hay tiempo que perder! Acabamos de hundir a un submarino enemigo.

Ambos se dirigieron velozmente a la escala del vapor y descendieron a una lancha que los esperaba para trasladarlos al submarino.

Brinda, que parecía haber sido olvidada, miraba desde lejos alejarse a su enemigo, desesperando ya de poder recuperar los papeles que ponían en peligro la vida de muchos agentes del *Intelligence Service* y el honor de su tutor.

Apenas los dos hombres llegaron al sumergible éste comenzó a moverse sin siquiera recoger el bote. De pronto en el horizonte se oyó un trueno.

Tan pequeño que apenas se distinguía, un veloz destróyer inglés avanzaba como una flecha hacia el lugar donde el submarino comenzaba ya a hundirse en las profundidades del mar. Los reflectores del barco de guerra recorrieron las aguas en busca del enemigo, pero mientras se sumergía, el submarino navegaba lentamente para colocarse bajo la protección del vapor.

Ante el peligro de hacer impacto en el vapor, los cañones del destróyer dejaron de disparar.

Hubo un instante de tensa expectativa mientras el destróyer avanzaba velozmente para contornear la nave neutral. Los pasajeros se asomaban a su borda observando la lucha a muerte, y entre ellos, Brinda rogaba porque el destróyer tuviera éxito. Al pasar frente a la popa del vapor holandés, el destróyer comenzó a vomitar una andanada de metralla hacia el lugar en que el submarino había desaparecido ya de la superficie del mar. Luego viró hacia estribor y, tras una última salva, sus cañones enmudecieron. Efectuó entonces una rápida carrera, y luego una pequeña nubecilla de humo blanco se destacó de su popa. Dos puntos negros se elevaron velozmente en el aire, describiendo una amplia parábola, y cayeron en las cercanías del lugar en que se sumergiera el submarino. Pocos segundos después dos enormes columnas de agua subían a más de treinta metros de altura. El destróyer acababa de disparar dos cargas de profundidad a las que siguieron otra y otra.

De pronto, una mancha negra y oleosa apareció en la superficie del mar. Brinda clavó en ella sus ojos con una expresión indefinible; sabía lo que eso significaba. Era la muerte del submarino... Era la salvación de los agentes británicos y del honor de sir John.

Media hora después, Brinda estaba en los brazos de Dick Malden sobre la cubierta del destróyer.

* * *

Sir John leía, sentado en su despacho, un diario de la mañana:

Submarino enemigo hundido, destróyer salva un barco neutral.

Dejó el diario sobre su escritorio, pensó un instante en el informe que acababan de llevarle acerca de la aventura de Brinda, y muy lentamente tomó un papel de uno de los cajones y lo rompió en muchos pedazos. Era la renuncia de su puesto de jefe del *Intelligence Service* que había redactado la noche anterior.

En ese mismo instante abrióse violentamente la puerta y Brinda entró corriendo en el despacho de Sanderson. Este la retuvo un instante entre sus brazos y mientras la besaba tiernamente en una mejilla le dijo:

—Deberías haber recibido una medalla por tu hazaña, pero como todos somos héroes anónimos en el *Intelligence Service*, ésta es la única condecoración que puedo darte, niña.

—Podrías también hacer algo más... Dejar de llamarme niña y permitir que te ayudara en tu oficina. ¡Debe de haber tantas cosas que hacer!...

El doctor Mac Donald y Dick, que acababan de llegar, asintieron con la cabeza.

Sir John los miró a los tres con aire turbado. Una vez más sentíase frente a aquel pasado que trataba de eliminar. A la histórica sombra de la madre de Brinda.

—¿Y qué podrías hacer, querida? ¿Por dónde empezarías? — le preguntó tratando de ganar tiempo.

—Empezaría por el hotel Savoy, donde primeramente vi al espía enemigo — dijo ella, tratando después de reflexionar un instante.

—Ese club está bajo vigilancia desde ayer — respondió sir John sonriendo.

En ese momento sonó el teléfono, y Sanderson habló animadamente durante varios minutos.

Cuando volvió a colgar el auricular, su expresión habíase tornado inusitadamente seria.

—¿Puede usted acompañarme afuera unos instantes, doctor?

Mac Donald y Sanderson estuvieron ausentes del gabinete alrededor de quince minutos; después, el jefe del *Intelligence Service* regresó solo. Llevaba en su mano un trozo de papel doblado.

—¿Deseas saber por qué no quiero que ingreses en el servicio de espionaje, Brinda? — dijo, dirigiéndose a la muchacha —. Bueno, lee esto.

Brinda tendió la mano y notó que el papel estaba manchado con sangre. Lo desplegó y leyó:

Que esto sea una advertencia para todas las Mata Hari inglesas.

Una advertencia, se dijo para sí Brinda, pensando otra vez en ese nombre: Mata Hari.

—Esta nota vino dentro de un cajón que fué dejado anoche en mi cuarto. El cajón contenía, además, el cuerpo de una joven. Había sido asesinada, pero quizá lo merecía por haber traicionado muchas vidas. Imagino que ustedes sabrán de quién se trata. En el *Intelligence Service* la llamábamos Mara.

CAPITULO XXII

Brinda estaba en su habitación pensando en las palabras de sir John. No tenía miedo, sin embargo, pero le era imposible permanecer quie-

ma y sola en su cuarto. De pronto, recordó a Vaslav y su invitación para el baile de beneficio. Recordó también que no le había dado las gracias por las orquídeas, y se puso en comunicación con él por teléfono. Del otro lado de la línea le llegó la voz suave y acariciadora del príncipe, y, media hora después, Brinda se encontraba en el lujoso ambiente de un club londinense. Hacia ella avanzaba el príncipe Vaslav llevando del brazo a una aristocrática mujer envuelta en una costosa piel de chinchilla.

—La princesa Gogorkin — la presentó él después de efusivos saludos. Luego, Vaslav condujo a Brinda a un amplio salón de baile, dividido en cuadrados negros y blancos como un tablero de ajedrez. Numerosas bailarinas danzaban ensayando los números que debían ejecutar en el ballet de beneficencia.

—No le pido que baile hoy, sino que mire..., y a propósito, ¿sabe usted algo del juego de ajedrez?

—No, no lo conozco — respondió Brinda, sin saber ella misma por qué había mentido.

En ese instante un criado se acercó rápidamente a Vaslav y le habló algunas palabras en ruso. Este se excusó con Brinda y se dirigió luego a otro salón. Allí lo esperaba lady Gladys Mountwyn.

* * *

—¿Por qué has venido esta noche? — le preguntó el príncipe en tono irritado.

—Tenía necesidad de verte — contestó ella. Y le echó los brazos al cuello.

—Esto es peligroso — dijo él tratando de desasirse de la mujer —; ten paciencia y nos veremos más tarde, como de costumbre.

—¿Dónde?

—En el sitio de siempre.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Vaslav volvió apresuradamente a la habitación donde esperaba Brinda y le pidió excusas sonriendo.

—Mi coche la llevará donde usted desee — le dijo acompañándola hasta la puerta —; y pasado mañana habrá otro ensayo. Supongo que podré contar con usted...

—Quizá — respondió Brinda vagamente.

No fué sino media cuadra más adelante cuando se dió cuenta de que el chofer del lujoso automóvil no era el mismo que la había conducido anteriormente.

* * *

Lady Gladys esperaba con impaciencia en un pequeño salón íntimo conocido solamente por algunos amigos del príncipe Vaslav.

—Ha sido un ensayo bien largo... — murmuró ella sonriendo con acritud cuando Vaslav entraba.

Sin contestar, él se dirigió a un teléfono interno colocado en una pequeña mesa muy baja, al lado del diván. Levantó el tubo y habló algunas palabras en ruso.

—¿Qué has dicho? — le preguntó Gladys, cuando él cortó la comunicación.

—He ordenado que no me molesten — dijo Vaslav sonriendo.

Dejóse caer en el diván y pidió:

—¿Me das un cigarrillo, querida?

Por un momento la mujer quedóse inmóvil; ofendida profundamente, levantó la orgullosa cabeza, pero luego se apagó lentamente el brillo de sus ojos y obedeció.

—Un fósforo...

Ella le acercó la llama.

Vaslav aspiró con fruición el humo de su cigarrillo. Exhaló una larga columna de humo, y quitándose el cigarrillo de los labios con una mano tomó con la otra el rostro de la mujer acercándola al suyo. Sus labios se unieron en un largo beso.

—¿Sabes que tus cabellos parecen muy hermosos en esta media luz? — dijo él.

—¿Sabes que eres el más inescrupuloso de los hombres?, ¿el más fascinador y más inconmovible de todo Londres?

—Nada de eso, querida — murmuró Vaslav llevándose nuevamente el cigarrillo a la boca y aspirando con deleite su perfumado humo —; soy solamente un hombre muy simple, pero que supo descubrir desde el primer momento que eras una mujer muy humana y muy voluptosa, a despecho de tu pretendido humor británico. Entonces te hice el amor, como un hombre sencillo y tú respondiste como una mujer normal, a pesar de tu austera e impersonal pose de sociedad.

—Pero, ¿me amas? — respondió con ansiedad la heredera de los Mountwyn.

El no contestó y entonces ella volvió a insistir:

—Me tratas tan mal, querido..., eres tan misterioso..., y además, hay tantas otras mujeres... Había una nueva mujer esta noche, ¿no es cierto?

—Sí, querida; era una nueva mujer — respondió Vaslav riendo —, y puedo darte las gracias por habérmela presentado. Es tu encantadora amiga Brinda Duncan, a quien tu excelente novio, el teniente Mandel, encuentra también muy atractiva. Le daré la parte principal en el ballet del ajedrez.

—¡No!... ¡No lo permitiré!... ¡Oh!, debí de haberlo sospechado — exclamó Gladys poniéndose de pie.

—No te irrites, mi encantadora rubia — murmuró Vaslav —; tu amiga Brinda me interesa solamente porque es una bailarina maravillosa y, además, porque podría serme en extremo útil.

—¡Util..., quizá no pienses de mí sino que puedo serte útil también!

—Tú también eres útil, querida. Pero útil de otro modo.

Por un momento reinó el silencio entre ambos. Luego ella dijo muy bajo:

—Vassie querido: ¿por qué debemos seguir haciendo esta extraña vida?... Podríamos irnos a América..., a cualquier parte. Si se trata de dinero, ya sabes que tengo mucho; mucho más del que podremos necesitar.

—No, mi amor; hay cosas que no podrías comprender. Y además, piensa cómo afectaría eso a tu encantador míster Malden — murmuró Vaslav moviendo su cabeza.

—¡Dick Malden! ¿Por qué me hablas siempre de él, querido? Ya sabes que no me importa nada ese hombre desde que te conocí... Pienso decírselo pronto. Quiero romper mi compromiso con él. ¿Me oyes?

—No harás nada de eso que estás diciendo — dijo Vaslav sin perder la calma.

—¿Por qué no?...

—Porque no será necesario.

—¡Oh, Vassie!... Eres un mal hombre. A veces no sé si te amo o si te odio — murmuró Gladys mirándolo fijamente.

—Eso merece una investigación — murmuró Vaslav atrayendo hacia sí a la muchacha.

* * *

Cuando el lujoso automóvil inició su marcha a través de las calles oscurecidas de Londres, Brinda tuvo un estremecimiento al contemplar las anchas espaldas y el sólido cuello del nuevo chofer. ¿Dónde había visto ella antes a ese hombre? Pero quizá se equivocaba; podía ser su imaginación, después de todo...

Meditando en los acontecimientos de la noche, comenzó a pensar en el príncipe Vaslav. Todo, exceptuando la lujosa atmósfera de su casa, había sido tan convencional como una tarde en la Galería Nacional. Sin embargo, ella comprendía que esa casa con sus ricos tapices, con mullidas alfombras y sus misteriosos criados reflejaba la verdadera naturaleza de su dueño.

Madame Badouroff, la princesa Gogorkin, era también una mujer extraña, con sus grandes anillos, su cabello corto y su incongruente monóculo. Por supuesto, todos esos rusos eran así... El gran "Big-Ben" comenzó a dar armoniosamente las campanadas de la media noche cuando el automóvil dobló por la calle Chester. Por sobre el tono solemne del histórico reloj, Brinda descubrió otro sonido continuo, pacífico, como un sonido monótono, que sonaba suavemente hasta que de súbito se convirtió en un profundo rugido, diez, veinte, cincuenta veces amplificado; entonces, de pronto, en algún lado, a lo lejos, comenzó a oírse la tos violenta y continuada de una batería antiaérea.

El coche se detuvo repentinamente con un chirrido de frenos. A los mortecinos rayos de los focos delanteros, pintados según las ordenanzas, apareció un guardia militar.

—¡Hágase a un lado y apague las luces! — ordenó.

Después, viendo a Brinda, llevóse la mano a la visera del casco.

—Lo siento, señorita..., se trata de un raid aéreo. Hay órdenes de detener el tránsito hasta que se dé la señal de que todo ha pasado. Es mejor que se dirija hacia un refugio antiaéreo; hay uno cerca de aquí y se halla casi vacío. Está bajo ese edificio, en la esquina. La guiaré hasta allí — dijo mientras abría la puerta del coche — y con una sonrisa continuó —: Cuando hay un raid aéreo enemigo, Londres se oculta bajo tierra... Los refugios son nuestros hogares, ahora.

—Gracias — murmuró Brinda descendiendo del automóvil.

Camino del refugio, recordó de pronto al chofer. Seguramente había preferido esperar en el coche, que se hallaba ahora a oscuras.

—¡Hola! — exclamó una voz conocida cuando ella comenzó a bajar las escaleras de refugio.

—¡Dick! — exclamó Brinda alegremente sorprendida.

CAPITULO XXIII

El teniente Mandel se hallaba sin sombrero, y vestía un *pullover* blanco sobre el cual llevaba un viejo y remendado saco. Veíase en seguida que le hacía falta afeitarse sin demora.

—¡Qué sorpresa! — murmuró sacándose la pipa de entre los dientes —, llegar tan luego en este momento a mi mundo subterráneo... Seguramente hay otros refugios cerca de la calle Downing.

—¿Tu mundo?

—Vamos...; no vas a decirme ahora que no sabías que mi laboratorio queda muy cerca de aquí. Ya sé... No podías vivir sin mí y viniste a verme. El raid aéreo te proporcionó un pretexto.

—Para estar segura. ¿Y tú estabas en la ópera o en un baile de la marina? — respondió ella siguiendo la broma y sonriendo alegremente.

—La verdad es que había salido a comprar tabaco en un negocio cercano, cuando la sirena comenzó a sonar. No quise argumentar con el guardia y dejé que me condujera aquí. ¿Y tú, cómo has venido a este refugio?

El tono de su voz, sus palabras, y más que nada el viejo *pullover* y el saco, llevaron a Brinda a experimentar la ilusión de que se hallaba otra vez en sus viejos días de colegio en el instituto de miss Cartwright. El parecía un colegial en lugar de un serio oficial de la marina. La muchacha podía apenas creer que todo hubiera cambiado. Parecíale que acababan de salir de sus respectivas escuelas para una de sus raras entrevistas. Ambos habíanse sentado juntos en un pequeño rincón del refugio.

Coincidencia



—Señorita López, le ruego que no ande diciendo a sus compañeros que compró su vestido en una liquidación.

—Estuve en casa del príncipe Vaslav, y fué tan gentil que me facilitó su coche para regresar a casa. Y luego un guardia me detuvo cuando sonó la alarma aérea y me condujo hasta aquí.

—Vaslav... Y te envió a tu casa en su automóvil — murmuró él sorprendido.

—Sí, ¿por qué?

—Porque..., porque... ¡Oh, por nada! Ya he visto que se conducía muy atentamente contigo. Es un buen muchacho, pero no creo que sea el tipo indicado para ti.

Brinda experimentó un momento de intensa emoción. No se equivocaba... Dick estaba celoso.

—Es un buen muchacho — respondió ella —, pero tenía una razón especial para estar en su casa. Se trataba de un ensayo del ballet en el que he de tomar parte.

—¿Y luego te embarcarás para el extranjero?

—Quizá eso impida que Sandy me envíe afuera. Pero Dick, supone que el príncipe y yo nos comprometiéramos... ¿No te importaría, verdad?

—Sí, me importaría muchísimo.

—¡Qué extraño! Sin embargo, no parece que te importen sus atenciones con Gladys.

—Para decirte la verdad, no me interesa. Especialmente desde que volví a encontrarte a ti.

—Sin embargo, estás comprometido con ella, ¿por qué?

—Verdaderamente, no sé cómo nos hemos comprometido. Lord Mountwyn estaba interesado en mi invento y deseaba financiarlo. Naturalmente me vi a menudo con Gladys hasta que pareció darse por descontado que estábamos comprometidos. Creo que ahora no le importaría a ella romper nuestro compromiso...

—En ese caso su padre no te financiaría el invento, supongo.

—No importa, ya encontraré otro medio.

Afuera se oyó la sirena de una ambulancia que corría por las calles. Y en el mismo instante el guardia asomó su cabeza en el refugio.

—El peligro ha pasado — gritó.

Dick y Brinda salieron a la calle. Ella vió el autor de Vaslav que estaba aún allí, pero el chofer había desaparecido.

—Su chofer estaba allí hace unos minutos — le dijo el guardia —; luego algunos hombres se detuvieron a conversar con él... Creo que se fueron a tomar un trago.

—Magnífico — exclamó Dick —; iremos hasta mi laboratorio y luego te llevaré a tu casa en un taxi. Vaslav puede quedarse con su automóvil.

—Pero no puedo dejar al hombre esperando — dijo Brinda.

—Yo me ocuparé de ello — dijo el guardia.

Entonces, Brinda acomodó su paso al de Dick, sintiéndose íntimamente feliz y alegre. Las calles presentaban un aspecto desolador. Por doquier, veíanse edificios en ruinas.

—Hemos llegado — dijo Mandel al aproximarse a un edificio cuadrado y severo que tenía barrotes de hierro en las ventanas.

Un segundo después hubo una terrible explosión. Brinda vió una gran nube negra brotar del edificio. Hubo luego un terrible rugido y el entrechocar de vidrios y hierros que caían. El aire todo se estremeció.

—¡Mi laboratorio! ¡Vuelve a tu coche! — exclamó Dick partiendo a toda carrera en dirección al lugar donde se había producido la explosión.

Un profundo silencio siguió a la explosión. Durante un momento, Brinda se detuvo mirando al teniente Mandel que se perdía a lo lejos. ¡Pobre Dick! Recordaba que había sido un asunto igual el que lo llevara a la oficina de sir John, el día siguiente al del asesinato de Kenley.

Vaciló un momento; ¿seguiría su camino o correría al lado de Dick? En ese instante vió que el chofer del automóvil del príncipe se hallaba parado en la acera, teniendo abierta una de las puertas del lujoso vehículo. Miraba hacia ella con una expresión de extremada impaciencia. Impulsivamente, ella le gritó:

—¡Puede irse; ya no necesitaré el coche!

El tocóse la visera de la gorra con los dedos y sentándose rápidamente frente al volante partió a toda velocidad.

Brinda dió media vuelta y apresuró el paso en dirección al laboratorio de Dick. Las puertas y ventanas se habían abierto en todos los edificios a lo largo de la calle. Las gentes de los numerosos pisos, vestidas o desvestidas, hacían preguntas ávidamente. Vió un hombre en ropa de cama llevando algo que se parecía a una lanza africana; otro hombre tenía un rifle en su mano izquierda. Todos miraban inquisitivamente a su alrededor como si fueran a descubrir al enemigo que había interrumpido de ese modo la paz de West End.

Numerosos policías en motocicleta llegaban al lugar del siniestro. Después, se hizo presente un autobomba de los bomberos voluntarios. Los reflectores agujereaban el cielo y la niebla. Las llamas del incendio iluminaban la noche. A su luz, Brinda pudo contemplar el edificio en ruinas. De pronto comenzó a correr... "¿Dónde estaría Dick?" — pensó. De improviso, un brazo la detuvo.

—Lo siento, señorita, pero nadie puede pasar de aquí — le dijo un guardia al mismo tiempo que contenía a otras personas que comenzaban a aproximarse al lugar del siniestro —; retírense, el paso está interrumpido.

—Ha sido una bomba aérea — murmuró alguien entre la multitud.

—Nada de eso; esta casa ha sido volada con una mina, y quizá exploten más todavía — dijo el guardia —. ¡Apártense todos para atrás!

Brinda pugnaba en vano, en busca de Dick. A la distancia se oyó la estridencia de un silbato. Un hombre vestido con uniforme salió de la oscuridad y acercándose al guardia le dijo algunas palabras. A lo lejos el sonido agudo de una sirena se aproximaba velozmente.

—Dejen sitio a la Cruz Roja. ¡Sitio! — gritó el guardia a plena voz.

La ambulancia se detuvo frente al edificio. Algunos hombres vestidos de blanco salieron de ella y caminaron entre las ruinas.

—¿Hay algún herido? — preguntóle un hombre al guardia.

—Sí; un señor se acercó demasiado y le cayó una pared encima. Como le sucederá a algunos de ustedes si no se alejan — contestó éste.

Los hombres de la ambulancia volvían llevando a alguien en una camilla. Brinda se sintió desfallecer al reconocer a Dick.

—¡Dick! ¡Oh, Dick! — exclamó.

Trató de acercarse, pero el guardia la detuvo rudamente. Ella forcejeó un instante y entonces Dick, levantando la cabeza, la reconoció:

—¡Brinda!

Un médico de la ambulancia se aproximó al lugar.

—Lo siento, señorita, pero tendrá que verlo en el hospital — le dijo suave pero firmemente.

—Espere, tengo que hablar con ella unas palabras en privado — murmuró Dick desfalleciente, pero con acento autoritario.

CAPITULO XXIV

Brinda se inclinó sobre el herido hasta rozar su rostro. La voz del hombre brotaba de entre sus dientes, contraídos por el dolor.

—Toma mi mano..., mi mano derecha. Tengo algo en ella, tómalo y no dejes que nadie lo vea, y guárdalo.

—Lo haré, Dick; lo haré — murmuró Brinda mientras sus dedos se cerraban sobre algo suave, metálico, parecido a una caja de cigarrillos.

—Bien..., me herí buscándolo.... ten cuidado..., los espías tratarán de robártelo... No te expongas.

—Rápido, señorita; lo está usted matando — dijo el médico con impaciencia.

—Quisiera..., quisiera que me dieras un beso — murmuró Dick.

Ella se inclinó sobre él.

—Gracias..., gracias... — murmuró el muchacho, sonriendo mientras lo introducían en la ambulancia.

Brinda se volvió. Su mano apretaba fuertemente el objeto chato de metal... ¿Qué podría ser? Algo muy importante, desde luego, porque Dick no hubiera arriesgado su vida para rescatarlo del laboratorio. Temiendo ser espiada, deslizó su mano en el escote y ocultó allí el objeto. Se estremeció al sentir su contacto sobre la piel, pero se hallaba segura de que allí no podrían robárselo. Un momento después se alegró de haber tomado esa precaución, porque tras el guardia vió el rostro rubicundo de lord Mountwyn.

—Señorita Duncan, mi querida joven — exclamó simulando haberla visto al mismo tiempo.

Y lord Mountwyn le tendió sus manos en señal de saludo; no una mano, sino las dos.

Brinda escrutó su rostro buscando algún signo que lo traicionara, pero no pudo descubrirlo.

—Esto es terrible, muchacha — murmuró —; me hallaba en el almirantazgo cuando recibimos el aviso y me apresuré a llegar aquí inmediatamente. Usted habrá venido con sir John, por supuesto.

—¿Sir John?, no — murmuró Brinda, ocultando a Mountwyn las circunstancias de su encuentro con Dick.

—Bien..., bien — murmuró Mountwyn sin dar signos de que la creía o no —. Esto es muy lamentable. Usted..., ¿no tuvo ocasión de hablar con Mandel antes de que se lo llevaran al hospital?

—Solamente un par de palabras; el médico no me permitió más.

—¡Pobre muchacho!; esto afectará mucho a Gladys... Tengo que ver cómo ha sucedido todo — murmuró el lord mirando su reloj —. Si quiere esperarme la llevaré luego a su casa; es un poco tarde para que pueda encontrar su coche, y además podremos pasar primero por el hospital.

—Está bien, esperaré — murmuró Brinda de-

calándose ante la última proposición de su interlocutor.

Lord Mountwyn habló entonces con el guardia, quien haciéndose a un lado le franqueó el paso.

Brinda procuró mantener la calma, pero sus pensamientos bailaban en su mente en revuelta confusión. La caja de metal no le parecía ya fría, más bien quemaba su piel. Se alegraba de haberla escondido antes de que lord Mountwyn le estrechara las manos tan efusivamente. ¿Qué sería de Dick en esos instantes? Quizá estaría agonizando. Aguardó con impaciencia la llegada de lord Mountwyn, y, aunque fué cuestión de escasos minutos, le pareció que habían transcurrido horas antes de que el hombre volviera.

El coche del noble estaba estacionado no lejos de allí. Cuando llegaron a él, lord Mountwyn le ofreció un cigarrillo, mientras decía:

—Esto es peor que lo que yo esperaba..., una máquina infernal..., una bomba de tiempo, probablemente... La casa se halla completamente en ruinas; todo el trabajo de Mandel se ha perdido. ¿Ya sabe a qué me refiero? — preguntó observándola a la luz de un fósforo.

—¡Oh! Sé solamente que estaba haciendo algunos experimentos.

El guardia, reconociendo en el automóvil la insignia del Almirantazgo, saludó, y los dejó pasar.

—¿Cree usted que Dick se halla mal herido? — preguntó Brinda impulsivamente.

—No puedo decirlo. Me han informado que una pared cayó sobre él — dijo Mountwyn —; quizá solamente lo ha aturdido. Ya veremos en el hospital. De todos modos ha salido mejor librado que el otro.

—¿El otro?

—Sí, un hombre que custodiaba el local. Uno de los detectives de su tío, supongo... Ha volado en pedazos.

—¡Oh! ¡Qué horrible! — murmuró Brinda.

Al llegar al hospital, un teniente de la marina se apresuró a avanzar al encuentro de lord Mountwyn. Ambos sostuvieron una breve conversación en voz baja y luego el lord se volvió hacia Brinda.

—Buenas noticias. Dick está fuera de peligro, aunque ha recibido un fuerte golpe en la cabeza y se ha roto un brazo.

—Entonces..., ¿se curará pronto?

—Por supuesto.

Una hora más tarde, Brinda, a solas en su cuarto, dejaba correr lágrimas de felicidad. No había podido descansar hasta haber llamado repetidas veces al hospital y recibir la seguridad de que el teniente Mandel estaba fuera de peligro. Entonces recordó de pronto que aun no había examinado el objeto que Dick le diera a guardar. Al retirarlo de su seno, vió que la caja le había dejado una marca rectangular en la piel. ¿Qué podría ser? Era demasiado grande para contener cigarrillos, y además los ángulos eran cuadrados. Era muy pesada, excesivamente pesada para su tamaño. De pronto recordó haber visto algo parecido en el despacho de sir John. Se trataba de un tipo especial de cajas usadas por los agentes del *Intelligence Service*, quienes, debido a sus obligaciones, no podían ser cargados con bultos de mucho tamaño. Brinda recordó también por qué era tan pesada la caja: porque se hallaban construídas de tal manera que pudieran hundirse rápidamente si se las arrojara al agua. Años antes, el sargento Hunt habíale explicado todo eso en uno de sus raros momentos de expansión. Trató de imaginar cómo tal caja había caído en las manos de Dick, pero no pudo conseguirlo por muchas hipótesis que se formulara. Pensó dónde podría hallar un lugar seguro para ocultarla, hasta que él pudiera volver por ella.

Brinda sonrió de pronto... La caja de las joyas..., el único recuerdo de la madre que apenas había conocido.

La caja secreta cupo en el joyero ajustadamente, en forma tan perfecta que no parecía sino que habían sido hechos el uno para contener la otra. ¿Pero qué ocultaría esta última en su interior? Instintivamente, como si algún lejano recuerdo llamara a su memoria, Brinda deslizó sus dedos hasta la cerradura secreta... La caja se abrió de golpe y su contenido se desparramó ante ella.

Después de un instante de sorpresa, la muchacha dejó ver un signo de contrariedad en su rostro. Se trataba solamente de unos cuantos papeles de seda cubiertos con palabras de tamaño microscópico. Algunos dibujos y un par de diagramas. En eso, sus ojos se detuvieron en una línea de la escritura:

Rayos Z - fórmula 13 - Red telegrafía y televisión.

Brinda se estremeció al pensar en todo lo que aquellas pocas palabras significaban. Eran el secreto más preciado de Dick... Y él lo había puesto bajo su custodia. Era también el secreto de Inglaterra... Era quizá el arma con la cual vencerían a sus enemigos.

Y entonces la asaltó otro pensamiento: "¿Sería aquel pequeño joyero suficientemente seguro para tan tremendo secreto?"

En ese mismo instante tuvo conciencia de que alguien se hallaba tras de su puerta. No había escuchado ningún ruido, ningún rumor, pero algo dentro de sí misma le decía que era espiada. Rápidamente ocultó el mensaje en el joyero, lo cerró y lo introdujo en el cajón de la cómoda. Y cuando se dió vuelta vió que la puerta del cuarto comenzaba a abrirse lentamente.

CAPITULO XXV

Brinda quedóse inmóvil mirando como fascinada la puerta que se abría más y más. Estaba ya a punto de gritar cuando con una mezcla de angustia y de desahogo, reconoció la cara extravagante de su ama de llaves.

—¡Por Dios, Walker! ¿Por qué no llama usted?; ¡o al menos abra la puerta y entre! — exclamó Brinda con exasperación.

—¡Oh, perdone, señorita! — susurró la mujer cerrando la puerta tras ella —, no quise asustarla, pero todo el día ha entrado y salido de la casa gente muy extraña. Estaba preocupada al ver que se hacía de noche y usted no llegaba... Quizá le haría bien una taza de té.

Brinda se arrepintió instantáneamente de las palabras que había pronunciado. ¡Pobre mujer!..., seguramente había sido afectada por el aire de misterio que envolvía a la mansión de los Sanderson.

—Es usted muy amable, Walker. Sí; desearía una taza de té, si no fuera demasiada molestia — dijo Brinda sacándose las medias.

—En seguida se la traeré — respondió el ama de llaves con el mismo aire misterioso, saliendo de la habitación, de la misma manera que había entrado.

Cuando volvió, Brinda se había ya desvestido y estaba recostada en su lecho antiguo, envuelta en un salto de cama de seda amarilla.

La mujer puso el té en una mesita de ruedas, al lado de la muchacha.

—Hace una hora telefoneó un caballero..., un príncipe, dijo que era. Por el acento parecía un señor extranjero; deseaba saber si usted había llegado a su casa — dijo mientras miraba intensamente a los ojos de Brinda —. Con seguridad que no conoce usted a ningún príncipe...

Brinda sonrió pensando que Vaslav habíase inquietado por ella, cuando sonó la alarma de ataque aéreo.

—Sí, Walker, lo conozco... Gracias por el té — dijo.

Pero el ama de casa, en lugar de retirarse, trató de prolongar la conversación mientras lanzaba rápidas miradas escudriñadoras por el cuarto.

—No me maravilla que un príncipe guste de usted, señorita. Está usted cada día más hermosa; más hermosa que *ella*.



—¿Ella? — preguntó Brinda, perpleja.

—Sí, la que sale y entra continuamente de esta casa... La dama de los cabellos negros — murmuró el ama de llaves.

—No comprendo lo que usted quiere decir, Walker... ¿Qué dama de los cabellos negros? — preguntó Brinda sintiendo que un extraño estremecimiento recorría su cuerpo...

—La dama del velo sobre los ojos... ¿Quiere decir que nunca la ha visto?

Nuevamente sintió Brinda el extraño estremecimiento por todo su cuerpo. ¿Sería posible que la responsabilidad de atender el hogar del jefe del *Intelligence Service* hubiera perturbado el cerebro del ama de llaves? Pero no, Walker tenía el mismo aspecto inexpresivo de siempre. Unicamente sus ojos continuaban observándolo todo a su alrededor, y siguiendo su mirada, Brinda comprendió alarmada que Walker miraba intensamente la caja de las joyas. Demasiado intensamente.

—¡Walker! — dijo entonces, irguiéndose —. Usted está cansada; es mejor que vaya a acostarse.

Y mientras hablaba, pensó que desde esa noche en adelante cerraría su puerta con llave.

—Muy bien, señorita, pero tenga cuidado. Su tío no desearía que terminara usted como aquella Mata Hari que los franceses fusilaron por espía — dijo la mujer, mientras recogía el servicio del té, con voz que parecía un susurro.

Cuando la puerta se cerró tras el ama de llaves, Brinda pensó que indudablemente la pobre tenía afectados sus nervios. Demasiada tragedia para una mujer tranquila: el asesinato de Kenley, el ataque a sir John..., las gentes extrañas que entraban y salían continuamente de la casa...

Mientras Brinda miraba en dirección a la caja de joyas, le pareció ver durante un segundo una hermosa mujer de cabellos negros con una especie de extraño velo sobre sus ojos, arrodillada ante el joyero. Después se dió cuenta de que no miraba la caja sino su reflejo en el espejo, y que la rara aparición debía haber sido producida por algún cortinado.

—Tengo los nervios tan excitados como los de Walker — murmuró sonriendo.

Y cuando por fin se durmió, tuvo un extraño sueño en el que tomaban parte Dick, Walker, lord Mountwyn, Vaslav y una hermosa mujer de cabellos negros y de piel bronceada, que tenía una misteriosa y tierna sonrisa, pero un vendaje cubrió de pronto los ojos de la mujer; y cuando Brinda quiso sacarlo encontró solamente dos profundos huecos de los que salían abundantes lágrimas.

* * *

La tarde de la explosión en el laboratorio de Dick, el príncipe Vaslav se hallaba sentado frente al lujoso escritorio de su estudio privado, moviendo descuidadamente las piezas de marfil, de ébano y de nogal circasiano, de un gran juego de ajedrez.

Alguien llamó discretamente a la puerta y un silencioso sirviente fué a abrirla, dejando entrar al chofer que había conducido el automóvil que llevara a Brinda.

Vaslav levantó la cabeza y miró al recién llegado con mirada dura y fría.

—¿Por qué no obedeció mis instrucciones, Mueller?

Se equivocó



—¿Cómo dices, querida? ¿Secretos militares? No, no conozco ninguno; soy el portero del hotel.

—El lugar era peligroso; hice lo que me pareció más conveniente dadas las circunstancias — respondió el hombre.

—¿Qué le pasa? ¿Es usted un cobarde?

—No más que usted — respondió el chofer con estudiada insolencia y dando un paso adelante. Pero no quiero arriesgar la vida nada más que para arreglar los asuntos amorosos de otros.

Los pies de Vaslav se movieron tan rápidamente, que su cuerpo pareció impulsado hacia atrás. Su voz fué sólo un murmullo cuando habló nuevamente, pero ese murmullo se parecía al ronroneo suave, pero terriblemente peligroso de un animal de la jungla salvaje.

—¿Acaso lo he empleado a usted para supervisar mi vida amorosa? O para decirlo de otra manera: ¿Ha observado usted alguna vez que no sea yo capaz de manejar tales asuntos por mí mismo?

—Esto es diferente. Usted está enamorado de esa Brinda. Sí, es verdad, usted está enamorado de ella — replicó el chofer dando muestras de nerviosidad ante los terribles ojos de su amo.

—¡Perro!, presume usted demasiado, y además no se ha descubierto. Yo mismo le quitaré la gorra.

Cruzó la habitación y abofeteó al chofer con tanta fuerza que el golpe sonó como un disparo. El hombre trastabilló tratando en vano de recoger la gorra que cayó al suelo. Entonces, introdujo rápidamente su mano derecha en el bolsillo del uniforme.

Dando un salto de tigre, Vaslav se arrojó sobre el hombre tomándolo por la muñeca y forcejeando con él de un lado al otro de la habitación. La pistola cayó al suelo; Vaslav la recogió velozmente y apuntó a su antagonista.

—¡No..., no!...

—No tema — dijo Vaslav sonriendo fríamente —, no tengo intención de matarlo. Es usted demasiado útil como... chofer. ¿Jura obedecerme de ahora en adelante sin hacer preguntas?

—Lo juro.

—Entonces recoja su gorra, retírese y no quiero más malos entendidos. Usted conoce sus deberes, cúmplalos como yo cumplo los míos. Y a propósito, prefiero que mi chofer me llame excelencia hasta cuando estemos solos. Buenas noches.

Lentamente, como contra sus propios deseos, el chofer recogió la gorra.

—Buenas noches... excelencia. No volverá a suceder. Conozco mis deberes.

Al cerrar la puerta tras de sí, se detuvo un instante y apareció en su rostro una rabiosa mueca de impotencia y de furia:

—Sí, príncipe Vaslav; conozco mis deberes, como lo sabrá cuando llegue la ocasión — murmuró.

CAPITULO XXVI

En el hospital habían informado a Brinda que podía ver a Dick Mandel entre las cinco y las seis. Lo encontró sentado en la cama, con la cabeza vendada, su brazo izquierdo en cabestrillo y el pecho envuelto en vendaje como el de una momia. Miró a Brinda e hizo ademán de hablar, pero se contuvo hasta que la enfermera salió del cuarto.

—¡Brinda!, he estado pensando en muchas cosas y la más importante de todas es que..., es que te amo, querida, y lo que es más, me voy a casar contigo tan pronto como pueda salir de aquí.

Los ojos de la muchacha se abrieron con asombro.

—¿De veras? — dijo con una sonrisa irónica —. ¡Qué amable eres, Dick! Supongo que yo no tengo nada que decir del asunto.

—Ven, acércate — dijo él.

Y cuando ella se inclinó para complacerle, concluyó:

—Recuerda que soy un hombre enfermo y que si me contradices puedo sufrir un colapso.

Pasó su brazo libre alrededor de la cintura de la muchacha, y atrayéndola hacia sí murmuró:

—Te amo, Brinda... ¡Te adoro!

Ella se resistió un instante débilmente, pero cuando sus labios se encontraron dejó de forcejear.

—¡Dick! — murmuró — ¡Mi querido Dick!

—¿No te estás burlando de un hombre enfermo, verdad? — preguntó él después de un instante.

—Oh, no!; creo que te he amado siempre, desde que estábamos en el colegio — dijo ella con voz baja y cálida —. Y te he vuelto a amar en el mismo instante que volví a verte.

—Comprendo, querida... Lo mismo me pasó a mí. Solamente que no lo comprendí hasta ahora.

—¿Y cuándo te diste cuenta de ello?

—Mientras yacía aquí, en el hospital, y pensaba. Tú me has salvado la vida, Brinda.

—¿Yo? ¿Y cómo?

—Aquella bomba estaba destinada para mí... Apagué las luces del laboratorio cuando fuí a buscar tabaco. La bomba se hallaba preparada para explotar cuando volviera a encenderlas; los expertos encontraron las conexiones.

—¿Quieres decir? — murmuró Brinda tragando saliva.

—Si hubiera vuelto al momento, habría volado yo en lugar del pobre guardia. Pero te encontré a ti y todo cambió.

—No querrás decir que quieres casarte conmigo por gratitud — dijo Brinda mirándolo fijamente.

—¡Oh, no, querida!; pero comprendí de pronto cuán terrible hubiera sido morir sin haberme casado contigo... Habría sido como no haber nacido.

La muchacha relajó entonces la tensión de sus facciones y pasó una mano por la mejilla del teniente. Este la tomó y la llevó a sus labios.

—¡Eres tan hermosa! — murmuró —; ¡y tan diferente de las demás!... Algo..., algo como una nueva fórmula química o un gran invento... ¡Oh!, ya sé que esto no te parecerá romántico, pero...

—¡Oh, sí, es romántico!... Estar aquí contigo, verte vivo y salvo cuando... podrías haber muerto.

—Me pareció que todo terminaba cuando esa pared me cayó encima.

—No debiste haber arriesgado así.

—Quizá no, pero temía que me hubiesen robado los planos. Están en esa caja que te di..., ¿recuerdas? — frunció de pronto la frente y continuó —: Cometí un error al dártela.

—¿Un error?, no comprendo — murmuró ella en tono de reproche.

—Sí, un error, pero no por lo que tú piensas. Sé que está perfectamente segura contigo; pero significaba un gran peligro para ti. Hay gente que desea poseerla a toda costa y nada los hubiera detenido.

—¿Quieres decir el enemigo?

—El enemigo, sus agentes, espías, quintacolumnistas. Gentes de las que nunca sospecharías. No debí haberte cargado con tal responsabilidad.

—Pero alguien debía hacerse cargo de ella... ¿O deseas que te la traiga?

—Nada de eso; sería una imprudencia traerla a este hospital — murmuró él moviendo la cabeza.

—Hay algo que no me has dicho, Dick. ¿Por qué son tan importantes esos planos?

—Es cierto, tú no lo sabes aún. Y es extraño. Me parece tan natural que sepas todo lo que me concierne...

En breves palabras la puso al corriente de lo que significaba su descubrimiento. Y mientras hablaba, sus ojos brillaban con una luz que ella no le había visto antes; una luz intensa, que casi daba miedo.

—Los rayos "Z" — explicó él —, eran una especie de nueva y extraña fuerza que había descubierto. No era posible aun saber todos sus alcances, pero por el momento podía ya interceptar los mensajes radiotelefónicos en un gran radio y además ampliar el campo de la televisión mucho más lejos que todo lo previsto, permitiendo actuar en distancias superiores a cinco mil kilómetros.

—¡Pero eso es magnífico, Dick! — exclamó ella —. Significa..., significa que serás rico.

—Significa que los dos seremos ricos... Pero por el momento no quiero hacerme rico con mi invento. Deseo salvar a Inglaterra y lo haré así, en lugar de comercializarme.

—Pero, ¿cómo?

—Ya sé lo que vas a decirme — exclamó él irguiéndose con sus mejillas rojas y olvidando sus costillas rotas y su brazo fracturado —; ¿has oído hablar de los androides?; imagínate aeroplanos dirigidos por androides volando sobre el campo enemigo, equipados con cámaras de rayos "Z" y aparatos de televisión. Nada de pilotos, solamente cámaras, aparatos y muchas bombas arrojadas por un equipo automático controlado por los rayos "Z". Podríamos derrotar al enemigo en una semana sin perder un solo hombre. ¿Comprendes ahora por qué me arriesgué para ir a buscar los planos? — tomó aliento y continuó mirando fijamente hacia adelante —: Aeroplanos..., miles de aeroplanos bombardeando al enemigo a la luz del día.

De pronto, Dick llevóse la mano a la cabeza, murmuró algunas frases ininteligibles y cayó exhausto hacia atrás.

Una enfermera entró acudiendo al llamado de Brinda, echó una mirada sobre Dick y le tomó el pulso.

—Debió haberme llamado antes — díjole a Brinda —; está muy mal.

Y le colocó un termómetro entre los labios.

Pero... no comprendo; estaba bien hace un instante.

—Nada de eso — respondió la enfermera mirando el termómetro —; ha estado delirando durante un cuarto de hora.

CAPITULO XXVII

—¡No lo creo! — exclamó Brinda.

Pero se detuvo de pronto. Después de todo, Dick podía haber sido víctima de la fiebre, y, en cualquier caso, ella no tenía derecho a traicionar su secreto.

Se quedó con una mirada de ansiedad en sus ojos, cuando el doctor que lo había examinado ligeramente ordenó una inyección calmante.

Cuando ella dejó la habitación, el herido dormía apaciblemente. Pero Brinda apenas pudo dormir esa noche; pensaba que la declaración de amor de Dick podía haber sido tan sólo el desvarío de un hombre enfermo. Pero no, no podía creerlo. Como tampoco podía dudar de la verdad de su invento. Sin embargo, permaneció despierta, inquieta y preocupada.

Decidió pedir consejo a sir John al día siguiente, pero antes del alba cayó en un profundo sueño y cuando despertó, su tutor había salido ya para la oficina. Impulsivamente telefoneó entonces al doctor Mac Donald, quien contestó alegremente después de haber oído sus confidencias:

—No temas, muchacha. Da la casualidad que pertenezco al personal de ese hospital; echaré una mirada sobre tu teniente.

Cuando Brinda colgó el auricular y se volvió, casi choca con la silenciosa figura del ama de llaves.

—Una carta para usted, señorita — murmuró con su acento sepulcral —; llegó en el correo de esta mañana.

La mujer miró con curiosidad mientras Brinda abría el lujoso sobre.

Era del príncipe Vaslav. Pero Brinda, al adivinar las miradas inquisitivas de Walker, esperó encontrarse a solas en su habitación para leerla. Estaba escrita en un estilo casi comercial. Le comunicaba que habría otro ensayo del ballet a la noche siguiente; sólo para las figuras principales, y confiaba en que ella no tendría inconveniente en asistir y le telefonearía aceptando su invitación. Unicamente la firma de la carta era un tanto familiar. Decía: *Vaslav.*

Brinda contempló la carta y la firma y quedó pensativa. Los últimos acontecimientos la habían hecho casi olvidar al príncipe, y ahora estaba Dick... Ya no sentía deseos de participar en el baile. Además, le parecía ya que Vaslav no era tan misterioso como había creído; sin embargo, como le prometiera tomar parte en la función de beneficio, no podía negarse ahora sin darle alguna explicación plausible. Escribió varias notas, pero las fué rompiendo una a una porque todas le parecían demasiado frías o demasiado triviales. Después de todo, se trataba de un príncipe; de un príncipe que la había tratado con gran cortesía y admiración. Por último, le escribió simplemente que concurriría al ensayo. Había resuelto ir para decirle personalmente lo que no le era posible expresar por escrito: que debía buscar una nueva reina para el ballet del ajedrez.

Al salir a la calle para dejar la carta en un buzón, vió la maciza figura del doctor Mac Donald. Estaba estacionando su coche justamente en el mismo lugar donde Kenley había hallado la muerte; el recuerdo hizo estremecer a la muchacha.

—¡Ah!, ¿eres tú, muchacha? — dijo el doctor al verla.

—¿Cómo está Dick? — le preguntó ansiosamente ella atajando la verbosidad del médico.

—Está bien, muchacha, no hay nada que temer. Apuesto mi reputación a que el joven saldrá del hospital dentro de una quincena.

En el mismo instante, el día opaco de Londres se convirtió en radiante para Brinda.

—Dígame algo más — exclamó en tono de súplica.

—No hay nada más que decir — respondió el doctor —. El joven tenía una extensa herida en la cabeza y se le ha movido algo el vendaje del pecho, lo que fué causa de que le subiera la temperatura. Además, ha estado bajo una tremenda tensión nerviosa... Sería mejor que no tuviera más emociones hasta que su temperatura sea normal.

—¿Soy yo una de esas emociones? — preguntó Brinda sonriendo mientras caminaba tras el doctor que volvía hacia el automóvil.

El médico se instaló en su pequeño coche y luego la miró con fingida seriedad.

—Como médico responsable — le dijo —, debo decirte que tú eres su mayor emoción.

El automóvil se alejaba lentamente y sólo entonces recordó Brinda que no había preguntado al médico si Dick se hallaba en posesión de todas sus facultades mentales cuando había hablado acerca de sus rayos "Z" y de sus posibilidades de aplicarlos a la televisión a larga distancia y al bombardeo de las posesiones enemigas con aviones autómatas cargados de bombas. Pero eso ya no le interesaba. Lo verdaderamente importante para ella era que Dick iba recobrando, poco a poco, la salud.

Aquella noche Brinda esperó hasta tarde poder conversar con sir John. Pero esos días eran de intenso trabajo para el jefe del *Intelligence Service* y era ya más de medianoche cuando el hombre llegó a su casa.

Aun cuando las heridas que le infligiera el desconocido asesino en casa de lord Mountwyn habían ya cicatrizado, sir John no se sentía aún tan fuerte como de costumbre, y en su rostro veíanse las huellas del cansancio y la debilidad. Brinda prefirió no molestarlo con nuevos problemas, limitándose a reñirle cariñosamente para que se pusiera en cama lo antes posible. Le parecía que ya no era tan fácil para ella hablar libremente con él esos días. Tenía la sensación de que la infortunada mención de Mata Hari había levantado una invisible barrera entre los dos.

¡Mata Hari!... Resultaba extraño que el fantasma de aquella mujer espía fuera evocado aún. La gente había olvidado muchos otros nombres famosos en la guerra, pero no aquellas dos exóticas palabras. Cuatro sílabas extrañamente suaves y misteriosas; algo como un canto de Oriente... Brinda recordaba haber leído algo acerca de ella: holandesa..., francesa..., javanesa. Una bailarina y una cortesana también. Un mujer que había cautivado a los oficiales franceses hasta arrancarles secretos militares que luego vendía a los agentes alemanes.

No dudaba que era justiciera su muerte frente a un pelotón de soldados franceses, pero ¿qué clase de mujer habría sido antes de convertirse en espía? ¿Habría amado alguna vez, realmente? Quizá haya estado casada y tuvo hijos... Pero, ¿qué importaba todo eso? Para la historia no era más que un signo de la fatal influencia femenina, un moderno tipo de Helena o de Cleopatra, una sirena seductora cuyos cabellos brillantes y negros como el ébano, eran una trampa para el honor de los hombres, cuyos blancos y torneados brazos los envolvían empujándolos hacia el deshonor.

* * *

Dick tenía aún prohibición de recibir visitas hasta el día siguiente, y Brinda debió recurrir a su entrevista con Vaslav sin poder verlo.

El príncipe la recibió con sus modales corteses de siempre, y una vez más ella se vió forzada a reconocer que era un hombre educado y atractivo. "Pero no tan atractivo como Dick" — pensó, y al mismo tiempo ocurrióscle que era algo desleal por su parte encontrarse allí; y esperó con impaciencia una ocasión para comunicar a Vaslav el cambio de su opinión.

En ese momento el príncipe se hallaba dando órdenes a un electricista acerca de la colocación de un reflector. Mientras esperaba, Brinda sintió que una puerta se abría tras ella, y de pronto contuvo el aliento y se quedó inmóvil. A sus oídos llegó un tac-tac regular, espaciado; largo y corto a intervalos. Sólo una vez antes había escuchado tal ruido...; fuera en la casa del páramo..., la estación secreta de telegrafía de los espías enemigos.

Pero, ¿para qué tendría el príncipe una estación de telegrafía? Se volvió para tratar de averiguar de dónde provenía aquel ruido, pero era demasiado tarde; en el mismo momento cerróse la puerta y el sonido no se escuchó ya más. Un instante después, Vaslav se hallaba a su lado.

—Espero que me perdonará — le dijo inclinándose ante ella —; he agregado algunos nuevos efectos de luces al ballet. Algo muy novedoso que requiere mucha atención. Comenzaremos dentro de un instante... ¿Está usted pronta?

Con el sonido de aquella misteriosa señal de la telegrafía sin hilos todavía en sus oídos, Brinda cambió rápidamente de parecer.

—¿Pronta? — preguntó —. ¡Oh, sí!

CAPITULO XXVIII

Su primer ensayo para el papel de reina del ballet del ajedrez, hubiera sido muy interesante y absorbente para Brinda si ello no hubiera estado atenta para tratar de escuchar una repetición del misterioso zumbido. Pero la inconfundible señal, si la hubo, no volvió a repetirse.

Al final de la noche comenzó a preguntarse si no habría sido víctima de un error. Posiblemente el ruido provenía de algún complicado aparato eléctrico de aquellos que preocupaban tanto al príncipe Vaslav, y que éste iba a emplear en sus nuevos efectos de luces. Pero Brinda había tomado ya su decisión y no era ella, por cierto, quién iba a volverse atrás.

Además de Brinda, la figura principal del ballet, éste incluía dos jóvenes muy elegantes, quienes, aun cuando tenían muy poco que hacer constituían excelentes reyes, y una docena de muchachas, algunas de las cuales eran conocidas de Brinda. A otras no las había visto antes. La compañía parecía ser una encantadora colección de bohemios y aristócratas... Sin embargo era a Brinda a quien Vaslav demostraba mayor atención.

Poco después, Brinda casi había olvidado el ruido misterioso del trasmisor telegráfico, cautivada por el hechizo de la danza que le hizo abstraerse de todo cuanto la rodeaba y entregarse con pasión a su papel de reina del ballet. Se hallaba en un mundo donde todo era encantador y fantástico como lleno de luces y de colores, y donde todos rendían pleitesía a su belleza y a su arte.

Se hallaba sorprendida íntimamente de ver que la danza no incluía ningún movimiento antiestético o brusco que pudiera corresponder a alguna de las medidas de juego de ajedrez. Por el contrario, las figuras de la danza eran flúidas y armoniosas, suaves piruetas de escaque a escaque, ligeros y graciosos cambios de posición, de acuerdo a un plan que recordaba vagamente las reglas del juego, aunque no fueran fijas y exactas.

Como reina que era, sus propios movimientos resultaban los menos restringidos de todos, y danzaba, corría y giraba por todo el tablero hundiéndose más y más en el atractivo de su papel y de las figuras del ballet.

—Vaslav es hoy tan correcto como siempre — le dijo madame Badarouff durante un descanso — y usted, querida, es una bailarina maravillosa; parece que hubiera nacido con el fuego sagrado de la danza... Pero si me permite, le diré que debe aprender aún algunos trucos del oficio. ¿No le agradaría venir conmigo estos días para hacer un ensayo privado?

Brinda aceptó entusiasmada. Un ensayo privado le daría oportunidad de aprender muchas cosas acerca de Vaslav y de su extraña vida en Londres.

Sin embargo, después que pasaron dos

semanas y que hubo tomado parte en muchos ensayos públicos y privados, se vió obligada a confesar que no conocía mucho más que al principio.

La única cosa de que se halla segura era de que Vaslav estaba enamorado de ella. No hubiera podido decir con exactitud cómo lo sabía. No era precisamente por que él hubiera adoptado una pose de adoración; pero, sin embargo, su femineidad le advertía que el hombre la amaba más cada día. Lo adivinaba cada vez que Vaslav se hallaba junto a ella... Era como un tremendo póder de anhelos y deseos firmemente contenidos. Pensó qué estaría él esperando... Quizá una correspondencia de su parte; pensó también que él estaría acostumbrado a provocar tales retribuciones y quizá hubiera podido enamorarse de él si no hubiera sido porque ahora le pertenecía a Dick... Era inmensamente feliz cuando lo veía casi a diario en el hospital, cuando él la besaba, cuando leía en sus ojos el amor tan profundo que le profesaba.

Gladys también habíalo visitado, pero solamente una vez. Dick le había contado todo a Brinda.

—No puedo comprender a Gladys — le había dicho al describirle la visita de su novia oficial —; no me ama y ciertamente no desea casarse conmigo. No me ha dejado la menor duda de ello y sin embargo no desea romper públicamente nuestro compromiso, por lo menos en este momento... ¿Qué piensas tú de todo eso?

Brinda no respondió, pero tampoco le atribuyó mayor importancia. Era algo que podía esperar hasta que Dick se repusiera completamente. Después, las cosas cambiarían.

En otra ocasión, Gladys hizo a Dick una segunda visita. Cuando Brinda llegó más tarde, Dick le preguntó mirándola profundamente en los ojos:

—Gladys me ha dicho que sigues yendo a casa de Vaslav... ¿Es cierto?

—Sí, querido, es cierto — respondió Brinda con naturalidad —; estoy ensayando para el ballet del ajedrez. El del beneficio de los refugiados.

—Preferiría que no lo hicieras, Brinda — dijo Dick frunciendo la frente —; por supuesto no tengo derecho a decirte lo que debes hacer; pero..., pero, bueno, supongo que estoy celoso.

—¿Por mí o por Gladys, Dick? — preguntó Brinda sin poderse contener.

—¿Cómo?..., bien sabes que Gladys no me importa absolutamente nada y, además, no creo que ella guste de Vaslav. El es para Gladys una especie de muñeco social, pero tú... Bueno, siempre tengo la idea de que congeniabas con el príncipe desde aquel día que bailaste con él en el restaurante.

—Gracias — dijo Brinda con acento un tanto irritado —; en otras palabras, quieres decir que soy más susceptible que Gladys. Más fácil de conquistar.

—¡Oh, por favor! — exclamó Dick —; no quise decir eso. De veras, querida, no he deseado ofenderte.

Esta fué la primera rencilla. Hicieron las paces inmediatamente cuando Dick se disculpó y lamentó lo dicho.

No se habló más acerca de las visitas de Brinda y de los ensayos del ballet, pero ella comenzó a lamentar no haber seguido su primera decisión.

Sin embargo, pronto iban a tener otra querella. Al dejar el hospital, Dick había decidido ir a casa uno de sus amigos de la infancia, en Harwich, para reponerse. El día anterior a su salida del hospital dijo a Brinda que iba a visitar a lord Mountwyn antes de partir.

—No me agrada mucho esto — agregó —, pero el lord está interesado en mi invento y no puedo rehusar. Además, querida, es importante que vuelva a trabajar lo más pronto posible.

A su pedido, Brinda le llevó los planos que guardara hasta entonces tan cuidadosamente.

—Quisiera que fueras a cualquier otra parte menos allí, Dick — le dijo —; no a causa de Gladys, sino..., porque..., bueno..., hay algo acerca de Lord Mountwyn que no me agrada.

—¡Oh, te equivocas, Brinda!; es de toda confianza — respondió Dick sin convicción —; de todos modos tú haces lo que te agrada..., con el ballet de Vaslav, por ejemplo.

Brinda no quiso continuar la querella, pero si Vaslav hubiera conocido aquel incidente esa noche habría podido tener su oportunidad. En lugar de ello ocurrióseie hacer algunos cambios radicales en los pasos que Brinda había ya aprendido de memoria. Esto la puso tan furiosa que casi rompe enteramente con él y con el ballet, pero algo instintivo la contuvo. Así, pues, se puso a practicar los nuevos pasos, no solamente en el estudio sino también en su casa, ante el espejo.

Para comprender mejor los nuevos cambios introducidos en el baile, tomó el tablero de ajedrez de sir John y al ir marcándolos con una reina del juego, anotaba cada movimiento en un papel, con los signos usados por los jugadores para registrar sus movidas.

Poco después, sin embargo, incapaz de pensar en nada que no fuera Dick, arrugó el papel arrojándolo en un canasto cercano.

Allí lo encontró al día siguiente el ama de llaves Walker, quien, con una maligna exclamación de triunfo se lo presentó al jefe del *Intelligence Service*.

—¿Dice usted que encontró este papel en el cuarto de mi sobrina? — le preguntó éste.

—Eso es — respondió ella — y estoy segura que está escrito en clave. Además tenía escondida en su joyero una pequeña caja de metal que ha desaparecido ahora..., y todos los días entra y sale a altas horas de la noche.

—Estos no son más que signos de una partida de ajedrez — murmuró sir John echando una rápida mirada sobre las anotaciones del papel —; a menudo hago yo también algo parecido. Lo siento, buena mujer, pero creo que tiene usted afectada la mente. Es mejor que busque otra ocupación.

—¿Quiere decir que estoy despedida?

—¡No puedo tener espías en mi casa — respondió enérgicamente sir John.

—¡No puedo tener espías! ¡En esta casa! ¡Esta sí que es buena! — exclamó Walker riendo desagradablemente —. Bueno, si no tiene usted una que se llama Brinda, me juego la cabeza. Ajedrez o no ajedrez.

Cuando salió del cuarto, sir John llamó a su ordenanza.

—Es mejor que la vigilen — dijo —; temo que se haya vuelto loca.

Echó una mira distraída a las jugadas del papel y de pronto se puso serio:

—¿Cómo?... ¿Qué es esto? — se dirigió al teléfono, marcó un número y continuó —: ¿Capitán Bolling?, envíeme inmediatamente su mejor descifrador de claves secretas.

El experto llegó un instante después.

—Siéntese — le dijo sir John —, tengo algo muy interesante aquí —. Parece que está en clave. Deseo que lo examine.

CAPITULO XXIX

Durante poco más de una hora el experto estudió profundamente los signos anotados en el papel.

—Está en clave, sir John — dijo finalmente —, pero es algo muy complicado. Por de pronto creo que no está escrito en inglés..., casi estoy seguro de ello; tardaré tiempo en descubrir la clave; hay muy poco material para trabajar, apenas cinco o seis palabras.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—No podría decirlo, quizá un día, quizá una semana, quizá más.

—Deje todo lo demás hasta que haya resuelto eso — exclamó sir John.

Cuando el agente abandonó su despacho, el jefe del *Intelligence Service* se dejó caer en la silla con el desaliento marcado en sus severas facciones.

—Bueno — dijo amargamente —, Mac Donald ha perdido, aunque el asunto de la herencia lo explica todo; es la verdadera hija de Mata Hari; no puede negarse.

Pero en el fondo de su ser, no podía dejarse dominar por aquella idea. Comenzó a pasear con impaciencia a lo largo del cuarto... Brinda..., Brinda..., ¿sería posible? ¿Debería llamarla para que le explicara todo? No, eso no daría resultado. Si verdaderamente era una espía, o si un agente de la quinta columna, la estaba utilizando diestramente en ese sentido, no haría sino ponerlos sobre aviso.

De pronto creyó recordar algo... ¿Qué era lo que le había dicho el ama de llaves? "Entrando y saliendo a altas horas de la noche". Sí, ya recordaba, aquel beneficio para los refugiados, un baile o algo así. Un motivo perfectamente respectable..., un asunto patriótico, el príncipe Vaslav lo había iniciado... Vaslav...

—No será que... — exclamó dejando su pensamiento sin terminar.

Pero poco después, al llegar a su oficina, llamó a su secretario privado y le pidió la ficha del príncipe Vaslav.

—No tenemos — dijo el ayudante mirándolo con asombro —, ¿no recuerda usted?...

Y murmuró el resto de la frase a su oído.

—Sí, ya sé — exclamó Sanderson con impaciencia —, pero en este momento no me interesan sus amistades reales ni quién responde por él. Temo que haya habido muchos individuos de esa clase aquí y del otro lado del canal. Si no hemos fichado a esos hombres hasta ahora, este es el momento de hacerlo. Espero que tenga una información completa hoy mismo. Pediré por ella en el momento oportuno.

—Muy bien, señor, haré todo lo posible — respondió el secretario un tanto confuso.

* * *

Durante las semanas de ensayo, Brinda buscó todas las ocasiones posibles para familiarizarse con los misterios de la residencia de Vaslav. No era fácil, sin embargo, porque los sirvientes aparecían siempre en los lugares menos esperados, en cada puerta, en cada rincón, detrás de cada cortinado. Pero como si la impulsara un secreto presentimiento, Brinda no cejaba en su empeño. Lo que más la atraía era aquella puerta donde una noche sintiera el inconfundible zumbido del trasmisor telegráfico. Era una irresistible atracción lo que la impulsaba hacia aquella puerta que, por extraña coincidencia, se hallaba siempre cerrada.

Por fin llegó la noche en que estaba segura de haberlo hallado. Había sido una noche larga y pesada. Después del ensayo, Brinda, que se hallaba cambiando de traje, oyó que los demás bailarines se despedían de Valsav, y que éste les daba las buenas noches. Por un instante el corredor del piso superior quedó vacío. Y Brinda aprovechó la ocasión para dirigirse apresuradamente hacia el lugar donde debía hallarse aquella misteriosa puerta, con su corazón latiendo apresuradamente. Pero cuando llegó allí no había tal puerta. Encontró solamente un gran cortinado. Dióse vuelta para volver sobre sus pasos... y se halló de manos a boca con Vaslav.

El príncipe la miró sonriente, brillando en sus negros ojos una tierna caricia de amor.

—¡Ah! — dijo suavemente —, por fin ha descubierto usted mi pequeño secreto. Bueno... ya era hora.

Tocó el cortinado y éste se deslizó hacia la derecha dejando al descubierto una estrecha entrada en la pared. Luego, sin saber ella cómo, aquel trozo de pared deslizóse también sin ruido.

—¿Quiere usted entrar? — dijo él haciendo una ceremoniosa reverencia. Y como Brinda vacilara agregó —: ¡Oh!, no me negará ahora el placer de satisfacer su curiosidad, mi encantadora bailarina.

El reto que encerraban aquellas palabras la decidió.

—Nunca sospeché que hubiera aquí un ascensor — dijo Brinda sonriendo.

—Es muy pequeño, en verdad — respondió el príncipe —, pero suficiente para mis usos.

Entró en el ascensor detrás de la muchacha, cerró las puertas y el aparato comenzó a ascender sin originar el menor ruido.

—Mi retiro secreto...; sea usted bienvenida — dijo el príncipe cuando el ascensor se detuvo, abriendo la puerta.

Brinda echó una ojeada por la habitación. Vió el mapamundi, los libros y el espacioso sofá. Pero ni el menor signo de telégrafo. Entonces pensó que el sonido debía haberle llegado desde alguna otra habitación del edificio, la cual daba también al ascensor.

Bajo la mirada penetrante de Vaslav comprendió de pronto cuán completamente aislada del mundo se hallaba en aquella habitación.

—Por favor..., siéntese — dijo él —. No..., un instante..., quédese así como está... Déjeme contemplarla.

De pronto, sin ningún aviso, sus brazos la envolvieron en un círculo irrompible. Ella luchó, golpeando su pecho con los puños, mientras él sonriendo la atraía hacia sí, en una mezcla de ternura y ferocidad. Luego, con una mano, la retuvo por la cintura en tanto con la otra echaba hacia atrás su cabeza. Deliberadamente, con lentitud, la besó con fuerza en los labios. Ella echó su rostro para atrás y sus besos continuaron quemándole las mejillas y el cuello.

Brinda sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento de terror. No le cupo ya duda de que se hallaba indefensa en su poder. La voz del hombre sonó espesa y profunda, cuando dijo:

—¡Querida! ¡Te amo!... ¿No comprendes? ¡Te adoro!

Por un instante Brinda se maravilló de que hubiera podido ser tan tonta como para ponerse en su poder. Se sentía desamparada, atrapada, y tuvo miedo... No solamente miedo de Vaslav, sino también de los impulsos secretos que surgían de lo más profundo de su ser. Sin quererlo, pensó lo que habría hecho *ella*: ¿qué hubiera hecho Mata Hari en un trance semejante? E instantáneamente tuvo la respuesta tan segura como si alguien hubiera susurrado las palabras en su oído.

Dominándose, devolvió los besos de Vaslav. Se esforzó en sonreír y dió a sus ojos una expresión de admirable languidez.

—No necesita sujetarme — murmuró —, no deseo huir.

—¿Estás segura?

—¡Oh, sí, Vaslav; sí.

Lentamente, aflojó Vaslav el estrecho abrazo con que la tenía sujeta. La muchacha deslizóse de entre sus brazos, y como él pretendiera volver a abrazarla, ella exclamó prontamente.

—Espera..., me has lastimado.

Después, miró en derredor como si buscara algo que se le hubiera caído en el piso, y, antes de que Vaslav hubiera podido adivinar su intención, avanzó rápidamente hacia un lugar determinado. Después un objeto brillante, delgado y puntiagudo brilló en su mano. En la pared, un lugar vacío entre los trofeos de Vaslav indicaba el lugar de donde Brinda había tomado la daga.

—Muy ingenioso — exclamó él contrayendo las facciones y mirándola con enojo —. Pero absolutamente inútil. Dudo que sepa usted usarlo.

Y mientras hablaba iba avanzando lentamente hacia ella en tanto que una sonrisa sardónica plegaba sus labios.

—¿Se atreverá a usarlo?

—Lo usaré si avanza un paso más — exclamó Brinda con decisión.

—¿De veras? No lo creo — murmuró él.

CAPITULO XXX

Brinda lo acometió ciegamente. Rápido como un gato, Vaslav saltó hacia atrás lo suficientemente lejos como para no ser herido y con un justo movimiento se apoderó de su muñeca.

—Arroje el puñal al suelo, o me veré obligado a lastimarla — dijo.

La daga cayó al suelo y Vaslav la recogió arrojándola hacia un rincón.

—Me hubiera usted herido si no ando ligero — exclamó casi con admiración.

Cruzóse después de brazos y la contempló en silencio.

—Y eso a pesar de haberle salvado la vida tres veces. Es mucha ingratitud de su parte.

—¿De haberme salvado la vida? ¿Qué quiere usted decir? — preguntó Brinda, mirándolo con asombro.

—No es nada... Nada importante por el momento; quizá algún día se lo contaré.

Abriendo una hermosa caja de marfil le ofreció un cigarrillo. Ella declinó el ofrecimiento con un movimiento de cabeza. El tomó uno y lo encendió.

—Bueno, verdaderamente lo siento mucho.

—¿Haberme salvado la vida?...

—Siento haberla irritado hasta el punto de que usted tratara de quitarme la vida... ¿No podría usted perdonarme?

¿Estaba él burlándose?... Brinda buscó en su rostro una sonrisa de mofa, pero lo halló serio. Comprendió que él no se opondría ya a su partida, y esa brusca transición del peligro a la seguridad aflojó de pronto sus nervios después de las violentas emociones de un momento antes, y tuvo que buscar apoyo en una silla. Sus piernas flaquearon y entonces se dejó caer en ella. Vaslav corrió a su lado agitado, con el rostro descompuesto, murmurando apasionadas palabras de ternura y reprochándose a sí mismo su falta de tacto. De pronto se arrodilló ante ella implorando su perdón.

Brinda, por su parte, tenía la sensación de que estaba representando un papel; un papel que comprendía podría llevar hasta el fin con toda soltura y sin traicionarse.

—Por favor, Vaslav, levántese — murmuró —; no, no se vaya, siéntese aquí... Y dígame, ¿qué le ha sucedido? Creo que tengo derecho a saberlo.

—Sí, es cierto — murmuró él meditando un instante con los ojos fijos en un punto tras ella —; sólo hay una razón para explicarme. Es porque... ¡La amo! Sí..., le doy mi palabra de que es cierto...; la he amado desde el primer día que bailamos juntos... Ninguna mujer ha significado tanto para mí; y creo que no amaré ya a ninguna otra. Y debe usted creer que esto es cierto, porque comprendo ahora que usted no me ama... ¿No es verdad?

—Lo siento, pero... temo que tenga razón.

—¡Ah!..., ¿por qué no me hundió usted ese cuchillo en el corazón? — murmuró él mirándola con ojos en los que se veía una viva desesperación —. Es curioso..., hasta ahora creí que usted podría corresponderme alguna vez... ¿Por qué?... ¿Por qué de todas las mujeres será usted la única que no puede ser mía?

¿Qué podría ella decirle? Por supuesto sería fácil revelarle su amor por Dick, pero esto no la ayudaría a descubrir las cosas que deseaba conocer.

—Quizá es a causa de su aire misterioso... Bueno, con franqueza, porque no lo conozco realmente. No sé cómo explicarle, pero usted parece... como esta casa; lleno de extraños y sorprendentes secretos — dijo ella con voz suave.

—Puede ser que así sea, pero eso podría remediarse fácilmente — dijo él asintiendo con gravedad.

—¿Usted cree?...

—Ciertamente. Le diré todos mis secretos. ¿Qué desea usted saber? — respondió él haciendo un amplio gesto con las manos — ¿Cuándo me enamoré de usted?; fué la primera vez que la vi en casa de lord Mountwyn.

—¡Oh, no!, me refiero a sus secretos íntimos — exclamó Brinda —; por ejemplo, ¿qué quiso usted decir cuando afirmó que me había salvado la vida?

Vaslav encendió un cigarrillo y arrojó una larga columna de humo blanquecino, mientras meditaba un instante.

—Ese es un asunto un poco complicado, Brinda — dijo él —; ¡oh, sí!, no dude que se lo contaré todo, pero quizá más tarde, en otra ocasión. Por ejemplo, después del ballet.

—El ballet... — ella quedó un tanto asombrada de su seguridad.

Sin embargo, pensó, habiendo ido tan lejos, ¿por qué se volvería atrás ahora? Especialmente cuando tenía dilucidado casi el misterio que envolvía a Vaslav. Pensó un instante y luego murmuró:

—Sí, después del ballet...

—Me temo que podré prestar ahora muy poca atención al beneficio, pero haré todo lo posible. Mientras tanto..., ¿no me dará usted alguna esperanza?

—No sé — dijo ella evasiva —; por ahora aténgase a nuestro convenio. Después del ballet, ya veremos...

Brinda levantóse de pronto y teniendo un súbito deseo de encontrarse a salvo en su casa entre las frescas sábanas de su cama. Apenas temía ya a Vaslav, ahora que lo sabía enamorado de ella, pero sin embargo sintió una sensación de soledad al encontrarse de nuevo en medio del amplio y desierto *hall*. Pensó que nunca más volvería a entrar en aquel ascensor secreto; aquel pequeño, extraño y apartado cuarto le daba una íntima sensación de miedo y de desamparo.

Le pareció que habían transcurrido años desde que, al terminar el ensayo, comenzara aquella rápida y emocionante aventura. Su primera aventura. Una rápida mirada al reloj le hizo ver que, en efecto, el tiempo había transcurrido insensible y eran ya cerca de las tres de la madrugada.

—La llevaré hasta su casa — dijo Vaslav —, pero desgraciadamente mi automóvil está descompuesto; espero que no le desagradará ir en taxi.

Ella pudo sentir el fuerte temblor de sus manos mientras la ayudaba a ponerse el tapado; y comprendiendo cuán fuerte podía ser una pasión contenida, tembló.

—Realmente no es necesario que se moleste — dijo ella al tomar asiento en el taxi.

Plancha



—No tema perder el tren, patrón; González adelantó el reloj media hora.

—Dudo que comprenda usted mi conducta, Brinda — dijo él —, pero quisiera explicarle...

Después, cuando estaba ya por subir al automóvil, Brinda vió que se acercaba a él un hombre que salía de entre las sombras de la gran mansión.

El príncipe exhaló una exclamación de disgusto y se volvió a medias.

—No tengo suerte — dijo —, creo que de todos modos tendré que dejarla ir sola.

—¿Otro misterio? — preguntó ella sonriendo apenas.

—Sí..., pero también podré explicarlo.

Vaslav tomó luego su mano y la besó con ardor.

—Buenas noches, mi *Dushka*, la adoro.

Mientras el taxi se alejaba, él se volvió lentamente hacia la casa. Cambió unas palabras con el hombre y entró en la mansión. En el *hall* lo esperaba, furiosa y de pie, Lady Gladys.

—¡De modo que ésa es tu nueva conquista! — exclamó con rabia la rubia y bella hija de lord Mountwyn —. ¡Has ido demasiado lejos esa vez!; esto debe terminar inmediatamente... ¿Me oyes?

—No soy sordo... ¿Cómo te propones conseguirlo? — preguntó Vaslav fríamente.

—Ya lo sabrás. Pondré a sir John Sanderson sobre aviso, no solamente acerca de su preciosa Brinda, sino también acerca de ti. Le diré... *todo*. ¿Comprendes?

—Sí, perfectamente; y ahora vete.

Lady Gladys lo miró incrédula.

—Lo haré, Vassie — murmuró furiosa —; lo haré. No estoy fingiendo; te doy mi palabra de que lo haré.

—Vete... y no vuelvas hasta que no seas razonable — dijo Vaslav abriendo la puerta.

Y cuando Gladys salió a la calle, Vaslav tosió fuertemente dos veces. Una sombra salió entonces de junto a la pared del palacio, dibujándose vagamente la maciza figura del chofer. El príncipe señalo a la mujer. El hombre asintió en silencio con la cabeza.

Si Gladys hubiese mirado atrás mientras caminaba rápidamente por la calle, habría visto una siniestra sombra siguiéndola siempre a la misma distancia, no muy cerca para ser vista, pero sin perderla de vista.

CAPITULO XXXI

Londres parecía envuelto en una especie de verano hindú de la civilización. Dorados sueños de paz y de seguridad adormecían a los políticos..., aunque esos sueños iban a ser pronto fieramente sacudidos.

En Londres, las ordenanzas de oscurecimiento no se cumplían. Los teatros y los clubs nocturnos estaban iluminados, llenos de alegres trasnochadores. Los últimos londinenses que fueran evacuados hacia el campo en el mes de septiembre volvían poco a poco a la ciudad. Las máscaras antigases no estaban ya de moda; no se construían ya refugios contra ataques aéreos; las gentes reían de las ocasionales alarmas, siempre falsas, de las sirenas de Londres; pero, a despecho de todo, el fantasma de la guerra se cernía de continuo sobre aquellas gentes.

* * *

El entusiasmo de Vaslav por su baile de beneficencia no era fingido, y cuando llegó la esperada noche, Covent Garden, vió desfilar a toda la aristocracia británica; diplomáticos, políticos, oficiales de la armada y del ejército y resplandecientes figuras sociales. Era también conspicua la mezcolanza usual de los aspirantes a ingresar en ese círculo social; gentes que con gusto habían pagado sus dos libras y diez chelines por el privilegio de codearse con los grandes de Inglaterra.

Las figuras principales habían realizado un ensayo final durante la tarde. El tablero de ajedrez, compuesto de los usuales escaques blancos y negros cada uno de tres pies de diámetro, ocupaba toda la escena. Tras el telón, sentíase el acostumbrado movimiento febril de los últimos minutos, aumentado por la presencia de los aficionados que intervenían en la obra y por el hecho de que aquella era su primera prueba.

Vaslav estaba en todas partes, moviéndose con gracia felina entre los artistas, arreglando trajes, discutiendo y dando órdenes a los electricistas y los tramoyistas, y dirigiendo breves frases de elogio o de amonestación.

A pesar suyo, Brinda sentíase impulsada a admirarlo, aun cuando, de pronto, se le ocurrió que toda ese energía de acción hubiera estado mejor empleada en las fuerzas del ejército. Sin embargo, aquello estaba destinado también al bien de Inglaterra; y quizá, después de todo, Inglaterra necesitaba hombres que bailaran y hombres que pelearan. Además, el príncipe era ruso y eso lo eximía de tomar las armas.

De pronto, el príncipe vió a Brinda y, excusándose ante una joven bailarina con quien hablaba, cruzó rápidamente el salón. Con su expresiva mirada rindió tributo a la hermosura de la muchacha.

—¡Soberbio! — exclamó mientras sus ojos se detenían en cada detalle: el brillo de sus cabellos, la exquisita elegancia de sus vestidos, sus ojos, grandes y oscuros, su blanca espalda y la torneada línea de sus piernas —. ¡Usted es en verdad una reina! ¡Una reina de oro y de marfil, tan bella como para reinar sobre cualquier imperio!... Quién sabe; quizá después que esta guerra termine, eso podrá ser realidad.

Las últimas palabras las pronunció mientras aparecía en sus labios una extraña y misteriosa sonrisa.

—¡Todavía misterioso! — exclamó Brinda mirándolo fijamente.

—Tan sólo hasta después del ballet — susurró él a su oído —; ya sabe el trato...; mis secretos por su amor..., ¡por usted!

—¿Está seguro de que no llevaré yo la peor parte en el cambio? — preguntó Brinda sonriendo.

—Usted juzgará. Pero no juego por bagatelas, tratándose de la vida o de la muerte; al fin y al cabo se requiere algo más que un par de asesinatos para implantar una dinastía.

El hombre irguióse y echó orgullosamente hacia atrás su cabeza. Brinda comprendió lo que nunca había comprendido hasta entonces: que cualesquiera que fueran los pecados y los errores de Vaslav, éste nunca olvidaba que tenía sangre real en sus venas. El fin habría justificado sus medios si al final de su aventura llegaba a situarse a la altura de un trono.

En este momento se le aproximó un hombre vestido con ropas de obrero. Vaslav se volvió hacia él y habló breves palabras en voz baja. Luego habló otra vez con Brinda.

—Usted me hace olvidar continuamente mis deberes — murmuró sonriendo —; casi no recordaba ya que debía advertirle que posiblemente habrá algunos cambios en el baile. Se trata de algunos pasos que no será difícil aprender; en tal caso le daré las instrucciones necesarias en el momento preciso. ¿Cree usted que podrá aprenderlos sin ensayar?

—Con tal de que no sean muy difíciles — contestó Brinda.

Hasta ese momento Vaslav había cambiado sus movimientos de cuadrado a cuadrado tan a menudo, que la joven conocía de memoria cada casillero del escenario.

—Bien, cuento con usted; os otros no podrían hacerlo... Pero el público los olvidará mirándola a usted, mi encantadora bailarina.

Le hizo con la mano una señal de despedida y se alejó. Y solamente entonces recordó Brinda que había olvidado preguntarle el porqué de ese último cambio.

CAPITULO XXXII

En ese instante se le aproximó madame Badarouff.

—Mire, la casa está llena — le dijo indicando con un gesto la mirilla del telón.

Brinda acercó el rostro a la abertura. La concurrencia continuaba llegando... ¿Estaría Dick allí? Las relaciones entre ambos habíanse enfriado a raíz de la decisión del joven marino de aceptar la hospitalidad de lord Mountwyn, y hasta entonces no había trascendido ningún rumor de que él hubiese roto oficialmente su compromiso con Lady Gladys.

Su mirada recorrió la platea y luego los palcos. De pronto contuvo el aliento; en uno de ellos vió a lord Mountwyn y sentado tras él estaba Dick. Allí vió también la delgada y alta figura de sir John y la cabeza maciza y las anchas espaldas del doctor Mac Donald.

Una ola de felicidad la envolvió. Dick no había aprobado su participación en el ballet, pero había ido a verla. Y también sir John, a pesar de sus responsabilidades y de sus preocupaciones. Pero... ¿dónde estaba lady Gladys y por qué no iba ninguno de ellos a visitarla entre bastidores? Quizá Dick fuera, si no lo hacían los otros.

—Creo que necesito algún descanso; me retiraré algunos instantes a mi camarín — dijo volviéndose hacia madame Badarouff.

—Me parece muy bien — respondió ésta —. La función comenzará dentro de un cuarto de hora y usted necesita un descanso.

Cuando Brinda llegaba a las escaleras que conducían hacia su camarín, alguien le deslizó un papel en la mano.

—De parte del príncipe Vaslav — dijo tras ella una voz cuyo acento sonó familiarmente en sus oídos.

Se volvió con rapidez, pero el mensajero había desaparecido.

Una vez en su cuarto abrió la nota. Decía así:

"Adorada Brinda: estos son los cambios introducidos en el ballet. Le ruego que los estudie cuidadosamente. El éxito de todo depende de que usted los siga al pie de la letra. La amo. Vaslav".

Brinda estrujó con rabia la nota entre sus manos. Luego estiró y alisó el papel y leyó los cambios introducidos en sus pasos de baile.

"15, 4, 8, 8, 9, 13, 22, 17...".

Había dos líneas completas de números. Golpeó furiosamente con el taco en el suelo. ¿Cómo esperaba Vaslav que ella recordara tantos cambios en tan poco tiempo? Luego, en su imaginación, trasladólos a la nomenclatura del juego, dando a cada escaque su verdadero nombre y asignándose a sí misma el papel, de reina: "Reina, 4 alfil rey; reina, 2 caballo; reina, 5 torre...".

Luego escribió las palabras para recordar mejor los movimientos, ya que conocía el juego de ajedrez tan bien como la danza, aunque Vaslav no lo sospechaba siquiera. Repitió varias veces las palabras hasta que, de pronto, vagamente, tuvo la sensación de que algunas letras coincidían entre sí hasta formar palabras. Si omitía la "reina" en cada combinación, y luego ponía los nombres de los escaques restantes uno debajo del otro, eligiendo cierta letra de cada palabra, formaban frases que tenían algún sentido. ¿Estaba soñando o era el ballet del ajedrez un medio de comunicar mensajes cifrados? Pero eso hubiera sido tonto; mucho mejor y más fácil sería simplemente el mensaje. Había dejado vagar su imaginación demasiado lejos. Sonrió y se puso a la tarea de aprender de memoria los cambios introducidos en el ballet a última hora.

* * *

En el cuartel subterráneo del cuerpo de espionaje enemigo, tres hombres estaban sentados junto a una mesa. Uno de ellos tenía colocados los auriculares del telégrafo. Mientras escuchaba, iba escribiendo. Un instante después dejaba el lápiz sobre la mesa y se sacaba los auriculares.

—Malas noticias — dijo en idioma extranjero —; escuchen:

Mensajes no llegan con claridad. Evidentemente interferidos cerca estación trasmisora. Imperativo remediar inconveniente, porque necesario tener detalles completos esta noche. ¿Cuándo sale flota? Contesten.

—Ya ven como están las cosas — continuó luego dirigiéndose a sus dos interlocutores —. He enviado el mensaje cincuenta veces, pero al parecer no lo reciben en nuestra central. No hay duda de que los británicos están trabajando con sus extraños rayos, confundiendo nuestros mensajes.

—Pruebe otra vez — ordenó un hombre alto sentado a la cabecera de la mesa —; piense lo que esto significa. Toda la flota inglesa a miles de millas de aquí. La mitad del ejército británico en ruta hacia Europa. El camino está abierto para la invasión ¡La guerra ganada en un día!... Gloria, honor para todos. Pero si fallamos...

En ese momento llamaron discretamente a la puerta. Los tres hombres cambiaron entre ellos una mirada y luego uno fué a abrir, permitiendo la entrada a un cuarto agente de espionaje.

Apenas entró fué interrogado por el hombre alto.

—¿Estableció usted el contacto?

—Sí; dice que todo saldrá bien. Se ha perfeccionado un nuevo medio de trasmisión para una ocasión como ésta.

—Ojalá sea como dice; de otra manera estamos perdidos — dijo su interlocutor.

Volvióse luego al telegrafista y continuó:

—Siga trasmitiendo. No se detenga ni por un instante; hasta el jefe puede fallar.

El operador volvió frente al trasmisor telegráfico. Cuando se disponía a trasmitir, un ruido sordo y continuado pareció estallar en el aire. Los cuatro espías quedaron inmóviles, escuchando con las facciones tensamente distendidas.

CAPITULO XXXIII

El director de la orquesta ocupó el estrado. Las luces se apagaron. A los acordes de una vaporosa y precisa melodía de Debussy, el telón comenzó a elevarse lentamente dejando ver el gigantesco tablero de ajedrez con cada uno de sus escaques ocupado por una pieza humana. Cada uno, excepto el lugar reservado a la reina blanca; porque Vaslav había dispuesto la entrada de Brinda para el último momento. Una salva de aplausos rindió tributo al decorado y a los trajes.

En el palco de lord Mountwyn, sir John hablaba rápida e intensamente al oído del noble inglés.

—Me opongo a ello; puede resultar un desastre. Los del almirantazgo están cometiendo el mismo error de siempre: despreciar al enemigo.

—No lo creo, pero de todos modos la determinación está tomada y la flota ha recibido ya sus órdenes. Por otra parte tengo otros asuntos en qué pensar..., asuntos muy serios.

—¿Más serios que el bien de la patria?

—Casi, para mí, confidencialmente, le diré que se trata de mi hija.

—¿Su hija?

—Sí, ha desaparecido. Eso no le ocurre a nadie más que a mí. Quizá sus agentes puedan ayudarme a encontrarla.

—Eso está fuera de nuestras atribuciones — dijo sir John secamente —; ¿ha notificado usted a *Scotland Yard?*

—Bueno..., aun no. Mi hija ha desaparecido otras veces... por un día o dos. Es una muchacha muy independiente. Pero sin embargo nunca ha estado ausente por tanto tiempo, es un asunto muy molesto.

—Veré lo que puedo hacer — dijo el jefe del *Intelligence Service.* Las hijas no son siempre fieles ¿verdad, Mountwyn?.

—¿Cómo?... No, supongo que no.

En ese instante el doctor Mac Donald tocó suavemente el brazo de sir John:

—Despario, John; aun no has probado lo de Brinda, y en la duda siempre es mejor creer lo mejor.

Pero sir John no lo escuchaba. Su mirada había sido atraída de pronto por algo muy interesante en otra parte del teatro. Inclinóse y murmuró algunas palabras al oído de Dick.

Este trató de ver en la oscuridad de la gran sala del teatro, débilmente alumbrada por el reflejo de las luces del escenario.

—¡Por Dios, es Vaslav!... ¡Curioso!, hubiera creído que estaría demasiado ocupado entre bastidores.

—Sí, yo... — comenzó a decir sir John con el ceño fruncido, pero de pronto volvióse hacia Dick y le dijo —: Dick, ¿ha estado usted entre bastidores, quiero decir, para saludar a Brinda?

Para decirle la verdad, todavía no. Pensaba ir a felicitarla después de la función — dijo Dick un tanto confuso —, ya sabe que hemos tenido una pequeña disputa acerca de sus visitas a Vaslav. Trataré de arreglar ese asunto esta misma noche.

—¿Están ustedes asistiendo a un debate parlamentario o a una función teatral? — murmuró en ese momento la voz ronca del doctor Mac Donal —. ¡Ah!, ahí está Brinda ahora.

Circundada por los brillantes haces de luz de los reflectores, Brinda hizo su entrada en el escenario como una aparición; brillante y graciosa como un pájaro en vuelo. Las puntas de sus pies describían elegantes figuras de cuadrado a cuadrado, entrando y saliendo de entre las filas matemáticas de los demás bailarines. Un peón se arrodilló; un rey levantó sus brazos.

Sir John miraba con toda su atención concentrada lo que sucedía en la escena. De pronto se volvió hacia Mountwyn.

—Discúlpenos un momento... ¡Vamos, Dick!

Se levantó y salió rápidamente del palco. En el "foyer" sus maneras cambiaron por completo.

—Vete entre bastidores, Dick. Quédate cerca de Brinda y vigila a Vaslav — exclamó con acento autoritario.

—Pero..., no comprendo, sir John. ¿Por qué?...

—No tengo tiempo para explicaciones, pero si amas realmente a mi sobrina haz lo que te digo.

—Bien, señor — exclamó Dick saludando y alejándose.

Sir John se volvió entonces hacia un hombre que permanecía cerca de él. Un hombre tranquilo y sereno, irreprochablemente vestido de frac.

—¿Están todos los hombres en sus puestos, Harlow? — le dijo.

—Sí, señor.

—¿La casa rodeada?

—Sí. Nadie podrá salir de ella sin ser visto.

—Muy bien. Envíe dos hombres de confianza para vigilar al operador de los reflectores. Lo detendrá cuando reciba mis órdenes. Dentro de poco estallará aquí un infierno. ¡Estén dispuestos a todo!

—¡Bien, señor!

Sir John regresó al palco de Mountwyn. Sin decir una palabra volvió a ocupar su asiento y llevándose los binóculos a los ojos comenzó a observar los menores movimientos de Brinda.

La hermosa bailarina había completado su círculo alrededor del tablero iniciando luego, bajo los suaves compases de la música, sus pasos de cuadro a cuadro, de acuerdo a las reglas del juego. Era precisamente en esa parte de la danza donde Vaslav había dispuesto, a último momento, los cambios radicales.

Pero aun cuando estaba completamente absorbida por los últimos giros de la danza, Brinda resolvió en su mente la intrigante pregunta que había estado atormentándola durante toda la noche: el significado de las oscuras figuras que había tenido que aprender rápidamente en

Precocidad



—Es para ti... ¡Es una señorita!

su camarín momentos antes. Se trataba de un mensaje cifrado, después de todo, aunque desde luego ella no se hallaba segura de si estaba destinada a otra persona que conocía su clave.

—¿Pero por qué Vaslav la habría elegido a ella para tal papel? De pronto pareció que una venda se arrancaba de sus ojos y comenzó a comprender. Estaban allí todos los mandatarios oficiales de Inglaterra mirándola; estaba sir John y también Dick. Si realmente se tratara de un mensaje cifrado, cuán completamente la tendría Vaslav en su poder después que ella se convirtiera en su cómplice ante los ojos de todo el mundo.

Miró hacia su izquierda y pudo ver a Vaslav observándola desde el interior del escenario. Le dirigió una sonrisa enigmática mientras continuaba desarrollando, casi mecánicamente, los pasos de la danza. El próximo escaque que ella debería tocar entre sus giros era el 4 rey. Si había resuelto el código secreto correctamente, tal cuadro significaba la letra G. De pronto, mientras continuaba sonriendo a Vaslav, cambió de dirección y se encaminó hacia la casilla 3 alfil; eso, en el código, significaba la letra E. Luego, lentamente, describiendo brillantes giros, se dirigió a 3 caballo... S..., luego, 5 reina... P; 2 reina... I; 2 torre... A; 1 caballo... S... E-S-P-I-A-S.

Ni siquiera necesitó asegurarse de que había ganado la partida; una mirada al rostro de Vaslav fué suficiente. De pronto, una pistola apareció en la mano del príncipe y ella quedó inmóvil; pero, en el mismo instante, un puño se abatió sobre la mandíbula de aquél, y el príncipe cayó al suelo dejando rodar el arma.

—¡Levántate, perro! — gritó Dick Mandel con voz airada —. ¡Levántate para que pueda golpearte otra vez!

El reflector que había estado siguiendo los movimientos de Brinda desde que la muchacha entrara en escena, se apagó de pronto. Brinda tuvo la sensación de una lucha en la oscuridad; después, desde el medio del teatro, se oyó la voz potente y autoritaria de sir John Sanderson:

—¡Atención! ¡Hablo en nombre del *Intelligence Service!* ¡Todas las personas permanecerán en sus asientos; nadie se levantará! ¡No será permitido a nadie salir del teatro hasta que se hayan tomado las medidas necesarias para capturar a los agentes enemigos que se encuentran aquí!

Corrió por el auditorio una oleada de inse-

LOS DOS HERMANITOS,

EL CUADRO NO por TIM.









guridad y de miedo. Todos permanecieron inmóviles en el lugar donde los sorprendieran las palabras de sir John. Todos los ojos estaban fijos en el telón que iba descendiendo lentamente. Pero el drama continuaba en escena.

Recobrándose del golpe de Dick, Vaslav se levantó dificultosamente. El marino trató de asestarle otro golpe, pero esta vez Vaslav retrocedió. Moviéndose con asombrosa rapidez, recuperó el revólver y, apuntando, no solamente hacia Dick, sino también a todos los participantes del ballet, que se habían acercado atraídos por la curiosidad – formando un extraño contraste entre la violenta escena que se desarrollaba y sus coloridos disfraces –, dijo, sonriendo burlonamente:

–Lamento no tener tiempo para aceptar su invitación, teniente Mandel. En otro momento me sentiría muy feliz de devolver sus atenciones con interés – luego, volviéndose hacia Brinda, continuó –: No tenía intención hace un momento de hacer fuego contra usted, querida... No podría apretar el gatillo. Quise solamente detenerla, pero usted procedió muy rápidamente y con mucha inteligencia. La amo por eso más que antes, si es posible.

Con su mano libre le envió un beso; luego comenzó a retroceder apuntando siempre al grupo amenazador que tenía ante sí. Cuando alcanzó la puerta del escenario, la abrió a medias. Luego, en el umbral de la libertad, se detuvo un momento mirando a Dick. El revólver apuntó rectamente al pecho del marino.

–Pensándolo mejor, teniente – dijo Vaslav –, no creo que deba esperar una ocasión para desquitarme; lo mataré ahora mismo.

CAPITULO XXXIV

Brinda exhaló un grito de terror.

–¡No!...

Y al mismo tiempo se colocaba delante de Mandel.

Vaslav vaciló un instante, y una expresión de dolor asomó a su semblante.

–¡Ah!... ¿Conque es así?... Usted es un hombre muy afortunado, teniente Mandel, pero ya que no puedo matarlo por ahora, le haré una advertencia. La próxima vez sea más cuidadoso para elegir a quién da usted a guardar sus rayos "Z". Gracias a su confianza, podré llevármelos ahora y ponerlos en mejores manos que las suyas.

De pronto miró hacia su izquierda, y la expresión de su semblante cambió completamente. Sus manos se elevaron en el aire dejando caer el revólver.

–Téngalas en alto, traidor – dijo una voz, y a un costado de Vaslav apareció la fornida figura de un policía londinense. Detrás del policía caminaba sir John; luego, dos hombres con ropa de civil, entre los que iba un hombre con las manos esposadas. Era el operador de los reflectores.

El policía extrajo de su bolsillo otro juego de esposas y se las puso a Vaslav, que no ofreció resistencia. Sir John volvióse entonces hacia el policía:

–Desaloje el escenario – le dijo –, deseo hablar con este hombre a solas.

Luego esperó hasta que los bailarines y los tramoyistas hubieron dejado el escenario, y sólo entonces se dirigió a Vaslav:

–Bien, príncipe Yenidof; parece que ha perdido usted la partida. No tengo inconveniente en decirle que su casa está rodeada y que a esta hora toda su banda de espías ha caído en nuestro poder.

–¿Está seguro, coronel Sanderson? – preguntó Vaslav.

–Completamente – contestó el coronel –; esa habitación en los cimientos del edificio estaba muy bien ideada, pero no era a prueba de gases lacrimógenos... Supongo que sabrá usted la pena que merecen los espías.

–La conozco, coronel – respondió Vaslav, mirándolo serenamente –, pero no tengo la menor idea de por qué habría yo de sufrirla.

–¿Y por qué no? – preguntó Sanderson agriamente.

–Porque soy mucho más valioso para usted, vivo, mi estimado coronel. Usted y yo somos hombres de mundo; y usted sabe tan bien como yo, que en mi posición puedo revelarle secretos que son mucho más importantes para usted que mi trivial existencia.

–¿Y usted haría eso? – preguntó sir John haciendo un gesto de disgusto.

–Naturalmente; después de todo yo soy ruso. He jugado y he perdido, pero he jugado para mí, coronel Sanderson... Tengo aún un triunfo en la mano y quiero jugarlo. Ya le he dicho lo que estoy dispuesto a hacer...; ¿acepta el trato?

Sanderson estudió el rostro de Vaslav cuidadosamente, lentamente, tratando de leer en el fondo de su alma.

–Muy bien – dijo por fin –; como usted afirmó hace un instante, su vida no significa nada para mí, pero sus conocimientos de los planes del enemigo pueden serme muy valiosos. Pero, ¿contestará usted mis preguntas?

–¿Por qué no? – dijo Vaslav –; después de todo, nada tengo que perder. Me estoy aficionando a Inglaterra.

–Bien, veamos: ¿quién asesinó a mi amigo y ayudante el capitán Kenley?

–Eso es fácil de responder – replicó Vaslav con indiferencia –; el capitán Kenley fué asesinado por un agente del enemigo, de nombre Schleicher. Llegó a Inglaterra en avión arrojándose con un paracaídas. Aparentemente, venía para ayudarme, pero comprendí desde el primer instante que lo habían puesto a mi lado para que me vigilara. Por una curiosa serie de circunstancias, su encantadora sobrina lo confundió con un inglés herido y lo llevó a Londres. Estaba precisamente saliendo del automóvil cuando pasó por el lugar el capitán Kenley; sospechó de Schleicher y lo interrogó. Este se vió obligado a matarlo para salvarse. Los ingleses lo conocían mucho bajo el nombre de Larsen o Brandstatter.

–¿Dónde está ahora ese hombre? – preguntó Sanderson.

–Creo que lo han capturado ustedes a bordo del "Van Dam". Ustedes informaron que hicieron prisionera a toda la tripulación.

–Sí..., ya sé – contestó sir John –, y otra cosa. ¿Quién me atacó en casa de lord Mountwyn?

–El mismo barón Schleicher – contestó Vaslav sonriendo –. Verdaderamente debería pedirle disculpas, pero mi ayudante cometió la equivocación de darle a lord Mountwyn el verdadero código secreto en lugar de otro falso que habíamos preparado para él. Deseábamos comprobar si se lo entregaría a usted a pesar de titularse nuestro amigo. Después, fué necesario recobrarlo y nos vimos obligados a hacer esa pequeña farsa del baile en la oscuridad. El barón hizo el resto, y como ya sabe, fué víctima de usted y de su sobrina.

–Ya veo – dijo sir John –; siempre imaginé que sería una cosa por el estilo. Y ahora la tercera pregunta: ¿quién asesinó a mi agente Mara y colocó luego el cuerpo en mi propia puerta?

–Ese fué el agente Mueller, aunque es posible que yo le haya sugerido la idea. Estaba convirtiéndose en un problema para mí. Dejar el cuerpo en la puerta de su casa fué una idea mía; quise asustar a su sobrina para disuadirla de practicar el espionaje. Brinda parecía tener la facultad de echar por tierra todos mis planes, y como estaba enamorado de ella, no podía hacer nada en su contra.

–Muchas mujeres se han enamorado de usted, ¿verdad Vaslav, – preguntó Sanderson fríamente –; Mara, por ejemplo.

–Me he valido de las mujeres – dijo Vaslav –, pero nunca hasta ahora había cometido la tontería de enamorarme. Creo que no me valdré de ellas nunca más.

–Así que... usted es "Ajax", el hombre a quien las mujeres encontraban irresistible.

—¿Ajá? — preguntó Vaslav intrigado —. ¡Ah!... ya sé. Mi nombre cifrado, para ustedes, mientras no conocían mi identidad. Y ahora, coronel, ¿puedo hacerle a mi vez una pregunta?... ¿Cómo me descubrió?

—Por ese estúpido asunto del ballet — contestó sir John —. Dar a mi sobrina el papel de primera bailarina fué una idea brillante. Alejaba todas mis sospechas de usted, como seguramente habrá calculado que sucedería. Pero se olvidó de pensar que ella podría conocer el juego de ajedrez. Cuando mi sobrina dejó en su habitación algunas anotaciones acerca de sus pasos de danza comprendí en seguida, al verlas, que se trataba de una clave secreta. Después de eso, era solamente una cuestión de rutina vigilarlo a usted y rodear la casa.

—Otro error... — dijo Vaslav —; bueno, ¿hay algo más que desee saber?

CAPITULO XXXV

—Sí, hay algo más — exclamó Dick —; usted dijo hace un instante que tenía los planos de los rayos "Z". ¿Los tiene usted en realidad?

—Mi querido marino; no solamente los tengo sino que los he puesto en práctica. ¿No comprende todavía que este ballet del ajedrez ha sido transmitido a nuestro cuartel central por medio de sus rayos?

—¡De manera que era eso! — exclamó Sanderson.

—Por supuesto — replicó Vaslav —; debe convenir en que era una buena idea.. ¡Si Brinda no hubiese sido tan inteligente!... A propósito, veo que han capturado ustedes al hombre que manejaba el reflector. Si estuviera en el lugar de usted lo fusilaría de inmediato. Es un verdadero traidor.

—Dejemos eso por ahora... Creo que conozco el mensaje que iba a transmitir usted, pero desearía tenerlo completo.

—Desde luego — respondió Vaslav —; si quieren ustedes sacarme estas esposas. No tengo deseos de escapar ahora.

Luego, cuando le hubieron dejado libres las manos, sacó un pliego de papel y leyó:

FLOTA INGLESA SALDRA 4 VIERNES CONVOY EXPEDICION CIEN MIL HOMBRES. INVASION INGLATERRRA EN 48 HORAS EXITO SEGURO.

Yenvas.

—¡Gran Dios! — exclamó lord Mountwyn, que, habiéndose aproximado, alcanzó a escuchar las últimas palabras.

—Sí — dijo Vaslav —, pero ustedes pueden cambiar ahora sus planes. De todos modos, mis amigos tienen la intención de invadir este país. Yo podría revelarles sus planes completos.

—A propósito, lord Mountwyn, creo que le agradará saber lo que ha sido de su hija. La encontrará usted en una habitación del hotel de *Withe Chapel*. Puedo asegurarle que no ha sufrido ningún daño... Aquí tiene la dirección.

Lord Mountwyn arrebató el papel que le tendía Vaslav, y sin pronunciar palabra, pero dirigiéndole una venenosa mirada, salió corriendo del teatro.

—¿Cuál es la explicación de todo esto? — preguntó Dick.

—¡Ah!, es cierto; olvidaba su natural interés en este asunto — dijo Vaslav —; su prometida, teniente, estaba a punto de traicionarme. Iba a descubrir a sir John todo lo que sabía acerca de mi persona. Supongo que probablemente le habría confesado también que fué ella quién le robó a usted los planos del rayo "Z".

—¿Quiere decir que Gladys sabía quién era usted...; que es una traidora?

—No una traidora, mi inocente amigo, sino solamente una mujer enamorada; apasionada y completamente enamorada... de mí. Y ahora — continuó, volviéndose hacia sir John —, estoy un poco cansado de esta confesión en público. Si quiere usted conducirme a un buen hotel — personalmente prefiero el Savoy —, tomaremos una botella de champaña y luego le revelaré todos los planes de sus enemigos.

—Muy bien — dijo Sanderson —; vamos.

Pero en el mismo instante apareció en escena un hombre que hasta ese momento había estado escondido entre bastidores. En su mano empuñaba una pistola. Era el chófer de Vaslav.

—¡Mueller! — gritó éste —. ¡Auxílieme, me han detenido!

Fueron sus últimas palabras. Una lengua de fuego salió del arma de Mueller y los muros del teatro repitieron el eco del estampido. Vaslav cayó al suelo y permaneció inmóvil, encogido sobre sí mismo. Una sonrisa siniestra apareció en los labios del chofer, sonrisa que se convirtió de pronto en una mueca de dolor. Llevóse las manos al vientre y comenzó a deslizarse hacia el suelo. Los policías ingleses habían hecho fuego simultáneamente sobre él.

* * *

Sir John y el doctor Mac Donald se hallaban sentados en las oficinas del *Intelligence Service*. Una botella de whisky escocés estaba sobre el escritorio. El doctor Mac Donald se sirvió a sí mismo una porción liberal.

—¡Ah, John! — murmuró —. Ibas a cometer un grave error pensando que Brinda podía formar parte de esa banda de espías. Como te dije una vez, la herencia tiene siempre razón. ¿Qué importa que su madre haya sido Mata Hari o la reina de Egipto? Su padre fué un Duncan. ¡Un buen escocés! Y ésa es bastante herencia.

Levantó su vaso en alto, exclamando:

—¡Por Brinda Duncan, viejo amigo!... La muchacha más inteligente que existe y por el afortunado que la va a desposar.

—Bebo por todo eso y mucho más — dijo sir John levantándose —; ¡por Brinda, que ha hecho más para salvar a Inglaterra que veinte regimientos!

Y ambos vaciaron sus vasos.

Sir John tomó una delgada hoja de papel de una cabina secreta de su escritorio; la contempló un instante y luego la arrojó al fuego.

—Ahí va todo lo que quedaba de Mata Hari — murmuró.

* * *

La puerta se abrió lentamente. Brinda recortóse en la abertura y vió a los dos hombres juntos. Luego cerró la puerta y se dirigió al *hall;* allí la aguardaba Dick.

—Ya tengo la licencia — le dijo éste —. ¿Crees que sir John se opondrá a que lo realicemos el próximo lunes?... Puedo ser llamado a servicio en cualquier momento.

—Estoy segura de que no se opondrá — dijo Brinda sonriendo.

—Hay algo que deseo pedirte, querida — dijo él estrechándola en sus brazos y mirándola en los ojos —; no quiero que te mezcles más en estos asuntos de espionaje.

—¡Oh no, nunca más! — exclamó Brinda estremeciéndose —; fué demasiado peligroso.

Ambos salieron a la calle tomados del brazo y sonriéndose mutuamente.

—¡Dick! — exclamó de pronto Brinda —; ¿has visto a ese hombre que acaba de pasar junto a nosotros, y que llevaba una caja de violín bajo el brazo?

—Sí, ¿por qué?, ¿lo conoces?

—No; pero estoy segura de que no es un violinista, por la manera de llevar la caja. Tenía la parte más delgada hacia adelante... ¡Dick!, no creo que llevara un violín en esa caja. No me sorprendería que ocultara allí una ametralladora. Sigámoslo. Quizá sea un espía.

—No me cabe la menor duda, querida — exclamó Dick —. ¡Por Dios! ¡qué mujer! Se diría que eres la hija de Mata Hari.

—¿Me amarías aún si así fuera, querido?

—Te amaría aunque fueses la abuela.

Y ambos, volviéndose sobre sus pasos, corrieron tras el hombre del violín.

FIN DE "LA HIJA DE MATA HARI"

Aquí le contestamos

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

ALICIA CARRILLO, *Villa Madero (México)*. — Hemos tomado nota de su interesante sugestión, que oportunamente será llevada a la práctica.

RUDECINDO BUFI PERA, *Santa Fe*. — Su colaboración revela estimables condiciones, pero nos vemos en la imposibilidad de insertarla en nuestras páginas, por cuanto no encuadra dentro de las características de LEOPLÁN.

A. L., *Capital*. — Los barcos que se dedican a la pesca de la ballena zarpan de los puertos cercanos a las regiones de los hielos polares. La estación de la pesca, sobre la que existe actualmente una severa legislación, dura de dos a tres meses, según los países. En cuanto a la paga que reciben los tripulantes de dichos barcos, como comprenderá, cada compañía pesquera tiene sus normas propias al respecto.

ARTURO PORTAS, *Capital*. — Su cuento revela, en general, buenas disposiciones para el género humorístico.

LECTOR DE "LEOPLÁN". — Diríjase directamente a la Editorial Sopena Argentina, S. R. L., Esmeralda 116, Buenos Aires.

BARTOLOMÉ CIURO, *Rosario*. — El colaborador que firmaba con el seudónimo "Pío Pío" ha dejado de pertenecer a esta Redacción.

A. DE MORABITO. — Hemos tomado nota de su pedido, que procuraremos complacer tan pronto como las circunstancias lo permitan.

INDUSTRIAL, *Montevideo (Uruguay)*. — 1º: La siguiente fórmula para preparar pomada para el calzado no contiene trementina ni kerosene: agua, 20 partes; melaza, 2 partes; glicerina, 40 partes; tanino, 60 partes; extracto de palo de campeche, 3 partes; negro de anilina, 2 partes; gutapercha, 5 partes; cera, 1 parte; aceite de linaza, 25 partes. Se disuelven el tanino y el extracto de palo de campeche en la mezcla de agua y glicerina, y se añaden sucesivamente la melaza, la cera fundida, el aceite de linaza y la gutapercha, disuelta en sulfuro de carbono. Deben variarse las cantidades de los componentes hasta hallar el punto exacto del betún. Las preguntas 2ª y 3ª se le contestarán en el próximo número.

RIENSO, *José C. Paz*. — La revista "M. A. N." se envía gratuitamente a quien la solicite al ministerio de Agricultura, paseo Colón 974, Buenos Aires, manifestando las causas por las cuales se desea recibirla.

TEODORO NORIEGA, *Satipo (Perú)*. — Tenemos por norma, en esta sección, no suministrar direcciones comerciales. No obstante, en las páginas de LEOPLÁN hallará usted avisos de institutos que dictan cursos de taxidermia por correspondencia.

OSCAR GONZÁLEZ ALFARO, *Tarija (Bolivia)*. — Sus poesías revelan estimables disposiciones poéticas, pero nos vemos en la imposibilidad de insertarlas en nuestras páginas, porque actualmente LEOPLÁN no publica obras en verso.

S. LITVAK, *Quilmes*. — 1º: Muy acertadas sus ideas, tanto que ya han sido llevadas a la práctica, hace varios años, en el Instituto de Orientación Profesional, calle Viamonte 1435, Buenos Aires, donde puede dirigirse usted en busca de la orientación que solicita. 2º: En cuanto a la sugestión que nos hace, será tenida en cuenta y llevada a la práctica tan pronto sea posible.

UN LECTOR AGRADECIDO, *Capital*. — He aquí una fórmula muy usada para preparar polvos fosforescentes: veneras de mariscos calcinadas, 100 partes; cal viva, 100 partes; sal marina calcinada, 25 partes; azufre, 60 partes. Se calcina la masa en un crisol, se le mezcla un 6 por ciento de bario, obteniéndose así un polvo que tiene una fosforescencia verde. Conviene variar las cantidades de sulfito de bario y de azufre hasta hallar la fórmula más apropiada a los usos a que se destinan los polvos fosforescentes,



Problemas de ingenio, de lógica, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

EL PENDULO DE FOUCAULT

El célebre experimento de Foucault, con el que se tuvo la comprobación del movimiento de la tierra, podrá ser realizado por nuestros lectores si siguen atentamente las instrucciones de este entretenido y asombroso juego.

Una naranja se atraviesa con un fósforo de madera o en su defecto con un palillo cuyas extremidades deben sobresalir de manera que la inferior toque el plato sobre el que debe oscilar; a la extremidad superior se ata un hilo fuerte que quedará sostenido por un alfiler. Este alfiler atraviesa un corcho sostenido por tres tenedores, y colocado todo en la forma que indica el grabado.

Se hace oscilar el péndulo construído así y se verá que deja un surco en dos pequeños montones de azúcar molido, destinados al mismo objeto que el círculo de arena que utilizaba Foucault en su experimento.

El plato representa la tierra. Mientras permanezca fijo, a cada oscilación del péndulo la extremidad inferior del fósforo o palillo marcará igual línea en el azúcar.

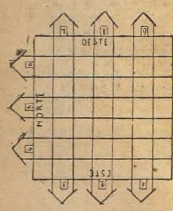
Pero si para semejar el movimiento de rotación de la tierra, hacemos girar suavemente el plato, y por lo tanto todo el aparato, comprobaremos que ello no influye en nada en la dirección de la naranja, que continúa oscilando siempre en el mismo plano; y comprobaremos también que cada una de sus oscilaciones marcará una línea diferente en los montones de azúcar. Este simplísimo movimiento servirá para probar el movimiento de la tierra.



PROBLEMA: LA CASA DESHABITADA

Alrededor de un jardín cuadrado hay 9 casas, colocadas sobre tres costados y numeradas del 1 al 9 y en ese orden. Los números 1, 2 y 3 están sobre el costado Este; 4, 5 y 6 sobre el costado Norte; 7, 8 y 9 sobre el costado Oeste. Una de las casas de número impar está deshabitada.

Una mañana el cartero clasifica 36 cartas destinadas a esas casas. La casa donde entregó más cartas recibió 8, y la menos favorecida, 1. En ninguna casa dejó un número de cartas igual al de alguna otra. Sabiendo que la casa Nº 1 recibió dos cartas; la número 9, seis; la número 7, el doble que la número 3; la número 8, seis más que la número 2, y la número 4, una menos que algunas de sus vecinas, trátase de localizar la casa deshabitada y el número de cartas recibidas en cada una de las restantes.



(La solución en el próximo número.)

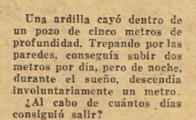
FRASE HECHA



(La solución en el próximo número.)

DOS PROBLEMAS PARA RESOLVER EN DIEZ SEGUNDOS

En una frutería penetran tres hombres que se llaman: Mario, Luis y Roberto, acompañados de sus tres esposas, Laura, Alicia y Delia. Iban a comprar manzanas. Cada comprador o compradora adquiere tantas manzanas como centavos debe pagar por cada una. Mario compra 23 manzanas más que Alicia, y Luis 11 más que Laura. Cada marido gasta 63 centavos más que su mujer. ¿Quién es la esposa de Mario, cuál es la de Luis y cuál la de Roberto?



Una ardilla cayó dentro de un pozo de cinco metros de profundidad. Trepando por las paredes, conseguía subir dos metros por día, pero de noche, durante el sueño, descendía involuntariamente un metro. ¿Al cabo de cuántos días consiguió salir?

(Las soluciones en el próximo número.)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS



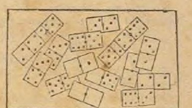




(Las soluciones en el próximo número.)

PROBLEMA: UN DOMINO DIABOLICO

Hacer que de estas diez y seis fichas de dominó queden solamente la mitad, sin romper ni cortar el papel ni borrar ninguna de ellas. Parece cosa diabólica, o por lo menos cosa de prestidigitación, pero no hay tal. Basta hacer en el papel dos pliegues, dos sencillos pliegues, y como se acierte a hacerlos en la forma debida, ya se verá cómo sólo quedan ocho fichas.



(La solución en el próximo número.)

AMBIDEXTRO

Cada signo representa una letra; así, pues, deben ser substituídos por una misma letra los signos que se hallan repetidos, y, una vez representados por las debidas letras, tendremos una frase que ha de ser conocida por muchos lectores, y que leída de izquierda a derecha o viceversa tiene el mismo significado.

.0?0 = X0!!,:0 = 0:,!!0X = 0?0.

(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

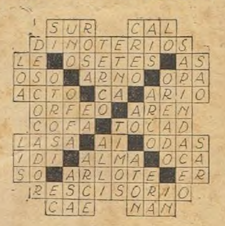
DEL PROBLEMA: "EL DINERO ESCONDIDO"

El grabado de la derecha indica la manera de plegar el papel, y el de la izquierda muestra cómo, después de plegado, aparece en el centro del dibujo el número 80.000. A ochenta mil pesos ascendía, por consiguiente, el dinero que tenían escondido los dueños de la casa.





DEL PROBLEMA DE: "PALABRAS CRUZADAS"



		S	U	R			C	A	L		
	D	I	N	O	T	E	R	I	O	S	
L	E	■	O	S	E	T	E	S	■	A	S
O	S	O	■	A	R	N	O	■	O	P	A
A	C	T	O	■	C	A	■	A	R	I	O
	O	R	F	E	O	■	A	R	E	N	
	C	O	F	A	■	T	O	C	A	D	
L	A	S	A	■	A	I	■	O	D	A	S
I	D	I	■	A	L	M	A	■	O	C	A
S	O	■	A	R	L	O	T	E	■	E	R
	R	E	S	C	I	S	O	R	I	O	
		C	A	E			N	A	N		

DE LA "FRASE HECHA"

HAY MOROS EN LA COSTA

DE LOS "JEROGLIFICOS"

ENREDO

ABNEGACION